The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller
Foundation
330.81
C95
v.10

This Book may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

LUNC 10M-AP 40

X

MANUAL DE MORAL

Y DE

ECONOMÍA POLÍTICA

POR

MIGUEL CRUCHAGA

PRIMERA EDICION

MADRID
EDITORIAL REUS, S. A
PRECIADOS, 1 Y 6.
1929

Talleres tipográficos de la EDITORIAL REUS (S. A.
Ronda de Atocha, núm. 15 duplicado.—MADRID (2.908)

PROLOGO

Conocedor de la falta que hace en Chile una obra que ponga al alcance del pueblo los principios de la Moral y de la Economía Política, he tratado de llenar ese vacío, bajo los auspicios del Supremo Gobierno.

Para obtener el objeto indicado, pensé al principio traducir literalmente el Manual de Moral y de Economía Política de Mr. Rapet, premiado por la Academia de Francia; pero como esa obra aun cuando contiene los principios generales, está adaptada a las condiciones del país en que fué escrita, he creído necesario hacer algunas variaciones que la apropiaran más a las del nuestro. He redactado por esta causa, en vista de ella, otra de la misma naturaleza en que se encuentra refundida la primera con las supresiones que me han parecido oportunas y con explicaciones nuevas. En muchas partes me limito a traducir el Manual de Rapet, del cual he conservado la forma de conversaciones en que está escrito por considerarla a propósito para presentar con claridad las objeciones que pueden hacerse sobre los principios dilucidados.

M. CRUCHAGA.

330.81
C95
v.10
3639 73

INTRODUCCION

I

Hay lugares que, con grandes elementos de progreso, permanecen casi solitarios esperando que una población inteligente los haga producir hermosos frutos y les dé vida. Entre estos figuraba hacia el año 1820 la aldea de Mirebeau. Pocas aldeas tenían a su alrededor perspectivas tan bellas, pocas una posición tan feliz. Colocada a las orillas de un río navegable, protegida contra los vientos, cercada de llanuras de fácil riego, y de colinas de suave pendiente, parecía invitar a sus habitantes para que, aprovechando los gérmenes de riqueza que junto con sus contornos encerraba la hicieran figurar entre las ciudades más florecientes e industriales. Su nombre (Mirabello) estaba en armonía con su posición; desde las mismas calles y habitaciones, se veían a corta distancia las frondosas arboledas de otra aldea vecina en cuyo fondo sobresalía la cruz del campanario.

A pesar de esta situación tan feliz, la aldea de Mirebeau permanecía estacionaria. No se notaba adelanto en ninguno de los ramos que podían explotarse con ventaja.

La corriente de agua que atravesaba la llanura vecina, y que habría podido ser una verdadera fuente de prosperidad, era más bien un horroroso azote. Las aguas, mal encajonadas, se desbordaban

frecuentemente después de las lluvias, e inundando el llano, lo cubrían de plantas malhechoras y daban origen a miasmas pestilentes que diezmaban la población.

Las tierras colocadas detrás de la aldea eran de buena clase; pero, agotadas por una sucesión de cultivos casi siempre iguales, daban cosechas muy inferiores a las que, con buen trabajo, debieran producir. Careciendo de forrajes y por consiguiente de animales, a consecuencia del estado deplorable de sus praderas, ignorando por otra parte, el arte de hacerlos, los habitantes no podían dar a las tierras el abono que les habría restituído la fecundidad y dejaban una parte de ellas en barbecho-perdiendo así la entrada que producen constantemente con una adecuada variación de cultivos. Trigos, avena, papas y algunas legumbres y frutas de mala clase, tales eran las producciones del distrito.

Las artes no habían tenido tampoco mejor suerte. A excepción de un carpintero, de un herrero, de un albañil y de uno que otro artesano de los que son indispensables en todo pueblo civilizado, ningún industrial más vivía en Mirebeau. En todo se notaba la indolencia, una repugnancia invencible por lo que salía de la rutina habitual, una pereza incompatible con lo que no era exigido por una necesidad imperiosa.

Los habitantes de Mirebeau miraban también muy mal a los de la ciudad que habían querido comprar propiedades entre ellos. En lugar de felicitarse por un aporte de capitales que habría vivificado el territorio, se irritaban por esa concurrencia que aumentaba el precio de las tierras, cuyas menores porciones se disputaban con encar-

nizamiento, mientras que no podían cultivar la mitad de las que tenían a su disposición. Por esta causa, las pocas personas a quienes la belleza del sitio había atraído hacia Mirebeau se vieron precisadas a retirarse pronto, y la aldea perdió, con un aumento de capitales, los saludables ejemplos de conciudadanos habituados a otros usos e iniciados en otras industrias.

El aspecto sólo de la mayor parte de las habitaciones anunciaba la miseria y rudeza de sus moradores; algunas parecían hechas más bien para albergar animales que seres humanos. Eran estrechas cabañas sin otra abertura que la puerta de entrada, y en las cuales vivían, en una sola pieza, el padre, la madre y los hijos de ambos sexos. El suelo, formado por la tierra desnuda y casi siempre más bajo que el terreno que lo circundaba, mantenía una humedad contínua y producía enfermedades que les ocasionaban la muerte en edad temprana o debilitaban su constitución vital.

Al recorrer la aldea, no se podrían encontrar esos risueños vergeles que dan un aspecto encantador a ciertas poblaciones, ni se oía otro ruído que los gritos y las disputas de los niños abandonados a sí mismos, pues no había entonces una sola escuela en Mirebeau. Los padres, sin instrucción, no comprendían que fuera útil darla a sus hijos y alegaban la imposibilidad de privarse de su trabajo mientras que no tenían más ocupación que vagabundear en los caminos.

El aspecto moral no era de ningún modo satisfactorio. Los habitantes ocupaban la mayor parte de su tiempo en innobles goces, sin que por esto dejaran jamás de quejarse de la miseria creciente de los tiempos. En las ferias, en todas las reuniones

se hacían notar por ese espíritu de detracción que engendra odiosas querellas.

Esta situación no era aceptada, sin embargo, por todos. No faltó un hombre que, amante del lugar de su nacimiento, tratase de encaminar a sus moradores por el buen sendero. Era el doctor Dupré.

Antiguo médico de los ejércitos durante las campañas del imperio, acostumbrado por la naturaleza de su empleo a recorrer diversos países, había tenido ocasión de notar en ellos progresos soprendentes. Aldeas enteras recibieron a su vista una transformación completa. El ruído del trabajo se hacía oir en lugares en que sólo el grito de las aves salvajes interrumpía en otro tiempo el silencio de los campos y de los bosques. El perfeccionamento de los cultivos y el adelanto de la industria producían en todas partes una metamorfosis verdadera. Sólo la aldea de Mirebeau se encontraba estacionaria.

El doctor Dupré hizol a comparación y se decidió inmediatamente a iniciar a sus habitantes en las mejoras modernas. No desconocía la dificultad de la empresa; pero ilustrado por sus propias observaciones y hombre de temple vigoroso, principió resueltamente la obra, dispuesto a luchar con energía contra el genio del mal.

II

Había en esa época en la aldea un rico propietario llamado Valcour, poseedor de un antiguo dominio patrimonial, que descuidaba muchas veces para ir a residir en la ciudad vecina. El carácter

de los habitantes le tenía alejado de Mirabeau; mas no por eso les negaba sus recursos, deseando como hombre instruído y animado de excelentes intenciones, que se le presentara ocasión de emprender el mejoramiento de la aldea. Valcour y Dupré se asociaron para trabajar en el mismo sentido; el segundo iba a ser el pensamiento, el primero se encargaba de dar su ayuda para realizarlo. Todo se manifestó favorable.

El cura de la aldea, anciano octogenario, a quien su edad hacía imposible practicar el bien que albergaba en su corazón, murió en ese tiempo, y como Dupré quisiera aprovechar esta circunstancia se dirigió a ver al obispo, suplicándole lo reemplazara con un eclesiástico, que servía otra parroquia del departamento, cuya caridad era sólo igualada por sus luces. El doctor, que era bien conocido del obispo, obtuvo resolución favorable y con el nuevo párroco volvió a Mirebeau lleno de ardor. Sentía que sus fuerzas estaban triplicadas.

Sería demasiado largo indicar todos los medios que estos tres hombres emplearon para cambiar la faz de la aldea; ese cambio fué tal que, para pintar su situación veinte años después, bastaría, en cierto modo, tomar el reverso del cuadro que hemos trazado anteriormente.

El doctor Dupré y Valcour estaban persuadidos de que el ejemplo es el mejor medio de convencer a una población ignorante, y consecuentes con este principio, para inducir a los habitantes de Mirabeau a adoptar mejor género de vida y un método de cultivo perfeccionado, nada encontraron más conveniente que hacer hablar a los resultados. Valcour se aprovechó de la expiración del arriendo de su propiedad para obligar a su nuevo arren-

datario a conformarse a sus miras, secundándolo con grandes trabajos de mejora, emprendidos a su costa.

Dupré había administrado hasta entonces su fundo con la ayuda de un mayordomo; pero resuelto a mejorarlo, ya que no poseía los capitales necesarios, tomó un partido que por sí solo era uno de los más saludables ejemplos que pudiese dar. En vez de seguir la costumbre de los muchos cultivadores que tienen la imprudencia de tomar prestado para aumentar sus propiedades, determinó vender la mitad de la suya a fin de procurarse capitales para mejorar el resto. En esta circunstancia, impuso silencio a su amor propio y no temió exponerse a todas las suposiciones a que debía dar origen la enajenación parcial de su fundo Los resultados probaron que lo que habría podido ser solamente un buen ejemplo, era también un excelente cálculo. Diez años más tarde, la mitad restante le producía más del doble de lo que daba antes todo entero. Capitales empleados con la habilidad en trabajos de disecación, en reparaciones y en instrumentos perfeccionados habían más que doblado su haber en ese lapso de tiempo.

Resultados tan evidentes no podían dejar de convencer a los habitantes de Mirebeau; así es que luego algunos cultivadores seducidos por el ejemplo y arrastrados por los consejos de Dupré, y otros, ayudados secretamente al principio por Valcour, se decidieron a adoptar sus procedimientos. Desde ese momento lo más difícil estaba ya hecho. Los dos amigos no habían desconocido que mientras obraran solos, su ejemplo sería poco convincente para los cultivadores pobres, pues que estos tienen tendencias a desconfiar de lo que hacen los ricos y

a creer que lo que para los últimos es bueno para ellos ninguna ventaja ofrece. Inducir por tanto a algunos a que siguiesen sus miras podía considerarse como una victoria. El resultado confirmó sus previsiones.

El doctor Dupré no había descuidado ningún medio; estaba en todas partes para vigilar los trabajos; hacía a los habitantes visitas frecuentes para tener ocasión de darles consejos y aprovechaba siempre todas las circunstancias en que podía encontrarlos reunidos a fin de dirigir la conversación hacia las medidas que pensaba adoptar para el bien de la aldea.

Uno de los primeros puntos sobre los cuales había pensado seriamente Dupré era la canalización del arroyo que atravesaba la llanura de que se ha hablado. Logró así prevenir los desbordamientos que transformaban el campo en un pantano pestilente. Los pastos, que la presencia del agua había dejado invadir por plantas malhechoras estaban ya disecados y alimentaban gran número de animales que producían el necesario abono. El arroyo era, pues, lo que habría debido ser siempre: una fuente de riqueza. Las caídas de agua que en su tránsito ofrecía estaban ya aprovechadas con algunos molinos de gran beneficio para los aldeanos, exentos de la necesidad de hacer largos viajes para moler sus granos.

Todo esto era sin embargo, la parte más insignificante de los progresos que el doctor había tenido en vista. El territorio de la aldea era extenso; pero una gran parte se componía de prados y bosques que prestaban poco alimento al trabajo; las tierras en que podían ocuparse los habitantes eran de cortas dimensiones. El doctor comprendió

la ventaja de atraer una industria que les suministraba ocupación y logró realizar su idea, arbitrando medios para que se construyera una filatura que fué aumentada más tarde con una fábrica de telas pintadas. Después se cimentaron también fundiciones para aprovechar el carbón mineral, que en los contornos se encontraba, y poco a poco el valle, antes inhabitado, llegó a ser el asiento de activas industrias.

Todo esto, sin embargo, no se hizo sin dificultades y sin luchas. Los habitantes de Mirabeau no eran en el principio, ni bastante numerosos ni bastante inteligentes para que pudieran desempeñar todos los trabajos de la fábrica; fué necesario por consiguiente, llamar obreros de afuera y esto produjo un levantamiento casi general. No se quería ver que, ejecutando trabajos que no estaban al alcance de los habitantes, estos obreros no hacían mal a nadie y que su presencia en la aldea daba valor, por el aumento de los consumidores, a muchas cosas que antes no lo tenían. Por el contrario se decía: «que eran otras tantas bocas que iban a encarecer los artículos». Sólo Dupré cuya influencia era debida a la estimación que por él se tenía, logró calmar la irritación, y, si bien no pudo obtener que los nuevos trabajadores fuesen acogidos con benevolencia, consiguió al menos que no llegasen a ser víctimas de una ciega hostilidad.

El doctor Dupré tuvo necesidad de toda su influencia en una circunstancia en que la medida que se debía tomar le pareció decisiva para el adelanto de la aldea. Tratábase de la enajenación de los bienes comunales que formaban una parte considerable del territorio de Mirebeau y se componían de bosques y de una gran extensión de llanura

adonde los pobres enviaban a pacer sus ganados y a buscar la leña necesaria.

Luego que se propuso por primera vez esta medida, se levantó un grito casi general de indignación. Se creía que se iba a arruinar a la aldea, a despojar a los pobres de lo que les pertenecía y a reducirlos a la mendicidad. Con todo, el municipio tenía necesidad de crearse recursos para los grandes trabajos de utilidad pública que se iban a emprender; había por otra parte suma conveniencia en entregar al cultivo individual esa considerable extensión de terreno que permanecía casi estéril: el doctor se resolvió a llevar a cabo el pensamiento.

A fin de compensar el inconveniente que podría resultar de la supresión de los bienes comunales se distribuyó una parte entre los habitantes. Las tierras restantes fueron vendidas a personas extrañas a la aldea que vinieron a fijarse en ellas con sus capitales y a poner en práctica un nuevo sistema de cultivo. Desde entonces los bosques que no habían tenido ningún valor comenzaron a ser replantados y a suministrar constante trabajo.

Los fondos provenientes de la venta de los bienes comunales se emplearon en objetos útiles; se mejoraron todos los caminos hasta dejarlos en buen estado; se construyeron otros nuevos para unir a la aldea con las poblaciones vecinas; se hicieron plantaciones para atender a la salubridad y paseos públicos para el solaz de los habitantes; y se reparó y ensanchó la iglesia que era ya insuficiente para contener a todos los que acudían a las distribuciones religiosas.

Entre tanto, las habitaciones habían recibido también modificaciones no menos satisfactorias,

Variaban de dimensiones en proporción al número de los que debían ocuparlas; pero todas estaban construídas sobre un plan análogo y, a instancias del doctor que había hecho comprender la importancia de la luz y de la renovación del aire, todas tenían puertas y ventanas en suficiente número y colocadas, en cuanto era posible, en diversos lados. Rodeadas de jardines, llenas de árboles frutales y de hermosas flores, parecían elevarse del seno de un inmenso vergel. Ya no se veían hoyos ni pantanes infectos. La vista ya no sufría con la presencia de los montones de basuras, cuyos jugos fertilizadores se dejaban antes perder con gran detrimento de la salud de los habitantes.

Para llegar a estos resultados el doctor Dupré había contado con la generación naciente. Sabía que las antiguas costumbres oponen siempre obstáculos a los nuevos adelantos, y, por este motivo uno de sus primeros cuidados fué la creación de una escuela. Los buenos maestros eran entonces escasos; pero tanto Dupré como el cura tuvieron la fortuna de encontrar un joven de juicio recto, con excelentes sentimientos y una verdadera afición a la enseñanza. La escuela de que fué encargado comenzó desde luego a dar buen fruto. Los padres se fueron acostumbrando, a pesar de sus preocupaciones, a mandar a sus hijos para que recibiesen la instrucción de que ellos estaban privados, y al cabo de poco tiempo se hizo necesario organizar una escuela para niñas. A fin de completar esta obra se estableció también una sala de asilo para los niños de las familias ocupadas en los talleres.

Todos estos esfuerzos habían dado sus frutos. La moralidad de los habitantes se desarrollaba

con la prosperidad de la aldea. Las costumbres eran más dulces, el carácter menos salvaje. La actividad había sucedido a la pereza. A las ferias y mercados sólo concurrían los que tenían necesidad de comprar o de vender. Recogíanse ya en la aldea algunos productos antes desconocidos, mientras que cultivos variados ponían a los habitantes más a salvo del mal suceso de una cosecha sola.

Los árboles frutales, antes descuidados, eran el objeto de un ventajoso comercio desde que los habitantes habían mejorado sus clases, persuadidos de que tanto cuesta cultivarlos buenos como malos. El mismo razonamiento empleó el doctor para inducirlos a que mejoraran las razas de animales, y consiguió que se introdujera una industria nueva: la fabricación de quesos. Siguiendo el ejemplo de las asociaciones rurales de Suiza, todos depositaban la leche de sus vacas en poder del encargado por turno de hacer el queso y después se distribuía a proporción de la cantidad que cada uno había suministrado. Esta asociación tan sencilla permitió utilizar las menores porciones del leche, disminuyendo considerablemente los gastos y la pérdida de tiempo. Introdújose también el gusto por la crianza y cuidado de las abejas, que con tan poco trabajo dan un producto seguro, y se hicieron más generales las industrias domésticas, que dan ocupación constante a las mujeres y niños, y a los hombres durante los días de mal tiempo y las largas noches del invierno, en que son un preservativo para que no se desmoralicen, asistiendo a las casas de juego u otras de esta naturaleza.

A tan feliz resultado había contribuído poderosamente la clase para adultos que hacía el maestro.

En ella se les iniciaba en varios adelantos, mientras que el cura les daba la instrucción religiosa y se atraía la confianza de todos, haciéndoles preguntas sobre sus negocios y dándoles útiles consejos.

Sin embargo, todo no anduvo igualmente feliz, como que no hay dicha perfecta en este mundo y el bien está siempre mezclado con el mal, para servirnos de prueba. Los progresos fueron acompañados de algunas vicisitudes. Hubo reveses parciales que produjeron la ruina de muchos imprudentes y ambiciosos, lanzados en especulaciones temerarias. Hubo también, como siempre, accidentes imprevistos, períodos de prueba enviados por la Providencia a honradas familias; pero esas desgracias excitaron la compasión general, que con su generoso concurso logró aliviarlas en parte. Sobrevinieron finalmente algunas malas cosechas. Las diferentes industrias que se habían planteado no fueron todas igualmente prósperas: algunas estuvieron momentáneamente en peligro y las menos fuertes sucumbieron.

Estas alternativas de actividad y de paralización que se reproducen casi periódicamente, no podían dejar de afectar a los habitantes de Mirebeau; pero éstos, que no comprendían que los tiempos de paralización son los momentos de reposo en que la Humanidad toma nuevo aliento para lanzarse en el camino del progreso, principiaron a dirigir su vista hacia la época pasada, y aun algunos sintieron que se les hubiese impulsado por la nueva senda. Los que así pensaban no eran, por cierto, los más instruídos; sin embargo, como los ignorantes componían una gran parte de la población, se notaba cierto desaliento avivado por esos espíritus que siempre tratan de mirar las

cosas bajo un aspecto desagradable, y que cifran su fama en la oposición a toda mejora.

Una circunstancia desgraciada vino a aumentar los males de la situación: fué la muerte de Luis Morand.

III

Luis Morand, uno de los antiguos habitantes de Mirabeau, se había hecho notar desde un principio por su honradez y actividad. Casado con una joven virtuosa, era padre de tres hijos a los cuales suministraba con largueza todo lo necesario, trabajando en su pequeño campo con el auxilio de su esposa. Había logrado también hacer algunas economías, cuando tuvo la desgracia de asociarse con su hermano mayor quien, sin recursos suficientes, emprendió un pequeño comercio de transporte por agua.

Al principio, la empresa parecía llevar una marcha próspera; mas luego tuvo mal resultado por la concurrencia de otras que contaban con capitales abundantes. Al poco tiempo murió el hermano de Luis Morand y éste recogió a sus dos hijos con la esperanza de que, trabajando más, lograría alimentarlos y educarlos convenientemente. Obrando así, Morand se había conducido con nobleza; su buena acción le habría atraído las bendiciones del cielo, y con su inteligencia y su buena conducta habría llegado a buen fin; pero cometió una grave imprudencia.

Presentáronse en venta en ese tiempo algunas tierras que redondeaban muy bien las suyas y, como no pudiera resolverse a dejar pasar este

negocio que, a su juicio, era tan conveniente, determinó hacerlo a todo trance. Sus nuevas economías no le bastaban para pagar esa adquisición, mas nada pudo acobardarlo; siguió la manía de algunos cultivadores que, cegados por la pasión de la tierra, toman en préstamo a un interés muy subido, para comprar propiedades que sólo producen uno mucho menor. La diferencia es comúnmente de dos a tres por ciento, y en muchos casos de más.

Luis Morand, como todos los cultivadores que se encuentran en su situación, se hacía las más halagüeñas ilusiones: pensaba que con los productos de su nueva propiedad y con las economías que realizara sobre el campo que antes poseía, iba a pagar no sólo los intereses del capital prestado, sino también a reembolsarlo en corto tiempo. Todas sus esperanzas se frustraron.

Dos cosechas malas le pusieron desde luego en la imposibilidad de hacer economías y aun de pagar el interés del capital. Posteriormente una larga enfermedad proveniente del exceso de trabajo le obligó a emplear en el cultivo de su pequeño fundo a obreros que, con más costo, sólo lo hicieron dar cortos productos. Fué necesario que capitalizase los intereses y que renovase varias veces la deuda bajo condiciones más y más onerosas.

Aún era tiempo de que pudiese eximirse de tan pesada carga vendiendo nuevamente la tierra que había comprado y una parte de su patrimonio. Así se lo aconsejó repetidas veces Dupré; pero Morand no siguió sus consejos, y llegó al fin a ser expropiado hasta de casi todo el campo heredado de sus padres.

Obligado a buscar trabajo, fué a pedirlo a la

filatura, con la esperanza de que admitieran también a su hijo mayor. Morand era ya muy conocido como inteligente y laborioso; fué muy bien recibido en la fábrica, en donde se empleó con su hijo. La familia había vuelto a gozar de días tranquilos, cuando una catástrofe fatal vino a destruir todas sus esperanzas.

Morand volvía una tarde de la fábrica, y, como de costumbre, marchaba a paso rápido a fin de tener más tiempo que poder emplear en su casa, cuando de repente oye gritos agudos. Eran unos cuantos niños que, jugando a las orillas del río, habían visto caer a uno de ellos en el agua. Luis Morand corre al momento, arroja su vestido y se precipita en el río. Después de algunos instantes, logra encontrar al niño; pero en el momento en que iba a sacarlo se le escapa. Entra de nuevo, lo toma y lo lleva consigo a la orilla en donde le presta todos los cuidados que su posición reclama y lo entrega a su familia. El niño se salvó; pero a costa de su bienhechor. Morand, que estaba sudando al arrojarse al agua, no habría sufrido más que una impresión pasajera, si al salir del río hubiera continuado su marcha; se demoró para prestar sus cuidados al niño vuelto a la vida, y las consecuencias fueron desastrosas. Dióle una violenta fiebre y al cabo de tres días murió, a pesar de todas las atenciones del buen doctor.

Esta circunstancia sumergió a la aldea en el más profundo duelo. Morand era generalmente querido. En los tiempos en que tuvo comodidad, su puerta había estado siempre abierta para los desgraciados; cuando llegó a ser pobre, sus brazos y su experiencia estuvieron aún al servicio de los que reclamaban ayuda o buen consejo. La causa

de su enfermedad contribuía también a aumentar el dolor producido por su muerte. La población casi entera consideró por estas circunstancias como un deber asistir al acompañamiento fúnebre del virtuoso obrero, presidido por el jefe de la aldea. La escena fué de las más tiernas y una justa recompensa, tributada por todos los que tienen corazón, al que por sus buenos sentimientos se había expuesto noblemente.

Al retirarse el convoy, notábase en todos el sello de la tristeza. Al sentimiento producido por la muerte de Morand se unía la la inquietud general. Los negocios comenzaban a disminuir, la actividad de las fábricas minoraba y se presumía una baja próxima en los salarios.

Una gran parte de los acompañantes se quedó con el doctor Dupré para conversar con él sobre los asuntos de la aldea, como era costumbre; pero en esta ocasión todos guardaban el más profundo silencio. Se veía pintada en sus rostros la incertidumbre acerca de lo porvenir. Este silencio sólo vino a ser interrumpido después de largo rato por la exclamación de un joven llamado Andrés Buenafé.

—¡Bien!, dijo Andrés, ¿de qué han servido al pobre Morand su actividad y su honradez? Ha trabajado durante toda su vida como un condenado a galeras, y ahora que está muerto, su familia se encuentra reducida para siempre a la miseria.

—Andrés, dijo al instante el doctor, ¿sabes que tu pregunta contiene muchas partes?

—¡Oh! replicó Andrés, no penséis más de lo que yo quería decir. Estoy lejos de pretender que Morand ha hecho mal en arrojarse al agua por salvar al nieto de la viuda Bonnet. Cuando se puede salvar

la vida a un semejante, el hombre que tiene corazón no duda jamás.

—Andrés, no necesitas decir que tu intención no es criticar la acción de Morand; te conozco bastante para saber que habrías hecho lo mismo; pero realmente tu pregunta envuelve muchas otras que sería largo contestar; me limito, pues, a decir que Morand había cometido una grave imprudencia.

—¿Cuál?, preguntaron todos los asistentes.

—Haber comprado la tierra de Condrai sin tener el capital necesario para pagarla. Esa propiedad valía seis mil francos, y él sólo contaba con mil.

—Pero, dijo Jarland, cultivador, a quien afectaban las palabras de Dupré, porque deseaba comprar sin tener capitales, ¿podría haber perdido la ocasión de comprar esas tierras que redondeaban tan bien su patrimonio?

—Ciertamente, eso valía más que endeudarse.

—Sin embargo, dijeron algunos de los concurrentes, no se endeudaba precisamente, pues por una deuda de cinco mil francos iba a tener una propiedad de seis mil, y la entrada era suficiente para pagar el interés con exceso.

—Los resultados han probado lo contrario, replicó Dupré. Desde que el interés que debía pagar por las cantidades adeudadas era muy superior al rendimiento de las tierras, ¿cómo había de poder hacer el reembolso? Verdad es que si Morand hubiera cultivado por sí mismo el campo habría obtenido más productos; pero, aun en este caso, la devolución habría sido demasiado remota.

—Habría llegado ciertamente a buen fin, dijo Jarland, quien, excusando a Morand, defendía su

propia causa; habría llegado a buen fin si no hubiera sido, como algunos de nosotros, víctima de una serie de calamidades.

—Pero ¿acaso las lluvias, el frío, la sequedad, las enfermedades no son accidentes a los cuales todos los cultivadores están sujetos? ¿Acaso los que tienen deudas están exentos de ellos? ¿Por ventura no vienen casi periódicamente y deben entrar en los cálculos de los hombres de juicio? Luis Morand no ha sido, pues, prudente al hacer esta adquisición; he ahí su primera falta. Ha cometido además otra, negándose después a vender la parte necesaria para pagar sus deudas. El amor propio que nos hace incurrir en tantas faltas, no se lo ha permitido, y las consecuencias, como lo sabéis, han sido dolorosas.

—Ciertamente, lo sabemos, dijo Andrés; su familia está ahora en la miseria. En cuanto a él, lo digo aún, ¿de qué le ha servido su probidad? Ha trabajado como un esclavo, privándose de todos los placeres; ahora está muerto, y ni sus privaciones ni sus trabajos, ni sus fatigas han podido asegurar el pan a su desgraciada familia.

—Si ha cometido una falta, añadió Leonardo Dubois, cuyo carácter humano había sido excitado por esa pintura; si ha cometido una falta, se puede decir que los usureros se la han hecho pagar bien caro. Si el Gobierno se ocupara un poco más de los intereses de los hombres honrados, haría entrar en razón a esos infames y les impediría que oprimiesen a los pobres; pero parece que se entendiera con los bribones.

—Leonardo, replicó Dupré con una tranquilidad que contrastaba con el arrebato del primero: ¿por qué tanta cólera?

—¿Y cómo no se ha de experimentar al ver cómo andan las cosas?, exclamaron a la vez algunos obreros y cultivadores, agriados por las dificultades de los tiempos.

—Pero, amigos míos, ¿estáis seguros de que las cosas podrían suceder de otro modo? ¿Por qué ingerir en todo al Gobierno, como si pudiese dar la lluvia y el buen tiempo, el calor y el frío; como si le fuese posible dar la pobreza a unos y la riqueza a otros; como si estuviese en sus manos el hacernos honrados y buenos? ¿No sois acaso bastante grandes para dirigir los negocios por vosotros mismos? ¿Creeis, por otra parte, que el Gobierno lograría impedir que en materia de negocios cumplieseis vuestra voluntad? Yo he tratado de hacerlo con Luis Morand, que era muy razonable y nada he conseguido; a pesar mío, ha tomado recursos de esos que Leonardo llama pícaros y usureros, y entonces no los insultaba. Si alguna vez llegaba a maldecirlos era cuando no querían continuar a ningún precio sus anticipaciones; pero cuando por fin consentían aun bajo condiciones exorbitantes, miraba como salvadores a esos mismos individuos que diferían su ruina, haciéndola más segura. Esa es la historia de todos los que prestan y de los que toman prestado.

—Es verdad, exclamaron muchos que conocían el asunto por experiencia propia.

—Pero, continuó Leonardo ,¿no haría el Gobierno un servicio a los que necesitan dinero, impidiéndoles que llegaran a ser la presa de los que pueden prestarles?

—No digo que no, pero sería necesario saber por qué medio alcanzaría ese fin. El Gobierno no puede prestar; no tiene más dinero que el que

todos damos para el servicio del país. No podría tampoco obligar a los que lo tienen a prestarlo; pues los tenedores, antes de entregarlo sin garantías, considerarían mejor esconderlo o inventirlo aun sin necesidad. No habría, por consiguiente, más medio que impedir a los unos prestar y a los otros tomar en préstamo a un interés crecido; pero ésto sería un verdadero ataque contra la libertad individual. Si el Gobierno se mezclara así en vuestros asuntos, lo llamaríais tirano y hablaríais con razón.

—Entonces, ¿qué hacer, exclamaron varios, si los pobres deben estar a la merced de los ricos?

—No deben ponerse a merced de ellos, y para conseguirlo es indispensable que sean laboriosos, inteligentes y precavidos. Es necesario que sepan dirigir sus negocios por sí mismos y que no esperen la dirección ajena y sobre todo la del Gobierno. ¿Qué razón puede haber para que el Gobierno dirija con más tino los negocios de cada uno en particular? Debemos, una vez por todas, dejar de creer que el Gobierno puede variar las cosas a su antojo, y que, si se mezclase más, todo marcharía mejor. No sería difícil probar que sucedería lo contrario.

—Es decir, replicó Leonardo, que es necesario que los pobres queden pobres y que sean oprimidos por los ricos.

—No, ciertamente. Lo que debe procurarse es que los pobres, si es que todos no pueden ser ricos, dejen a lo menos de ser pobres y tengan comodidad. Creo que ya se ha hecho algo en Mirabeau para alcazar ese resultado.

—Todos os tributamos las debidas gracias, exclamaron los asistentes.

—Al hablar así no lo he hecho para atraerme vuestros elogios sino sólo para probaros que se puede hacer mucho sin pedir al Gobierno lo que no le es posible llevar a cabo; pero para esto sería necesario que os diese a conocer la naturaleza del Gobierno; que os explicara el mecanismo de la sociedad y os dijera cómo se arreglan las relaciones de los hombres entre sí; que os hiciera comprender en fin que las cosas están dirigidas por leyes que el hombre no puede cambiar a su antojo.

—Contadnos todo eso.

—Nada me agradaría más, amigos míos, pero es muy largo.

—No importa.

—Cuando digo que sería largo, no es porque tuviéramos que ocuparnos durante tres o cuatro horas; necesitaríamos comenzar desde muy lejos y probablemente os cansaría.

—No por cierto, exclamaron todos. Ya sabéis con qué placer os escuchamos.

—Con vuestras manifestaciones me obligáis a continuar; estoy ya pronto a resolver vuestras dudas sobre la organización de la sociedad. Trataré de pintaros la armonía que existe entre los diversos seres de la creación y de explicar los mutuos deberes y derechos del hombre; pero como ya la hora es avanzada principiaremos el domingo siguiente para proseguir en los mismos días. Voy ahora a visitar a la viuda de Morand y a comunicarle la resolución que habéis tomado de cultivar por turno su huerto, única parte que le ha quedado de toda la propiedad.

Antes de separarnos permitidme que os pregunte, y esto será en parte una respuesta a lo que al principio dijo Andrés, ¿sólo la compasión os ha

movido a adoptar esa resolución tan generosa?... No me respondéis; pero ya veo que habéis sido movidos por un sentimiento de respeto hacia la memoria de Morand, por el reconocimiento que ha inspirado la causa de su muerte.

Todos prestáis a su familia generosos socorros; habéis declarado que encomendaríais con preferencia a la viuda Morand vuestros trabajos; sus hijos mayores gozan ahora de mejores salarios; la misma viuda Bonnet, en su aflicción por no tener recursos que suministrar, ha decidido instalarse durante el día en casa de la mujer de su bienhechor para cuidar sus hijos pequeños a fin de que dedique todo su tiempo al trabajo.

Dime ahora, Andrés, ¿crees que las virtudes de Morand no han servido de nada a su familia?

—¡Oh!, no lo creo; su familia recibe una justa recompensa; pero él, ¿qué ha obtenido? Mi pregunta subsiste siempre.

—Es verdad, Andrés, no he tenido intención de contestarla por ahora sino en parte; mas ya que el asunto interesa seguiremos tratándolo en nuestra próxima conversación.

Después de esto todos los concurrentes se separaron.

MANUAL DE MORAL

Y DE

ECONOMIA POLITICA

CONVERSACION PRIMERA

Dios, el hombre y el mundo

Todos los habitantes de la aldea recibieron con placer la noticia que se les dió acerca de las conferencias que Dupré pensaba principiar. Todos encontraban en él un verdadero amigo que desde largos años atrás dirigía sus actos hacia la mejora de Mirebeau; jamás uno solo, después de verlo, salía desconsolado. Su talento, su profesión, sus consejos y su fortuna estaban a disposición del necesitado. Se esperaba que sus palabras, al mismo tiempo que instructivas, fueran de un amistoso alivio para los que sufrían.

El domingo fijado, la reunión fué muy numerosa. Al entrar, Dupré dió las gracias por tan notable manifestación de cariño. Después de esto preguntó a Andrés Buenafé:

—¿Crees que Luis Morand esté enteramente muerto?

—Ciertamente, respodió Andrés. ¿No lo hemos conducido al cementerio el último domingo?

—Sí, hemos enterrado su cuerpo. Pero, ¿todo muere con él?

—Dicen que no, señor, pues que hay en el hombre un alma y un cuerpo, y después que éste perece, aquélla continúa viviendo. Luis Morand, según esto, no ha muerto entero, y veo a dónde quereis ir.

—En efecto, si todo no ha muerto en Luis Morand hay en él algo más precioso que su cuerpo, puesto que lo que dura es más precioso que lo que pasa. Ese algo, que se llama alma, y que es la parte más importante de nuestro ser, tiene, por consiguiente, un interés poderoso en el modo como hayamos vivido: pues si el alma subsiste es sin duda para un fin.

—Convengo, dijo Gagelin, boticario influenciado contra Dupré, porque la medicina desinteresada de éste se conciliaba poco con sus intereses; convengo; pero lo principal es saber si el alma existe: es muy difícil creer en lo que no se ve ni se comprende.

—No niego que sea difícil. Sin embargo, sobre el testimonio ajeno, creéis sin comprenderlo que una pequeña semilla pueda producir una encina que domine los montes y sostenga porfiada lucha contra los vientos; creéis, sin comprenderlo, que un poco de vapor pueda arrastrar pesados carros; creéis, también, sin comprenderlo, que un alambre transmite en segundos las palabras a largas distancias. Entonces, ¿por qué no creéis en el alma?

—Creo en las cosas de que habéis hablado porque las veo, o a lo menos, si no veo como suceden, veo los resultados; pero no veo al alma ni sus efectos.

—La única diferencia que hay, Gagelin, es que

los hombres no tienen interés en no creer en los fenómenos físicos, al paso que todos los que niegan el alma lo tienen para no creer en su existencia, pues, si creyeran, para no ser inconsecuentes, deberían poner sus actos en armonía con su creencia. El verdadero motivo que nos induce a no creer en la existencia del alma, es que esa creencia nos obliga a violentar nuestras pasiones; pero si creeis en las cosas cuyos efectos están a la vista, debeis creer en la unión del alma y del cuerpo y por consiguiente en la existencia de aquélla, pues negándola es imposible comprender al hombre.

—¿Cómo así?—replicó Gagelin.

—¿Cómo así? Voy a probarlo: Si no tenemos alma ¿comprendéis la existencia del hombre? ¿Comprendéis cómo el cuerpo obra, piensa y habla? Entonces serán la carne, los huesos o la sangre los que hacen esas operaciones. Si no tenemos alma, no hay en el hombre más que materia, como en la madera de esta mesa, como en el libro que tengo en la mano. Pero si así fuera, ¿de qué modo podría la materia hacer en el hombre lo que es incapaz de hacer en todo lo que nos rodea, en la madera, en la piedra, en el hierro, en el aire y en el agua?

—Será porque la materia del hombre es viva, dijo Leonardo Dubois.

—Ten cuidado, amigo, no reemplaces una cosa que no conoces por otra que tampoco te es conocida. Esto no debe hacerse jamás si no queremos exponernos a engañarnos y ser engañados, acostumbrándonos a tomar por realidades, palabras que repetimos en seguida sin comprenderlas. Así, dime Leonardo, ¿qué es la vida?

Dupré quedó esperando la respuesta que nin-

guno le dió a pesar de que todos trataban de encontrarla. Al fin prosiguió:

—Veo que no puedes responderme y no me sorprendo. Yo mismo, que he hecho bastantes estudios, me vería embarazado para explicarte lo que es la vida. Te daría probablemente una explicación muy larga y complicada y no haría más que colocar en tu cabeza unas palabras en lugar de otras. Sin embargo, yaque no definimos la vida, podemos al menos indicar lo que vive en la tierra. ¿Sólo los hombres tienen vida?

Todos se apresuraron a señalar a los animales; algunos también a las plantas.

—Tenéis razón. Los animales y las plantas nacen, crecen, se alimentan y mueren como el hombre; eso es lo que constituye la vida, pero si ésta bastara para explicar cómo la materia hace lo mismo que el hombre, os preguntaría entonces: ¿por qué todo lo que tiene vida no obra como él?, ¿por qué las plantas que nacen, viven y mueren, no son semejantes a los animales que tienen sobre ellas la posibilidad de obrar y de moverse y que experimentan el placer y el dolor?, ¿por qué los animales difieren tanto del hombre que cuenta con la inteligencia y con el lenguaje que le permite comunicarse con sus semejantes?

Veis bien, amigos míos, que la vida es una palabra que no explica todo. No explica de ninguna manera cómo la materia, que vemos alrededor de nosotros completamente incapaz de sensación y de movimiento, llegaría a ser en el hombre susceptible de inteligencia, capaz de sentir y de querer.

Por profesión, como sabéis, he estudiado mucho el cuerpo del hombre y el de los animales, como también las plantas. Pues bien, ni en el hombre,

ni en los animales irracionales, ni en las plantas he podido notar la parte de la materia que pudiera concebir o formar ideas. Me veo, pues, obligado a reconocer que hay en este mundo más de lo que nuestros ojos ven, y en el cuerpo del hombre algo que no podemos tocar. Ese algo que siente, piensa y quiere, es lo que llamamos alma.

Para todo hombre que razona, es evidente que lo que en nosotros piensa, siente y quiere, no es ni el cuerpo ni una parte de nuestro cuerpo. Prestad atención a lo que pasa cuando pensáis o queréis, y decid si es una parte de vuestro cuerpo la que ha pensado, querido o experimentado un deseo o una emoción cualquiera. Además, si una parte del cuerpo pudiera pensar y querer, todas las demás partes tendrían la misma facultad. Mis piernas tendrían deseos como mis ojos. En este caso, si una quisiera marchar hacia la izquierda y la otra hacia la derecha, yo no veo cómo se podría andar.

Todo el auditorio prorrumpió en risa.

—No os riais, dijo Dupré. Lo que he dicho es lo que debería verificarse si la materia tuviera la facultad de pensar; pues la ciencia demuestra que todas las partes de nuestro cuerpo, el cerebro o los pies, por ejemplo, no están compuestos de la misma materia, y así podrían pensar en diverso sentido.

¡Ah!, no estamos compuestos sólo de materia; hay en nosotros, como todo lo prueba, una alma que siente, que llora por la desgracia, que busca consuelo para los que están sufriendo, que forma ideas para aumentar la felicidad y el bienestar del hombre. Si perdéis un objeto querido, si la muerte os arrebata al hijo de vuestro amor, no contéis

vuestra pena a las flores y a los demás objetos análogos que no os acompañarán a sentirlo y permanecerán mudos y fríos ante vuestro amargo llanto. Buscad a otro hombre y él encontrará palabras que mitiguen el duelo; él os dirá que hay un Dios que vela por nosotros, que tendrá en cuenta ese sentimiento para recompensarlo con un goce puro, y si acaso no llega ese hombre a consolaros, tomará al menos parte en vuestras dolencias y le prestará sus lágrimas. ¿Por qué? Porque en el hombre existe una alma que simpatiza con la de los otros hombres, y que no se encuentra en los demás seres del mundo.

Esa alma es enteramente diversa de la materia e independiente del cuerpo, y, como sustancia simple no está sujeta a la muerte, porque la muerte es la disolución, y lo que es simple no puede disolverse.

Si esta consideración sola no bastara para probarnos que el alma es inmortal nos los probaría esa aspiración vehemente hacia la inmortalidad que todos experimentamos. ¿No sentirían ustedes ser olvidados?

—No nos conformaríamos jamás, exclamaron muchos a la vez.

—Cuando pienso, dijo Buquet, padre de familia, que pudiera ser olvidado, sufro sobremanera. Desearía dejar un recuerdo eterno.

—Sí, todos deseamos la inmortalidad. Los sabios trabajan constantemente para que se recuerden sus nombres, los artistas lloran ante el olvido, los padres de familia plantan árboles cuyos frutos no han de aprovechar, para que sus hijos, al verlos, les dediquen siquiera un recuerdo. En todas partes se nota ese horror a la nada, en todas partes una aspiración vehemente por la inmortalidad. ¿Cómo su-

poner entonces que Dios nos haya dado ese deseo sin los medios de satisfacerlo? Dios es inmensamente bueno para atormentarnos con aspiraciones justas que jamás podamos ver cumplidas. Ya que nuestro cuerpo se disuelve, queda para satisfacer el anhelo por la inmortalidad esa alma pura e inteligente que nos acompaña, que vivirá por toda la eternidad.

—Señor Dupré, dijo Buquet, no creo necesario que nos probéis la inmortalidad del alma. Si no fuera por esa creencia, que es imposible no sea cierta, ¿qué consuelo nos quedaría, qué esperanza sino la nada.

—Son antecedentes, Buquet, para que podamos seguir después sobre principios fijos. Si el alma, como hemos dicho, es inmortal, hay, sin duda, alguna razón para que así sea, y Andrés nos lo ha hecho presentir, diciendo que veía a dónde pensaba llegar. ¿Cuál es, pues, el fin con el cual Dios ha puesto en nosotros ese principio inmaterial tan diverso de nuestro cuerpo, de ese conjunto de carne y huesos, sujeto a la descomposición, que nace, vive un tiempo y muere como la yerba y el bruto? ¿Por qué ha puesto en nosotros un principio más noble y más puro, capaz de experimentar el placer y el dolor, de sentir y de amar, de elevarse por el pensamiento hasta la contemplación del mundo, hasta la comprensión del orden y de las bellezas que en él reinan y por consiguiente hasta el reconocimiento y el amor por el creador de tantas maravillas y el gran dispensador de tantos beneficios?

—Señor Dupré, exclamó Andrés, tened la bondad de probarnos que Dios ha criado al alma e indicarnos lo que es Dios.

—Andrés, no pensaba que tuviésemos que ir tan lejos.

—No penséis, señor Dupré, que no creo en Dios y en que ha sido el autor del alma. Esta creencia está muy arraigada en mí. Pero desearía oir vuestras palabras sobre este punto para estar preparado y contestar, si alguna vez encuentro, por desgracia, quien me haga objeciones.

—Andrés, te felicito por la sinceridad de tu lenguaje y te doy las gracias por la ocasión que me ofreces para hablar de la grandeza y la bondad de Dios.

No te haré, Andrés, a tí ni a ninguno de los que me escuchan la injuria de pensar que hayáis podido creer un instante que el mundo con todo lo que encierra sea obra de la casualidad. La casualidad no es *nada;* es sólo una palabra vana como las que se emplean para explicar lo que no se comprende. No ser nada o no existir es la misma cosa. ¿Cómo entonces la nada, o lo que no existe, podría formar una cosa existente? Díme tú, Leonardo Dubois, que estás acostumbrado después de un largo trabajo a hacer tejidos, ¿crees que la casualidad haya podido formar el mundo?

—Es imposible, respondió Leonardo, la casualidad no podría hacer ni medio dedo de tejido.

—Hay también uno que otro ignorante, siguió Dupré, de los que tratan de atacar a la religión por todos medios, que han dicho que el mundo ha existido siempre; pero todos los trabajos de los sabios, aun de los contrarios a la religión católica, han demostrado la falsedad de este dicho. No sólo la Escritura Santa nos cuenta la historia de la creación; en todas partes la leemos, hasta en las mismas capas de la tierra que están indicando la

época en que fueron formadas. La historia de todos los pueblos antiguos y las investigaciones hechas por los sabios, confirman la verdad de lo expuesto en la Santa Escritura.

Por otra parte, si examinamos la naturaleza del hombre (permitidme que os hable como médico), no podemos menos que creer que ha salido un día enteramente formado de las manos de su Creador. Subiendo de generación en generación, vemos que los niños son criados y educados por sus padres, éstos por los suyos y así sucesivamente. Pero al fin llegamos naturalmente a un límite, a encontrarnos con un sólo hombre y una mujer, puesto que el hombre como el resto de la creación no ha existido siempre. ¿Diremos que se han creado a sí mismos? Es un absurdo. Lo que no es nada no puede darse el *ser*. ¿Supondremos que ha salido de algún germen existente en la naturaleza? Esto es igualmente absurdo. ¿Concebís que un niño se desarrolle sin el auxilio de sus padres?

—Es imposible, exclamó Ravand, cultivador. Sin los cuidados de sus padres, el niño no viviría un día, ni una hora.

—A mi me basta, como médico, esta consideración, prosiguió Dupré, para estar íntimamente convencido de que el hombre ha salido enteramente formado de las manos de su Creador. Ahora decidme, ¿habéis comprendido bien cuánta sabiduría ha sido necesaria para crear al hombre? ¿Habéis considerado alguna vez esa reunión prodigiosa de partes que, en una armonía perfecta, concurren a formar un todo tan apropiado a su destino? ¿Habéis estudiado el mecanismo del cuerpo humano que sobrepasa con mucho a nuestras máquinas mejor construídas?

—He pensado muchas veces, dijo Leonardo, y confieso que nuestras máquinas, cuyo ingenioso mecanismo admiro, no son nada en comparación del cuerpo humano.

—¿Habéis observado, prosiguió Dupré, el juego de los músculos que, por contracciones imperceptibles, hacen moverse a los miembros con una fuerza enorme? ¿Comprendéis la ingeniosa disposición de nuestros órganos que transforman el alimento en sangre y llevan a todas las partes del cuerpo la salud y la vida? ¿Comprendéis la estructura maravillosa del órgano del oído que por la impresión producida por el aire en una débil membrana nos permite sentir el retumbante trueno y el zumbido imperceptible del insecto que se mueve a nuestros pies? ¿Os habéis fijado en los ojos, más maravillosos aún, que con el auxilio de una débil imagen, pintada en el espacio de algunas líneas, nos ponen en aptitud de abrazar con una sola mirada un paisaje de muchas leguas, distinguiendo hasta los detalles?

Dejemos, sin embargo, el cuerpo del hombre y dirijamos por un instante la vista sobre uno de esos seres de formas tan diversas que pueblan la tierra. Tomemos uno de esos insectos que por su pequeñez son casi imperceptibles. En ese insecto hay, sin embargo, un tronco, cabeza, alas y miembros; en esa cabeza hay ojos y en los ojos membranas, nervios y músculos; en el tronco todos los órganos indispensables para la vida, con canales que se ramifican en todos sentidos; en cada miembro imperceptible de ese insecto, casi invisible él mismo, hay partes distintas, músculos para mover las sustancias, vasos de naturaleza y objetos diversos, y en esos vasos un flúido nutritivo que por

ellos circula. ¿Cuál es la mano del obrero que ha podido ejecutar un trabajo tan delicado?

Dirijamos nuestras miradas sobre la tierra que habitamos y veremos aquí vastas llanuras cubiertas de frutos que pueden alimentar poblaciones enteras, o risueños prados de hermosa verdura; allá jardines tapizados de flores que recrean nuestra alma con su suave olor, colinas llenas de bosques que invitan al hombre con su frescura; más lejos altas montañas que elevan a los cielos sus cumbres cargadas de nieves, origen de muchos ríos. Ved esos arroyos que pasan susurrando entre frescos valles para convertirse después, con el aumento de otros, en caudalosos ríos que derraman por todo la riqueza y la vida; ved esos mares que la ignorancia consideraba en otro tiempo como obstáculos al comercio entre las naciones, y que han llegado a ser el medio más rápido para que se comuniquen; vedlos cortados por innumerables buques que hacen participar a un país de las producciones de todos los otros.

Admiremos esa alternativa continua de los días y de las noches, esa sucesión constante de las estaciones que nos traen a su tiempo las flores y los frutos, los calores que fecundan la tierra y los fríos que le dan descanso. Dejando después esta tierra y elevándonos sobre su superficie, contemplemos la marcha de ese sol que se llevanta en la mañana en medio de una atmósfera de oro, que en el medio día, lanza sus rayos para madurar los frutos y que se oculta en la tarde entre nubes de púrpura; veámosle ocultarse a veces para que caigan lluvias bienhechoras. Cuando ha desaparecido en el horizonte, admiremos la tranquilidad de la noche que invita al hombre a la meditación en el silencio

de la Naturaleza. Miremos esas lámparas brillantes suspendidas en los cielos, sigamos en su curso a los astros que, verificando sus movimientos con una asombrosa regularidad, vuelven precisamente en cada año, en cada día, al lugar que deben ocupar, después de haber recorrido, en el intervalo, círculos de más de doscientos millones de lleguas, como el que describe la tierra alrededor del sol, y que sólo es una pequeña parte de los círculos de otros astros. Con la idea de esta inmensidad ante la cual la inteligencia queda como aniquilada, a la vista de tantas magnificencias y maravillas, ante el pensamiento de tantos beneficios, aun cuando no hubiera otras pruebas indestructibles, como las que antes hemos dado, ¿quién podrá desconocer que el alma, el cuerpo y los demás seres de la creación sólo pueden ser la obra de Dios? No es ciertamente la casualidad la que ha podido hacer tan bellas obras; las ha hecho un ser infinitamente grande que es el que llamamos Dios.

No faltan con todo algunos hombres que, ya que en su interior no pueden negar que Dios existe y que ha criado el mundo, tratan sin embargo exteriormente de fingir que no lo creen porque de otro modo se verían obligados a obrar en armonía con su creencia y a luchar contra el desorden de las pasiones. Ellos nos echan en cara que creamos en Dios; ¡y ellos creen en el poder de la casualidad, es decir de la nada!

Amigos, no demos nosotros el espectáculo de semejante error. Os hago estas reflexiones para que las mediteis hasta nuestra próxima reunión.

CONVERSACION SEGUNDA

Dios, la libertad del alma, la moral

Durante toda la quincena se habló en Mirebeau de las palabras que Dupré había pronunciado en la primera conferencia. Los hombres religiosos andaban contentos viéndose defendidos por el que gozaba de más prestigio en la comarca; los ignorantes veían abierto un campo vasto para instruirse en materias de suma importancia; la generalidad, en fin, sentía deseos de asistir a esas conferencias en que la inteligencia se ilustraba y el corazón adquiría sentimientos más puros.

Entre los concurrentes predominaban las personas de buenas ideas, amigas de su gobernador y de su cura y habituadas a respetar lo que la moral prescribe. Estas personas no necesitaban oír al doctor para estar convencidas de lo que debía decir, pero, como muchas veces se veían embarazadas por las objeciones que suelen hacerse y que encontraban dificultad para contestar por no tener costumbre de hacerlo, aceptaban con reconocimiento la ocasión que Dupré les ofrecía para que aprendieran el modo de rebatirlas.

Entre estas personas sobresalían: Bertrand, arrendatario, a quien la economía daba recursos para hacer muchas limosnas; Tomás Ravaud, querido por la bondad de su corazón; Duroure, otro cultivador, hombre leal y de una integridad a toda prueba, pero de franqueza algunas veces ruda:

Saujon, apreciado y buscado por la conciencia con que hacía sus trabajos; Buquet, joven tejedor, padre de una numerosa familia, trabajador infatigable que, después de ocupar doce horas al día en su oficio, empleaba una parte del tiempo restante en el cultivo de su campo. Debemos citar también a Dubuison, socio de Lenoir, propietario de la filatura, hombre justo y bueno pero firme, encargado de dirigir los trabajos y que por esta causa tenía relaciones continuas con los obreros, y finalmente al maestro Raymond, muy considerado por los servicios que había hecho a la aldea.

Había también en la reunión algunos hombres cegados por las pasiones o por intereses personales que temían la influencia de los consejos de Dupré sobre las costumbres de los habitantes de Mirebeau y, por consiguiente, sobre sus intereses. En la primera reunión no se habían sentido con fuerza para atacar al doctor; mas se proponían ya tomar desquite en todas las ocasiones oportunas que se les presentasen.

De este número eran Vicente Dornier, hombre de carácter violento, Jarland, que no había sabido arreglar sus negocios y culpaba por esto a Dios y a los hombres; Basset, tabernero, y Passemard, dueño de café, cuyos intereses sufrían con las palabras de Dupré; Gagelin, boticario, y Maucorps, agente de negocios, más hábil para embrollarlos que para obtener el arreglo.

Un rayo de satisfacción iluminó la frente del doctor cuando al entrar se encontró con una reunión más numerosa que en el primer domingo.

—Mis buenos amigos, dijo, os doy las gracias por vuestra asistencia a las reuniones. Para co-

rresponder a vuesta confianza trataré de seros útil. Si logro este objeto me consideraré sumamente feliz.

Dupré iba a comenzar, pero Maucorps, uno de los que se proponían embarazarle, le dijo con apariencia de curiosidad sincera:

—Señor doctor, no hay ciertamente entre nosotros persona alguna que ponga en duda la existencia de Dios. Dios existe. ¿Pero cuál es? ¿Podemos comprenderle? ¿Cuáles son los deberes que de su existencia emanan? Estas son cuestiones que nos preocupan y sobre las cuales deseamos que usted nos hable.

—Señor Maucorps, respondió Dupré, soy muy feliz al oír que no hay incrédulos en Mirebeau; porque nada hay más desconsolador que la duda, nada que torture tanto el corazón.

Pero esto no lo considera usted suficiente y desearía saber lo que es Dios. En lugar de contestar, podría dejar el cuidado de hacerlo al señor cura, pues el asunto le corresponde a él mejor que a mí. Sin embargo, ya que se me ha preguntado, diré francamente mi opinión.

No repruebo esas investigaciones sobre la naturaleza de Dios. El que jamás ha reflexionado acerca de este punto, manifiesta tener un espíritu muy ligero. Con todo, tengamos cuidado. La necesidad de comprender a Dios, ¿no será un resto de incredulidad que para dispensarse de la obligación de amarle se excusa con esa necesidad? ¿Tratamos del mismo modo de comprender todas las cosas antes de gozarlas? Vosotros, amigos míos, que regáis la tierra con vuestro sudor y colocáis en ella granos de trigo que llegarán a ser espigas fértiles, ¿os habéis detenido alguna vez

antes de hacerlo para examinar el motivo por el cual germinan? Sabéis que sucederá así, no pedís más y dais gracias a Dios, que bendice vuestros trabajos. Tú, Vicente, cuando fundes el hierro, ¿has tratado de comprender por qué el fuego lo hace extenderse bajo el martillo?

—Nunca, exclamó Vicente. Sé que así sucede y no averiguo más.

—Y nosotros, amigos, cuando gustamos uno de esos suaves frutos que la Providencia nos envía ¿nos abstenemos acaso de comerlos por no comprender en qué consisten ese perfume y ese sabor que tanto nos recrean? ¿Qué haríamos, si antes de obrar, quisiéramos conocerlo y analizarlo todo? ¿Comprendemos siquiera nuestro cuerpo? No, sin duda. ¡Somos un misterio para nosotros mismos y nos asombramos de que Dios lo sea para nuestra débil inteligencia!

Algunos desearían que pudiésemos conocer a Dios por nuestros sentidos. ¡Imprudentes! No saben que, si eso fuera posible, no alcanzarían a soportar el brillo de su grandeza. No comprenden que para conocer a Dios por los sentidos, sería indispensable que fuese materia, lo que es absurdo, porque entonces sería perecedero y limitado.

Dios es un espíritu infinitamente poderoso e infinitamente bueno, y como tal sólo se nos revela por medio de nuestra alma, que es también un espíritu. ¿No habla a vuestras inteligencias y a vuestros corazones? Yo, aun cuando jamás lo he tocado con mis manos, lo siento siempre y creo en El. Conozco que existe al mirar una flor, al respirar el aire, al observar la obra más pequeña de cuantas hay sobre la tierra. Todo dice a mi inteligencia que existe; esto me basta y no trato de

averiguar el secreto de su naturaleza. Ser infinitamente limitado, como soy, ¿de qué manera podría comprender al ser infinitamente grande?

—Pero, dijo Buquet, si no podemos comprender a Dios completamente, ¿no podemos y debemos estudiar sus obras a fin de conocer el objeto que tienen?

—Ciertamente, respondió Dupré. Así como las investigaciones sobre la naturaleza divina pueden ser peligrosas para muchos espíritus, extraviándolos en abismos sin fin, así el estudio de las obras de Dios es saludable, porque alimenta en nosotros el pensamiento de su grandeza y de su bondad. Estudiemos las obras de la Creación de que os he dicho algo anteriormente y comprenderemos su poder. Cada paso que demos en este estudio nos llenará de gratitud por su bondad, mostrándonos con qué admirable sabiduría ha apropiado todo a nuestra naturaleza. Desearía, amigos, que estuviéseis versados en las ciencias; os sentiríais sobrecogidos de admiración al ver cómo todo se liga y se encadena en este mundo hasta el punto que, cambiada una cosa, sería necesario cambiar todas las demás.

—Aunque yo no soy un sabio, exclamó Tomás Ravaud, he comprendido bien en la otra reunión la belleza de las cosas de que en ella se habló; pero hay muchas cuya utilidad no comprendo y desearía ver explicada.

—Ese deseo de saber es muy laudable, Ravaud, y por otra parte es fácil satisfacerlo, leyendo algunos trabajos en que el estudio de la Naturaleza y mil otras materias están puestos al alcance de todos. Las bibliotecas populares suministran esos libros que a todos os recomiendo consultéis, eli-

giendo bien las lecturas que os sean más convenientes.

—Por desgracia, señor, continuó Ravaud, yo no sé leer y me veo privado del gusto de hacer esas lecturas. Desearía una explicación que me ayudase. No encuentro que todo esté bien arreglado en el mundo, y, por ejemplo, considero que la tierra es demasiado dura para los que la trabajan.

—Yo también la encuentro dura, Ravaud; mas no conviene que sea de otro modo. Cada cosa debe estar apropiada a sus diferentes usos. Si la tierra fuese más ligera se trabajaría con mayor facilidad; pero no podríamos construir habitaciones; porque no reposarían sobre un fundamento sólido. Ni aun los árboles vivirían; el menor viento bastaría para echarlos por tierra.

—Es verdad, señor Dupré. Esa explicación me enseñará que debo ser menos quejumbroso.

—También he oído quejarse a Marcial y a Vicente: al uno porque consideraba penoso extraer la piedra y al otro porque encontraba muy duro el hierro para trabajarlo.

—Es verdad, dijeron a una los dos nombrados.

—Aún podría agregar a Benito Roussel que, al cortar sus árboles en el bosque, interrumpe muchas veces sus canciones para quejarse.

—He hecho mal, lo confieso; peró, aunque tengo brazo robusto, los árboles son a veces muy duros para mi hacha.

—Lo creo, Benito; sin embargo, esa no es razón para creer que la Providencia ha hecho mal las cosas. Si el hierro de Vicente no fuere tan duro, ¿podría sin romperse cavar la tierra, extraer la piedra de Marcial o cortar los árboles de Benito? Y si la piedra no tuviera tanta solidez, ¿podría

servir para la construcción de nuestras casas? Y si la madera de vuestros árboles no fuese tsn resistente, ¿cómo serviría para las habitaciones a para los variados usos a que se la destina? Véis, por estos ejemplos, que somos injustos acusando a la Providencia, sin fijarnos más que en nosotros mismos y muchas veces sólo en el momento presente. Así, en el estío nos quejamos del calor y olvidamos que es necesario para que maduren nuestras cosechas; en el invierno murmuramos contra el frío que da tiempo a la tierra para preparar los jugos que alimentan la cosecha siguiente y al cultivador el reposo que necesita para soportar los trabajos del estío. Y, por otra parte, esas alternativas de las estaciones, esas intemperies y esos rigores que excitan las quejas de algunos, son precisamente lo que procura a otros el trabajo que los hace vivir. Si pudiera pasar revista a todo lo que existe en el mundo, os haría ver que una multitud de cosas que os chocan, son indispensables a vuestra existencia. En el curso de nuestras conversaciones, tendré sin cesar ocasión de haceros notar la armonía de las leyes providenciales que rigen en el mundo material y el social.

—Concibo, dijo Passemard, la utilidad de este arreglo; pero no veo su necesidad. Puesto que Dios es omnipotente, podía adoptar otro.

—Sin duda, todo podría estar arreglado de otra manera en el mundo; esto sólo depende de la voluntad de Dios. Pero la posibilidad que tiene de hacer las cosas de diversos modos no debe disminuir en nada el reconocimiento por lo que ha establecido. ¿Y qué deducir, amigos míos, de esa armonía, sino que todo ha sido hecho para el hombre? Esto es lo que nos prueba más y más el es-

tudio de la Naturaleza y el de nosotros mismos.

—Me parece, sin embargo, que todo no es bueno en la tierra, objetó con aire de mal humor Jarland, a quien su situación poco cómoda hacía ver el mal en todas partes. ¿Consideráis como beneficios las enfermedades, la peste, el hambre, las tempestades, las inundaciones y todas las calamidades; sin contar los animales que atormentan al hombre o atacan sus bienes?

—Jarland, aun todas esas cosas de que habéis hablado tienen una grande utilidad para el hombre y muchas veces hasta para el que sufre a consecuencia de ellas. Además, gran parte de nuestros males es sólo el resultado de las faltas de los hombres, que podrían sustraerse de ellos o prevenir sus efectos con una conducta mejor o con más previsión. También, lo que es un azote para algunos individuos, llega a ser frecuentemente un beneficio para países enteros; tales son las borrascas que purifican la atmósfera y traen lluvias bienhechoras. Lo mismo sucede con una multitud de cosas de que nos quejamos; las unas son un estímulo para el hombre, le impulsan a hacer uso de sus facultades; las otras desenvuelven el instinto de sociabilidad que Dios ha puesto en él, establecen relaciones de benevolencia y sana amistad y dan lugar a la práctica de las virtudes. Hasta ahora hemos prescindido de otro punto de vista de que trataremos después y desde el cual todas estas cosas que llamáisc alamidades son verdaderos beneficios. Todo ha sido criado con relación al hombre.

Gagelin, dijo entonces, tratando de embarazar a Dupré:

—Convengo en que todo ha sido hecho con rela-

ción al hombre y que esas cosas están tan bien combinadas que para cambiar una sola sería indispensable cambiar todas las demás. Esto no puede ponerlo en duda ninguno que reflexione. Pero habéis dicho que las cosas están dispuestas para la felicidad del hombre. Entonces, ¿cómo conciliar esta idea con los males que encontramos a cada paso?

—Y sobre todo, agregó Leonardo, ¿cómo conciliar la idea de la justicia divina con el espectáculo que se ofrece a nuestra vista: el triunfo de los malvados y el sufrimiento de muchos buenos?

—De un modo muy sencillo, Leonardo, dándonos cuenta de la naturaleza del hombre y de su condición en la tierra. Pero antes de tratar esta cuestión, permitidme que responda al descontento que el buen suceso de los malvados excita en muchos espíritus. ¿Por qué, se dice, los malvados triunfan en muchos casos en el mundo, mientras que los hombres de bien fracasan en tantas ocasiones? ¿Esto os sorprende? Los malvados son generalmente finos, hipócritas y emprendedores, al paso que los hombres de bien son a menudo tímidos, irresolutos y lentos. He aquí una primera causa de triunfo a favor de los primeros; pero hay otra más importante. Los malvados tienen a su disposición los medios que pueden emplear los hombres de bien y, además, todos los injustos e infames a que un hombre honrado no recurriría por ningún precio. Tienen quizás diez caminos para hacer fortuna, mientras que el honrado tiene uno sólo. Unicamente me asombro de una cosa y es de que no obtengan más suceso. Pero dime, Leonardo, ¿querrías enriquecerte de este modo?

—No, por cierto. Os doy las gracias por esa explicación tan sencilla en la cual nunca había pensado. Sin embargo, es doloroso ver que el malvado prospere.

—Es sensible, lo confieso; con todo, esto no sucede tantas veces como se cree. Se nota la prosperidad de los malvados porque el escándalo hace ruido, y no se cuenta a los que se arruinan, porque entonces desaparecen.

De los que prosperan por el trabajo, por la inteligencia o por otra causa de esta naturaleza no se hace mención, aunque son los más numerosos, porque esto se encuentra dentro de la regla. Con todo, hay malvados que prosperan, es incontestable, y me preguntáis cómo se puede conciliar este hecho con la justicia y la bondad de Dios.

Pero, amigos míos, ¿no es esto la mejor prueba de la existencia de otra vida? Puesto que Dios es soberanamente poderoso, como lo atestigua la Creación, debe ser y es soberanamente justo y bueno; y como tal no ha podido tener la intención de hacer a los buenos víctimas de su misma virtud. Si permite el triunfo de los malvados en este mundo, es porque se reserva para castigarlos en otra vida en que recompensará a los buenos por todo lo que hayan sufrido en la tierra. Veamos cuál es la naturaleza del hombre.

El hombre no es como el animal irracional, un ser que sólo obedezca a instintos. Es un ser inteligente que tiene, como nos lo prueba la diferencia de conducta de los individuos, la libertad de hacer o de no hacer las cosas, y una voluntad para determinarse. Y ya que es inteligente y libre, es decir, que puede distinguir entre el bien y el mal y que tiene libertad para elegir, la alta justicia de Dios

ha establecido penas para los que obran mal y recompensas para los que practican la virtud. Por otra parte, la razón, de acuerdo con la religión, nos muestra que Dios si ha establecido, como se ha dicho, en otra vida, penas y recompensas, debemos merecerlas por nuestra conducta en ésta. La vida terrestre es, pues, una prueba cuya recompensa está en el cielo. ¿Cómo tendríamos derecho al premio, si no estuviésemos en el caso de merecer o de desmerecer? Y aquí notad la bondad de Dios. Aun cuando la tierra no es más que un lugar de tránsito, la ha adornado magníficamente y la ha apropiado a nuestras necesidades. Dándonos la inteligencia ha embellecido de mil maneras nuestra vida. Cuando examinemos las relaciones del hombre con la sociedad, veremos también cuántos recursos nos ofrece para mejorar nuestra posición y veremos que esos recursos crecen cada día con los progresos que la sociedad hace en la civilización. Los esfuerzos de las generaciones pasadas van aprovechando a las siguientes. La suerte de nuestros abuelos ha sido mejor que la de sus antecesores, la nuestra vale más que la de nuestros padres, y para los que nos sucedan, entrevemos un porvenir mejor aún.

—Estoy convencido de esta verdad, dijo entonces Buquet, y esa esperanza me sostiene. Cuando pienso que con mi trabajo llegaré a ahorrar a mis hijos una parte de las dificultades que he encontrado, recobro un ardor nuevo y reflexiono que si yo ejecuto un trabajo pesado mientras que otros lo tienen más suave, es porque ellos han recibido fortuna de sus padres, al paso que los míos no me han dejado nada. Sin embargo, si me parece natural que los que tienen medios para vivir no trabajen como yo,

esto no me explica las diferencias. Comprendo que Dios castigue a los malos y recompensa a los buenos; pero no comprendo por qué su justicia no coloca a todos los hombres en condiciones semejantes. Así, unos tienen, como yo, numerosa familia que alimentar, otros sólo tienen uno o dos hijos o ninguno, como, por ejemplo, Duroure.

—¡Oh!, amigo mío, exclamó Duroure, no me envidies porque no tengo hijos. Si estuvieras en mi lugar, sabrías cuánta desgracia es no tenerlos. Desearía verme obligado a trabajar diez y seis horas al día, teniendo en cambio hijos que me dieran en la vejez algún consuelo, en vez de la soledad que espero.

—No creáis, señor Duroure, que he dicho esto por envidia. Aunque mis hijos me impongan más trabajos, una sola de sus caricias me compensa con exceso de lo que por ellos hago. Hartas veces os he compadecido. Pero, como decía, señor Dupré, unos tienen muchos hijos y otros pocos o ninguno; unos son débiles, otros fuertes; algunos hay que salen mal en sus empresas, otros que en todo prosperan. ¿Hay en esto justicia? ¿Por qué sucede así?

—Preguntas dos cosas: la justicia y la causa de estas diferencias; a las dos responderé. Cualquiera que sea el modo como se considere ese arreglo, todo se presenta ordenado de un modo conveniente cuando dirigimos nuestras miradas hacia el cielo. La desigualdad que existe en el mundo se compensa con la justicia que se ejerce en la otra vida. La perspectiva de una felicidad sin fin nos ayuda a soportar el peso de algunos días de fatiga y de pesar.

Esa perspectiva nos es por otra parte necesaria a todos, ricos y pobres, porque todos tenemos pe-

sares y males que sobrellevar; todos tenemos una parte en las pruebas de la vida. Todos nos quejamos de nuestra suerte y deseamos una mejor. Cuando no tenemos nada deseamos lo necesario; cuando contamos ya con lo necesario, deseamos lo superfluo, y cuando gozamos de lo supésfluo, deseamos aún porque está en nuestra naturaleza desear siempre. Las cosas que más nos han interesado, una vez que las poseemos, no llaman nuestra atención; las desdeñamos para suspirar por otras que desdeñaremos también.

Esta inmensidad de deseos es una nueva e indudable prueba de la inmortalidad del alma. Hay en ella un vacío inmenso que nada en la tierra puede llenar; siento en mí una aspiración perpetua hacia una felicidad sin límites, de la cual, la mayor del mundo, es sólo débil imagen. Mi alma me parece una desterrada que suspira por un bien eterno, por las delicias de la patria ausente. Espero, pues, y todos debemos esperar, llenos de confianza en la bondad de Dios, que, al poner en nosotros deseos que el mundo es impotente para satisfacer, no haya querido condenarnos a un tormento sin fin, el de desear, sin gozar, de vislumbrar la felicidad sin poder alcazarla.

Paso ahora a la otra cuestión que se ha propuesto: ¿por qué existen diferencias entre los hombres?

La razón de esta diferencia, amigos míos, consiste en que el hombre es un ser sociable, es decir, hecho para vivir con sus semejantes. Su destino es la sociedad y ahí únicamente puede adquirir el desarrollo de sus facultades. En efecto, en la sociedad es donde el hombre encuentra el empleo de sus diversas aptitudes y en donde sus sentimientos

de benevolencia tienen ocasión de manifestarse. Para que esos sentimientos se desarrollen y lleguen a ser el lazo de unión entre los hombres, es indispensable que tengan necesidad los unos de los otros a fin de que se presten mútuamente servicios. Era necesario, en una palabra, que hubiese en este mundo fuertes y débiles, grandes y pequeños, pobres y ricos. Después tendré ocasión de explicaros las ventajas de la sociedad y veréis así el encadenamiento que en todo existe.

Amigos míos, hemos hablado ya de Dios y examinado, aunque muy a la ligera, su admirable creación en que todo está encadenado y sometido a un plan maravilloso. Hemos visto después que el hombre, como inteligente y libre, puede eligir entre el bien y el mal, haciéndose por tanto merecer de premio o de castigo. La bondad de Dios se nos ha manifestado en todas partes; ya que nos ha puesto en la tierra para probarnos, nos la ha embellecido y nos ha dado medios para que podamos marchar por buen camino hacia la patria de las almas: el cielo. Hemos manifestado que nuestra alma es inmortal, y de todas nuestras observaciones se deduce, como lo sabéis, que el fin del hombre no puede ser otro que conocer, amar y servir a Dios para merecer por ese medio la felicidad eterna. Esto es lo que nos dice el catecismo y lo que la misma razón nos indica. Ahora, expuestos los antecedentes, debemos pasar a ocuparnos de otro orden de ideas relacionadas con las anteriores. Necitamos hablar de la regla de conducta.

—Dime, Vicente, ¿crees que haya una regla de conducta?

—Sin duda, señor, para todo hay reglas.

—Efectivamente. Todos los seres de la Crea-

ción están sometidos a reglas. Los astros recorren considerables distancias para llegar siempre a un punto en días fijos; las flores nacen, crecen y caen periódicamente.

Y el hombre no tendrá ninguna norma de conducta, él que la necesita más que los otros seres pues que, pudiendo hacer el bien y el mal, se vería continuamente expuesto si no tuviera a qué atenerse! Eso es absurdo. Dios que ha dotado al alma de tantas facultades no la ha dejado sin regla; pero esta regla no es como las otras. Dios, por su infinita bondad, hace comprender al hombre lo que es bueno y lo que es malo, según la norma segura que al efecto ha dado; mas para conservar la nobleza del hombre, le deja su libre albedrío, esto es, la facultad de conformarse o no con ella. Esta regla tiene por consiguiente respecto de las otras una notable diferencia: las últimas no pueden infringirse, aquella sí. A pesar de la regla, siempre subsiste la libertad humana.

Lo que importa sobremanera es determinar esta regla para que podamos marchar en armonía con ella, cumpliendo sus prescripciones. Mas no creáis que este punto es muy difícil. El fin del hombre es el bien, Dios. Todas sus facultades, todas sus aspiraciones le conducen a ese fin. ¿Cuál debe ser entonces la norma de su conducta? No hay que dudarlo: la voluntad divina, la voluntad del supremo bien que no puede engañarse ni engañarnos. Arreglándonos a esa voluntad, jamás incurriremos en falta alguna y llegaremos a obtener el bien perfecto, que es el fin del hombre.

—Yo no tengo necesidad de esa regla, exclamó Gagelin, para saber cómo debo conducirme. Mi interés me lo indica mejor.

—Tened cuidado. Vuestra certidumbre bien puede muchas veces no ser más que una ilusión. Entendámonos. Si decís que la norma de nuestras acciones debe ser el interés bien comprendido, esto es, el arreglo de nuestra vida a la voluntad divina para alcanzar a Dios que es nuestro fin, estamos perfectamente de acuerdo. Si al decir que vuestro interé os indica lo que debéis hacer, queréis indicar con esto que generalmente vuestro interés está de acuerdo con nuestro deber, es decir, que, cumpliendo nuestro deber, servimos casi siempre a nuestros intereses, también convengo con esto. Me considero feliz en poder expresar desde ahora a todos los que me escuchan que el mejor medio de hacer lo que es útil, es cumplir el deber y ejecutar lo que la moral y la religión ordenan. Este será un nuevo motivo para admirar la bondad de Dios que ha dispuesto tan bien las cosas en este mundo.

Pero si queréis fundar sobre el interés particular la moral pública y privada, permitidme que no sea de vuestra opinión. Demasiadas veces consideramos como nuestro interés no lo que nos es útil sino lo que nos agrada. Gustamos ante todo de las comodidades y del placer, y arrastrados por la pasión, sacrificamos sin cesar nuestros verdaderos intereses al placer del momento. Si adquirimos, pues, la costumbre de tomar a nuestro interés como guía de las acciones, nos exponemos a dañarnos gravemente, engañándonos acerca de lo que consideramos como interés.

Esta doctrina colocará también a los hombres en el mayor embarazo. Si el interés es la regla de conducta, como casi siempre se hace consistir en lo que agrada, no sé de qué base partir en mis re-

laciones con los demás hombres: lo que a uno agrada a otro no gusta del mismo modo. La moral variará por consiguiente con la manera de juzgar que tengan los hombres acerca de lo que les es útil o agradable: habrá tantas morales como individuos.

Además, la moral de cada individuo variará también de un día a otro, porque lo que hoy encuentra agradable, mañana le parece incómodo. Os doy las gracias por esa moral que depende del capricho: me gusta más la de la religión y del deber, que, como se ha explicado, es una misma para todos los hombres.

Y sin indicaros que la moral se opone a veces a lo que consideramos como nuestro interés, pero que no lo es si lo miramos con relación a Dios, me basta hacer notar a dónde conduce ese sistema. ¡Cuántos cáclulos exige! Trato de averiguar mi interés de todos modos; sin embargo siempre quedo expuesto a no comprenderlo bien. En vez de hacer una cosa que me sea útil, sucederá casi siempre que, por no haber considerado el hecho bajo todos sus aspectos, haga otra que me dañe. Con la moral de Dios pasa lo contrario. Arreglándome a sus preceptos siempre alcazaré la felicidad eterna. El deber pone así la felicidad en mis propias manos.

—Estoy satisfecho, señor Dupré, dijo Gagelin. No hay moral más pura que la del Evangelio.

—Además, Gagelin, no somos sólo nosotros, pobres de talento, los que creemos en los preceptos de la moral cristiana. Los más grandes genios de los tiempos antiguos y modernos, han tenido las mismas ideas. No citaré a San Pablo, a San Agustín y a los demás Padres de la Iglesia, cuyo saber y profundidad se admiran todavía; no ci-

taré tampoco a Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Fray Luis de Granada y muchas otras lumbreras de la Humanidad. Basta recurrir a los últimos tiempos en que los genios más grandes e imparciales, Leibnitz, Newton, Cuvier, Balmes, o valientes capitanes, como Turena y mil otros, han manifestado su adhesión a la moral y a la religión. Si estos genios, ante los cuales se inclina con respeto la frente de los sabios y de los guerreros de todos los países, han creído en lo que la religión nos invita a creer, no nos consideremos humillados por admitir lo que ellos admitieron.

Hay, es verdad, en la religión, como también las hay fuera de ella, algunas cosas que no comprendemos; pero no debemos asombrarnos de que así sea. En el mundo físico estamos rodeados de misterios; ¡qué extraño es, pues, que los haya en las cosas divinas! Lo que nos impide creer no son los misterios sino las pasiones. Renunciemos a ellas, y entonces nos será fácil cumplir con las prescripciones de la moral cristiana, la cual consiste en el arreglo de nuestros actos a la voluntad divina para encaminarnos hacia nuestro verdadero fin: la dicha eterna.

—Tenéis razón, exclamaron muchos de los oyentes.

—Haced que vuestros actos guarden armonía con vuestra creencia. Pero veo que os he detenido largo tiempo y creo ya conveniente terminar. En la reunión próxima hablaremos de algunos de nuestros deberes.

CONVERSACION TERCERA

Deberes para con Dios

Las palabras de Dupré habían hecho nacer en los concurrentes a las conferencias, deseos de instrucción que trataron de satisfacer con prontitud. Desde el día siguiente, el maestro Raymond tuvo que contestar a más preguntas que antes, la escuela de adultos se vió más frecuentada, y la biblioteca popular puso en circulación muchos libros que hasta entonces sólo habían tenido escasos lectores. Todos los que visitaban la biblioteca hacían consultas a Raymond acerca de las lecturas que deberían elegir y aprovechaban así la experiencia de este buen maestro, no exponiéndose a leer libros dañosos que muchas veces caen en manos de los que no tienen prudencia para hacer la elección o consultarla, y los pervierten. Aun algunos que no sabían leer fueron a buscar libros para hacer que sus hijos se los leyesen.

Sin embargo, no todos los habitantes de Mirebeau siguieron este ejemplo; hubo algunos que continuaron asistiendo a la taberna y al café, pero se encontraron con un número de compañeros mucho menor. Era evidente que las palabras del doctor iban ejerciendo una poderosa influencia sobre las costumbres. Passemard y Basset, cuyos intereses pecuniarios estaban en oposición con el cambio, se decidieron a luchar contra el doctor y conociendo que no les era posible vencerlo con

el razonamiento, pensaron en recurrir a las sátiras, aprovechando todas las circunstancias favorables que se les ofrecieran. Con nuevo vigor se preparaban para atacarle en las reuniones sucesivas en que debía tratar cuestiones muy importantes.

Esta malquerencia no pudo impedir, sin embargo, que Dupré, al entrar a la sala en el día designado para la reunión siguiente, fuese recibido por los concurrentes con señaladas manifestaciones de gratitud y aprecio. El doctor, para corresponder a estas manifestaciones, no encontró otro medio mejor que explicar desde luego a los asistentes las relaciones del hombre con Dios, que consideraba, y con razón, como la base de todos los deberes. Estaba convencido de que indicando las obligaciones que tenemos para con Dios hacía un gran bien a los vecinos, y, deseoso de realizar su idea, principió en los siguientes términos:

—En la última reunión hemos hablado de la moral en general; pero como es necesario determinar las diversas clases de deberes que tiene el hombre, nos ocuparemos de esta determinación durante algunos domingos. En resumen, todos nuestros deberes lo son para con Dios. Este Supremo Ser es el que nos ha dado la norma de conducta y nos ha ordenado, para nuestro propio bien, que marchemos con arreglo a ella. Cualquiera infracción es por consiguiente una falta contra Dios, ya sea que la infracción tenga lugar en nuestras relaciones con el mismo Dios, ya que se verifique en las que tenemos con los demás hombres o en los deberes para con nosotros mismos. No obstante, como hay algunos deberes que se dirigen al Ser Supremo como objeto inmediato, estos son los que se llaman directos para con Dios: los otros

se denominan indirectos. Indiquemos por ahora los primeros.

A fin de comprender la naturaleza de los deberes directos para con Dios, nos basta ver a la ligera lo que es El y lo que somos nosotros. Criaturas hechas por su admirable poder, que le debemos la continuación de nuestra vida en cada instante, dotados de inteligencia y de otras facultades que nos embellecen, viajeros a quienes se nos ha prometido al fin del camino, si marchamos bien, la gloria eterna, debemos, sin duda, dirigir nuestra alma hacia Dios, que nos ha ennoblecido tanto, debemos creer en El, amarle, obedecerle y adorarle.

Nuestra misma alma, la Creación entera, nos están indicando que debemos creer en Dios. Nuestra existencia implica la suya. Hemos probado que Dios ha sido el creador de cuanto existe, ¿cómo no hemos de creer en El?

Creyendo en Dios, tenemos una vida llena de esperanzas; todo se presenta más hermoso y consolador. Si en la tierra derramamos algunas lágrimas, se secarán en la otra vida para que gocemos sin fin del Supremo Hacedor, en la existencia del cual hemos creído. El ateo jamás podrá encontrar un placer verdadero. Suponedlo rodeado de fausto y deslumbradora opulencia, siempre tendrá un vacío inmenso, no podrá saciar ese deseo de inmortalidad y de dicha completa que en el alma existe. En medio de los placeres efímeros de su existencia, jamás podrá desechar la imagen de la nada.

El catecismo nos dice en seguida que el hombre ha sido creado a fin de que ame a Dios. Después de haber estudiado sus obras, ¿cómo podemos dejar de amarle? Sería necesario que fuésemos

mónstruos de ingratitud para que no amáramos al que nos prodiga sus dones en todos los días de nuestra vida y que vela sin cesar sobre cada uno de nosotros.

Amigos, he notado que muchos os quejáis continuamente, y aun cuando he dicho algo sobre este punto en conversaciones anteriores, me propongo todavía agregar más. Desearía que desapareciera esa costumbre tan contraria al amor que debemos a Dios, y al efecto estoy dispuesto a responder a las preguntas que me hagáis para esclarecer vuestras dudas. Gran parte de esas quejas proviene de que pensamos sólo en nuestro cuerpo y olvidamos al alma. En lo que nos acontece vemos el mal que sufre el cuerpo y no el bien que resulta para la parte espiritual de nuestro ser. No los separemos en adelante y concedamos al alma una parte muy considerable de la atención que damos exclusivamente al cuerpo.

—Pero, señor, dijo Leonardo, ¿no debemos ocuparnos del cuerpo para conservarlo en buen estado? No podemos nada sin él.

—Sin duda, Leonardo, debemos cuidar de nuestro cuerpo. ¿Para qué nos ha impuesto Dios la obligación del trabajo? Para proveer a nuestras necesidades materiales. Dios está, por consiguiente, muy lejos de exigirnos que lo descuidemos; pero ¿somos razonables en todos lo que hacemos por el cuerpo, objeto de nuestras predilecciones? Casi todos nuestros actos tienen por objeto la satisfacción de sus necesidades o de sus goces, y en cada instante los goces que queremos procurarle le son dañosos por el abuso que hacemos. Buscamos el reposo, mas, entregándonos al descanso, nos abandonamos a la molicie y atentamos contra

nuestra salud por la falta de ejercicio. Tenemos necesidad de comer para vivir; pero frecuentemente sobrepasamos los límites y los excesos nos ocasionan serias enfermedades. ¿Qué son en efecto casi todas las que sufrimos? El resultado de nuestros excesos o de nuestra imprudencia: excesos en la comida y en la bebida, excesos en el placer, excesos en el descanso, excesos en el trabajo, pues por ambición o por imprudencia, trabajamos a veces más de lo que permiten nuestras fuerzas.

Las enfermedades que provienen de imprudencia no son menos numerosas; he aquí algunas de las causas: permanencia en lugares húmedos y malsanos, baños tomadas a destiempo, habitaciones en que no dejamos entrar el aire ni la luz, modo de vestirnos contrario a las leyes de la higiene, falta de precaución en casi todo lo que hacemos, corrientes de aire. No acabaría, si quisiera enumerar todas las circunstancias en que nos enfermamos por nuestra falta. Las enfermedades ocasionadas por causas de esta naturaleza son muchas más que las que resultan de accidentes involuntarios.

—Entonces, dijo Andrés, ¿por qué se ha hecho nuestro cuerpo de tal modo que tantas cosas puedan causarle enfermedades o hacerlo sufrir?

—Andrés, voy a contestar a tu objección con una pregunta. Dime: si nuestro cuerpo no fuera sensible al dolor, ¿podría serlo al placer?

—Es verdad, señor, nunca había pensado en esto. Conozco que he hablado sin reflexión.

—Véis, amigos míos, que suprimir el dolor sobre la tierra, es suprimir el placer y toda la felicidad que podemos gozar. Voy, en esta ocasión, a haceros notar cuánto mayor es el bien que el mal

que hay en el mundo, por una admirable disposición de la Providencia. En efecto, el bien es en una infinidad de circunstancias, un don gratuito de Dios. Gozamos de él, en la vista de la Naturaleza, en el aire que respiramos, en el sol que nos alumbra, en el dulce calor que nos envía, en la frescura de los bosques, en el perfume de las flores, en el sabor de los frutos y en todos los dones que se nos conceden gratuitamente; gozamos en la multitud de comodidades y de placeres que nos procuramos con el auxilio de la inteligencia, que es también un don de Dios; gozamos, en fin, en nuestro corazón que Dios ha hecho sensible a los placeres de la amistad, y por medio del cual encontramos tanta dulzura y encanto en la sociedad de nuestros parientes y amigos.

El bien, lo véis, se presenta en todas partes sin que tengamos necesidad de hacer esfuerzo alguno para gozarlo. Además nuestra inteligencia lo aumenta cada día. El mal, por el contrario, salva la obligación del trabajo, que tampoco es siempre un mal, pues una vida ociosa sería de un fastidio mortal, el males las más veces voluntario y, como acabáis de notarlo, depende de nosotros eximirnos de él con cuidado y prudencia. Dejemos, amigos míos, de ser injustos para con Dios y no digamos que el mal predomina sobre el bien.

Jarland, que deseaba a toda costa echar sus desgracias sobre Dios o sobre los hombres, no quiso dejar perderse esta oportunidad y exclamó: ¿Cómo, pretendéis, señor Dupré, que todos los males que nos afligen, nos suceden por faltas nuestras? ¿Acaso proviene de mi culpa que el fuego haya quemado la mitad de mi habitación, que una enfermedad haya ocasionado la muerte de mis dos

bueyes, que mi carretón se haya roto matando a mi caballo, y que la muralla de mi quita haya caído matando también a mi vaca? ¿No es esto una fatalidad?

—Mi querido Jarland, no habría tomado a vos ni a nadie por ejemplo, pero puesto que ya os habéis citado voy a responderos. Sin duda no ha provenido directamente de vuestra culpa el incendio de la mitad de la casa, pero vuestro hijo no la habría incendiado si hubiese estado en la escuela, si no se hubieran dejado fósforos a su disposición y si le hubiéseis hecho perder la costumbre de tocarlo todo. También se habría evitado la enorme pérdida que os ha ocasionado el incendio de la habitación si hubiéseis tenido la prudencia de asegurarla, como os lo aconsejé muchas veces. Vos no habéis deseado ciertamente la enfermedad de los bueyes y de la vaca, pero, ¿por qué os habéis obstinado en dejar al lado de vuestra casa, a pesar de las reprensiones del señor Gobernador, ese pantano infecto que por la humedad que producía ha hecho perecer vuestros bueyes, y después, con sus infiltraciones, ha minado el suelo, destruído la muralla y ocasionado la caída que causó la muerte de vuestra vaca? Vos tampoco habéis hecho pedazos el carretón y muerto el caballo; pero ¿por qué dejásteis en tan mal estado la entrada al patio y por qué, cuando se encontraba en ese estado, cargásteis tanto el carretón? ¿Podéis decir ahora que no ha habido falta por vuestra parte en esos accidentes?

Jarland, confundido, no se atrevió a responder. Dupré, para llamar hacia otra parte la atención de los concurrentes, prosiguió su explicación:

—No niego que hay males que afectan al hombre

a pesar de los esfuerzos que haga para evitarlos. Algunos como las tempestades, las inundaciones, los temporales, las epidemias, son los más temibles porque aflijen a poblaciones enteras. Otros, como las enfermedades accidentales, son casos fortuitos que a veces nada podría impedir. Pero estos males son pruebas que Dios nos envía para premiarnos si de ellas salimos triunfantes. ¿Por qué razón podemos quejarnos?

—Me parece, sin embargo, dijo el anciano Frapin, que no habéis hablado de la vejez y de las enfermedades que la acompañan. Este es un mal que no tiene cura.

—Con intención no he hablado de este punto, Frapin. La vejez no es un mal accidental, es la consecuencia de la duración de la vida del hombre. ¿No deseáis todos vosotros vivir hasta viejos?

—Lo deseamos, exclamaron casi todos los asistentes.

—Tenía, pues, razón en no contar a la vejez entre los males, y aquí permitidme que os haga una observación a la ligera. Aun los más desgraciados desean vivir.

La vejez está acompañada de enfermedades que colocan al hombre en la imposibilidad de trabajar; pero, notadlo bien, la vejez no es el tiempo del trabajo, es el del descanso. No es tampoco una cosa excepcional y fortuita; es, por el contrario, una situación regular y en vista de la cual debemos prepararnos. Si somos previsores, laboriosos y económicos en la juventud y en la edad madura, adquiriremos recursos para esa época. Si algunos accidentes o desgracias nos lo impiden, la sociedad nos ofrece abrigo.

La vejez es para todos los hombres, no sólo para

los pobres, un pensamiento que los preocupa durante su vida. La perspectiva de esa época y el deseo natural de tener recursos, cuando sea difícil adquirirlos con esfuerzos propios, es un grande estímulo. Dios, al mismo tiempo que ha impuesto el deber del trabajo, ha dado al hombre la fuerza suficiente para que lo sostenga; esa fuerza es la idea del porvenir.

El hombre, en efecto, no es como el bruto que sólo trata de satisfacer las necesidades actuales. El hombre, juntamente con el cuerpo, tiene una inteligencia que lo estimula para que vaya atendiendo a las necesidades futuras. A esa inteligencia debemos los grandes descubrimientos que han mejorado la condición humana, cambiando la faz de la tierra.

Los males de que hemos hablado son una invitación perpetua de la bondad de Dios para que empleemos las facultades más bellas de nuestro ser; las enfermedades que amenazan al cuerpo son un llamamiento a la prudencia, a la sobriedad y a la temperancia; aun la vejez es lo más propio para excitar nuestra previsión. Estos males sin compensación, si consideramos únicamente al cuerpo, tienen una grande utilidad desde que miremos en el hombre un ser moral.

Si sólo hubiera en la tierra accidentes muy raros, todos los que sobreviniesen nos afectarían como un mal inesperado, y no podríamos sacar de ellos lección alguna que nos fuese provechosa. Pero felizmente no sucede así: los mismos accidentes se renuevan, y al verlos reproducirse en idénticas circunstancias, nuestra atención se despierta y tomamos precauciones para evitarlos. Reconocemos que ciertas acciones tienen tales inconvenientes,

que ciertas circunstancias producen tales o cuales resultados, e inmediatamente, aprovechando las lecciones de la experiencia, nos alejamos de los males, que eran antes más frecuentes. Así, por ejemplo, en los países en que la instrucción está más desarrollada, la duración de la vida ha aumentado mucho.

Excitada por la necesidad, la inteligencia del hombre ha hecho mil conquistas. El temor del hambre, que en otro tiempo azotaba la tierra con más frecuencia que ahora y de un modo mucho más desastroso, lo ha impulsado con ardor al trabajo. Ha cultivado nuevos terrenos, ha perfeccionado el cultivo, ha descubierto nuevas plantas y ha ido a buscar a grandes distancias alimentos antes desconocidos o desdeñados que aseguran su abastecimiento a una población más considerable. Gracias a estos esfuerzos provenientes de la necesidad nos encontramos en una condición muy superior a la de nuestros antepasados y la de nuestros descendientes será mejor todavía. Si hasta los que llamamos males son un estímulo tan poderoso para el hombre a fin de que mejore su condición, ¿cómo no hemos de amar a Dios que lo ha dispuesto todo con tan admirable bondad?

Indicado todo esto no tenemos necesidad de probar que el hombre debe obedecer y adorar a Dios. El ha criado el mundo, manifestando un poder inmenso; puede disponer de nosotros en cada instante de nuestra vida; su autoridad es superior a todas las autoridades; debemos, pues, obedecerle, y reconociendo su grandeza, prosternarnos ante El y adorarle.

Estos cuatro deberes primordiales, que para con Dios tenemos, se refunden en uno solo: el amor.

Si amamos a Dios seguiremos siempre su voluntad y cumpliremos así todos nuestros deberes, pues su voluntad no quiere otra cosa que el bien. Amaremos a los demás hombres como hechura de su poder y nos amaremos a nosotros mismos, cumpliendo con las prescripciones morales y religiosas, para poner en obra el bien a que su voluntad se dirige.

Basset, veía con dolor el giro que había tomado la conversación ya que debía disminuir el número de concurrentes a su taberna. Cegado por su interés, creyó que éste era el momento favorable para hacer una objección y se atrevió a decir:

—Puesto que hacer el bien es el mejor modo de servir a Dios no tenemos, por consiguiente, necesidad de escuchar lo que nos dicen los sacerdotes. Según ellos no es posible servirle sino estando siempre en la iglesia.

—Váis un poco ligero, señor Basset. El mejor medio de servir a Dios es practicar el bien; sin embargo, no es bastante. ¿Probaríais el amor que tenéis a vuestro padre obedeciendo su voluntad, pero sin darle ninguna muestra de ternura y de respeto? No, sin duda. Asimismo, nosotros debemos también manifestar a Dios que le amamos, darle las gracias por los favores que nos concede y cumplir en fin los preceptos religiosos, rindiéndole el culto debido, que es una parte de la religión.

—Pero, señor, replicó Basset, ¿tengo necesidad de ir a la iglesia para dirigir mis súplicas a Dios? El, que lo puede todo, que lo sabe todo y que está presente en todas partes, oye nuestras súplicas sin que tengamos necesidad de ir a dirigirlas a la iglesia.

—Es verdad, señor Basset, que Dios está pre-

sente en todas partes, aun en vuestra taberna en donde ve lo que pasa. Lee nuestros más secretos pensamientos en el fondo de los corazones, a pesar del velo con que tratamos de cubrirlos; oye nuestras súplicas cualquiera que sea el lugar en que nos encontremos. Pero si amamos realmente a Dios y le dirigimos con sinceridad los votos, ¿por qué rehusamos hacerlo en presencia de nuestros hermanos reunidos? El hombre tiene el deber de tributar a Dios tanto culto interno como externo. Sin el primero, el culto externo sólo consistiría en actos insignificantes que no tendrían su fundamento en la creencia; sin el segundo, el culto interno se extinguiría con facilidad. Por otra parte, ya que de Dios hemos recibido alma y cuerpo, es muy justo que también por medio de este último, manifestemos nuestro reconocimiento. Las prácticas de todos los pueblos están de acuerdo sobre este punto: todos han manifestado sus creencias por medio del culto externo. Este es un deber que tenemos para con Dios y los hombres.

—Y ¿qué importa a los hombres, replicó Basset, que yo me dirija a Dios en particular o en público, con tal que no les haga daño?

—Les importa más de lo que pensáis, Basset. No tributando culto a Dios públicamente hacemos dudar de nuestros sentimientos y privamos a nuestros semejantes del ejemplo que estamos obligados a darles.

—Pero, ¿necesita Dios de nuestros homenajes?, preguntó a su vez Passemard.

—No, sin duda. Dios no tiene necesidad de nuestros homenajes; pero, nosotros necesitamos hacer oración y rendírselos.

La oración es saludable al hombre, despierta en

él el sentimiento de sus deberes. Ocupado en proveer a sus necesidades, estaría expuesto a olvidar las obligaciones que le impone su calidad de hombre, si de tiempo en tiempo, ciertas prácticas religiosas no le hicieran volver sobre sí mismo. Además, la oración es indispensable al hombre, porque Dios le ha ordenado que ore y porque en ella pide al Ser Supremo alivio en sus necesidades y fuerzas para seguir marchando, o le da las debidas gracias por los beneficios que de su bondad recibe.

Dirijamos nuestra vista sobre la Creación y no podremos dejar de creer en Dios, de amarle, obedecerle y adorarle, tributándole los debidos homenajes interior y exteriormente. De otro modo incurriremos en la innoble falta de ser ingratos, e ingratos para con Dios.

CONVERSACION CUARTA

La sociedad y sus ventajas

Después de los deberes para con Dios, el doctor Dupré creía conveniente explicar las obligaciones que emanan de las relaciones de los hombres entre sí; pero, como entre los oyentes había muchas personas poco instruídas, juzgó necesario indicarles previamente el origen de la sociedad y las ventajas que de ella resultan. Para llenar su propósito principió en los siguientes términos:

—Amigos, en nuestra última reunión hemos hablado de los deberes que tenemos para con Dios, deberes cuya infracción nos hace incurrir en la torpe falta de los ingratos y de los ingratos para con el Ser que nos prodiga a todas horas sus beneficios. Hoy nos ocuparemos, aunque a la ligera, de la sociedad, a fin de que examinemos después los deberes que como miembros de ella nos afectan.

El hombre, ¿ha sido creado para que permanezca sin lazo alguno de unión con sus semejantes? De ninguna manera. Su organización física, sus facultades intelectuales, todo lo impulsa hacia la sociedad. Un hombre solo es un ser que se considera incompleto: necesita de una voz amiga que lo consuele en sus pesares, de padres que los crien en la niñez y le enseñen a marchar por el sendero del bien, de compañeros que le proporcionen los variados útiles que no podría adquirir con su tra-

bajo propio. En todos los tiempos y en todos los climas las tendencias del hombre a vivir en sociedad son muy marcadas, y no puede suceder de otro modo desde que en ella encuentra el desarrollo y aplicación de sus facultades.

¿Qué es una sociedad? Es una reunión de individuos que viven juntos en un territorio más o menos extenso, que tienen comunidad de intereses, aun cuando estén dedicados a ocupaciones diversas, que se prestan mútuamente servicios y cambian entre sí el producto de su trabajo. Pues bien, en todas partes se encuentran sociedades organizadas y constituídas sobre las mismas bases: la necesidad de que los hombres se auxilien recíprocamente y cambien sus servicios. En todas partes, unos trabajan la tierra y viven en los campos que cultivan, otros ejercen las industrias de todas las clases y se reunen generalmente en poblaciones a fin de tener a su alcance los objetos que sus industrias exigen. Hay unos que venden, otros que compran y otros que se ocupan en buscar lo que se produce en un lugar para transportarlo a donde se necesita. En todas partes el hombre trabaja y dispone del fruto de su trabajo; en todas partes hay leyes para darle seguridad.

—Sí, exclamó Gagelin, pero esas leyes varían considerablemente.

—Como los hombres defieren entre sí, replicó Dupré, hay grandes y pequeños, fuertes y débiles, buenos y malvados, incapaces e inteligentes, activos y perezosos, y sin embargo, en el fondo, el hombre es siempre el mismo, organizado de la misma manera, dotado de las mismas facultades, aunque en grados diversos. Siempre el hombre nace, vive y muere, bebe, come, trabaja y des-

cansa, es decir hace lo que constituye la vida humana. Así también, en toda sociedad se encuentran los mismos elementos fundamentales; las diferencias sólo son ligeras modificaciones que no cambian la esencia de la sociedad, como la diversidad de aptitudes y de caracteres no cambia la naturaleza del hombre.

Si en todos los puntos de la tierra, el hombre se reune siempre en sociedad, esto sólo bastaría para probar que es impulsado hacia ella por su inclinación; pero todo nos demuestra la misma verdad, su naturaleza moral y física, sus aptitudes particulares y sus instintos generales. Hay en él inclinaciones afectuosas y benévolas, disposición para amar y buscar a sus semejantes, sentimientos en fin de todas clases que sólo pueden encontrar su satisfacción en la sociedad. Por otra parte, se notan en los individuos diferencias de aptitud intelectual y de fuerza física esencialmente favorables a la existencia de la sociedad.

Así, unos tienen fuerza muscular y pueden ejecutar los trabajos más pesados; otros, incapaces de dedicarse a un trabajo penoso, se distinguen en los que exigen delicadeza y gusto, otros, en fin, dotados de talento, se entregan al cultivo de las ciencias y de las artes, hacen los grandes descubrimientos a que la civilización debe sus progresos y conciben los planes que ejecutan los brazos cuya dirección está a su cargo. Todo encuentra empleo en la sociedad, y fuera de ella sólo puede ejercitarse la fuerza material.

La sociedad tiene también su fundamento en la familia que es su imagen y en la cual cada uno concurre al bien general desempeñando sus ocupaciones particulares. La familia es una reunión

de individuos, unidos tanto por la afección y las necesidades, como por los lazos de la sangre. La sociedad, a su vez, es una reunión de familias unidas por su comunidad de interes para cambiar servicios. Es una necesidad de la naturaleza humana que el hombre y la mujer se asocien con lazos permanentes; es igualmente de necesidad para sus hijos vivir con ellos a fin de gozar de su protección. La familia es así una asociación en que los sentimientos más nobles se satisfacen y, desarrollándose en la serie de las generaciones, puede alcanzar a formar una tribu o una nación en que la semejanza de los hábitos y costumbres de todos los miembros recuerdan su origen común.

El matrimonio, lazo de la familia, llega a ser de este modo el primer lazo de la sociedad, lazo hermoso y durable como conviene que lo sea la unión del hombre y de la mujer para cuidar de los hijos cuya infancia es delicada y se prolonga por largo tiempo.

—He oído, dijo Buquet, que a algunas personas les gustaría que el matrimonio fuese un convenio por cierto tiempo. Pero esta idea me choca. ¿Quieren hacernos semejantes a las bestias que se unen para abandonarse y no reconocerse después?

—Te felicito por esa indignación que hace honor a tus sentimientos; mas tranquilízate. Algunos insensatos han podido tener la idea de esa monstruosidad que no se practica ni entre los salvajes, pero el desagrado universal ha hecho luego justicia.

—Tanto mejor, señor Dupré. Sin duda esas gentes no habían tenido hijos.

—Tienes mucha razón. Esos hombres no podían conocer el amor a los hijos. Teniéndolos no

habrían hablado de esa manera, no habrían despreciado ese sentimiento enérgico y puro que junto con la necesidad son los lazos de unión en la familia. Ese sentimiento lucha con todos los obstáculos que se le oponen, da fuerza al hombre para que soporte las fatigas más rudas y hace desaparecer el egoísmo humano hasta tal punto que los padres ejecutan en favor de sus hijos lo que no harían para sí mismos.

Hemos visto, amigos míos, que las necesidades materiales e inmateriales de los hombres son el fundamento de la sociedad, y que ellos se reunen para satisfacerlas más fácilmente. Ahora vamos a examinar si obtienen el objeto que se proponen. Hay desde luego un hecho bien comprobado que basta por sí solo para que se pueda contestar afirmativamente. Este es el número de hombres que viven en una misma extensión de terreno en el estado salvaje y en el de sociedad. La experiencia demuestra que los hombres se multiplican en todas las partes en donde pueden vivir. Pues bien, en los países salvajes no se ha encontrado nunca más de un habitante en cada dos kilómetros cuadrados a consecuencia de la escasez de los alimentos. Por consiguente, esto nos manifiesta que si los hombres no se multiplican más es porque con ese género de vida la tierra no puede alimentar mayor número.

En los países civilizados, por medio del cultivo de las tierras, de la mejora y crianza de los animales y de todas las artes de la civilización, la población puede crecer hasta tal punto que haya por término medio mucho más de cincuenta habitantes en cada kilómetro cuadrado; es decir, que la misma extensión pueda alimentar cien veces

más habitantes. En nuestro departamento hay un poco menos, pero en toda la Francia hay más de sesenta y cuatro habitantes por kilómetro, y cuando sea mejor cultivada aún podría alimentar fácilmente el doble.

—¿Y por qué no está mejor cultivada?, exclamó Jarland, que siempre encontraba ocasión de culpar a los otros. Si el Gobierno estimulara más a la agricultura, se alimentaría mayor número de hombres y todos seríamos más felices.

—Un instante, Jarland; no confundamos dos cosas tan distintas como el Gobierno y la sociedad que, por otra parte, nada tienen que ver con este asunto. Hace largo tiempo que se ha dicho y enseñado cómo debe cultivarse la tierra para que produzca más, y los agricultores inteligentes han adoptado buenos procedimientos en muchos países. Si no se practican en todas partes es porque imponen trabajo, hacen necesarios ensayos y estudios a fin de conocer lo que conviene a las tierras, y se encuentra más cómodo continuar lo que se ha hecho siempre aun cuando se vean los buenos resultados de las mejoras.

En fin, terminando esta pequeña digresión a que me ha llevado la interrupción de Jarland, pasemos a tratar de las ventajas de la sociedad.

—Os confieso, señor Dupré, dijo entonces Benito Roussel, leñatero, que yo no veo bien cuáles son las grandes ventajas que saco de la sociedad cuando estoy cortando árboles en el bosque.

—Vas a verlo, Benito. ¿Por qué ocupas tus días en cortar árboles?

—Para ganar mi vida.

—Bien, pero sin la sociedad y sin las industrias a que da origen, ¿qué harías de tus árboles? Si

la leña que cortas te da con qué vivir, es porque en la sociedad hay personas que necesitan esa leña y te pagan para que la cortes, y porque con el dinero que te dan en pago compras lo que te hace falta. Si no hubiera sociedad no encontrarías a nadie que te pagara y a nadie a quien pudieras comprar. ¿Qué harías para vivir?

—Haría otra cosa.

—Tú no atiendes a que si no hubiese sociedad organizada, te verías obligado a proveer directamente a tus necesidades. Tendrías que trabajar tu campo, sembrar tu trigo y cosecharlo; después sería necesario que dejases tu campo para moler el trigo, amasar tu pan y cocerlo. En seguida sería necesario que abandonases ese trabajo, un día para hacer tus vestidos, otro para reparar tu casa o construirla. Pero para hacerte vestidos necesitarías cultivar cáñamo, recoger lana, preparar ese cáñamo y esa lana, hilar uno y otro y transformar el hilo en género. ¿Cuántos trabajos tendrías que hacer antes de obtener cuero para zapatos?

Esto no es todo: deberías fabricar también tu arado y todos tus instrumentos de agricultura, los útiles para construir tu casa, tu lecho, tu mesa, tu banco, tus ollas, todos tus muebles y utensilios. Deberías ser a la vez agricultor, herrero, albañil, tejedor, carpintero, sastre, zapatero y ¿qué sé yo?, o más bien no serías nada de eso. Tu vida se pasaría entre una multitud de ocupaciones diversas, perderías tu tiempo en los cambios de un trabajo a otro. Tu existencia sería como la del salvaje, sin un momento de descanso y careciendo de todo.

—Tenéis razón, dijo Benito.

—Ves por esto cuánto provecho sacas de la sociedad. Mientras que te ocupas en los bosques en

cortar árboles, cantando y sin pensar en nadie, el agricultor cultiva el trigo que debes comer, el molinero lo muele, el panadero lo cuece, el pastor vigila las ovejas de las cuales se saca la lana que será transformada en género para que Miguel te haga tu vestido. A fin de que puedas cortar tranquilamente los árboles, el albañil y el herrero están a tus órdenes para que los ocupes, el especiero va a buscar a todas partes la sal, el aceite y el vinagre que necesitas para condimentar tus alimentos. Todos trabajan para que tú puedas ocuparte en las selvas y en los bosques.

—Veo que todo eso es muy cierto, señor Dupré.

—Pero, señor doctor, dijo Gagelin llevado de su deseo de hacer objecciones, no podéis negar que al lado de esas ventajas, la sociedad presenta muchas inconvenientes.

—Nunca he dicho lo contrario, Gagelin. Desde que tengo el gusto de conversar con todos vosotros, he repetido muchas veces que las cosas tienen un lado bueno y otro malo. La sociedad está sometida a esa condición como todas las cosas humanas; está compuesta de hombres que no son perfectos y por consiguiente tampoco puede ser perfecta. Los hombres entran en ella con sus pasiones, y naturalmente debe sufrir por esas pasiones. Sin embargo, ya que no hay nada tan útil como formarse una idea axacta de las cosas, ¿podríais precisar los inconvenientes que encontreis en la sociedad?

—Me será muy fácil. Desde luego, la sociedad, poniendo a los hombres en contacto, da ocasión para que se desarrollen sus faltas y da origen a delitos y crímenes que no se cometerían sin ella. Si no existiera la sociedad, no habría bribo-

nes ni usureros, no habría robos ni asesinatos.

—Eso es incontestable, Gagelin; no se puede dañar a vecinos que no se tiene, y donde no hay cosa alguna que poder tomar, nada se roba.— Gagelin, viendo que había dicho un disparate, se mordió los labios. Dupré prosiguió luego:

—Pero yo exagero, Gagelin, como vos habéis exagerado. Ese estado de separación absoluta no ha existido jamás, y no podréis concebirlo sino en el caso de un hombre arrojado por accidente en una isla desierta, como Robinson. Fuera de este caso, el hombre tiene por lo menos una familia, y la Escritura Santa nos enseña que en la primera familia Caín mató a Abel. Véis por consiguiente que no hay necesidad de que los hombres estén reunidos en sociedades numerosas para que sus pasiones se manifiesten: existen en el corazón y en todas partes encuentran oportunidad para ejercitarse.

El hombre no está jamás enteramente separado de sus semejantes; el instinto de sociabilidad se manifiesta en él en todos los grados de la barbarie. Suponedlo tan salvaje como queráis, siempre se reune en hordas, en tribus. En ese estado, la ignorancia de conocimientos agrícolas y la dificultad de encontrar alimentos en cantidad suficiente obligan a los hombres a desparramarse en pequeño número en un territorio muy extenso, los puntos de contacto son tan escasos como es posible, y sin embargo las pasiones humanas se manifiestan también en él. ¿Qué digo?, en el estado salvaje es en donde aparecen en todo su violencia. ¿No sabemos que el hombre no civilizado es cruel y feroz hasta tal punto que devora a sus semejantes y

que el más fuerte mata al más débil para apoderarse de sus despojos?

En ese estado, que con razón se llama de barbarie, las pasiones toman el carácter más vergonzoso; las inclinaciones son abyectas, las costumbres groseras; los sentimientos mismos de la naturaleza se pervierten; la mujer es una esclava y una bestia de carga que ejecuta los trabajos más penosos. Muchas veces el padre da muerte al hijo recién nacido, que no sabe cómo alimentar, y el hijo mata a su padre anciano o enfermo para desembarazarse de una boca inútil. ¿Es este, Gagelin, el estado de inocencia que pretendéis oponer a la corrupción de la sociedad?

—Pero, señor doctor, al señalar los vicios que se manifiestan en la sociedad, no he querido hacer el elogio del estado salvaje. Mi único objeto ha sido decir que la sociedad hace más frecuentes los crímenes, multiplicando las ocasiones.

—Veamos si lo que decís ahora es exacto. A medida que los hombres aumentan, la sociedad se complica, las riquezas y las comodidades son más numerosas, las relaciones de los hombres, son más continuas y por consiguiente las tentaciones deben aumentar. Podrán cometerse más robos; pero, ¿no sucederá que el número de los objetos robados sea proporcionalmente mucho menor que en el estado de barbarie en donde las sustracciones son más escasas porque no hay casi nada que sustraer? La razón lo indica así.

Además, en una sociedad civilizada el robo es prevenido y perseguido de todos modos por la vigilancia de los magistrados; en el estado de barbarie se hace a cara descubierta, a mano armada. En cuanto a los asesinatos, no creo necesario de-

ciros que la civilización los va haciendo cada día menos numerosos; pues que también cada día protege con más eficacia la persona y los bienes de los individuos. La civilización ha dulcificado las costumbres; ha restituido a la mujer sus derechos, haciéndola igual al hombre y descargándola de los trabajos penosos; protege a la viuda y al huérfano y ha quitado al padre el derecho de vida y de muerte que el hombre de los tiempos bárbaros creía tener sobre su familia. Si la sociedad, en su perfeccionamiento sucesivo, no suprime las pasiones, porque no puede cambiar el corazón humano, al menos las debilita y sobre todo reprime sus efectos por el apoyo tutelar que presta a todos sus miembros.

Veamos ahora cuáles son los motivos porque se reunen los hombres en sociedad y si obtienen el objeto que al hacerlo se proponen. Investigando los hechos que han dado origen a la sociedad y prescindiendo del instinto natural que hay en el hombre a vivir con sus semejantes, podemos afirmar que los motivos principales que lo han impulsado son la necesidad de defender sus derechos y el deseo de aumentar sus goces.

Los derechos fundamentales del hombre son los que tiene a la conservación de su vida, de su libertad y de su fortuna. Pues bien ¿no vela la sociedad para que estos derechos se respeten? ¿No se arma con todo su poder para defender al oprimido y castigar al opresor? Inútil es comparar las garantías del individuo en el estado de barbarie y en el estado de sociedad; en aquél está expuesto a los caprichos del más fuerte y debe soportar su voluntad por grandes que sean los perjuicios que le infiera; en éste hay siempre un

poder protector que vela sobre los oprimidos.

Si queremos ahora averiguar cuántas son las ventajas que la sociedad ofrece a sus miembros aumentando sus goces, no tenemos más que recurrir a las relaciones de los viajeros que han visitado las islas de la Oceanía, en algunas de las cuales subsiste aún el estado de barbarie. Según ellos, los individuos sólo tienen por habitación una choza en que penetran el aire y el agua, por vestido una jerga grosera, por utensilios un arco y algunas flechas, por comida un alimento precario expuesto a las contingencias de la caza o de la pesca. He ahí la riqueza y la vida del hombre reducido a sus recursos propios y sin el socorro de sus semejantes.

¡Ah!, no podemos negar que el hombre en sociedad obtiene los objetos que lo han movido para asociarse.

—Sí, respondió Leonardo, sería insensatez desear el estado salvaje a pesar de la libertad de que en él se goza.

—¿Y qué libertad, Leonardo? La de morir de hambre cuando la pesca ha sido mala y la caza infructuosa, sin que nadie dé ayuda para esperar un tiempo más favorable; la de ser despojado por otro más fuerte sin que ningún brazo se levante para defendernos; la de sentirse sin apoyo y sin protector, y de vagar en vastas soledades sin encontrar una mirada amiga, no viendo otros hombres que los concurrentes que nos disputan el venado tras el cual marchamos. Salva la posibilidad de vagar cuando el cuerpo está lleno, ¿cuál es la libertad del salvaje? Tal libertad no es más que una espantosa esclavitud. En ese estado el hombre es esclavo de sus pasiones, que la educa-

ción no reprime, es esclavo de las estaciones, esclavo de todas las fuerzas de la Naturaleza que él sólo es impotente para superar: su vida está expuesta diariamente a merced de la casualidad. ¿Es esta la libertad querida de que acabas de hablar? Yo, por mi parte, prefiero la sumisión a leyes que conozco y que son siempre benévolas y tutelares para el hombre que las respeta.

Si en la sociedad existen algunas desigualdades es porque tienen su origen en la Naturaleza misma. La sociedad trata de destruirlas a medida que se perfecciona y tiende día por día a igualar las ventajas de que los hombres gozan en su seno. Sólo deja subsistente una desigualdad y es la de los talentos que ella no puede dar y de los cuales todos recogemos más frutos que aquellos a quienes Dios se los ha concedido.

—Pero, señor Dupré, dijo Leonardo, si en el estado de naturaleza los hombres no son iguales en los dones del cuerpo o del espíritu, tienen por lo menos un derecho igual a las producciones que la Naturaleza ofrece con tanta liberalidad.

—Sí, es verdad, tienen derecho a las yerbas de que la tierra se cubre espontáneamente, pero no al trigo, que en ninguna parte crece sin cultivo; a los frutos ásperos y salvajes que dan los árboles silvestres, pero no a los frutos sabrosos que producen especies perfeccionadas; al pescado que pueden tomar, y a la carne de los animales que cazan, mas no a la de los que el hombre cría ahora cuidadosamente. A eso se reducen los decantados derechos sobre todas las producciones que la tierra suministra. ¡Ah!, me olvidaba: también tiene el derecho de vestirse con las hojas de los árboles o con los despojos de los animales que ha podido

matar, y el de albergarse bajo las enramadas o en las grutas y cavernas de que llega a apoderarse el primero. Tal es el estado de naturaleza con las grandes ventajas que asegura; lleva a una miseria de que no tenemos idea en nuestros países civilizados. Es probable que el menaje de un obrero laborioso y frugal sea superior al de un príncipe africano, dueño absoluto de la vida y de la libertad de millares de salvajes que viven en ese estado a que se querría que volviésemos.

—Nadie tiene esa intención, dijo Leonardo; sería una insensatez.

—Sin duda, nadie tiene esa intención; nadie querría ni se atrevería a aconsejar que volviésemos a semejante estado de cosas; mas ahí nos conduciría infaliblemente un cambio en la constitución actual de la sociedad, si la miseria espantosa que ese cambio produciría no obligara luego a los hombres a seguir la marcha natural. Aprendamos a prever las consecuencias de los cambios y, antes de proponerlos, veamos a dónde conducen.

Los sufrimientos de Robinson Crusoe que vivió desamparado en una isla, manifiestan las ventajas que de la sociedad sacamos. Por muy triste que sea la situación en que nos encontremos, nada es, comparada con la de Robinson en su isla, careciendo de todo, entregado a sus fuerzas y obligado a proveer únicamente por sí a sus necesidades. Grandes y útiles auxilios le prestó la cooperación de un hombre no más, tan destituido como él de recursos. Y, sin embargo, Robinson no estaba privado de todos los socorros de la sociedad, puesto que había salvado del naufragio, pólvora, un fusil, un hacha, un cuchillo,

cordeles, tablas, hierro y provisiones para vivir mientras alcanzaba el resultado de sus esfuerzos. Tenía además en su soledad otro tesoro social que descuidamos siempre: sus ideas, sus recuerdos, su instrucción, su experiencia, en fin. Abramos los hojos a la luz y reconozcamos que en la sociedad la suma de los goces que toca a cada uno de sus miembros, es muy superior a la que podría procurarse sólo por sus esfuerzos propios.

Entre las comodidades que pueden obtenerse en la sociedad, el rico tiene mayor parte que el pobre. Pero, ¿qué prueba esto? Sólo que es ventajoso ser rico, y por esta causa todos deseamos serlo. Tanto en el estado salvaje como en el de civilización, es agradable ser fuerte, hábil, tener buen alimento y buen vestido. Deseemos la riqueza y hagamos esfuerzos para alcanzarla, pero no seamos injustos con la sociedad.

Los ricos no forman una clase en la cual no nos sea lícito introducirnos. Todos podemos pretender la comodidad y la riqueza por medio del trabajo y sobre todo del talento, de la previsión, del orden, de la economía y de las buenas oportunidades que Dios nos envía, con tal que sepamos aprovecharlas. Sin embargo, no seamos demasiado ambiciosos; aspiremos al bienestar, que llegaremos a alcanzarlo, si trabajamos con perseverancia; después nuestros hijos tendrán más comodidad y nuestros nietos más todavía, porque, como lo véis vosotros mismos, fuera de algunas fortunas extraordinarias que se notan porque son excepciones, la riqueza en las familias es siempre la obra de muchas generaciones. Lo que importa sobre todo es comenzar.

Aun cuando me encuentro en una situación

desfavorable para hablaros en este sentido, pues, no obstante que haya gran número de personas mucho más ricas que yo, puedo ser considerado como tal en comparación con algunos de vosotros, con todo voy a citaros un ejemplo. Mi abuelo era un pobre cultivador de esta aldea que, a fuerza de trabajo y de prudencia, dejó un corto haber a sus hijos. Mi padre que siguió sus huellas murió dejando mayores bienes, y yo, por mi industria, he aumentado lo que heredé de mis ascendentes. Del mismo modo habéis visto elevarse en el país las familias de Bertrand, de Ravaud, de Duroure y de muchos otros que podría citar. Habéis visto decaer, por el contrario, a familias conocidas antes por sus riquezas; han caído gradualmente en la escasez, en la pobreza, en la miseria. ¿Y cómo ha sucedido esto? Por disipación o por pereza. Algunos han sido desgraciados, pero todos han agravado su posición por errores o imprevisión.

—Cedo ante esas razones que no podría contestar, dijo entonces Miguel. La sociedad procura a todos los hombres sin distinción ventajas inmensamente superiores a todas las que podrían obtener en el estado de separación, pero no puede dar la riqueza a todos y principalmente a los perezosos y a los disipadores. Sin embargo, ¿no deberían los Gobiernos interesarse especialmente en la suerte de los que son menos favorecidos por la fortuna y que tienen más necesidad de que se les dé auxilios.?

—¿Y no lo hace así, Miguel? No hablaré de todos los trabajos de utilidad pública emprendidos por los Gobiernos, como puentes, caminos, canales, puertos, ferrocarriles, que nos ayudan tanto a

hacer nuestros negocios y que aprovechan sin duda a los ricos como a los pobres; pero de los cuales, éstos, como que son más numerosos, sacan más ventajas. Basta que cite algunos de los establecimientos creados para mejorar la condición de la clase pobre de la población; tales son los hospitales, los hospicios, las casas de refugio, las de huérfanos, los montes de piedad, las cajas de ahorros, las cajas de previsión, los seguros sobre los bienes y sobre la vida, las sociedades de socorros mutuos y muchos otros. En fin, ¿no se establecen en todas partes escuelas para que el pobre reciba gratuitamente la educación, que lo salva del vicio, y con la educación la instrucción, que le permite hacer mejor uso de sus facultades y sacar partido de todos los recursos que la sociedad pone a su disposición? Decidme, ¿la educación y la instrucción, distribuídas con generosidad, no son el mejor medio que la sociedad podía emplear para disminuir las desigualdades que existen naturalmente entre los hombres?

—Eso es incontestable, dijo Gagelin.

—Notad bien, amigos míos, prosiguió el doctor, que la desigualdad se hace sentir mucho más cruelmente fuera de la sociedad. En el estado salvaje, los hombres están reducidos al empleo de sus fuerzas físicas, y como todos deben entregarse para vivir a los mismos trabajos, la diferencia natural de las fuerzas constituye una diferencia enorme en los goces que pueden procurarse. El estado social, al contrario, tiene necesidad de todas las fuerzas de sus miembros, cualesquiera que sean; hace llamamiento a todas las facultades, a los dones más diversos, a los del alma como a los del cuerpo. Cada uno encuentra ocupación proporcio-

nada a su fuerza o a su debilidad, y la sociedad emedia así, en cuanto es posible, la desigualdadr natural de los hombres.

No nos quejemos, pues, de la desigualdad que existe en el mundo. Hay ricos: tanto mejor para ellos y para vosotros. Si fueran pobres como vosotros, ¿seríais por esto más felices? No; seríais más pobres, como os lo explicaré después. Amémosnos los unos a los otros como hermanos y miembros de una sociedad, a la cual debemos mucha parte de nuestra felicidad.

CONVERSACION QUINTA

Deberes sociales (1)

—En la última reunión hemos tratado de la tendencia natural que impulsa al hombre a vivir con sus semejantes, de la constitución de la sociedad y, aunque a la ligera, de las ventajas que por medio de ella se obtienen. No creo necesario insistir sobre esas materias: basta que nos consultemos a nosotros mismos. Nuestro corazón está sediento de amor; nuestra inteligencia necesita la asociación para manifestar con fruto sus concepciones. Somos por naturaleza expansivos, y para desarrollarnos, nos es indispensable que haya padres que crien y eduquen, maestros que enseñen, amigos que participen de nuestro placer y nos consuelen cuando el dolor nos aflije, gobernantes encargados de dirigir y administrar los intereses comunes, sociedad en fin.

Las explicaciones hechas hasta aquí sobre la sociedad son, sin embargo, muy incompletas, pues que nada hemos dicho de los deberes que tiene el hombre como ser que vive en relaciones con sus semejantes. Esta es la tarea de que nos ocuparemos hoy, tratando con la separación conveniente las obligaciones para con la sociedad en general,

(1) Al tratar de esta materia, como de algunas otras de la parte moral, he seguido principalmente las teorías expuestas por Don Ramón Briseño en su «Curso de Filosofía moderna». El Manual de Rapet es muy incompleto.

para con la nación, para con la familia y para con los individuos respecto de los cuales estamos ligados por relaciones particulares.

Tonos los hombres tenemos un fin, todos hemos recibido de la mano de Dios un alma y un cuerpo, todos necesitamos de socorros recíprocos para marchar por el sendero de la vida con descanso y placer, todos debemos desarrollar nuestras facultades para alcanzar la verdad. ¿Por qué no hemos de avanzar unidos? ¿Por qué no se ha de suplir por unos lo que a otros falta? Esta organización de los hombres y la identidad del objeto tras del cual caminan, hace muy razonable y conveniente la fraternidad, fraternidad no sólo de los que tienen relaciones estrechas entre sí, sino también de toda la especie humana, sin distinción de razas ni de lugares.

Hubo un tiempo, por desgracia demasiado largo, en que se hizo diferencias entre los hombres según el lugar del nacimiento y se concedió a unos derechos que a otros se negaban, considerándolos como de naturaleza inferior; pero estas ideas van desapareciendo ya de casi todo el mundo civilizado y principalmente de los países en que impera el cristianismo; porque la razón da a conocer la identidad de todos los hombres entre sí y la necesidad de que se unan. Ya sea que el nacimiento tenga lugar en las fértiles llanuras de la América o en los ardientes arenales del Africa, el hombre es un ser que tiene un destino sagrado, que necesita contar con la independencia para obrar, y que debemos respetar y amar para ser á nuestra vez respetados y amados.

De esta relación de todos los hombres entre sí resultan deberes y derechos recíprocos variados

que se refunden en el amor. El amor lo comprende todo. Si amamos a nuestros semejantes veremos siempre en ellos hermanos a quienes debemos ayudar, los consolaremos en sus pesares, los salvaremos de los peligros en que se encuentren, los estimularemos con el ejemplo de la virtud, los consideraremos finalmente como viajeros que marchan junto con nosotros por un mismo ramino que debe llevarnos a Dios.

Los principales deberes que tenemos para con los hombres en general y que, como hemos dicho, se refunden en el amor, pueden explicarse con estas dos sabios máximas: *No hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo los demás;* y *haz con los otros hombres lo que quieras que contigo hicieren.* La primera de estas dos máximas comprende los deberes de respeto y de justicia, la segunda se refiere más especialmente a los de amor o de caridad, y con arreglo a las dos debemos ser indulgentes con las faltas ajenas, benéficos para con los desgraciados, verídicos en nuestras acciones y palabras, amigos de la equidad en todas nuestras relaciones y transacciones, generosos en el perdón de las injurias, respetuosos a la dignidad del hombre y ante la autoridad de los gobernantes encargados de dirigir los intereses comunes. Tales son las bases sobre las cuales debemos cimentar nuestra conducta para alcanzar la fraternidad universal y cumplir nuestros deberes respecto de todos los hombres. Si algún necesitado os pide limosna para remediar su escasez, cualquiera que sea su nacionalidad, mirad en él sólo al hombre, al hermano que padece; pensad en vosotros mismos y ved si os gustaría que aliviaran vuestra miseria.

—Bien, señor, exclamó Honorio Buquet, eso es lo que manda y enseña el corazón.

—Pero no siempre lo que se practica, añadió Leonardo Dubois; porque todavía hay pruebas manifiestas de que desgraciadamente algunos no piensan del mismo modo, como se ve en la existencia de los esclavos.

—Es cierto, Leonardo, que aun existen esclavos para deshonra del hombre, mas no creáis que esto proviene de que se les nieguen las aptitudes del libre, no de que se desconozca en ellos la existencia de una alma pura y noble, capaz de las más grandes concepciones. Hay interés en algunos para sostener la esclavitud; pero a pesar de todo va desapareciendo del mundo a impulsos de la civilización. Dentro de un término, quizás no muy largo, el esclavo quedará libre como lo ha hecho Dios, la dignidad humana quedará sin mancha y se podrá realizar con más facilidad la unión de todos. Entre tanto respetad vosotros siempre al hombre y amadlo: el ejemplo influye grandemente.

Prosigamos. Si fuertes son las relaciones que nos ligan con el género humano, con mayor razón las tendremos para con la patria. La circunstancia de nacer en un país al cual quedamos ligados por los recuerdos y por la familia, que nos alimenta con los frutos que produce su suelo, nos obliga a amarlo, a interesarnos en su adelanto y en su gloria, a ayudarlo con nuestras fuerzas. Y este amor no se tiene sólo en virtud del deber, el corazón lo exige. El nombre de la patria conmueve generalmente a sus hijos aun cuando no tengan bien desarrollados sus sentimientos. Si oimos encomiarla, nos alegramos espontáneamente, reclamando interiormente para nosotros una parte de esa alabanza;

si por el contrario se la vitupera, el rostro del hombre honrado palidece.

—Es verdad, señor, exclamó el maestro Raymond, es muy dulce el nombre de la patria, muy dulce vivir y morir por ella.

—El sentimiento de amor por la patria es uno de los que han dado origen a las acciones más desinteresadas y puras; uno de los que permanecen más grabados en el corazón a pesar de la ausencia y de los años. ¿Por qué han emprendido los hombres las acciones más peligrosas, sin otra esperanza tal vez que la muerte? Por vengar las injurias hechas al país en que nacieron. ¿Por qué han marchado muchas veces a lejanas tierras a reducir tribus salvajes, luchando con toda clase de embarazos, con el hambre, con el frío, con la muerte? Por difundir la religión y engrandecer a la patria. Siempre este santo nombre infunde aliento en sus hijos: el hombre que no es capaz de amarla, es también incapaz de todo afecto puro. El deber y el corazón se unen para hacer que la amemos.

La patria tiene necesidades diversas y por esto exige de sus hijos distintos sacrificios. El gobernante debe hacer que todas sus obras lleven el sello de la justicia, impulsarla por la senda del verdadero y sólido progreso; el juez dictar sus sentencias con arreglo estricto a la ley; el escritor ilustrar a las gentes con el auxilio del talento que Dios le ha dado para que alumbre y no para que pervierta, para que conduzca y no para que extravíe; el religioso visitar y consolar al oprimido, derramar en todos los corazones los consuelos de la religión y ser por sus propias obras el verdadero modelo y el más fiel cumplidor de las doctrinas que predica; el maestro un padre fiel y vir-

tuoso que enseñe a sus discípulos las ciencias y la virtud; el artesano una de las fuentes de la riqueza nacional, siempre moral y siempre activo. Todos tienen su parte en la obra del adelanto de la patria, y todos deben llenarla con fe y con vigor. A los que en la sociedad son los menos ricos les toca una parte muy crecida: el estado de la gente pobre es uno de los mejores datos para juzgar de la situación de un país.

Mas no son estas solas las obligaciones que para con la patria tenemos; no basta que sea rica de bienes materiales, es también indispensable que lo sea de virtud, y por esto debemos ayudarnos unos a otros todos los ciudadanos, con el ejemplo y con el consejo, luchar contra las pasiones y luchar hasta vencer en esa guerra que promueven contra el verdadero adelanto de la sociedad.

En tiempo de guerra no sólo al militar de profesión incumbe defender a la patria; todos sus hijos tienen el mismo encargo, todos deben ayudarla a vencer a sus enemigos, a dejar sin manchas su bandera y a sacrificar si es necesario sus vidas por la independencia nacional.

El gobernante que respeta y ama a los gobernados, el gobernado que obedece a las autoridades, el que cumple con todos los deberes que tiene para con la patria, es siempre premiado con la estimación general. Mas si no lo alcanzara, la conciencia premiaría sus trabajos.

El amor a la patria no debe estar en los labios sino en el alma, no debe manifestarse tanto por las palabras como por los hechos.

Si consideramos ahora la tercera sociedad que es la doméstica o de familia, podemos mirar al

hombre como esposo, padre, hijo, hermano, pariente, patrón o sirviente.

El matrimonio que da origen a la familia es un sacramento y al mismo tiempo un contrato por el cual el hombre y la mujer se unen para vivir juntos durante toda la vida, para amarse y auxiliarse recíprocamente y para cuidar con particular esmero de los hijos. Y antes hemos hablado de la nenecesidad de que el lazo del matrimonio sea por toda la vida y creo que vosotros me habéis encontrado razón.

—¿Y quién podrá aceptar como bueno un lazo que no sea duradero?, exclamó Honorio.

—Es muy cierto, Honorio; todo hombre que reflexione no podrá convenir en que el hombre y la mujer se unen para abandonarse, en que dejen a merced de las contingencias el cuidado de sus hijos. Esto choca a la razón. Para que haya armonía en las familias es indispensable que la unión sea perpetua.

Los esposos hacen comunes sus sentimientos, sus bienes y sus ideas. El marido, como más fuerte e instruído, debe cuidar principalmente de los intereses de la familia y ser el jefe; a la mujer, que tiene sentimientos más delicados y es más propia para las atenciones domésticas, le corresponde cuidar de la parte interior de la casa y contribuír a la paz de la familia. Los esposos deben tener esmero en complacerse legítimamente y guardarse la mayor fidelidad; pues, si alguno de ellos no la guarda, se acaba la tranquilidad doméstica y empiezan los celos con sus funestas consecuencias.

El marido y la mujer están obligados a trabajar para sustentar y mejorar a la familia; pero

hay ciertas atribuciones que desempeñan mejor uno que otro. Así, por ejemplo, si es necesario emplear en algunas ocasiones medidas un poco fuertes, esto incumbre más bien al marido que tiene más vigor y energía; si es necesario tomar alguna resolución en asunto un poco delicado, debe también consultársele porque el consejo del hombre es generalmente más desapasionado, ya que la mujer es arrastrada por la dulzura de su carácter. Mas, si se trata de algún asunto en que tenga parte la sensibilidad, si hay que volver al sendero del bien a algún hijo más desgraciado que criminal, si hay que tocar el corazón para conmoverlo y purificarlo, entonces es conveniente que obre la mujer, que tiene generalmente más corazón que cabeza. Esta es, en pocas palabras, la situación del esposo y de la mujer: aquél tiene por especial encargo pensar y trabajar, ésta trabajar y amar; aquél dirigir por el raciocinio y en caso necesario por el rigor moderado, ésta, sin encontrarse exenta de esos deberes, puede dirigir más bien conmoviendo y hablando al corazón. Tal es la grande armonía en los caracteres del hombre y de la mujer, uno completa lo que falta al otro y entre ambos forman el apoyo más sólido y más hermoso de la familia.

Luego que los esposos llegan a ser padres contraen obligaciones para con las personas a quienes han dado el ser. Deben criarlos con escrupuloso esmero, suministrarles todo lo que necesitan para vivir y desarrollarse, servirles de guía en su camino. Mas el cuidado de la crianza y alimentación no es el único a que están obligados a atender. El hombre tiene inteligencia y corazón, y los padres, por su propio bien, por el de la sociedad,

deben ilustrar a sus hijos, despertar y animar en ellos todos los buenos sentimientos. Las ideas y sentimientos que se inculcan en el alma y en el corazón del niño en la juventud y en la niñez, son casi siempre decisivas de las tendencias del hombre, o por lo menos ejercen una notable influencia en sus actos; pues no es fácil arrojarlas, mezcladas como se encuentran con los primeros recuerdos de la vida, que son tal vez los más dulces. Por esta causa debe ponerse un cuidado particular en hacer comprender al niño la necesidad de ser virtuoso, los crímenes a que da origen la falta de religión, la desesperación del alma que no sabe elevarse a Dios para buscar en El la fuente del consuelo. No basta dar lecciones, es necesario que el ejemplo de los padres estimule a los hijos y grabe en ellos esas palabras, que quedarán así unidas a sus recuerdos. La ternura de la madre puede y debe conseguir mucho del hijo en todo tiempo y principalmente en esos primeros años en que una caricia imprime mejor en el alma una lección cualquiera, que el látigo u otro castigo.

La virtud debe ser en todo caso el fundamento más sólido de toda buena educación e instrucción, y así aun cuando los padres no pueden proporcionar a sus hijos, por falta de conocimientos o por otro motivo justo, una instrucción suficiente, deben velar por el desarrollo del corazón, enseñar a sus hijos los preceptos religiosos y el modo de cumplirlos, indicarles los obstáculos que se encuentran en la vida y cómo se salvan, corregir sus defectos, investigar cuáles son sus inclinaciones.

Como la instrucción es muy conveniente, si los padres no son capaces de darla deben buscar maestros que hagan sus veces y que por su virtud me-

rezcan ser sus reemplazantes. Ahora que las escuelas son tan numerosas y que la instrucción está al alcance de todos, sería desidia muy grave en los padres no hacer que sus hijos se aprovecharan de las ventajas que la instrucción ofrece.

La vigilancia y cuidado de los padres deben también extenderse al tratamiento higiénico de los hijos, a fin de que no sufran detrimento en la salud por causas provenientes del descuido. Muchas veces se ve que por culpa de los padres, los hijos contraen enfermedades que debilitan su constitución y los hacen inhábiles aun para ganar su subsistencia en los trabajos más sencillos y que exigen menos fuerzas.

El cargo que tienen los padres es altamente delicado y grave. Reciben de Dios, niños sin fuerza y sin conocimiento del mundo, a quienes deben preservar de los vicios, ilustrando la inteligencia y purificando el corazón; están obligados a ser el modelo en que sus hijos vean la práctica de las virtudes, a ser sus mejores y más tiernos amigos, a levantarlos en sus caídas, si es que por desgracia las tienen, a velar día a día sobre sus inclinaciones para estimularlos a corregirlas, a mirarlos, en fin, como continuadores de su propia vida. Mas estos deberes tienen su compensación; y desde luego debe notarse que el hombre no necesita hacer grandes esfuerzos contra su naturaleza para cumplirlos. En el corazón se encuentra profundamente grabado el amor más ardiente y puro hacia los hijos, amor que Dios ha colocado tal vez para que sirva como el lazo de la unión más cordial en la familia. ¿Qué padre, por insensible que sea, no derrama lágrimas cuando sus hijos padecen, cuál no se interesa en sus triunfos y en sus prospe-

ridades, estimándolos como si fueran propios? En la generalidad de los casos, lo difícil no es amar, porque hasta las fieras aman, sino saber dirigir ese amor de una manera provechosa, y no dejarse llevar de la ternura irreflexiva que en ciertas ocasiones suele comprometerlo todo. Esta misma inclinación natural a amar a los hijos, que desde luego hace tan fáciles y llevaderos los sacrificios de los padres, les presenta también grandes compensaciones de sus trabajos. Una buena acción del hijo, una alabanza que de él se haga, pagan al padre largos sudores y fatigas. En ellos no existe el egoísmo. Pero si aún queréis más compensación pensad en las caricias de los hijos a sus padres: con una sola se dan por satisfechos.

—En cuanto a esto, dijo Honorio, yo os puedo dar la prueba: un beso de mis hijos me reanima y consuela; ¡son tan dulces las caricias de esos seres que nos deben la existencia!

—Estos deberes que tienen los padres para con sus hijos, continuó Dupré, son correlativos con sus derechos, pues que si están obligados a amarlos y a cuidarlos con esmero, también es muy justo que los hijos correspondan a tantos sacrificios. Formados y amados por los padres deben tributarles una gratitud viva, obedecerles, consolarlos. Cuanto hagan los hijos por ellos no será más que una compensación muy corta de sus fatigas. El hijo que no cumple con tan santas obligaciones es indigno de que se le considere como hombre, y para nada puede ser bueno en la vida. ¡Ay del hijo desnaturalizado!; llevará siempre un veneno en su conciencia, y si acaso por experiencia propia llega a conocer el sufrimiento horrible que ese abandono causa al corazón del padre, no le quedará siquiera

el consuelo de quejarse con justicia; porque recordará sus extravíos y temerá que sus hijos le echen en cara su conducta.

Los hermanos deben también amarse, conservar entre sí una fiel y tierna amistad, socorrerse en sus necesidades, tolerarse sus flaquezas como hijos que son de un mismo tronco. Para que procedieran de este modo bastaría que pensasen en el sufrimiento que ocasiona a los padres la desunión entre sus hijos. Todos los parientes tienen también el deber de amarse y socorrerse con tanto mayor esmero cuanto más inmediatos sean. Si bien es cierto que la moral exige el cumplimiento de esos deberes entre todos los hombres, también lo es que en igualdad de circunstancias ordena que se atienda con preferencia a aquellos a quienes estamos ligados por vínculos más estrechos.

Tales son las reglas principales de la organización de las familias, de cuya unión depende la armonía de la sociedad en general y, con especialidad, de la particular en que vivimos.

Entre los patrones y los criados existen asimismo obligaciones recíprocas, cuyo cumplimiento es indispensable para la tranquilidad del hogar. Los primeros deben cumplir a los segundos todas las condiciones del contrato que hayan celebrado, pagarles con puntualidad sus salarios, asistirlos en sus enfermedades, cuidar de que cumplan con los preceptos religiosos, tratarlos con caridad.

Los últimos deben, en compensación, obedecer a sus patrones en todo lo que no se oponga a la moral, cuidar de los intereses de la casa como de los suyos propios, aprovecharse de los consejos útiles que se les den y concurrir a conserva-

la armonía de la familia, no dando lugar a quejas o disgustos entre sus miembros.

Cuando los padres confían la educación e instrucción de sus hijos a otras personas, se establecen entre maestros y discípulos relaciones importantes de las cuales nacen deberes recíprocos.

El cargo de maestro es uno de los más importantes, ya que de sus leccioes, según sean buenas o malas, resulta la felicidad o la desgracia de los dicípulos, de las familias y de la sociedad. Llamados por los padres a reemplazarlos respecto de sus hijos, deben amarlos como padres, ilustrar la inteligencia con todas las buenas ideas, e inspirar al corazón las virtudes y los sentimientos más puros. La ilustración de la inteligencia y la purificación del corazón deben marchar unidas, porque sin la virtud la enseñanza será no sólo inútil sino también perjudicial. El maestro debe llevar por guía estas ideas y confirmar sus teorías con el ejemplo. Muy ingratos serían los discípulos si no correspondieran a tantos sacrificios y penosas tareas; así es que deben amar, respetar y obedecer a sus maestros, considerándolos como segundos padres; porque si de los verdaderos se recibe la existencia, a los maestros somos deudores del nacimiento de la verdad en la inteligencia y de la virtud en el corazón.

Para completar el cuadro de los deberes sociales más importantes es indispensable que recordemos las obligaciones de los amigos. «La amistad es un pacto sagrado, por el cual dos personas se obligan a compartir sus sentimientos más ocultos de placer o de pena, a corregirse sus defectos y a auxiliarse mútuamente en la carrera de la vida.» Por consiguiente, los deberes de los amigos consisten en

cumplir con estas obligaciones que contraen la inteligencia y el corazón. Los amigos deben ayudarse en todas las circunstancias de la vida, y principalmente en tiempos de sufrimientos; entonces es cuando la amistad se prueba en el crisol de la desgracia, que sólo deja brillante y pura a la amistad verdadera. Los amigos no deben olvidar jamás que se han unido para purificarse y corregirse recíprocamente y no para estimularse en sus defectos. El que protege así los vicios es un traidor y un falsario, que se brinda mientras dura el tiempo de la felicidad, pero que huye despavorido ante el aspecto de la desgracia. Sólo los virtuosos son buenos amigos.

CONVERSACION SEXTA

Deberes del hombre para consigo mismo. — Observaciones generales

Durante la quincena que siguió a la última entrevista, la agitación de que hemos dado cuenta anteriormente continuó creciendo. El trigo había alcazado en las ferias del departamento un precio bastante alto, y se temía por instantes que llegaran a realizarse los temores que las personas de previsión habían concedido desde que vieron los resultados de la cosecha. A la carestía del pan se había juntado la paralización de algunos talleres: el descontento hacía fermentar las cabezas, y, como sucede en circunstancias semejantes, muchos se obstinaban en no creer en la insuficiencia de la cosecha; porque entonces no habrían tenido de quien quejarse.

Por una ceguedad, que se nota a veces en las masas, aun respecto de las cosas más evidentes, muchos de los habitantes estaban persuadidos de que en tiempo ordinario la Francia produce más cereales de los que consume, y así aun cuando la cosecha había sido mala, persistían en creer que sobraban grandes rezagos.

La escasez, decían, no es real: los propietarios y abarrotadores guardan su trigo para hacernos sufrir y venderlo en seguida a un precio exorbitante.

Este lenguaje era significativo: parecía estar cer-

cana la época en que de la palabra se pasara a los hechos. Las mujeres particularmente se mostraban amenazantes en sus discursos, y ya en la feria del sábado, en la ciudad vecina se había visto una afluencia no acostumbrada. Los vendedores habían sido escasos, los compradores numerosos; por consiguiente el trigo había tenido una alza considerable.

Dupré conocía muy bien la influencia que ejercen las preocupaciones sobre las personas poco acostumbradas a pensar, mientras no se les hace conocer y palpar la verdad; así es que sintió un verdadero placer al recordar que, estando ya muy avanzadas las explicaciones de la parte moral, podría desde la entrevista siguiente dedicarse a disipar los errores respecto a los intereses materiales que tan acreditados estaban entre los habitantes de Mirabeau. Pero antes de terminar sus conversaciones sobre los deberes creyó conveniente dar algunos consejos, tomando en cuenta la situación.

—Amigos míos, dijo al comenzar, antes de reanudar el curso de nuestras conversaciones, permitidme que os haga algunas advertencias que me parecen útiles en la actualidad. Ayer, día de feria, había en la ciudad una afluencia de personas demasiado considerable. Más de tres cuartas partes de los que habéis ido, nada teníais que comprar; entonces, ¿a qué habéis ido?

—Hemos ido, dijo Andrés, dudando, como van todos, a ver.

—Así, amigo mío, has ido con muchos otros únicamente por satisfacer una vana curiosidad. ¿Y sabes lo que has hecho? Has aumentado con tus compañeros la inquietud, ya harto grande, que reina en los espíritus. Viendo esa multitud en

el mercado, nadie podría creer que hubiese ído únicamente *para ver*, como dices; habría pensado que concurría a comprar. Por esta curiosidad habéis hecho consentir en la existencia de necesidades mucho mayores que las que hay realmente, habéis aumentado la alarma y hecho subir el precio del trigo.

—Hemos hecho mal, lo confesamos, dijeron muchos de los asistentes.

—Vuestra conducta ha sido peor que lo que creéis, prosiguió Dupré. Aumentando el número de los asistentes, sin motivo alguno, habéis permitido a los malhechores que obrasen. Los hurtos han sido numerosos. Ya sabéis, por otra parte, desde hace muchos años, cuál es mi opinión respecto de las ferias. Os he dicho que los que tienen la costumbre de asistir a ellas sin necesidad pierden lo que han ganado, en cosas inútiles o en festejar a sus amigos, mientras que los campos o sus talleres sufren con su ausencia, adquieren hábitos de ociosidad y olvidan muchas veces hasta sus buenos sentimientos.

La curiosidad ha producido efectos muy graves. Yo he visto en París y en otras grandes ciudades turbulencias que la curiosidad sóla ha hecho muy peligrosas y largas, con gran detrimento de todos, mientras que sin ella habría bastado un solo instante para hacerlas cesar. Se oye decir que hay o que ha habido, en tal lugar, un poco de conmoción, se piensa que durará y se dice *vamos a ver lo que hay*. ¿Qué sucede? Los mal intencionados, que felizmente son poco numerosos, exageran su importancia viendo la multitud que los rodea; se creen animados y sostenidos en sus malos designios; adquieren más audacia y llevan a cabo golpes que

no habrían tenido atrevimiento ni aun para principiar, si se les hubiera dejado solos. La acción de la autoridad tiene entonces que hacerse efectiva, y como no se puede distinguir a los agitadores' quedan éstos muchas veces salvos, y son conducidos a prisión los que asistieron movidos por la curiosidad.

Guardaos, pues, amigos míos, de ir por curiosidad a los lugares en que hay agitación; no digáis: *vamos a ver.* Y si habiéndola, tenéis por necesidad indispensable que salir de vuestras casas, buscad un camino que no os conduzca al lugar del peligro. Habéis visto por el alza en el precio del trigo, que es culpa vuestra, y por los otros ejemplo que os he citado, cuán malos son los efectos de la curiosidad.

Ahora prosigamos tratando de los deberes en el orden que hemos adoptado.

En nuestras últimas conversaciones hemos hablado sobre los deberes que tenemos para con Dios, la sociedad, la patria, la familia y ciertas personas respecto de las cuales nos ligan relaciones especiales; tócanos ahora tratar de las obligaciones que debemos cumplir con nosotros mismos, y al hacerlo, podremos admirar una vez más la armonía de la Creación y de las leyes morales.

Los deberes que el hombre tiene para consigo mismo pueden refundirse, como todos, en el amor. Encargado de alcanzar un alto fin, cual es el desarrollo de sus facultades y el goce de Dios, natural es que ame ese fin, que es su felicidad eterna, y que se ame a sí mismo como encargado de alcazarlo. Explicado así el amor que el hombre debe profesarse, es natural y justo. Amando su perfección que Dios ama, ama lo que ama Dios.

¿Cómo quitarle el deseo de felicidad perfecta que su corazón ambiciona? ¿Por qué no ha de amar su perfección y el desarrollo de sus facultades? La utilidad se encuentra unida con la moral, ésta le manda que se ame, aquélla le indica que le conviene amarse. Pero desgraciadamente muchos no comprenden el amor que deben tenerse, y de aquí nace la necesidad de indicar las reglas que se dirigen contra el abuso del amor. Entremos en la clasificación.

El hombre es un ser compuesto de alma y de cuerpo, tiene facultades que desarrollar y órganos que conservar; así es que los deberes que tiene para consigo mismo son de dos clases: unos que se refieren a su alma y otros a su cuerpo.

Entre estos últimos, el que puede decirse que los comprende a todos es el de la conservación; pues que sin la existencia no hay deberes de ningún género. Es, por consiguiente, indispensable atender a la propia conservación con prudencia y cuidado; pero, como hemos dicho, este deber comprende varios. Así, por ejemplo, proporcionar al cuerpo el descanso según el trabajo, el alimento según la necesidad y el trabajo según las fuerzas, son obligaciones que es imposible dejar de cumplir sin que se interrumpa la marcha regular de las funciones del organismo. Lo que más debe evitarse para conservar las fuerzas, son los excesos; mas desgraciadamente hay en este punto un notable extravío. Muchos dedican a su cuerpo más atenciones de las que merece y se ocupan tanto en su regalo que lo acostumbran a la molicie y se imposibilitan para todo lo útil. Templanza, sobriedad, castidad y trabajo, tales son las virtudes que al par que purifican el alma, conservan perfectamente

la robustez del cuerpo. Mirad si no, y veréis en los que no las ejercen la corrupción en el alma, la palidez en el rostro, la extenuación en todos sus órganos y la degradación en el conjunto. Empleadlos en un trabajo cualquiera y quedarán exánimes con el menor esfuerzo; proponedles una especulación ventajosa, pero que exija actividad, y sufrirán los mayores embarazos, si es que por fortuna se resuelven a iniciarla. Y esto con todo es la parte más débil del cuadro: en el cuerpo de esos hombres habrá un alma sin vida, incapaz de sentimientos elevados, muerta casi para la virtud y para la sociedad, postrada en medio del fango. Sed templados y sobrios y vuestro cuerpo ágil y robusto no se resistirá a los estímulos del alma, ni prostituiréis con vuestro ejemplo el santo lazo que os une a la familia y a la sociedad. Sed castos para ser sanos, para tener un corazón puro; y trabajad, porque una vida sin trabajo es vida de fastidio vergonzoso. El que trabaja conserva sus fuerzas, adquiere una distracción útil, si es que padece, obtiene recursos para vivir por sus esfuerzos, y después de una vida útil, alcanza el reposo necesario en su vejez, debiéndoselo todo a Dios y a su empeño.

El hombre tiene, sin embargo, para consigo mismo, otros deberes más importantes que los del cuerpo; son los que se refieren a su alma: ésta es la que nos ennoblece y hace grandes, la que nos eleva hasta la contemplación de la verdad y la práctica de la virtud. Dotada como se encuentra de tres facultades esenciales, *sensibilidad, inteligencia* y *voluntad,* nuestras obligaciones guardan relación con estas tres facultades. La *sensibilidad* se nos ha dado para satisfacer las necesidades animales

y para fomentar el desarrollo de las facultades superiores; por consiguiente debemos dirigir bien nuestros sentidos para encontrar la verdad, aprovecharnos de ellos de manera que no nos induzcan a formar conceptos falsos, emplear los oídos para instruirnos y no para escuchar a los que nos equivocan o nos corrompen, servirnos de la palabra en objetos útiles, sin pervertirla; en general ordenar nuestra sensibilidad de modo que sólo recibamos impresiones legítimas que nos conduzcan a la verdad.

El pensamiento debe también arreglarse a fin de que encontremos la verdad. La instrucción, la meditación y la observación ayudan poderosamente al entendimiento para que marche rectamente, y como auxiliares poderosos, debemos emplearlos con celoso empeño. «El hombre no es más que una caña, dice Pascal, pero piensa. Para aplastarlo, no es menester que se arme el universo entero, pues un vapor, una gota de agua, una paja bastan para quitarle la vida. Mas, aun cuando el universo le aplastara, siempre el hombre valdría más que el universo, pues éste obedece ciegamente las leyes que no conoce, y el hombre conociéndolas, obedece o resiste a ellas. Además, el hombre tiene ciertas leyes de que el universo carece: las leyes morales, incomparablemente superiores a todas las de la física, de la mecánica y de la geometría. Así, toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento. Trabajemos, pues, en pensar bien, que este es el principio de la moral.»

Debemos, por último, disciplinar nuestra voluntad para que nos dirija al bien y fortificarla contra las causas que atentan contra su independencia: las pasiones, la sensualidad, la imaginación.

Los conocimientos que más importa al hombre adquirir para llenar los deberes que tiene consigo mismo son, por consiguiente: «1.º, todos los relativos a sus obligaciones particulares y generales, y los que le enseñan a dirigir su voluntad por el camino del bien, familiarizándole con la práctica de las virtudes. Todas las obligaciones morales son deberes para consigo, pues de su exacto cumplimiento resulta su perfección moral y felicidad; 2.º, los que se dirigen a grabar profundamente en nuestro corazón la idea de Dios y de la religión. Después de esto, cada uno debe trabajar en formar una idea justa de sí mismo y de su estado: idea que los antiguos consideraban como fundamental en la investigación de la verdadera sabiduría, y 3.º, los que constituyen una idea exacta de las cosas que ordinariamente se miran como medios de felicidad. Tales son: la estimación, las riquezas, los placeres y las ciencias» (1)

El buen empleo del tiempo es asimismo condición indispensable para nuestro adelanto; un momento perdido no se recupera jamás. Para arreglar bien su empleo, conviene tener presente estas instrucciones: 1.ª, preguntémonos antes de hablar o de hacer alguna cosa, *¿para qué sirve?* De este modo, meditando las palabras y acciones, es más difícil el error; 2.ª, conviene dedicar diariamente algunos instantes para ver lo que se ha hecho, dicho u oído durante el día. Este examen, que puede hacerse con ventaja al acostarse, da a conocer si se progresa o se retrocede y los obstáculos que se oponen, y 3.ª, como sería fácil que olvidáramos los resultados de ese examen, importa

(1) Briseño, *Curso de filosofía moderna*, pág. 278.

mucho llevar un registro para anotarlos en él diariamente.

Terminada ya la exposición de los diversos deberes que tenemos, pudiera entrar ahora a explicaros detalladamente su graduación, mas basta lo dicho para establecer la siguiente escala de preferencia: 1.º, deberes para con Dios; 2.º, deberes para con la Humanidad, 3.º, deberes para con la patria; 4.º, deberes para con la familia, y 5.º, deberes para con nosotros mismos.

Para cerrar el cuadro que hemos trazado de la moral, indicaremos que el móvil regulador de las acciones humanas debe ser la *caridad*, o lo que es igual, el principio en virtud del cual amamos a Dios por sí mismo y sobre todas las cosas, y a nuestros prójimos como a nosotros mismos por amor a Dios. «Paciente, suave y nunca envidiosa, la caridad obra siempre como conviene obrar; no conoce el orgullo, la ambición ni la codicia; es desinteresada aun en negocios propios; huye de la aspereza y aleja de sí las sospechas; no se alegra del mal que ve; se complace en la verdad; todo lo lleva con paciencia, todo lo espera con confianza, todo lo sostiene con fortaleza y su reino no acabará jamás» (1). El hombre caritativo lo amará todo con relación a Dios, de que está llamado a gozar, y será feliz en las mayores adversidades de la vida. La caridad y la verdad son hermanas inseparables.

(1) Epístola a los Corintios, 13.

CONVERSACION SEPTIMA

Necesidades, trabajo, propiedad

A la inquietud causada por la insuficiencia de la cosecha se unían los temores que algunos atentados contra la vida y la propiedad de los ciudadanos habían hecho nacer en todos los espíritus. Los desórdenes habían llegado hasta tal el punto que hubo que sentir los asesinatos de varias personas, en medio de un tumulto de grandes proporciones, en que las propiedades fueron violadas a viva fuerza. La confianza estaba casi completamente perdida, y los vendedores huían del mercado para no ser despojados de sus especies. El precio del trigo continuaba subiendo, los consumos disminuían, los trabajos se paralizaban y los talleres se cerraban.

Hablábase al mismo tiempo de una medida grave que iba a tomarse en la fábrica. Según algunos, sólo se trataba de reducir el número de los obreros, mientras que, según otros, debían cerrarse todos los talleres. Algunos pensaban en la diminución de los salarios, y otros, finalmente, aseguraban que ninguna de estas presunciones era fundada, que Lenoir y Duboisson no dejarían ningún obrero ni disminuirían los salarios sino que reducirían el número de días de trabajo. Aun respecto de esto último había discordancia: hablaban algunos de dos días de trabajo solamente, otros de tres y otros de cuatro.

Por estas circunstancias, las conversaciones eran muy animadas en los grupos formados por los obreros, ya a la hora de la comida, ya a la salida de los talleres. Discutíanse las cuestiones de trabajo y de salario puestas a la orden del día y con ocasión de éstas, tratábanse muchas otras relativas a la organización de la sociedad, a la propiedad y a la producción. Se repetían los cuentos más inverosímiles, se hacían proposiciones imposibles, y al fin todos se separaban sin haber podido entenderse, pero más inquietos, porque se habían comunicado mútuamente sus errores.

Era llegado el caso de tratar estas cuestiones en las conferencias, y el doctor Dupré lo comprendió así. Desde hoy, dijo, entraremos a ventilar algunas cuestiones de Economía Política, sin descuidar la Moral. Esta nos enseña los deberes, la marcha del hombre hacia su perfección, aquélla investiga cuáles son *las causas generales en virtud de las cuales la Humanidad o un grupo de ella se encuentra más o menos rico, indica los medios de aumentar el estado de riqueza, ya de la Humanidad, ya de una porción solamente, e investiga los procedimientos generales para alcanzar mejor este objeto.*

Definida la Economía, creo inútil domostrar su importancia desde que, como lo véis, de los principios que contiene se deducen reglas seguras, que ordenan el procedimiento general que debe observarse para aumentar la riqueza. Verdad es que no desciende a indicar los detalles de la industria, como, por ejemplo, el modo de torcer el hilo para fabricar tejidos; porque esto es materia de otros estudios; pero aclarando las grandes cuestiones relativas a la administración de las industrias, a los gastos de fabricación y otras de esta natura-

leza, produce resultados harto satisfactorios. Ni es menos importante para la sociedad en general que para los individuos, no sólo porque, tendiendo a incrementar la riqueza de éstos produce la de aquélla, sino también porque la considera y estudia como tal sociedad y, además de indicar las causas que contribuyen a su progreso o a su decadencia material, trata varias cuestiones que para ella son de alta importancia: impuestos, modos de distribución de la riqueza, etc. Así, no nos detengamos más en hablar sobre la importancia de la Economía Política, bastante reconocida, y expliquemos sus principios de más interés, tomando los debidos puntos de partida.

Cualquiera que sea la opinión que se forme sobre el hombre, tiene necesidades; este es un hecho incontestable.

—Lo sabemos, exclamaron varios de los asistentes.

—Estoy persuadido de que lo sabéis como yo, prosiguió Dupré; mas permitidme que os lo diga para que veamos las consecuencias. El hombre tiene necesidades, y la primera condición de su existencia es proveer a ellas. Para conservar la vida debe suministrar diariamente alimentos a su cuerpo. Llega desnudo a este mundo, y a fin de resistir a la intemperie de las estaciones, necesita vestidos para cubrirse, techo para abrigarse. Para procurarse ese alimento, esos vestidos y ese abrigo, le es indispensable trabajar, combinar medios y hacer esfuerzos de alma y de cuerpo, y para desarrollar su espíritu necesita también trabajar; de manera que por todas partes llegamos a esta condición del trabajo, sin la cual nada se obtiene. Venimos, pues, a la tierra con necesidades y éstas, cuando no son

satisfechas, nos hacen experimentar sufrimientos; pero, una vez satisfechas, llegan a ser un goce. Así gozamos, cuando teniendo hambre, comemos, aunque sólo sea un pan malo; gozamos, cuando teniendo sed, bebemos; después de haber sido mojados por la lluvia, el dulce calor del fuego nos hace experimentar asimismo un verdadero goce. Podría citaros muchos otros ejemplos, pero me limito a las necesidades más comunes.

La condición de estar sometido a las necesidades llega a ser un motivo para que demos gracias a Dios, que ha unido los goces a la satisfacción de ellas.

—Lo creo, dijo Honorio, si juzgo por el placer que experimento cuando puedo procurar a mi familia lo que hemos deseado. Dudo que los ricos sientan un contento semejante puesto que, no sufriendo con fuerza las necesidades, tampoco deben sentir tan fuertemente el goce: veo en esto una justa compensación. Pero para los que no satisfacen sus necesidades no habría, sin la vida futura, una compensación de sus sufrimientos.

—Tu observación es fundada, Honorio, pero más rara de lo que piensas. Si hay muchos hombres a quienes cuesta trabajo proveer a sus necesidades, hay a lo menos, muy pocos en nuestro estado de sociedad, cuyas necesidades más imperiosas no sean satisfechas. Esto nos conduce a hacer una distinción.

Las necesidades cuya satisfacción es imperiosamente indispensable, son las de comida, bebida, vestido y habitación. El hombre debe proveer a ellas bajo pena de sufrir o aun de perecer; es el mínimum. Pero este mínimum varía según los lugares y los tiempos. El alimento, los vestidos y

la habitación que bastarían en la Grecia o en una gran parte de América, serían insuficientes en países fríos como los del Norte.

Hay además varias otras causas que influyen en las necesidades: una de las principales es la influencia de nuestra imaginación. Comparad al salvaje y al hombre más pobre de nuestros países civilizados. ¡Qué enorme diferencia hay entre lo que basta al primero y lo que necesita el último! Aun en países como el nuestro, lo que sólo parece estrictamente necesario al habitante rico de las ciudades, sería comodidad para un hombre de condición media y lujo para nosotros, habitantes de los campos. Con lo que basta al cultivador y al obrero, un negociante se creería desgraciado, un grande se consideraría en el colmo del infortunio. La costumbre de gozar de ciertas comodidades acaba por hacerlas necesarias.

—Esto es precisamente lo sensible, dijo Duroure. A las necesidades naturales agregamos otras que sólo existen en nuestra imaginación, las aumentamos sin cesar y nos hacemos desgraciados por nuestra propia voluntad. Somos, por consiguiente, muy injustos acusando a Dios del trabajo que nos cuesta satisfacer necesidades cuya creación es voluntaria. Así, por ejemplo, en otro tiempo una cabaña compuesta de una sola habitación nos bastaba para la familia; ahora necesitamos una pequeña casa con dos o tres piezas por lo menos.

—Hay mucho de verdad en lo que acabáis de decir, Duroure. Es cierto que creamos una infinidad de necesidades, aumentamos el trabajo que nos cuesta su satisfacción, y después murmuramos contra Dios que nos ha colocado en un mundo

en que la vida es tan difícil. Las comodidades que gozamos van sin cesar creciendo, pero nuestros deseos crecen más rápidamente aún, y con muchos más motivos y medios para ser felices, nos consideramos tal vez más desgraciados que nuestros padres.

Todo esto es verdad; sin embargo, el mal no está precisamente en el deseo, sino en nuestra facilidad para formarnos una necesidad de cada una de nuestras aspiraciones: así llegamos a ser los autores de nuestra propia desgracia, deseando cada uno de nosotros con pasión lo que no puede procurarse en la posición en que se encuentra colocado. En esto consiste el mal, y no en los deseos que son por sí mismos un bien cuando están encerrados en justos límites y que Dios ha colocads en nuestro corazón como un medio para mejorar nuestra suerte. En efecto, al deseo de vivir mejor debemos los progresos que se han hecho desde el principio del mundo; por eso el hombre crea, combina, inventa, hace sin cesar descubrimientos, cuyo resultado final es poner a disposición del más pobre, comodidades que primitivamente sólo podía gozar un número reducido.

Nuestros deseos son de este modo un medio de que la Providencia se sirve para hacernos aceptar el trabajo a que estamos condenados: para satisfacer nuevas necesidades hacemos nuevos esfuerzos. El aumento de deseos es un estímulo poderoso para los hombres como para los pueblos, hasta tal punto que los que tienen más deseos y necesidades son los que hacen más progresos. En esto pueblos es también donde se satisfacen con más facilidad, a pesar de su mayor número, mientras que las naciones en que las necesidades son más reducidas,

han quedado generalmente atrás, porque han tenido menos estímulo para ejercitar su inteligencia y esforzarse. ¿Comprendéis ahora la utilidad de los deseos en el hombre, y cómo son uno de los medios de que la Providencia se sirve para mejorar nuestra condición en la tierra?

—Sí, señor Dupré, esto hará que sea más circunspecto antes de acusar a mis semejantes.

—Ahora, prosiguió Dupré, voy a haceros notar otras ventajas en los cambios de que os quejáis. Decidme: con esos cambios en el género de vida, ¿no es verdad que ha sobrevenido uno también grande en las costumbres? Desde que las casas son más cómodas, ¿las costumbres no han llegado a ser más dulces, no se han habituado más los vecinos a vivir en familia?

En este momento Passemar y Basset no pudieron contener un movimiento que indicaba cuán contrario era ese cambio a sus intereses. Desde que el interior de las habitaciones había llegado a ser más agradable, los hombres habían tenido menos tentaciones para ir a la taberna o al café. Dupré, sin manifestar que había notado su descontento, prosiguió:

—Es posible que algunos gasten demasiado en su traje: lo creo y lo siento; pero el deseo de satisfacer ese gusto, ¿no ha dado ocasión a esfuerzos antes desconocidos? ¿Hombres y mujeres no son ahora más activos y cuidadosos? Se usa mejor calzado, pero se marcha más ligero y se hacen cuatro o cinco veces más negocios que antes. Se ha reemplazado la resina por la vela o el aceite, mas la licencia de las noches pasadas en el seno de la oscuridad ha sido también cambiada por ocupaciones lucrativas y lecturas provechosas.

—Tenéis mucha razón, señor Dupré, y así os pido perdón por haber cedido al descontento que me ha hecho experimentar el lujo en atención a la escasez actual.

—No tenéis por qué pedir perdón, Duroure; son muy bien conocidas vuestras intenciones. Pero permitidme os diga que lo que os parece un desarrollo excesivo de las necesidades, tiene su utilidad, aun desde el punto de vista de la escasez que nos amenaza.

Todo el auditorio prorrumpió en una exclamación de sorpresa.

—Se cree que la civilización, aumentando las necesidades, debe hacer a los pobres más miserables, porque les es más difícil satisfacerlas. Este es un error.

Bajando el nivel de las necesidades y de las comodidades de los pobres, no sólo se disminuyen sus goces, sino que también quedan privados de un recurso en los tiempos calamitosos, en caso de carestía o en caso de paralización de los negocios, de crisis comercial o de suspensión del trabajo. Si su género de vida tiene por límite la satisfacción de las necesidades más imperiosas, no puede reducirse más, y si falta el trabajo o sobreviene la carestía, se sufre también un malestar sensible. Si no coméis más que pan y sólo bebéis agua, ¿qué haréis si vuestros recursos disminuyen o si el pan sube de precio? Pero si consumís habitualmente vino, carne, café, si usáis buenos vestidos, si os procuráis en circunstancias ordinarias, muebles, libros y comodidades de diverso género, podéis reducir esos gastos antes de quedar privados de lo necesario.

Hace treinta años no se comía en Mirabeau más

que pan, queso, papas y algunas frutas de mala especie; sólo se probaba la carne algunas veces en el año; se usaban vestidos trabajados en las mismas casas, y en éstas no había más que uno o dos bancos, un lecho y una o dos ollas con otros pocos utensilios análogos. ¿Qué resultaba de aquí? Que si el trabajo faltaba o el precio del trigo subía, como no teníais nada en que poder disminuir los gastos, estábais en la imposibilidad de procuraros lo más indispensable: el pan, sufriendo el hambre con todos sus horrores.

Ved, por el contrario, lo que sucederá este año. Aumentando el precio del trigo, sin que vuestros recursos aumenten, comenzaréis por privaros de muchas cosas que tomáis ahora; no renovaréis con tanta frecuencia vuestros vestidos, y si es necesario absolutamente compraréis otros de género más ordinario; aplazaréis todos los gastos que no sean indispensables; consumiréis menos azúcar y menos café, beberéis menos vino, y así, sin que vuestros recursos aumenten, tendréis el dinero necesario para hacer frente al alza del pan. Viviréis menos bien, sin duda, tendréis menos comodidades, pero contaréis con lo indispensable, y aun tal vez con algo más.

Estas observaciones consolaron a todos los habitantes de Mirabeau, pues con justicia se consideraban felices al comprender la facilidad con que podrían esperar tiempos mejores.

Las necesidades, como os lo he dicho, son el estímulo poderoso que tenemos para el trabajo, y éste, a su vez, es el que nos suministra todo lo necesario para la vida. El trabajo, o en otros términos, el esfuerzo voluntario tendente a un fin determinado, es el que ha hecho progresar a las

naciones. Los pueblos que se han contentado con satisfacer sus necesidades más imperiosas, que se han resignado a trabajar únicamente por conservar su vida, jamás han salido del estado de postración más completa, mientras que los pueblos vigorosos que han tenido fe en sus fuerzas y han trabajado no sólo para vivir sino para gozar comodidades que a los perezosos están vedadas, se encuentran ahora a la cabeza del movimiento civilizador del mundo.

El trabajo tiene dos formas: ya se aplica a la *transformación*, al *transporte* o a la *conservación* de un objeto material, o ya es solamente un esfuerzo del alma empleado en conservar la riqueza existente. El primero se puede llamar trabajo muscular y el segundo de ahorro; sobre ambos trataremos después con extensión. Entre tanto, permitidme que os diga algo sobre la propiedad y sobre la seguridad que de ella debe nacer; pues sin esta seguridad, los esfuerzos del hombre serían menores y aun el trabajo de ahorro desaparecería quizás por completo.

La propiedad es el derecho de gozar de lo que nos pertenece, y el sentimiento de la propiedad tan inherente al hombre que lo tiene en todas las situaciones de la sociedad.

—Pero, preguntó Ravaud, ¿no se nota el instinto de propiedad en las bestias, por ejemplo, en el ave que defiende su nido, en las abejas que defienden su colmena? Tienen aun el instinto de lo que pertenece al hombre. ¿No es el instinto de la propiedad el que impulsa a mi perro a defender mi casa durante la noche?

—Vuestra observación es muy fundada, Ravaud, y no debemos, por consiguiente, asombrarnos de

ver tan desarrollado en el hombre el sentimiento de la propiedad. Se manifiesta en el niño mucho antes de que la educación le haya hecho conocer el valor de las palabras *tuyo* y *mío*. El salvaje, que se puede considerar durante toda su vida como un niño, mira como propiedad suya al animal que ha muerto para alimentarse con su carne y vestirse con su piel, y fabrica el arco y las flechas que le sirven en la caza, mas si hubiera de ser despojado de ellas no se tomaría el trabajo de hacerlas.

La protección de la propiedad favorece a todos, a los que tienen poco como a los que tienen mucho. Todo hombre que presta servicios a la sociedad, ya sea como un Watt, que llevó las máquinas de vapor a tan alto grado de perfección, ya un simple cultivador que produce trigo o un zapatero que hace zapatos, todos necesitan de esa protección de su propiedad, todos deben gozar de lo que ganan como precio de sus servicios. No se puede proteger el desarrollo del trabajo sin proteger la propiedad; si los hombres no pudieran gozar del fruto de sus servicios sólo trabajarían lo necesario para satisfacer sus necesidades más apremiantes y las sociedades volverían a los tiempos de atraso.

Mas no basta que el hombre pueda conservar el fruto de su trabajo y gozarlo; importa también que pueda disponer de él. Si sólo se pudiera gozar durante la vida, el hombre tendría menos estímulo y se limitaría a trabajar lo necesario para satisfacer sus necesidades durante la existencia, sin pensar en el porvenir de su familia. El amor de la familia y de los amigos, ese sentimiento tan poderoso de que os he hablado otras veces, duplica sus fuerzas. Para ahorrar a sus hijos los sufrimientos que ha experimentado él mismo, hace

esfuerzos de que tal vez se consideraría incapaz. Pero, a fin de obtener este resultado, es indispensable la seguridad y el derecho de disponer de lo que se adquiere para después de la muerte. Por eso la sociedad, en todos los países civilizados, asegura a sus miembros el derecho de disponer de sus bienes por testamento, y sólo en algunos se pone restricción en ciertos casos a ese derecho, pero únicamente a favor de los parientes inmediatos.

Al contrario, en todos los países en donde los ciudadanos no están seguros de gozar y disponer libremente de sus bienes, la sociedad permanece estacionaria y en la infancia. La Historia nos confirma lo expuesto, demostrando que, en los tiempos antiguos y en los modernos, las naciones más florecientes son aquellas en que la propiedad está mejor protegida. Comparad si no la Europa con esos Estados del Asia y del Africa en que nadie se encuentra seguro de no ser despojado violentamente de lo que ha adquirido. A pesar de las ventajas que la Naturaleza les ha prodigado, permanecen sumergidos en el abatimiento; el comercio languidece, la agricultura y la industria manufacturera se encuentran estacionarias; nada se emprende ni imagina. Y si no hay seguridad para el presente, ¿cómo se han de emprender trabajos que sólo pueden aprovecharse en un tiempo más o menos largo? La fortuna que se busca más en esos países es la que consiste en oro, en plata, en piedras preciosas y en alhajas, porque escapa mejor a la rapacidad de los despojantes. En ellos una población escasa vegeta penosamente en un suelo que podría alimentar diez veces más habitantes. He aquí el efecto necesario de la ausencia de la se-

guridad, del desconocimiento del derecho indisputable de la propiedad.

—Esto se comprende muy bien, dijo Leonardo. El trabajo es costoso, como vos lo habéis dicho, y lo sabemos bien los que trabajamos; muy natural es que nadie se imponga sacrificios cuyo fruto no ha de gozar. Así es que cuando no hay seguridad sólo se trabaja para satisfacer las necesidades del momento, no se emprende nada para el porvenir, y sin embargo sólo trabajando con previsión y empeño es como los pueblos hacen progresos.

—Después de lo dicho por Leonardo, prosiguió Dupré, nada tengo que agregar sobre esta materia. Refundiendo lo expuesto, me limitaré a deciros, para que concentréis vuestras ideas, que las necesidades son las que estimulan al hombre para que trabaje, que el trabajo es de dos clases, y que este trabajo se reduce y casi desaparece cuando no se respeta la propiedad. En la conservación de la seguridad estamos interesados, no sólo porque la moral nos la manda, sino también porque sin ella se paraliza lo marcha de los pueblos, disminuyen los esfuerzos y se hace así más difícil la satisfacción aun de las necesidades imperiosas.

CONVERSACION OCTAVA

Trabajo de ahorro

El acontecimiento temido por tanto tiempo en Mirabeau, sucedió al fin. Lenoir y Debuisson, después de haber prolongado sus sacrificios mientras les fué posible, se vieron obligados a detenerse, porque sus capitales estaban ya absorbidos completamente, la venta era muy escasa, y los precios tan bajos que casi no cubrían los gastos.

Reducidos a este extremo, trataron de investigar cuáles serían los medios menos perjudiciales para ellos y para sus obreros. Todos tenían inconvenientes. La cesación completa de los trabajos les imponía por sí sola una pérdida grave, porque en todo caso tenían que pagar los intereses de los capitales tomados a préstamo. Por otra parte no era tampoco posible ocupar a todos los obreros, aun reduciendo los salarios, ya que no había seguridad de reanimar la venta disminuyendo los precios.

En esta situación se decidieron por un tercer medio: el de reducir el número de los obreros. De este modo podían hacer la elección entre ellos, no despedir más que a los solteros y a los que se encontraban en posición de esperar con menos sufrimiento la época en que comenzaran los trabajos, y conservar a aquellos a quienes la falta del salario habría hecho muy difícil la provisión de sus familias.

Decididos por este medio, dieron a conocer a los obreros la triste necesidad en que se encontraban, les indicaron el partido que habían adoptado después de un examen maduro, y aplazaron para el sábado siguiente la designación de los que continuarían ocupando. En el intervalo tomaron datos de las personas que podían ilustrarlos sobre la posición de los trabajadores; así es que cuando se hizo la designación, no hubo muchos reclamos ni quejas porque se reconoció la justicia de la eleción. Pero no todos aceptaron sin murmurar su nueva posición, y algunos clamaron contra la pretendida injusticia, pasando de estas quejas particulares a las generales contra la sociedad, como sucede en casos semejantes.

Dupré comprendió la conveniencia de poner fin a estas quejas, y al efecto se decidió a manifestarles que, el hombre, cualquiera que sea la situación en que se encuentre, puede mejorar su fortuna con previsión y constancia.

—En esta semana, dijo, ha sobrevenido a nuestra aldea una desgracia, que, aun cuando estaba prevista desde hace largo tiempo, no por eso es menos sensible; pero ya que ha sobrevenido, saquemos algún fruto de ella para el porvenir. Servirá, por lo menos, como una lección dolorosa que nos hará fijar nuestras ideas a la vista de los hechos, y comprender los inconvenientes de la imprevisión, sin la cual la paralización de los trabajos de fábrica produciría únicamente efectos transitorios y poco sensibles.

En efecto, si algunos de los obreros, de los que no tienen ahora ocupación en la fábrica sufren por esta circunstancia sin poder proveer a sus necesidades, es muy probablemente por culpa de ellos mismos.

—¿Cómo así?, exclamaron algunos de los asistentes.

—Sin duda alguna, amigos. Si no tienen ahora recursos con qué esperar tiempos mejores, es porque no han ahorrado durante su vida, por los hábitos de disipación que son tan comunes, o, colocándolos en la situación que les es más favorable, porque no han palpado las ventajas del ahorro.

—Sin embargo, es muy difícil llegar a ser rico cuando no se tiene herencia de sus padres, dijo Honorio Buquet.

—Es verdad, Honorio; ya os he dicho que las grandes fortunas son casi siempre obra de muchas generaciones, y que este es uno de los motivos por que debemos trabajar más para fundar el porvenir de nuestros hijos. Pero no es necesario ser rico para ser feliz. Tratemos de adquirir el bienestar y la comodidad, y, a menos que nos sobrevengan desgracias imprevistas, los alcanzaremos.

—Y ¿cómo, señor Dupré, dijeron muchos, pues nosotros lo queremos y no lo hemos obtenido?

—Es que no lo queréis bastante, es decir, no lo queréis con una voluntad firme. Quien quiere el fin, debe aceptar los medios lícitos que se le presentan.

—¿Cuáles son estos medios?

—Los iré indicando en las conferencias sucesivas que tengamos. Y para cumplir con este propósito, os indicaré por ahora en qué consiste el trabajo de ahorro y cuáles son sus ventajas. Como recordaréis, hemos dividido el trabajo en general en dos grandes clases: trabajo muscular y trabajo de ahorro, y aunque es verdad que este último es siempre posterior al primero, porque es necesario producir por medio del trabajo muscular para poder

después ahorrar de lo producido, sin embargo trataré desde luego del trabajo de ahorro para que podamos conferenciar después, sin interrupción, sobre la organización del muscular. Permitidme que os hable con detención; la materia es muy importante.

Entre las cualidades que más ennoblecen al hombre, ocupa un lugar muy distinguido la que se llama previsión, y muy claro es que debe ocupar ese lugar ya que lo eleva sobre todos los otros, seres, poniéndole a la vista el mal para que lo evite, el bien para que marche en su busca. Sin la previsión, el hombre sólo atendería al momento presente, viviría satisfaciendo sus necesidades apremiantes; los accidentes pasarían sobre él sin que los hubiera imaginado, sin que se preparara para luchar con ellos. Sin previsión, el porvenir se presenta oscuro. Por esto vemos que el salvaje cuando recoge frutos que sólo podría gastar en largo tiempo, convida a todos sus vecinos para que le ayuden a consumirlos, y queda después expuesto a las incertidumbres de la caza o de la pesca, como si le fuera muy costoso tener segura su subsistencia. Esto es el hombre sin previsión. Por el contrario, el que prevee los acontecimientos se eleva sobre todos los demás y es difícil que sufra por accidentes impensados.

Pues bien, amigos, a pesar de las ventajas reconocidas de la previsión, no ha merecido, sin embargo, una atención especial por parte de nuestro pueblo. ¿Hasta dónde llegan ahora las miras de muchos de nuestros conciudadanos, y sobre todo, de los obreros? ¿Se elevan sobre los acontecimientos, los preveen y se preparan para que los encuentren prevenidos? Quisiera contestar a estas

preguntas afirmativamente, porque la sola confesión de lo contrario me es dolorosa; pero, por desgracia, los hechos están muy a la vista para que pueda ni siquiera dudarse. Los obreros, si bien en Francia han hecho progresos notables respecto de otras naciones, no han formado todavía una idea cabal del porvenir; viven, como se dice generalmente, con el día; no se han elevado a la verdadera posición que debe tener el hombre en el mundo, esto es, dominarlo todo por medio de la inteligencia y de la previsión. «El hombre, según las palabras de Pascal, que os he citado otra vez, es la caña más débil de la Naturaleza; pero es una caña que piensa.» En el pensamiento consiste toda su nobleza, y el pensamiento se ejercita muy poco sin la previsión. Mas ahora, una gran parte del pueblo vive sin pensar en el día siguiente; derrocha en un solo momento lo que ha ganado a costa de grandes sudores; llega a la ancianidad, tiene que continuar trabajando o implorar el auxilio de la limosna y termina su vida en un hospital, sin haberse cuidado de abrir para sus hijos una nueva senda. No creáis por esto que yo ataco a los que dan limosna: muy al contrario, los considero acreedores a las bendiciones del mundo. Pero los que la piden, pudiendo haber ahorrado recursos para sus necesidades, los que no han llegado a la miseria por accidentes desgraciados sino por imprevisión o disipación, defraudan a los pobres sin culpa suya de lo que les corresponde. Hay, por otra parte, más dignidad en bastarse a sí propio en todas las posiciones de la vida.

El trabajo no basta sin la previsión y el orden que de todo sacan partido; la previsión y el orden hacen estar preparado en todas circunstancias,

No hay casa que el orden no contribuya a hacer prosperar, así como no hay ninguna que la falta de orden no arruine o empobrezca. Sin orden, nada se hace bien o a tiempo, todo se pierde, todo se deteriora; es necesario comprar y reparar incesantemente.

La previsión exige también el ahorro, o lo que es lo mismo, la reserva de una parte de lo que se gana para ponerse a cubierto de las eventualidades. Desgraciadamente, como os lo he dicho, mucha parte de los hombres no entiende sus verdaderos intereses. Los jóvenes obreros no quieren comprender que la juventud es el tiempo del trabajo y de las privaciones, porque la vejez es y necesita ser la época del descanso y del bienestar. Mientras son jóvenes, gastan lo que ganan, sin pensar en el porvenir; la edad y las enfermedades vienen en seguida a sorprenderlos antes que se hayan procurado no el bienestar, pero ni aun los recursos más indispensables. Estos son los delirios de la juventud; rie y canta mientras conserva el vigor de sus fuerzas, mientras el corazón palpita con energía, y luego, al llegar la vejez, llora porque las fuerzas flaquean, cuando ha podido estar prevenido para la ancianidad sólo con no beber vasos tan repetidos en sus alegres fiestas. La juventud es por sí misma una época de belleza grandiosa; no es necesario proporcionarse más goces que los que de ella resultan. Dejemos los placeres comprados para cuando la cabeza esté blanca y el corazón abandone el alegre banquete de la juventud.

Amigos míos, para alcanzar la comodidad no debe desdeñarse nada; no hay pequeñas economías. Un centavo ahorrado es un centavo ganado. ¿Qué es un centavo?, se dice; no vale la pena de

pensar en eso. Un centavo por día, no lo olvidéis, hace diez y ocho francos veinticinco céntimos por año: cinco centavos por día, dan noventa y un francos veinticinco céntimos, es decir, cerca de cien francos. Cinco centavos, economizados diariamente, dan, con los intereses acumulados, mil ciento cuarenta y siete francos setenta y cuatro céntimos, al cabo de diez años; mil novecientos setenta y nueve francos treita céntimos, o cerca de dos mil francos, a los quince años, y tres mil diez y siete francos veintisiete céntimos a los veinte años (1). Diez centavos al día darían el doble, o dos mil trescientos francos a los diez años, como cuatro mil a los quince y más de seis mil a los veinte.

—¿Cómo tanto, señor Dupré?, dijeron muchos de lo asistentes; no lo habríamos creído.

—Es que no conocéis el poder del ahorro y de los intereses acumulados; pero es cierto. Con una parte solamente de las sumas que acabo de indicaros, se puede hacer el comercio por menor, comprar una casa, un campo; lo más difícil está hecho; en todo, el principio es lo que más cuesta. Pues bien, no hay ninguno entre vosotros que no pueda economizar esos cinco centavos por día.

¿Qué sería necesario hacer? Suprimir algunos gastos superfluos, que en realidad no importan nada para vuestro bienestar, el tabaco, el vaso de la mañana, sin contar el que se toma algunas veces a medio día y en la tarde, el vaso que se ofrece a cada instante a los camaradas, como si no se

(1) Esto sucede en Francia en que el interés es ordinariamente en los ahorros de cuatro por ciento. En Chile se obtendría el doble.

pudiera conversar con ellos sin manifestarles el aprecio con vaso en mano; no frecuentar los bailes y los lugares de diversiones públicas, las ferias y los mercados; y no comprar una multitud de cosas de poco valor, sin duda, pero que, a fuerza de renovarse, acaban por llegar a ser muy costosas. ¡Cuántas circunstancias hay en que se peca contra la economía por costumbre, por irreflexión, sin saberlo ni quererlo! Calculad y decidme si hay uno solo de vosotros que no pueda ahorrar esos cinco centavos al día. Si hablara a obreros de las ciudades diría diez, quince, veinte centavos y aún más.

—Sabéis que, según esto, la vida debería ser un tejido de privaciones, exclamó Pablo Boitard, en el cual la temperancia y la economía no eran cualidades dominantes.

—Encontrarías quizá más cómodo, replicó Dupré, divertirte mientras eres joven, y venir después a pedir a los que han trabajado bastante una parte de lo que tienen; pero esto no es justo. Si no quieres privarte ahora, amigo mío, no te quejes si tienes que sufrir en tu vejez. Además esa privación sólo sería incómoda durante los primeros días; al cabo de poco tiempo, el hombre se acostumbra a todo: el trabajo, la lectura, el amor y respeto de los demás hombres hacen olvidar completamente esas privaciones, y así, sin contar con ese amor y respeto general que es el justo premio de los prudentes, por una privación y un corto sufrimiento de algunos días seríais después muy felices; las enfermedades, los accidentes, las carestías, como la de ahora, os encontrarían preparados y experimentaríais privaciones menos dolorosas. Cualquiera que sea, pues, el producto

de vuestro trabajo, gastad siempre un poco menos, que este es el medio de alcanzar la comodidad y el bienestar.

Si pensárais más en el porvenir, os diré aún, no cometeríais todas esas imprudencias que ocasionan heridas y enfermedades, ni esos excesos que arruinan tantas veces la salud; si pensárais en el porvenir, no adquiriríais antes de casaros esos hábitos de gasto que os hacen tan difícil la economía cuando estáis en familia y que contribuyen a que tantos obreros agreguen a sus faltas el grave delito de dejar a sus familias en la miseria y el abandono, continuando la vida de disipación que antes han llevado. Quizá no habéis pensado bien en lo funestos que son a los obreros esos hábitos de disipación y de intemperancia; se constituyen en necesidad y hacen muy penosa la vida austera del padre de familia.

Además de estos hábitos hay otra costumbre muy contraria al espíritu de ahorro, y es la que en el lenguaje popular se llama correr tierra, costumbre muy desarrollada en los obreros de los campos y aun entre los de las ciudades.

—Cómo, exclamó Boitard, que había vuelto recientemente de un viaje de esta naturaleza, ¿no veremos entonces el país?

—El deseo de ver el país no es más que un pretexto para satisfacer la curiosidad y emanciparse del cuidado de la familia. Después de muchos años de viajes, durante los cuales anda errante sin fijarse para trabajar establemente, un obrero vuelve siempre más pobre que al partir, no hace ningún ahorro, y, las más veces, si no siempre, adquiere todos los defectos reinantes en los lugares que recorre.

Sólo con el espíritu de orden y arreglo de que os he hablado y con la costumbre de ahorrar, se llega a obtener la felicidad. El hombre que tiene esas cualidades es apreciado y respetado, asegura su bienestar en la vejez, y, al morir, goza el placer de ver a sus hijos en posición conveniente para alcanzar otro estado más halagüeño. Este placer sólo compensa con exceso los pequeños e insignificantes sufrimientos que ocasiona el ahorro al principio.

No os digo más por ahora, pero os pido sí, como interesado en vuestra suerte, que meditéis por un momento y decidáis si vale más un placer fugaz y casi siempre dañoso con todas las incertidumbres del porvenir, o el bienestar y el progreso de toda una familia o de uno de vosotros adquirido con insignificantes sufrimientos.

Quizá algunos diréis que reconocéis las ventajas del ahorro, pero que os cuesta ganar lo necesario para gastar y ahorrar. Pues bien, voy a contaros la historia de Juan Schmid, que manifiesta que el hombre más pobre puede ganar su pan y alcanzar la comodidad.

«Juan Schmid era un antiguo soldado que tenía una pierna de palo; era tan pobre, hace algunos años, que se le veía pedir limosna de puerta en puerta en las aldeas vecinas a la de su residencia, cerca del lago de Constanza, porque su trabajo no le bastaba para dar de comer a sus tres hijos pequeños. Ahora Juan Schmid descansa en un gran sillón, goza de todas las comodidades y no se sabe cómo las ha alcanzado. Unos dicen que ha descubierto un tesoro; no, dicen otros, ha hecho pacto con el diablo; y yo respondo que los que hablan así no saben su historia. Voy a contarla:

Juan Schmid tenía, como he dicho, tres hijos que había educado bien a pesar de su pobreza, pues les daba buenos consejos y ejemplos, y tenía cuidado de enviarlos a la escuela.

Un día en que Schmid dividió el pan entre sus hijos, les dijo: «hijos míos, ya estáis bastante grandes para ganar vosotros mismos con qué vivir; pero no mendiguéis, pues podéis hacer otra cosa; eso es robar el pan a los que son más desgraciados. Tú, Pedro, tienes catorce años y buenos ojos, busca trabajo. Tú, Gabriel, tienes trece años y buenos brazos, empléalos. Tú, Jorge, tienes once años y buenas piernas, aprovéchalas».

Los tres niños exclamaron: ¿Qué queréis que hagamos?

Juan les respondió: Sé bien que no tenemos campos que cultivar, leña que cortar, ni ganado que pastorear, pero hay muchas cosas que se pierden sin que nadie las utilice, y de las cuales se puede sacar partido con un poco de industria. Voy a enseñaros esto, y si ganáis algún dinero, no gastéis sino según vuestras necesidades y economizad para el porvenir. Si podéis llega hasta el punto de alimentaros y de poder separar tres centavos por día, cada uno de vosotros, al cabo del año, tendrá cincuenta y cuatro francos, y a los diez años quinientos cuarenta.

Entonces Juan Sshmid se puso en camino con sus tres hijos. Les hizo recoger todos los huesos que se arrojaban como inútiles, a fin de vender los más grandes a los torneros que los emplean en toda clase de obras de su oficio, y los otros a los cultivadores para abonar la tierra. Les hizo reunir también todos los pedazos de vidrio, que compran en las fábricas para juntarlos con otros y hacer vidrios

nuevos. En el estío recogieron grandes cantidades de hojas de rosas y de flores medicinales que le fueron compradas por los boticarios; éstos les pidieron más y les indicaron otras muchas plantas y raíces de que se hace uso. Recogieron asimismo pelo de vaca, crines de caballo y cabellos, cuando podían procurárselos un poco largos. Los tapiceros compraban el pelo de vaca, los carroceros y mueblistas las crines de caballo y los peluqueros el pelo. Todo esto producía dinero sin exigir otra cosa que atención y cuidado.

Nada dejaban perder, así es que la casa que habitaba Juan Schmid con sus hijos llegó a ser un almacén que apenas podía contener todos los objetos que llevaban diariamente, como los pájaros pequeños cuando quieren construir su nido. Poco a poco se hicieron conocer de las personas que les compraban, aprendieron a distinguir la calidad de las mercaderías y llegaron a adquirir más y más habilidad para encontrarlas.

Al fin del año, Juan Schmid sacó la cuenta de lo que había colocado a interés, y encontró ciento cuatro florines o cerca de doscientos cuarenta francos.

En el año siguiente, el trabajo marchó mejor, y a cabo de cuatro años bien empleados, se vieron dueños de mil trescientos francos.

Sin embargo, los tres jóvenes estaban ya grandes y muchas veces disputaban ente sí; ya reprendía uno a otro porque no había trabajado bastante, ya por haber vendido demasiado barato.

El padre, Juan Schmid, que no podía soportar las disputas, les dijo: «tomad cada uno doscientos francos y trabajad por separado: con industria y economía siempre se sale bien. El resto del dinero

quedará en la casa del comerciante en donde lo hemos depositado, y mientras no lo necesitemos, los intereses se agregarán anualmente al capital».

Durante mucho tiempo no tuvo Juan Schmit noticias ciertas de sus hijos, y con todo no quiso hacer uso del dinero. Sin embargo, como después cayese enfermo, escribió al comerciante de la ciudad: Enviadme trescientos francos de mi capital, pues estoy viejo y débil».

«Os envío el dinero que me pedis, contestó el comerciante: sois rico, vuestro capital se ha ido aumentando poco a poco y ahora pasa de cuatro mil francos.» Pero Juan Schmid no estaba contento, a pesar de su dinero. «Moriré solo, enteramente solo, exclamaba, y la mano de un hijo querido no cerrará mis ojos.»

Con todo, Juan Schmid no murió, y estando sentado una bella tarde, con otros paisanos, cerca de un tilo, vió llegar a un criado que preguntó: «No vive aquí el señor Juan Schmid?»

Los aldeanos, asombrados, respondieron: sin duda, héle aquí. Poco después se vieron entrar en la aldea tres coches muy bellos, de los cuales bajaron tres jóvenes y dos damas. Todos se arrojaron en brazos del viejo Juan Schmid y lo colmaron de caricias.

A vos, padre, dijeron debemos nuestra felicidad; si no nos hubieras enseñado a recoger y utilizar yerbas, plumas y granos, y a ahorrar, seríamos ahora mendigos.

Los tres hijos y las esposas de dos de ellos llenaron de gozo los postreros días del anciano y emplearon el dinero colocado en la casa del comerciante en la fundación de una escuela» (1).

(1) *Zschokke.*

Esta es, amigos míos, la verdadera historia de Juan Schmid. Ella prueba cuáles son las ventajas del ahorro, y que para ahorrar no es necesario tener más que voluntad de hacerlo; prueba también las ventajas de una buena educación. Jóvenes que, sin educación buena y, sobre todo, cristiana, se habrían extraviado en el mundo sin estar al lado de su padre, del cual no conviene generalmente que se separen los hijos, volvieron, sin embargo, por haber sido bien educados, a prestar a Schmid los servicios que todo hijo debe a los autores de sus días.

«Vosotros, pues, obreros, cultivadores, criados, todos los que queréis llegar con seguridad a la posesión de los primeros bienes de la vida, una casa, un terreno, una propiedad cualquiera; vosotros los que deseáis tener una familia, una esposa, hijos, y asegurar después de vuestros días a esa mujer y a esos hijos, lo que todo hombre debe a lo que deja en la tierra: pan y educación, haced ahorros; así encontraréis bienestar para vosotros y seguridad para vuestros hijos; esos ahorros serán una lección y un ejemplo para ellos. El espíritu de orden y de economía produce al fin moralidad y riqueza; el día siguiente no será siempre amenazante; tendréis el fruto de vuestra previsión pronto a todas horas para volver a vuestras manos, aumentado por el tiempo y por el interés, y en el día de la necesidad podréis sacar de ese tesoro que habéis preparado y que siempre da más de lo que se le confía (1).

Sin embargo, hasta aquí no hemos visto más que uno de los efectos del ahorro; sólo lo hemos con-

(1) Lamartine.—*Catsses d'épargne*, pág. 34.

siderado como un medio poderoso y sencillo para obtener la comodidad y la fortuna, y este no es el único aspecto favorable bajo el cual debe tratarse. Produce todavía muchos otros beneficios harto importantes para que los pasemos desapercibidos.

El hombre que no prevee que tal vez al día siguiente puede encontrarse sin lo necesario para alimentarse a sí mismo y a su familia; el que de sus entradas no separa algo para ponerse a salvo de las eventualidades del porvenir, no tiene, verdaderamente, la dignidad que debe acompañar al hombre. Luchando como un animal cualquiera para encontrar su alimento, no hace uso de la inteligencia que Dios le ha dado para que domine a la Naturaleza, vegeta sólo hasta que le llega la hora postrera, permanece con la frente hundida en el polvo sin elevarse hasta contemplar el porvenir, y, al desaparecer de la tierra, deja en abandono esposa que llora la miseria, hijos que, sin facilidad para mejorar su suerte, seguirán la marcha ya trazada por su padre o mendigarán tal vez el pan y el hospital.

¡Cuán distinta es la suerte del hombre previsor! El que ahorra, el que algo posee, se ennoblece y se hace digno a sus propios ojos y a los del mundo. Tiene algo adquirido, necesita conservarlo, está interesado en el orden público, coopera a la felicidad de su patria, con la cual lo liga a más del amor por la tierra del nacimiento, el santo lazo de la propiedad. Ese hombre no es, no puede ser, ya el borracho que escandaliza, el jugador que pierde su corazón en las bacanales de la taberna, el traidor o el padre infame. Lo que se adquiere con sacrificios no se pierde con placer.

Además, el hombre que nada posee es difícil que pueda adquirir la instrucción que es de nece-

sidad en el día. Cuando casi todos tienen instrucción, el que no la posee está en una posición desfavorable y no puede luchar con armas iguales en el mundo. Pues bien, el que nada ahorra vive casi siempre ignorante, al paso que el hombre económico puede y se acostumbra a dedicar algún tiempo a su instrucción; no está generalmente tan urgido por la necesidad (1).

«Opongamos, pues, a los vicios que trae consigo la disipación, las virtudes que hace germinar en el hombre la resolución sostenida de preferir a los placeres que le embrutecen, el deber de ahorrar para su vejez y para la de su esposa, y para establecer a sus hijos. La frugalidad, la previsión, el espíritu de orden, tales son las cualidades que luego adquiere. Encorvado por largo tiempo bajo el peso del infortunio, su alma se eleva en el primer día de suceso. Comienza a estimarse, y con justicia, pues lo que posee lo debe, no a la casualidad del nacimiento, sino al trabajo y a la prudencia. Su carácter se dulcifica, sus costumbres mejoran, su familia es más feliz.»

Antes de terminar voy a referir la historia de la familia de Robert (2); quizá el ejemplo me ayude a convenceros de las ventajas del ahorro.

«Robert, obrero honrado, habitaba en una bonita aldea de provincia; era jardinero, sin otro recurso que su trabajo para vivir, alimentar y educar a sus tres hijos, dos hombres y una mujer, a los cuales cuidaba de dar la mejor instrucción que sus facultades le permitían. Cuando los hijos estuvie-

(1) Salverte—Caisses d'épargne, pag. 27.

(2) Escrito publicado por los administradores de la caja de ahorros de Liancourt.

ron ya grandes, y después de la muerte de Robert, el mayor, Carlos, partió de su aldea y se estableció en París, en donde le fué fácil ocuparse con ventaja, pues era bastante hábil; la mujer se empleó como costurera, y Santiago sucedió a su padre cuyo oficio había aprendido.

Quince años pasaron sin que los dos hermanos se viesen, pero al fin el deseo de abrazar a Santiago y a la hermana decidieron a Carlos a volver a la aldea de su nacimiento. Sólo una cosa disminuía el placer que se prometía gozar al lado de su familia: no era jugador ni bebedor, ganaba buen salario y con todo iba a volver a su casa con las manos vacías; apenas tenía lo bastante para su viaje y para llevar alguna de esas bagatelas de París que tanto se estiman en las provincias. ¿Cómo había sucedido esto? Es que Carlos no había pensado en el porvenir y llevaba esa vida descuidada de muchos obreros. Siendo, como era, inteligente y honrado, jamás le había faltado trabajo; el salario le bastaba ampliamente para todas sus necesidades y aun para sus placeres; todos los domingos podía ir a regalarse con sus camaradas fuera de las barreras, y como pocas veces *hacía san lunes*, podía considerarse como un joven apuesto, aunque al fin de cada quincena todas sus entradas estuviesen absorbidas en una multitud de gastos pequeños. Dejaba correr su vida sin pensar que ese estado de cosas podía cambiar alguna vez, ya a consecuencia de la edad, ya de las enfermedades.

Llegado a su aldea, se dirige apresuradamente a la cabaña cuyo recuerdo no habían podido borrar en él quince años de ausencia. Al principio creyó haberse engañado, pues la hermosa casita que

veía, no se parecía siquiera a la cabaña de Robert; estaba en el mismo lugar, pero el techo era de tejas, y un parrón tapizada las murallas bien blanqueadas, adornaba las ventanas con sus guirnaldas y daba a la habitación un aspecto encantador.

Carlos, para disipar sus dudas, entra desde luego en una de las piezas en la cual sólo encuentra a una mujer todavía joven ocupada en bordar zapatos colocados en gran cantidad en una canasta; se dirige a ella para informarse de lo que busca, pero apenas ha pronunciado algunas palabras, la joven exclama con un acento que le prometía el recibimiento más cordial: «¿Será usted Carlos Robert a quien esperamos? Sea usted bien venido; Santiago tendrá mucho gusto en verlo». Estaba, pues, en casa de su hermano.

Después de las primeras manifestaciones, la joven, ocupándose delante de Carlos en los aprestos de una comida ofrecida cordialmente y aceptada de la misma manera, contestó a todas las preguntas que su curioso huésped le dirigió. Santiago era jardinero; hacía ocho años que estaba casado con una bordadora de zapatos; cada uno había llevado como dote al otro el amor al trabajo, una conducta arreglada y un cariño sincero. Con estos recursos, en apariencia tan débiles, habían podido proveer a sus necesidades, educar a sus hijos y colocar la casa en el estado de prosperidad en que Carlos la encontraba. Este no concebía lo que estaba a su vista; la felicidad de su hermano era evidente, como lo era también su bienestar material; pero, ¿qué había hecho para obtener este resultado? Santiago tenía un porvenir seguro, mientras que él, ganando diariamente más que los dos esposos juntos, y no teniendo que cuidar más

que de sí propio, se encontraba en el mismo estado que al salir de la aldea y se vería muy embarazado para atender a su persona si alguna enfermedad llegase a impedirle trabajar. Esta idea se le ocurría por primera vez.

A la hora acostumbrada, Santiago volvió a casa, acompañado de su hijo mayor que había pasado a buscar a la escuela. Muy poco tiempo le bastó para reconocer a su hermano en el extraño que veía, y después de los primeros testimonios recíprocos de afección, comenzaron de nuevo las preguntas por una y otra parte. Carlos supo que su hermana, a pesar de ser corta su entrada, había logrado formarse una pequeña dote y que estaba a punto de casarse con un joven honrado, buen obrero y jardinero como Santiago. Todo lo que iba sabiendo lo convencía más y más de la felicidad de su hermano; al fin le preguntó qué había hecho para obtenerla. «Voy a decírtelo, respondió Santiago; esa felicidad la debo a la caja de ahorros.»

Después os hablaré sobre cajas de ahorros, por ahora me limito a deciros que tienen por objeto recibir las imposiciones de todos y principalmente de los pobres, para girar con ellas y aumentarlas considerablemente.

«¡A la caja de ahorros!, exclamó Carlos con un tono de sorpresa y de incredulidad.—Justamente, contestó Santiago... Al principio, mi hermana y yo no sabíamos en qué hacer economías, pero al fin, a fuerza de reflexionar, entrevimos la posibilidad de ahorrar cada uno de nosotros una moneda de cuarenta centavos a la semana; ella, cuidando un poco menos de su tocado, y yo, renunciando al vaso de la mañana y no jugando las partidas de billar y de cartas todos los domingos,

como acostumbraba hacerlo mi padre; en fin, impusimos corrientemente nuestros ochenta centavos durante el primer año.

—¡Dios mío, qué vida tan triste y monótona habéis debido llevar!, exclamó Carlos, suspirando profundamente al pensar en todos los gastos inútiles que se permitía sin escrúpulo, mientras que su hermano y su hermana se sometían a un género de vida que juzgaba tan triste.

—Al principio he tenido que sufrir un poco; pero mi hermana me estimulaba para que perseverase. «Santiago, me decía, puesto que es preciso pasar por la lengua de la gente, vale más que sea por la de los locos que por la de los sabios, y yo estoy más contenta de que los taberneros te traten de avaro que si los hombres honrados te llamaran borracho: sigamos siempre nuestro camino y veremos al fin quién tiene razón.» Seguí sus consejos, sólo conservé de mis camaradas a los que me profesaban una amistad verdadera y obtuve un éxito favorable

—Pero, ¿en qué empleabas tu tiempo? preguntó Carlos, asombrado de semejantes resoluciones.

—Piensas quizá que nos fastidiábamos; muy al contrario, respondió Santiago. Todos los domingos asistíamos al servicio divino. Mi hermana, después de haber dejado sus economías en la caja de ahorros, venía a verme y a comer conmigo en familia, y cuando el tiempo estaba bueno, salíamos a pasearnos a los alrededores. Te aseguro que esto hacía mucho más bien a mi salud que ir, como antes, a sentarme ante una mesa de juego en la taberna, oyendo gritar a unos y jurar a otros, respirando muchas veces un aire infecto. En la noche nos acostábamos contentos, sin tener el

pesar de haber gastado nuestro dinero, y al día siguiente estábamos frescos y dispuestos para seguir nuestro trabajo. He gozado tantos placeres en esos paseos, que he conservado la costumbre de hacerlos, y aún voy a ellos en los días de fiesta con mi mujer y con mis hijos. Durante el invierno leíamos algunos libros que me prestaba un buen señor, del cual soy jardinero; el vecino se reunía también a veces para conversar, y de esta manera nuestra vida pasaba en medio de una alegría franca que constituye mi felicidad. Además, no creas que estábamos enteramente privados de diversiones: mi máxima favorita es que no conviene el exceso. Cuando teníamos algunas pequeñas ganancias superiores a nuestras necesidades y a nuestras imposiciones en la caja de ahorros, que no habríamos dejado de hacer por nada, las reservábamos para algunas ocasiones aparentes; por ejemplo, el día del cumpleaños, la fiesta del pueblo. En una de estas ocasiones he conocido a mi mujer, por lo cual bendeciré a Dios toda mi vida. Pero vuelvo a nuestro asunto.

Después de pasado un año, como acabo de decírtelo, contamos nuestras economías y encontramos, con gran contento nuestro, que teníamos dos cientos doce francos en la caja de ahorros; jamás nos había sucedido cosa igual. Mas esto no fué todo: en ese año la sidra no estaba cara, teníamos fondos, pudimos comprar por mayor y, calculando, vimos que nuestra bebida no nos costaba sino casi la mitad de lo que nos importaba tomándola por azumbres en la taberna. Lo mismo nos sucedió con muchos otros artículos. Así, nos aconteció lo que acontece siempre a las personas económicas, que ven multiplicarse sus ahorros unos por otros,

desde que han hecho el primero y convinimos en imponer cada uno de nosotros cuatro francos. Nuestro pequeño tesoro fué de este modo aumentando sin que tuviéramos que incomodarnos ni privarnos de nada necesario. Entonces conocimos la verdad del proverbio: «en todo, lo único que cuesta es el primer paso» y prometimos no separarnos de la línea que nos habíamos trazado.»

Santiago habría podido continuar por largo tiempo su relato, sin que su hermano se cansara de escucharle, pues le hacía una viva impresión; pero la abrevió, mostrándole la cuenta de sus ahorros. Al fin de segundo año tenían seiscientos cuarenta y siete francos; a los tres años, mil noventa y siete; a los cuatro, mil quinientos sesenta y cinco, y a los cinco, dos mil cincuenta. «Entonces, dijo Santiago, comenzamos a disminuir nuestro gran tesoro comprando algunas tierras, mas reemplazábamos luego lo que salía de la caja, y, semejante a nuestra vaca lechera, la plata volvía a aumentarse después que sacábamos.»

La noticia de la llegada de Carlos se había esparcido en la aldea; luego, la curiosidad en unos, recuerdos de una amistad de la infancia en otros, condujeron a casa de Santiago un buen número de visitas y éste, considerando la llegada de su hermano como una de esas buenas circunstancias que su padre habría festejado, hizo traer vino.

—Aseguro, dijo un paisano dirigiéndose a Carlos, que Santiago te habrá hablado a favor de la caja de ahorros; es su manía, pero es verdadero lo que dice, pues por lo que a mí toca, me ha ido muy bien siguiendo sus consejos.

Como tu sabes, yo era carretero, y habría continuado siéndolo toda mi vida. Pero tenía un buen

patrón y éste me ha retenido, quizá a mi pesar, una pequeña parte de mi salario para imponérmela en la caja de ahorros. De tiempo en tiempo ha agregado también algunas pequeñas gratificaciones, cuando yo le prestaba servicios extraordinarios; así es que al cabo de pocos años tenía una bonita suma. De esa he sacado lo necesario para establecerme; ahora tengo una pequeña casa y dos caballos que hago trabajar por mi cuenta.

—Yo, dijo otro interlocutor, tenía cerca de trescientos francos y contaba además con la esperanza de una buena cosecha para poder comprar algunos pedazos de terreno; pero no encontraba a mi gusto, y a más no quería comprar con anticipación, porque me habrían hecho pagar cinco por ciento de interés. Tampoco consideraba prudente guardar en casa mis mil francos por temor de ser robado. Felizmente la caja de ahorros se estableció; he impuesto mis mil francos, que se han aumentado al año siguiente; he esperado con tranquilidad que se vendiesen tierras a mi gusto y a bajos precios, y en vez de abonar yo el cinco por ciento de intereses, que pagamos aquí en las compras de terrenos que deben entregarse después, por los servicios que los empleados nos prestan, he recibido el cuatro por ciento. He ganado cuarenta francos el primer año y ochenta en el segundo en lugar de haber pagado cincuenta el primero y ciento el segundo...

La conversación rodó aún por mucho tiempo sobre esta materia hasta que, al venir la noche, todos se retiraron. En este día Carlos había recibido una fuerte impresión; había aprendido que el orden y la economía eran practicables y útiles en todas las posiciones de la vida, pero más pro-

vechosas a las clases menos favorecidas; reconocía que la miseria y el desenfreno eran efectos de la apatía y falta de cuidado por el porvenir. ¿Qué le había faltado para ser, como su hermano, esposo y padre feliz, encontrando la comodidad en el fruto de su trabajo, amado y respetado por sus conciudadanos? Un poco de previsión. Carlos se quedó con Santiago hasta después del casamiento de su hermana y volvió entonces a París, resuelto a aprovecharse de las lecciones que había recibido en su aldea y a reparar el tiempo perdido. ¡Ojalá que su enmienda encuentre imitadores!

¿Qué os ha faltado a vosotros para no tener que sufrir en estas circunstancias? Lo mismo que a Carlos: un poco de previsión.

CONVERSACION NOVENA

Trabajo muscular.—División y dirección

Nada de nuevo había sobrevenido en Mirabeau después de los dolorosos acontecimientos que hemos referido y de la suspensión casi completa de los trabajos. Los habitantes se apresuraban, cada uno según sus medios, a auxiliar a las familias más pobres. A los dones abundantes que distribuían o hacían distribuir por medio del cura los propietarios acomodados, tales como Valcour, Dupré, Duroure, Bavaud y Bertraud, agregaban el socorro más útil: el trabajo. Se aprovechaban de esta circunstancia para hacer en sus propiedades mejoras que en otra ocasión no habrían llevado a efecto.

Sin duda era penoso para una parte de los obreros entregarse a un trabajo diverso de aquel a que estaban habituados y naturalmente menos retribuído. Sin embargo, se consideraban felices al encontrar en circunstancias tan difíciles, una ocupación que por lo menos les daba pan para sus familias, y ya comenzaban a comprender por experiencia propia la verdad de lo que les había dicho Dupré: que en los tiempos calamitosos los pobres no pueden ser auxiliados sino con el sobrante de los ricos; así es que, si algunos habían acusado antes a la riqueza, los que procedían de buena fe apreciaban ahora su utilidad. La expli-

cación hecha en la conferencia anterior les había dado a conocer también que no tenían justicia para quejarse, pues si no habían hecho reservas para esas épocas de apuro sólo a sí mismos podían culparse. Las ideas se iban mejorando, y esto daba aliento al doctor para proseguir con nuevo empeño.

—En la última conferencia, dijo al principiar, hemos hablado sobre el trabajo de ahorro y creo que habréis quedado suficientemente convencidos de su utilidad. Trataremos ahora de la otra rama del trabajo, esto es, del muscular, o, en otros términos, de la aplicación de las fuerzas del cuerpo, auxiliadas por las del alma, a la materia, a fin de darle utilidad para que satisfaga las necesidades humanas o conservarla.

Muchas son las cuestiones relativas al trabajo que pudiera tratar aquí, y entre otras, las causas que contribuyen a que sea más o menos vigoroso, tales como el clima, la raza, la instrucción, etc.; pero como de este modo tendría que prolongar por un tiempo muy largo nuestras conferencias, entraré desde luego a tratar de su división y dirección. Bástenos saber respecto a los demás puntos que se rozan con el trabajo y que no son del resorte de la ciencia que estudiamos, que, por muy pequeñas que sean las fuerzas del hombre a consecuencia del clima o de la raza, siempre tiene como auxiliares poderosos para aumentar su poder a la instrucción y a la higiene. Con la primera fortifica su inteligencia; con la segunda, conserva y aumenta sus fuerzas corporales. No desatendamos, pues, estos dos medios que se nos han dado para mejorar nuestra condición y tengamos presente que las prescripciones de la moral respecto de la higiene son

también reglas saludables para nuestro adelanto material. Pasemos a nuestro asunto.

Puesto que el hombre no puede procurarse nada en la tierra sino por medio del trabajo y que por este medio puede obtenerlo todo, le importa en extremo imprimirle una buena dirección. Simplificarlo, ya para alcanzar el mismo resultado con menos sufrimiento, ya para obtener con una misma cantidad de esfuerzos la mayor suma posible de comodidades o de goces, debe ser, por consiguiente, el objeto de los esfuerzos de nuestro espíritu. ¿Admitís esto?

—Ciertamente, dijeron los concurrentes.

—Hacer con mucho esfuerzo lo que podría hacerse fácilmente, emplear mucho tiempo o trabajo en una cosa que podría realizarse con prontitud y a poca costa, obstinarse, por ejemplo, en transportar penosamente al hombro, en muchos viajes, lo que podría conducirse con facilidad en uno solo con una carretilla, sería una locura, una pérdida de tiempo y de fuerza. ¿Admitís también esto?

—Sin duda.

—Si en lugar de emplear diez horas de trabajo para hacer una cosa, pudieséis hacerla en cinco horas, os quedarían cinco para hacer otra; os procuríais así dobles goces.

—Es evidente.

—Y si alguno, pudiendo disminuir su trabajo y aumentar sus goces, no lo hiciera, ¿qué sería?

—Un loco.

—Pues bien, lo que es verdadero de un individuo, lo es de todos y de la sociedad entera. Cada individuo, trabajando separadamente, ve con facilidad si su obra podría ser hecha de un modo más sencillo, y por consiguiente, si se toma o no

un trabajo inútil. Pero hay medios de economizar el trabajo o de aplicarlo con más ventaja que un individuo aislado no puede emplear y que sólo pueden ser aplicados por personas que trabajan de consuno. Si, por ejemplo, un hombre debiera labrar el campo durante la primera hora, aserrar madera durante la segunda, coser vestidos en la tercera, construir murallas en la cuarta y hacer zapatos en la quinta, hay pocas probabilidades de que todo fuera bien hecho. Estoy, por otra parte, seguro de que cinco hombres trabajando de este modo, no harían tanta obra como otros cinco que fueran uno labrador, el segundo aserrador, el tercero sastre, el cuarto albañil y el quinto zapatero.

—Es cierto, dijeron todos los asistentes; este es el principio de la división del trabajo, agregaron algunos.

—Toda profesión exige cierto aprendizaje, prosiguió Dupré. Las facultades del hombre son limitadas y nadie puede hacerlo todo. Hay personas que no pueden aprender más que una cosa; otras, más hábiles o más perseverantes, pueden hacer dos o tres. Este no es, sin embargo, el único obstáculo para que un hombre pueda hacer muchas cosas. Se necesita siempre tiempo y preparativos para hacer bien una obra, el espíritu debe reflexionar en lo que se quiere, los músculos del cuerpo exigen esfuerzos para ejecutar lo que se le pide, así es que siempre se pierde tiempo al comenzar un trabajo, sin contar con que, desempeñando funciones distintas, no se aprovecha bien la capacidad especial que tienen los individuos para ciertas y determinadas operaciones.

—Es verdad, dijo Saujon, siempre necesito como

un cuarto de hora para ponerme en estado de trabajar bien en mi oficio.

—Si un hombre hace muchas cosas, la preparación es más larga, porque es necesario que el espíritu y el cuerpo abandonen las ideas y costumbres que provienen del trabajo anterior. Un carpintero, aun cuando fuese un excelente sastre, al dejar su herramienta, necesitaría algún tiempo para que sus dedos se acostumbraran a la aguja.

Robinson Crusoé, solo en su isla, debía hacerlo todo y lo hacía lo mejor que le era posible, pero todo lo hacía mal. Si cinco hombres hubieran sido arrojados en la isla, en vez de uno, habrían tenido ventaja en dividirse las ocupaciones; mas ni cinco hombres ni ciento podrían dividirse el trabajo como lo vemos en Francia. En las manufacturas y en los grandes talleres es donde esta división ha sido llevada más lejos. Diez hombres trabajando juntos hacen al día cuarenta y ocho mil alfileres, esto es cuatro mil ochocientos cada uno. Si un solo hombre tuviera que preparar el alambre, cortarlo, arreglarlo y ponerle punta y cabeza, ¿alcanzaría a hacer cien? Es muy difícil.

La división y la buena organización del trabajo, no sólo facilitan las comodidades de la vida, dan también origen a algunas que hombres aislados no podrían proporcionarse. Robinson pudo hacer un bote del tronco de un árbol, pero no le fué posible hacerlo flotar. Se necesita el concurso de muchos hombres para construir y equipar un buque, para lanzarlo al mar y dirigirlo. Ni un individuo solo ni un pequeño número de obreros podrían levantar grandes edificios, construir puentes, acueductos o arreglar los puertos. Es necesario que cada individuo trabaje en un objeto especial para que haga

bien su obra y que los esfuerzos de todos reunidos se dirijan a obtener el fin deseado.

—La división del trabajo tiene sin duda ventajas inmensas, dijo Leonardo, pero tiene también sus inconvenientes. Así, un hombre no conoce más que una operación, y su trabajo depende de la cooperación de otros obreros y de muchas circunstancias accidentales. Pero, de cualquier modo que llegue a perder su trabajo, si no sabe hacer otra cosa, es un hombre sin recurso. El que pasa su vida en hacer cabezas de alfileres no podría hacer nada con esa aptitud, si su ocupación llegase a faltarle; al contrario, el que está habituado a confeccionar un artículo entero, puede emplear sus facultades en cualesquiera circunstancias.

—No he pretendido, replicó Dupré, que la división del trabajo no tuviera inconvenientes; sería la única cosa en el mundo que se encontrara en este caso. Tiene, pues, los suyos y tú los has indicado bien; sin embargo se reducen principalmente a dos. El primero es que en algunas circunstancias y sobre todo en las manufacturas, un operario depende de los que concurren con él a la confección de un objeto; si éstos no asisten el lunes, el operario tendrá dificultad para trabajar. Pero los obreros tienen el remedio en la mano: renuncien a los malos hábitos y el inconveniente desaparece. No olvidemos que hay solidaridad entre los hombres, sufrimos con las faltas de los otros, así como nos aprovechamos de su trabajo y de sus buenas cualidades. Exhortémosnos, por tanto, mútuamente al bien.

El segundo inconveniente consiste en que el obrero que no hace más que una cosa es poco apto para dedicarse a un nuevo trabajo, si su ocupa-

ció habitual llega a faltarle. Pero se concibe que un simple detalle de la fabricación de un objeto no es cosa tan difícil que no pueda aprenderse pronto, si hay empeño, y además la instrucción es un remedio seguro para este inconveniente. Si un obrero ha frecuentado las escuelas durante su juventud, si ha desarrollado su inteligencia por medio del estudio, si más tarde ha continuado su instrucción aprovechando la facilidad que se le ofrece ahora ,no se verá embarazado ciertamente para aprender nuevas operaciones y adecuarse a las exigencias de su posición. Apelo a aquellos de entre vosotros que han tratado de instruírse, Honorio, Leonardo, Andrés. ¿Creéis que necesitaríais mucho tiempo para ganar el sustento en otro estado distinto del que habéis elegido?

—No lo creemos, contestaron los interpelados con la satisfacción que da el sentimiento de un mérito adquirido por sus propios esfuerzos.

—Como véis, prosiguió Dupré, los inconvenientes de la división del trabajo pueden ser casi enteramente sobrepujados por nuestros buenos hábitos y por el buen empleo de las facultades que Dios ha dado a cada uno de nosotros. No nos detengamos, por consiguiente, en los inconveniente de la división del trabajo, ya que podemos hacerles cesar, y aprovechemos sus ventajas.

Estas ventajas son incalculables; pero para apreciarlas de algún modo, recordad lo que os he dicho sobre la inmensa cantidad de personas ocupadas en preparar comodidades para el más insignificante de nosotros. Pensad en el estado de destitución en que viviríais si desde siglos atrás la división del trabajo no hubiera permitido a los hombres producir más de lo que consumían y acumular

en la tierra los productos y los trabajos que encontramos en ella al nacer. Pensad en esos millares de cooperadores que en todos los puntos del globo se emplean en proveer a vuestras necesidades o que preparan a millares de leguas de distancia las materias que han de suministraros ocupación. Decid entonces si semejantes ventajas bastan para compensar algunos ligeros inconvenientes.

Otra ventaja que resulta de la división del trabajo y de la cual no os he hablado hasta ahora, es que facilita más que cualquiera otra cosa los perfeccionamientos y los progresos. Sin esta división, todos los hombres tendrían que dedicarse a las mismas ocupaciones y los Pascal, los Newton, los Watt, los Davy, los Cuvier, los Gay-Lussac, los Verzelius los Vaucanson, los Jacquart, en vez de enriquecer a la humanidad con sus descubrimientos, se habrían visto obligados a absorber sus poderosas facultades en la práctica de una multitud de operaciones mecánicas, indispensables para la conservación de su vida. Les hubiera sido imposible hacer en las ciencias y en las artes los grandes trabajos a que la humanidad debe gran parte de los beneficios de que goza. Notemos, además, que cuando toda la atención de un hombre se dirige hacia un mismo objeto, hay muchas más probabilidades de que descubra el medio de abreviar y de perfeccionar su trabajo, que si su espíritu estuviera preocupado con una multitud de operaciones diversas. En efecto, debemos a obreros, numerosos perfeccionamientos en la industria: me bastaría citaros a Vauquelin, Jacquart, Raubaux, Arkwright y Watt, que han hecho tan brillantes descubrimientos u operado una revolución en la industria.

—¿Se ha conservado, preguntó Andrés, el nombre de los obreros a los cuales se deben perfeccionamientos en la industria?

—Ciertamente, amigo mío, y tú encontrarás la vida de muchos de ellos en el libro titulado «Los Artesanos célebres».

—Voy a leerlo.

—Y harás bien. Tú y tus camaradas veréis hasta donde se puede llegar con el trabajo, el espíritu de observación, el orden y la perseverancia. Pero volvamos a nuestro asunto.

El hombre trabaja para producir a fin de proporcionar goces, ya a sí mismo, ya a otros. Cuando su trabajo no tiene este objeto, cuando emplea su espíritu o su cuerpo sin resultado útil, eso no es trabajo tal como lo consideramos. Para merecer este nombre, el trabajo debe ser productivo y útil, y cuando cumple con estas condiciones, es uno de los poderes más bienhechores. Por consiguiente, mientras más productivo sea el trabajo, más bienhechor es; por consiguiente también, todo lo que estimule a los hombres al trabajo será un beneficio para la humanidad, pues aumentando la producción, se aumentan los goces.

—Según esto, dijo Honorio, el deseo del individuo, de mejorar su condición es un sentimiento bienhechor para la humanidad.

—Seguramente, Honorio, con tal que sea honrado y que no trate de mejorar su posición sino por medios honestos. El hombre no puede mejorar su condición de una manera durable, sino produciendo más de lo que consume. El ladrón, por ejemplo, puede acumular riquezas; mas éstas son sustraídas a otros a quienes han costado su trabajo. Por el contrario, por medio de la producción

y de una producción mayor que lo que se consume, se hace un servicio a la humanidad, aumentando el fondo común y los goces propios.

Todo ahorro de trabajo es, por consiguiente, un beneficio para la humanidad. Si se llega a abreviar en una hora el tiempo necesario para hacer cierta obra, esta economía será una ganancia neta para la sociedad, porque esa hora se empleará en producir otros objetos que aumentarán las comodidades de que se puede disponer.

—Bajo este aspecto, hizo observar Leonardo, la división del trabajo sería un beneficio triple para la humanidad, pues economiza el tiempo de tres modos: se hace mejor lo que se hace habitualmente; se hace más en el mismo tiempo; en fin, se economizan tiempo y materiales, haciendo marchar a la vez muchas partes de una misma obra.

—Bien, Leonardo. No necesito agregar nada para probar la utilidad de la división del trabajo. Pero veamos otras consecuencias de los principios que hemos sentado.

La producción, hemos dicho, es el objeto del trabajo, puesto que el hombre no trabaja sino para producir a fin de satisfacer necesidades y procurarse comodidades. El mejor empleo del trabajo será, por tanto, el que asegure producción más abundante, y como el hombre, con la división actual del trabajo en todos los ramos de la actividad humana, no produce solamente para sí, la sociedad tiene un interés directo en que se dé la mejor dirección al trabajo individual.

—Este principio me parece efectivamente incontestable, dijo Leonardo; pues desde que se dirija mal el trabajo, o se hace menos de lo que podría hacerse en el mismo tiempo o se hace peor

En todos estos casos, la sociedad pierde todo lo que habría ganado con una dirección mejor del trabajo.

—Pues bien, se puede dar mala dirección al trabajo de muchos modos. Esto tendrá lugar, por ejemplo, siempre que el producto neto no sea tan grande como es posible con relación al producto bruto.

—¿Qué se llama producto neto y producto bruto?, preguntó Miguel.

—El producto bruto, contestó Dupré, es la suma de todo lo que se produce; se llama, al contrario, producto neto lo que queda después de deducidos los gastos de fabricación. El producto neto es la cantidad con que el capital de la humanidad se aumenta después de un trabajo cualquiera. Por tanto, mientras más se disminuyan los gastos de producción, mayor será el producto neto, y así es que si por una mejora en los procedimientos, por la oportunidad en la dirección dada al trabajo, por una mayor economía o un empleo mejor entendido de las materias primeros, disminuímos los gastos de producción, aumentamos en otro tanto la ganancia y el fondo social. En el caso contrario, la mala dirección dada al trabajo disminuye la ganancia, aumentando los gastos de producción.

—De aquí concluiremos, dijo Leonardo, que es necesario esforzarse en disminuir la cantidad de trabajo y de materiales necesaria para confeccionar toda especie de productos.

—Es la consecuencia rigurosa del principio.

—Pero, ¿no sucede algunas veces, replicó Leonardo, que reduciendo la pena que cuesta la fabricación de un producto, se disminuya al mismo tiempo la cantidad de obra para los obreros? Si

por ejemplo, una industria ocupa un cierto número de obreros, la mejora de los procedimientos de fabricación que permita obtener el producto con la mitad menos de trabajo, ¿no privará también de obra a la mitad de los obreros?

—Esto puede suceder y sucede algunas veces; pero el mal no es nunca tan grande ni tan extenso, ni dura tan largo tiempo como lo crees; se compensa así mismo prontamente con un bien mucho mayor. Mas, esta cuestión se liga con otra general y de alta importancia, que examinaremos con cuidado en nuestra próxima reunión.

Entretanto, no olvidéis que el interés de la humanidad entera es que se produzca todo con el menor trabajo posible.

CONVERSACION DECIMA

Utilidad de las máquinas

En nuestra última reunión, dijo al comenzar Dupré, hemos visto que, siendo el trabajo una pena a que el hombre sólo se somete para satisfacer sus necesidades, todo lo que puede disminuir esa pena es un bien, y que, por consiguiente, los esfuerzos del espíritu humano deben propender a ese fin para hacer más en el mismo tiempo y obtener de este modo mayores goces.

Ocasionando todo trabajo una pena, el hombre trata de disminuirla por un instinto natural. Reemplaza, en cuanto puede, el trabajo de sus brazos o de sus dedos con el de las fuerzas de la naturaleza e inventa medios para poner estas fuerzas a su servicio con la ayuda de los útiles, de los instrumentos y de las máquinas. Una máquina, cualquiera que sea, es, en efecto, un instrumento o un aparato más o menos sencillo o complicado, con el auxilio del cual el hombre ha encontrado medio de ahorrarse trabajo produciendo con más prontitud y facilidad lo que desea. Así, aun el salvaje usa instrumentos o máquinas. El arco, las flechas, el hueso encorvado de que se sirve para tomar su presa, son instrumentos, groseros, es verdad, pero son instrumentos.

No contento con servirse de estos útiles para apoderarse de las cosas que existen, el salvaje hace otros para producir objetos nuevos. Después de

haber empleado la madera, la piedra y los huesos para sus armas, nota que hay metales y se aprovecha de ellos para hacer instrumentos resistentes con los cuales trabaja nuevas materias.

El labrador se servía al principio de un débil instrumento manejado con la mano; después se empleó el arado que corta profundamente el terreno y lo vuelve con facilidad con el auxilio de los animales que le dan movimiento.

Cuando el grano ha crecido y madurado es necesario recogerlo; pero como es largo y penoso arrancarlo con la mano, se empleó al principio un cuchillo; después una persona de ingenio notó que, si fuera curvo cortaría mejor, y se inventó la hoz, que fué un gran progreso; más tarde se empleó la guadaña. Es también preciso separa el grano de su envoltura, y esto se hizo con la mano; mas luego se notó que este resultado se obtendría con más rapidez golpeando las espígas.

La molienda del grano para convertirlo en harina ha sido asímismo objeto de perfeccionamientos semejantes. Al principio se golpeaba, después se inventó el molino con dos piedras circulares de que aún se hace uso en el Oriente, y, finalmente, en la Europa, civilizada se empleó en este uso al agua, al viento y al vapor, que imprimen movimiento a máquinas poderosas.

—Es necesario confesar, dijo Ravaud, que estas invenciones sucesivas han sido un gran beneficio para el hombre. ¿Qué sería de los cultivadores, a quienes aun ahora cuesta tanto producir el trigo, sin el socorro del arado, de la hoz y de tantos instrumentos preciosos que les economizan trabajo?

Las otras industrias no deben estar menos re-

conocidos que la vuestra, Ravaud. Emplearía mucho tiempo si quisiera daros solamente una idea de los perfeccionamientos sucesivos que el hombre ha introducido en esas industrias, y de las invenciones de que se ha servido para mejorar su condición, salvando los obstáculos que le opone su debilidad física. Cada invención ha aumentado efectivamente el bienestar material y la suma de los goces, como si la tierra hubiera llegado a ser más fértil y las estaciones más clementes. Cuando el molino de agua ha reemplazado al molino de mano para moler el trigo, se ha necesitado mucho menos trabajo para preparar el alimento, y el tiempo que ha quedado libre se ha podido emplear en la adquisición de otras comodidades. Lo mismo ha sucedido con todas las invenciones que han disminuído el trabajo puramente físico del hombre.

—Estas invenciones son incontestablemente un beneficio en general, dijo entonces Honorio. Me parece, sin embargo, que puede haber circunstancias y países en que se tenga una opinión diferente. Así, por ejemplo, en un país muy poblado como la Francia, un gran número de obreros adquiere la costumbre de ganar la vida en un género particular de trabajo; si se inventa una máquina para fabricar el objeto que producen, se encuentran sin ocupación. No diré nada de lo que concierne a mi industria, pero ved lo que ha sucedido aquí, hace algunos años, en la producción de los clavos en que se ocupaban muchos obreros en sus casas. Se inventó una máquina para hacer clavos, y esos obreros han tenido que dedicarse a otro trabajo a que no estaban habituados, y en el cual han tenido necesidad de ejercitarse.

—Lo que acabas de decir es cierto. Añadiré que

algunas veces los obreros, así reemplazados, han concebido la idea desgraciada de continuar su trabajo, esperando poder luchar con la máquina, y trabajando a precio más y más bajo, han logrado sostener por algún tiempo la competencia, pero lo bajo del precio los ha reducido a la pobreza. Entonces se han quejado de la injusticia de la sociedad, han dicho que trabajaban penosamente y que sin embargo eran muy mal pagados, y han acusado a la sociedad que no los retribuía, según ellos, en razón a su trabajo, mientras que sólo debían atribuirse a sí mismos la dificultad de su posición. ¿Por qué querer luchar contra máquinas que podían producir con más economía? ¿No era insensatez esperar que les pagaran el mismo precio por lo que se podía obtener más barato?

Trabajar o producir para los otros es venderles un servicio, pero no debemos ni podemos obligarlos a que nos paguen más de lo que valen. Cuando por una invención nueva, se llega a fabricar por diez francos lo que valía veinte, se dice que este objeto no vale ya más que diez francos, y nadie quiere dar más por él. ¿Y acaso porque hay en el mundo personas que no saben, no pueden o no quieren emplear los nuevos métodos, nos obligarán a que les paguemos el precio antiguo? ¿Con qué derecho atentar a la libertad de los otros?

—Y los fabricantes, dijo Blondeau, que había anexado a su fundición la fábrica de clavos de que hablaba Honorio, ¿somos acaso libres de emplear o no un nuevo método de fabricación? Vendiendo mis productos, como lo habéis dicho, vendo servicios al público. ¿Puedo hacerlos pagar más caros de lo que valen, es decir, por un precio mayor al que tienen en otra parte?

—No, ciertamente, señor Blondeau, ni vos ni nadie puede hacer esto. Desde el instante en que se inventa un nuevo procedimiento de fabricación, los fabricantes no sólo tienen el derecho, sino el deber de emplearlo. No hacerlo es faltar a las obligaciones para con la sociedad, a la cual debemos prestar todos los servicios de que somos capaces, no pidiendo por ellos más de lo que valen.

—Sin embargo, replicó Honorio, la idea de que una máquina puede ocasionar la desgracia de muchos obreros privándolos de obra, ¿no es de tal naturaleza que haga pensar que las máquinas producen más mal que bien? ¿No tienden a reemplazar el trabajo humano y a privar a las clases obreras de sus medios de susistencia? Si aquellos cuyo trabajo es reemplazado deben morir de hambre, la invención de las máquinas no es ya un beneficio.

—Algunas reflexiones os harán ver que esos temores no tienen fundamento. La cantidad de trabajo que puede emplearse en una época cualquiera, depende del capital de que los hombres disponen para pagarlo; los obreros no pueden, por consiguiente, vivir y ser pagados, mientras se realiza la venta de lo que se fabrica, sino con el capital economizado; por tanto, mientras más considerable sea ese capital, más posibilidad hay de emplear obreros. Ahora bien, el empleo de las máquinas no ocasiona la diminución del capital destinado a la producción; al contrario, como la invención de una máquina es una cosa lucrativa, su empleo debe aumentar el capital, y como todo acrecentamiento del capital aumenta la demanda del trabajo, porque mientras más riqueza haya en un país más necesidades hay en él que pueden satisfacerse, las máquinas acrecen naturalmente la demanda

de trabajo. Esto se puede comprobar en Francia. El empleo de las máquinas ha aumentado enormemente el capital destinado a la industria, de tal modo que ahora es más de diez veces mayor que hace un siglo. La industria emplea muchos más brazos que antes de su introducción.

—Pero, replicó de nuevo Honorio, ese capital no se destina al pago de trabajo, es absorbido por las máquinas.

—Es verdad que una porción se invierte en las máquinas, y si ellas fueran traídas de la luna, el dinero que se invirtiese para obtenerlas, no se emplearía en pagar trabajo; pero son hechas por obreros y se necesitan muchos esfuerzos para construirlas y conservarlas, esfuerzos que son competentemente remunerados.

La diferencia entre los artículos fabricados a mano y los fabricados mecánicamente consiste en lo siguiente: en el primer caso, el trabajo manual hace directamente el artículo, pero lo produce en pequeña cantidad; en el segundo, el trabajo hace la máquina para fabricar el artículo, y ésta lo produce en cantidad mucho mayor. Se gasta poco más o menos la misma suma de trabajo, y el público en general obtiene goces mucho mayores.

No debe, pues, temerse que las máquinas reemplacen el trabajo manual y dejen sin obra a una porción del género humano. La experiencia de los países en que el empleo de las máquinas está más difundido, como la Inglaterra, la Francia y la Alemania, prueba que las máquinas han aumentado mucho el trabajo manual y mejorado la condición de las clases obreras. Además, las han hecho participar del bienestar que resulta de la facilidad con que todos nos procuramos una multitud de

goces de que antes estábamos privados o que comprábamos sólo en canidad muy corta. Llego, en efecto a tratar de una de las grandes ventajas de las máquinas. Su empleo hace abundar todos los objetos fabricados, pues el deseo de emplear las máquinas, nace de que permiten producir con el mismo costo una suma mucho más considerable de artículos.

—Pero este provecho es para el fabricante, replicó Honorio.

—Es un grave error. La abundancia trae la baratura, como sabéis, puesto que la abundancia hace superior la oferta de los artículos al pedido de ellos, y la baratura ofrece a los pobres la posibilidad de procurarse lo que antes no podían tener. Ahora el obrero más humilde de Francia puede comprar vestidos propios, decentes y abrigadores. Tenemos, es verdad, gentes con harapos, pero son desgraciados a quienes el vicio, la imprudencia o accidentes particulares han reducido a ese estado. Los realmente amigos del trabajo pueden siempre obtener alimento sustancioso y vestidos decentes. Esto parece quizá poco, porque estamos habituados a tenerlo; mas no sucede lo mismo en todo el mundo, ni siempre ha sucedido tampoco en Francia. Un obrero de fábrica se encontraría muy mal vestido y mal comido si lo estuviese como los maestros ahora doscientos años.

Lejos de ver un mal en las máquinas, mirémoslas, por consiguiente, como el mayor servicio que la inteligencia haya podido hacer al hombre condenado a obtenerlo todo por medio del trabajo. Si una máquina que disminuye la pena necesaria para producir un artículo y que permite producirlo con la mitad o la tercera parte del trabajo, pudiera se

ser considerada como un mal, sería indispensable decir otro tanto de las demás, pues todas tienen el mismo objeto; ni deberíamos detenernos en nada, porque lo que es verdadero de unas lo es también de todas las otras de la misma naturaleza, de las más sencillas como de las más complicadas. Una vez puestos en esta vía, no podéis deteneros, para ser consecuentes; no podéis establecer un límite entre las máquinas que hayan de suprimirse y las que hayan de conservarse. Es necesario aniquilar todo lo que de cualquier modo, abrevia el trabajo o disminuye la pena es necesario destruir los útiles e instrumentos de toda especie, pues son máquinas que economizan trabajo haciéndolo más fácil, el martillo, el serrucho, la lima, la aguja, las tenazas, el hacha.

—No, no, exclamaron a una voz Saujon, Miguel, Benito, Marcial y los obreros de las diversas industrias ejercidas en Mirebeau.

—Es necesario suprimir la hoz, el arado, la rueda de molino...

—¿Qué sería de nosotros sin esos instrumentos? dijeron a su vez todos los cultivadores.

—Veo en esta unanimidad, prosiguió Dupré, que no tenéis deseos de volver al estado de nuestros padres que rompían la leña con sus manos, y removían la tierra con sus uñas, por falta de las preciosas máquinas que ahora tenemos a nuestro servicio. Conservémoslas, pues, con reconocimiento y puesto que nos prestan servicios tan grandes, no cometamos la inconsecuencia de aprobarlas cuando nos convienen y condenarlas cuando nos desagradan. ¿Queréis ahora que os diga cuándo una máquina agrada o disgusta?

Una máquina gusta cuando ejecuta un trabajo

para el cual la mano no basta; así nadie se queja de la máquina a vapor que impulsa los buques que ninguna fuerza humana podría mover. Gusta cuando ejecuta un trabajo que hay costumbre de ver hecho por ella; así os sucede con el arado y la sierra porque nunca habéis visto labrar el campo o arreglar madera sin emplearlos.

Una máquina disgusta, por el contrario, cuando viene a ejecutar un trabajo que hay costumbre de ver hecho por la mano del hombre. Desagrada particularmente cuando se introduce en una industria en que el trabajo mecánico era desconocido antes, como sucedió con la fabricación de las medias, que antes se hacía exclusivamente a mano. Pero lo que es bueno para una industria, porque ahorra trabajo y duplica el poder del hombre, ¿no será bueno para otra en que debe obtenerse el mismo resultado? Dejemos de proferir quejas que dan lugar a la creencia de que sólo vemos las cosas desde el punto de vista del momento, y que el interés general con que nos parapetamos no es más que un pretexto para disimular nuestro descontento porque nos vemos obligados a romper con nuestros hábitos y a variar nuestro trabajo.

Es verdad, Honorio, que las máquinas nuevas obligan a los obreros que reemplazan a buscar otro género de trabajo; pero es falso que supriman trabajo, puesto que aumentan el capital. Esto se ha dicho sin duda y se repite cada vez que se trata de introducir nuevas máquinas en una industria, más la aserción ha sido siempre desmentida por los hechos. Se ha dicho cuando se inventó la maquinaria para hacer medias, y ahora hay más personas ocupadas en su fabricación que cuando había sólo calceteras a mano, porque todo el mundo usa

medias; se ha dicho cuando la filatura mecánica sustituyó al trabajo a mano, y en nuestros días la filatura proporciona más trabajo que el que antes daban la rueda y el huso; se ha dicho cuando el tejido mecánico ha reemplazado al oficio del tejedor, y ahora el tejido francés ocupa muchas más brazos que antes, porque suministra géneros a casi todo el mundo; se ha dicho, hace cuatro siglos, cuando el descubrimiento de la imprenta suprimió la industria de los copistas, y apenas habían pasado algunos años, la imprenta ocupaba cien veces más obreros que los que la Edad Media empleaba como copistas; se ha dicho más recientemente cuando la prensa mecánica ha reemplazado a la prensa de mano, y ahora hay muchos más obreros en las imprentas que hace treinta años y la baratura de los libros los ha puesto en manos de todos, favoreciendo la propagación de la instrucción.

—Todo esto es bello y bueno, dijo Andrés, que hasta entonces había permanecido en silencio; pero no es menos cierto que cuando una máquina se introduce en una industria, hace mal dejando sin trabajo a una parte de los obreros que la industria ocupaba.

—Este mal es verdadero, Andrés; mas, ya os lo he dicho muchas veces, no hay bien tan grande que no esté acompañado de algunos inconvenientes; provienen de la naturaleza de las cosas y es necesario resignarse. Por otra parte, no sólo las máquinas ocasionan trastornos ligeros a la industria, los ocasiona también todo cambio en las costumbres: los descubrimientos inesperados, los caprichos y fantasías de la moda que cambian nuestras necesidades o les dan otro curso. Un nuevo

camino hace mal a las propiedades próximas al antiguo: ¿pediremos que sea suprimido? Un ferrocarril destruye la utilidad del nuevo camino; ¿nos opondremos por esto a su construcción?

Los fenómenos naturales, aun los más bienhechores, dañan a veces a algunas industrias. Citemos ejemplos. Si la estación es contraria a la salud, hay considerable número de enfermos y los médicos están muy ocupados; si cambia la temperamento, la salud vuelve, los enfermos se restablecen y los médicos no tienen ni la mitad de las visitas de antes. La helada perjudica a las viñas, arruina a los propietarios y enriquece a los que tienen provisiones de vino en sus bodegas. Cuando después de haberse esperado una mala cosecha, sobreviene un tiempo favorable, se arregla todo en beneficio del público, pero los comerciantes que han internado trigos, que en la escasez nos habrían sido útiles, reciben notable perjuicio a consecuencia de la buena cosecha.

Lo mismo sucede con las máquinas: dañan momentáneamente a algunos individuos, pero son un beneficio para todos. ¿Deberá sacrificarse el bien general y permanente de la sociedad entera para evitar el perjuicio reducido y pasajero de algunos?

Por otra parte, este mal no es grave ni extenso. La introducción de las máquinas no es súbita; por el contrario, es lenta y gradual, y para esto hay muchas causas: la rutina, que rechaza o no gusta por lo menos a los cambios y estudios que exige la organización de un nuevo género de trabajo, el gasto, etc. Una máquina capaz de reemplazar el trabajo de muchos obreros es una máquina costosa, se necesitan capitales considerables para estable-

cerla y ese gasto obliga a muchos fabricantes a retardar su empleo.

En fin, aun cuando todos los fabricantes de un país quisiesen adoptar a la vez esa máquina, no podrían hacerlo, porque las de ese género son necesariamente complicadas; al principio hay pocos obreros que estén al corriente de su fabricación, así es que para obtenerla es indispensable pedirla con anticipación de un año, diez y ocho meses, dos años y aun más. La dificultad de tenerla crece grandemente cuando, en recompensa del descubrimiento, se da privilegio de invención que limita la fabricación en manos de un solo constructor.

Este inconveniente de las máquinas apenas es perceptible en los países en que los brazos son insuficientes, como acontece sobre todo en la América del Sur. En estos países producen las ventajas que os he indicado y muchas otras, sin dar origen ni siquiera a desgracias momentáneas, porque los obreros tienen siempre trabajo disponible.

Antes de separarnos, permitidme que resuma en pocas palabras todo lo que hemos hablado.

El hombre no obtiene nada sino por el trabajo, y el trabajo es una pena. Todo lo que economiza el trabajo y la pena es, pues, un beneficio para la sociedad, porque le queda más tiempo para procurarse nuevos goces. Las máquinas economizan trabajo, por consiguiente son un beneficio para la humanidad.

Las máquinas son aún ventajosas en cuanto suprimen la parte más penosa del trabajo: una de sus grandes ventajas es permitir y facilitar el empleo de las fuerzas de la Naturaleza, poniéndolas al servicio del hombre. Favorecen también el in-

cremento del capital y por consiguiente aumentan el pedido de trabajo.

Diariamente las máquinas emancipan más a los obreros, suprimiendo lo que para ellos hay más duro en el trabajo, y los hacen pasar al estado de seres inteligentes encargados de dirigir el empleo de las fuerzas de la Naturaleza, dóciles a sus órdenes, reemplazando gradualmente el esfuerzo del cuerpo por el más noble del espíritu. ¿Quién no debe considerarse feliz con un estado de cosas que tiende a aumentar la dignidad del hombre y sobre todo la del obrero?

CONVERSACION UNDECIMA

Riqueza. - Consumo. — Capital y su empleo

No habiendo acontecido ningún hecho nuevo que llamara la atención del doctor, conmenzó la conversación en los siguientes términos:

—Ya que en las conferencias anteriores hemos hablado sobre el trabajo bajo sus dos formas, trataremos ahora de las riquezas, de los consumos y del capital. Permitidme que desde luego os pregunte: ¿qué entendéis por ser rico?

—Tener mucho dinero, se apresuró a responder un gran número de asistentes.

—Veamos; ¿de qué os serviría una bolsa llena de plata, si naufragáseis en una isla desierta? Absolutamente de nada.

—Sí, dijo Jarland; pero en país habitado, la moneda nos sirve para comprar todo lo que necesitamos.

—Entonces os diré que las cosas que deseamos adquirir con la moneda, como el pan, los vestidos, las tierras, etc., constituyen la riqueza del mismo modo que la moneda con la cual nos las procuramos, y aun, que estas cosas son la más sólida riqueza; pues que el oro y la plata nos serían menos útiles que el hierro y el plomo, sino sirviesen para que nos procurásemos las comodidades de la vida. Podemos, pues, decir que la riqueza comprende todas las cosas materiales, apropiables y útiles. De este modo se encuentran incluídos todos los ob-

jetos que se compran y venden, tales como las tierras, las casas, los productos de la agricultura, manufacturados, los animales domésticos, en una palabra, todo lo que tiene valor y puede hacer gozar al hombre.

Véis, según esto, que es necesario formar, acerca de la riqueza, una idea diversa de la habitual que la hace consistir, sobre todo, en la moneda. Naciones ha habido que, por tener esa opinión tan errónea, se han visto inundadas de monedas, perdiendo su agricultura, sus fábricas, todos sus gérmenes de producción. Este ejemplo harto doloroso bastaría para hacernos comprender lo que debe considerarse como riqueza, si la razón no lo indicase con claridad.

El objeto que se propone el hombre al producir es proporcionarse goces por medio de las riquezas que crea. Este uso de ellas es lo que se llama consumo, y acerca de este punto tuviera mucho que deciros, indicando las diversas especies de consumo; pero como esta materia, si bien de mucha importacia en la ciencia, no la tiene tan grande para el fin que nos hemos propuesto, me limitaré a recomendaros el menor consumo posible de todos los objetos que no sirvan para mantener las fuerzas corporales, ilustrar la inteligencia, y, en resumen, aumentar la fuerza productiva. Pasemos a tratar del capital, que será por hoy nuestro principal estudio.

El capital es todo lo que existe sobre la tierra, es el resultado de la acumulación del trabajo de todos los siglos, lo que los hombres han producido además de su consumo.

—Entonces, preguntó Jarland; ¿el dinero no constituye por sí solo el capital?

—No, el capital de una persona puede estar bajo todas las especies de bienes y de propiedades.

—Y, sin embargo, cuando se habla de los capitales de un hombre, parece que se trata siempre del dinero que posee. Así, cuando Mr. Bertrand compró la quinta de Mr. Valcour, todos dijeron que obtendría mejor resultado que su predecesor, porque tenía más capitales.

—Esto proviene, Jarland, de que se aprecia mejor el capital cuando está bajo la forma de dinero y así, para valorizar la fortuna de un hombre, estimamos siempre en monedas todo lo que posee.

—Por consiguiente, dijo Honorio, todo ,o que poseen los ricos es capital.

—Sin duda, pero lo que poseen los pobres también lo es. Tus vestidos, tus muebles, tus utensilios, todo lo que te pertenece constituye un capital,

—Según esto, exclamo Honorio riéndose, yo era capitalista sin saberlo.

—Ciertamente, y es un grave error llamar capitalistas únicamente a los que poseen mucho. Hay capitalistas grandes y pequeños, hay capitalistas pobres y ricos, pero todos lo somos en un grado cualquiera; la diferencia consiste en la extensión de los capitales. Robinson, arrojado en su isla era un capitalista rico con relación al salvaje que no posee nada, porque había salvado del naufragio algunos útiles y provisiones.

Se comete una gran falta creyendo que el capital sólo consiste en grandes riquezas. El capital de las clases menos favorecidas de la fortuna, constituye una parte no pequeña de la riqueza pública, como bastan para probarlo sus imposiciones en las cajas de ahorros que suben en Francia a 272.000.000, pasando en Inglaterra de 900. Y

sin embargo, las imposiciones son una parte imperceptible del haber de esas clases, que consiste en sus tierras, sus casas, sus jardines, el material de sus tiendas y sobre todo en sus muebles y vestidos. Aunque de poco valor en detalle, todo esto forma un capital de vasta importancia.

Además el capital no es sólo lo que pertenece a los individuos. Los caminos, los puentes, los canales, los puertos, las iglesias, los arsenales, todas las construcciones públicas, todo eso es igualmente capital. Una nación es, por consiguiente, más rica no sólo cuando cada uno de sus miembros, por separado, tiene más fortuna, sino también cuando posee más capitales de todas clases. Así cuando en lugar de gastar su dinero de un modo estéril, lo emplea en grandes trabajos que deben subsistir, aumenta su capital y la riqueza de todos sus miembros, porque facilita el trabajo de las generaciones futuras.

—No se puede dudar, dijo Gagelin, que el aumento de este capital beneficia a un país, pues que todos sus habitantes lo aprovechan; pero, ¿sucede lo mismo con el capital que poseen los individuos? El capitalista se enriquece sin cuidarse de los demás.

—Es verdad, Mr. Gagelin; obra como vos, como yo, como todo el mundo, busca lo que le interesa; pero no puede obtener su bien sin hacer bien a los demás. Tanto mejor, por consiguiente, si se enriquece, ya que no puede enriquecerse sin prestarnos servicios. Mientras un fabricante dirige con habilidad sus negocios, difunde el trabajo y el bienestar alrededor de sí; mas si se arruina, por cualquiera causa que sea, ocasiona la desgracia de los que ha empleado. El obrero que disipa su ca-

pital en vez de acrecerlo, se daña también a sí mismo y perjudica a la sociedad. El capital no se aumenta, en efecto, sino por medio del trabajo acompañado de orden y economía; esto es, consumiendo menos de lo que se produce.

—Pero entonces, replicó Gagelin, ¿cuál es la utilidad de la acumulación de las riquezas? O se gastan o se acumulan: si todos gastan, quedamos lo mismo que antes; si todos acumulan no hay ganancia para nadie.

—Ese razonamiento peca en sus dos partes. Si se gasta más, se obtienen más goces. Si se ahorra, el obrero y el pobre colocan sus economías a interés, de modo que llegan a ser una fuente de entradas y el fundamento de una pequeña fortuna, y el rico emplea sus capitales en hacer trabajar.

—¿Y si no hace trabajar?, preguntó Andrés.

—Tiene que hacerlo necesariamente, pues que no le es posible satisfacer sus necesidades de otro modo, ya que todo lo que consume y compra es producto del trabajo. El rico está tambien obligado a hacer trabajar para sacar provecho de su capital, para conservarlo y para aumentarlo.

Estamos, pues, interesados en que el capital sea protegido contra toda especie de turbación; siempre que disminuye en una sociedad, disminuye al mismo tiempo el trabajo, y en todos los lugares donde está protegido contra toda especie de turbación; siempre que disminuye en una sociedad, disminuye al mismo tiempo el trabajo, y en todos los lugares donde hay riesgo de que sea confiscado o robado desaparece, ocasionando una miseria espantosa, como sucede en los Estados del Asia. Las revoluciones y las convulsiones civiles son harto funestas al capital, pues que destruyen la seguridad; los nego-

cios se suspenden, los capitales permanecen improductivos por el temor de perderlos, los talleres se cierran y los obreros languidecen de miseria o intentan conmociones que agravan sus males aumentando la inquietud.

No debo tampoco olvidar otra utilidad del capital muy importante para los obreros: es que permite ocuparlos cuando el trabajo escasea. Algunas veces interesa a los grandes manufactureros conservar sus trabajadores, aunque más bien pierdan que ganen; he aquí la razón. El establecimiento les ha costado sumas considerables, quizá toda su fortuna. Si se detienen, pierden enteramente el interés del dinero empleado. Continuando el trabajo, su pérdida es a veces menor, y los empresarios son hombres buenos y humanos, prefieren perder de este modo porque así dan trabajo y pan a sus obreros. ¿Sabéis lo que han hecho este año los señores Lenoir y Dubuison, prolongando el trabajo lo más que han podido?

—Lo sabemos ciertamente, y les estamos reconocidos, dijeron muchos de los obreros dirigiéndose a los fabricantes.

—Perdón, señor Dupré, dijo Leonardo. No quería con mis objeciones contradecir los buenos sentimientos que se acaban de expresar y de los cuales participo completamente, pero sabéis que ante todo trato de ilustrarme. Todo lo que nos habéis dicho prueba incontestablemente la utilidad del capital: sin embargo, ¿no hace pagar algunas veces demasiado caros los servicios que presta a la sociedad?

—En otros términos: ¿preguntas, Leonardo, si el capitalista saca de sus capitales un interés superior a sus servicios? Observa los hechos. Un grande

establecimiento impone un trabajo pesado y mientras mayor es el capital que en él se emplea, mayor es también la ansiedad que ocasiona. Es, por tanto, muy justo que, además del interés de los capitales, el empresario saque de su explotación un beneficio proporcionado al trabajo que se toma, y con todo, sucede muchas veces que la única ganancia que se obtiene es el interés del dinero, interés que no pasa del cinco por ciento. ¡Cuántas veces aun el establecimiento da pérdidas en vez de ganancias!

En efecto, ¡cuántos capitalistas, fabricantes, manufactureros no han fracasado! ¡Cuántos grandes establecimientos se han cerrado después de algunos años de existencia! En este caso, la ganancia más clara ha sido la de la sociedad cuyo capital se aumenta con el exceso de sus productos y sobre todo la de los obreros que han recibido con regularidad sus salarios durante todo el tiempo. El propietario se ha arruinado y el salario de sus obreros ha estado al abrigo de toda pérdida.

—Esta seguridad que tienen los obreros, advirtió Leonardo, mientras que los intereses de los patronos corren tanto riesgo, es una ventaja preciosa en la cual confieso no se fija bastante la atención; es una compensación de la cortedad del salario comparado con las grandes ganancias que, según se dice, obtienen algunos manufactureros.

—Es verdad, Leonardo, que algunos manufactureros, poco nuerosos por otra parte obtienen ganancias crecidas; pero calculemos. Esas grandes manufactureras cuestan sumas enormes en terrenos, en edificios, en máquinas y en material de explotación. Sólo el interés de ese capital será tal vez de cincuenta mil francos

—Admito de buena gana, dijo Miguel, las ganancias de los fabricantes. Aun cuando no trabajan del mismo modo que nosotros, su trabajo no es por eso menos real, y la inteligencia que crea y dirige una grande explotación tiene un valor que es difícil apreciar y remunerar convenientemente. ¿Pero el interés de los capitales prestados es justo?

—Muy pronto has olvidado, Miguel, lo que hemos dicho sobre el trabajo de ahorro. El ahorro impone un sacrificio; muy justo es que tenga compensación y la compensación es el interés. La supresión del interés tendría por resultado la disminución o la destrucción del capital.

—¿Cómo así, Mr. Dupré?

—Es muy sencillo. Hemos dicho, que el capital es el producto del trabajo que no se ha consumido. Pero si el capital no produce nada, ¿para qué imponerse privaciones? Suprimir el interés del capital es atentar al derecho individual de disponer de las cosas, es aniquilar todo lo que impulsa al hombre a hacer esfuerzos en vista de un resultado futuro.

Hay, pues, razón para decir que la supresión del interés del capital es el retroceso a la barbarie, pues que esa supresión destruye lo que provoca el origen del capital mismo. Y sin capital, el hombre no puede nada; sólo puede comenzar nuevamente la obra del salvaje, hasta que, a fuerza de trabajos perseverantes durante muchos siglos logre constituirlo.

Quitad de la agricultura el azadón, el arado, el hacha, la pala, en fin, todos los instrumentos; quitad los animales existentes, las semillas destinadas para reproducirse, los cercados y mejoras de todo género, quitad todo esto, porque todo es

capital, y decidme: ¿qué sería de la agricultura? Quitad a la industria manufacturera sus edificios y sus máquinas, porque todo es capital, y la industria manufacturera no existirá.

Suponed al mundo sin casas, y a las casas sin útiles; suponed que no hay buques que conduzcan mercaderías por mar, ni caminos que permitan transportarlas por tierra, y la miseria más espantosa reinará en el mundo entero.

Guardémonos, por consiguiente, de entrabar el desarrollo de los capitales; privaríamos a la humanidad de la mayor parte de los servicios que le prestan y que sumariamente os he indicado. A este respecto aun desearía hacer bendecir a la Providencia que ha establecido tan admirablemente las leyes del mundo social que, a medida que los capitales de los ricos aumentan, disminuye la entrada que sacan de ellos, mientras que el beneficio de los pobres y el de la sociedad en general van creciendo.

—¿Cómo puede suceder esto, preguntó Miguel, ya que a medida que los capitales de los ricos aumentan, tienen más facilidad para enriquecerse? Se dice generalmente que los primeros mil francos son los que cuesta ganar.

—Las dos cosas se concilian muy bien, Miguel, como vas a verlo. A medida que los capitales de los ricos aumentan, éstos pueden, procurándose más goces, emprender más trabajos productivos; pero al mismo tiempo, cuando los capitales se multiplican en un país, se hacen concurrencia a sí mismos. Por esto con el aumento de la riqueza hemos visto disminuir en todas partes el interés. Los capitales que en un país poco rico producen diez por ciento anual, aumentándose suelen no

dar después más que cinco y aun a veces menos; lo que quiere decir que los ricos sacan de sus capitales una entrada proporcionalmente menor.

—¿Podría suceder entonces, dijo Honorio, que los ricos perdiesen en vez de ganar con el aumento de los capitales?

—Esto no es posible, Honorio, porque si los ricos perdiesen, dejarían de producir y entonces la riqueza disminuiría. Pero esto no tiene lugar porque el aumento de los capitales es más rápido que la disminución del interés, de modo que, aun cuando este interés disminuya, los capitalistas tienen, sin embargo, una entrada mayor. Así, cuando el interés era de seis por ciento, un capitalista con cien mil francos de capital tenía seis mil francos de entrada. Cuando el interés ha bajado al cinco, los capitales están doblados por lo menos y el capitalista tenía doscientos mil francos que le producían diez mil. Cuando el interés ha bajado al cuatro, tendría un capital de cuatrocientos mil francos, de suerte que, a pesar de la baja del interés, su entrada sería de diez y seis mil francos. Según esto, la entrada absoluta de los capitalistas va siempre en aumento, al paso que disminuye al mismo tiempo el gravamen de la industria.

— De este modo, preguntó Mr. Gagelin, ¿no podría llegar el caso de que el interés fuese igual a cero?

—No, Mr. Gagelin, porque en este caso no se formarían nuevos capitales, se consumiría toda la producción y el capital disminuiría rápidamente. Contentémonos con que el interés baje un poco más, pero no esperemos, no deseemos aún que baje excesivamente, porque compraríamos este re-

sultado con una disminución general del capital, es decir, con el empobrecimiento del mundo entero.

Aún queda sobre esta materia un hecho importante que notar y es que en las épocas de grande actividad industrial y comercial, cuando los capitales se multiplican rápidamente y al mismo tiempo hay facilidad para emplearlos, como entonces son muy pedidos para satisfacer las necesidades de los negocios, sucede que el interés aumenta en vez de disminuir. Este es un resultado que ha engañado muchas previsiones; pero que, impidiendo una baja demasiado grande del interés de los capitales, respondería a la vez a los deseos de los capitalistas y de los trabajadores, de los productores y de los consumidores.

CONVERSACION DUODECIMA

Cambio de servicios

La situación comenzaba a mejorarse. Por un aumento se había podido temer que el precio del pan, ya muy alto desde el mes de Febrero, subiese aun más cuando la cosecha estuviera a punto de consumirse; pero felizmente no sucedió así. Los arribos de trigos extranjeros principiaban a ser abundantes y aunque no permitían que el precio del pan bajara, porque habían sido comprados un poco tarde, impedían, al menos, que alcanzasen un precio más alto. Así se había llegado hasta Abril.

Ya la germinación se había verificado felizmente, la estación era favorable, los trigos estaban crecidos y ofrecían una expectativa halagüeña. La esperanza comenzaba a renacer en los corazones y, aunque la posición fuese siempre difícil para una gran parte de la población, en Mirebeau como en el resto de la Francia, la tristeza, disminuía gradualmente y se soportaba el mal con más resignación porque se preveía el fin en un porvenir más o menos cercano. A causa de las expectativas de la cosecha se presentía también una disminución en el precio del pan.

Era fácil leer este sentimiento en los rostros cuando, quince días después de la última conferencia, entró Mr. Dupré en la sala. Su auditorio se había aumentado con algunos asistentes: eran los propietarios de la manufactura y de los hornos de

fundición y algunos otros jefes de talleres menos importantes de Mirebeau.

Después de algunas palabras de felicitación dirigidas al auditorio acerca de los síntomas felices que comenzaban a manifestarse, inició la conferencia como sigue:

—Hemos visto, dijo, que el trabajo es la fuente de la riqueza y que por medio de él se eleva el hombre a la propiedad. Todas las cuestiones que se relacionan con el trabajo tienen por consiguiente para nosotros una grande importancia, y, ya que hemos tratado del trabajo en sí mismo y de sus productos, permitidme que os hable ahora del cambio de los servicios y de los productos.

Hemos visto que si el hombre estuviese aislado, si cada uno debiera hacerlo todo por sí mismo y pasar en cada instante de un trabajo a otro, tendría que hacer grandes esfuerzos, y a pesar de todo, estaría mal vestido y mal alimentado y no tendría ni la milésima parte de los goces que el hombre pobre de las sociedades modernas se procura con muchos menos sacrificios; pero felizmente el hombre no está aislado en la tierra. y, como todos tienen las mismas necesidades, lo que es útil a uno lo es también a los demás. Así es que, si por una circunstancia cualquiera, por una capacidad especial, uno de ellos ha hecho o se procura de cierto objeto más cantidad de la que necesitan para su consumo, si al mismo tiempo un segundo o un tercer individuo se encuentran en igual caso respecto de otros productos, cada uno cambiará una porción del suyo por otra del de los demás. Así harán un cambio y se prestarán mutuamente servicios.

Desde que se ha verificado este cambio, cada

hombre nota luego que le es ventajoso dedicarse a la producción de un solo objeto, ya que con él puede obtener todos los demás que necesita. Al mismo tiempo, ocupándose exclusivamente de la producción de este objeto, obtiene por sí sólo una cantidad mucho mayor que la que podrían producir, dedicándose a distintas ocupaciones, los que le dan otros productos en cambio. Todos, por este medio, producen más, tienen más productos que cambiar y satisfacen mejor sus necesidades. El cambio ha traído consigo la división del trabajo y ésta a su vez facilita y multiplica los cambios, aumentando los goces. División del trabajo, cambios, de productos, satisfacción mayor y más fácil de las necesidades del hombre, todo esto se liga.

—Pero, dijo Gagelin, a quien la materia que se trataba parecía de su competencia. Habláis de cambios de productos como si los hombres los cambiaran siempre entre sí. Me parece, por el contrario, que pocas veces hacen cambio y siempre ventas y compras.

—Eso es posible que lo hagáis vos vendiendo medicinas, dijo Andrés; pero yo que soy obrero, trabajo y no vendo. En cuanto a comprar, os aseguro que no me sucede tantas veces como decís, sobre todo en el tiempo que corre.

—Ambos tenéis razón, cada uno según el sentido en que habla, respondió Dupré; pero consideráis las cosas desde un punto de vista demasiado estrecho. Acordaos de que he comenzado diciendo que los hombres cambian entre sí servicios: para hacerme comprender he hablado de un cambio de productos, porque se ha principiado de este modo. Hablando con más exactitud diremos que cambian entre sí servicios.

—Con todo, me parece, replicó Gagelin, que eso no es enteramente cierto. Cuando voy a la fundición a comprar una marmita o un mortero, y doy escudos buenos por esos utensilios, creo que hago un servicio a Mr. Blondeau y que él no me lo hace a mí.

—Y yo, dijo a su vez Duroure, cuando alquilo un muchacho para el trabajo, creo también que soy yo y no él quien presta el servicio.

—Ambos estáis equivocados. Decidme, Mr. Gagelin, ¿para qué compráis marmitas o morteros?

—Para servirme de ellas.

—Y vos, Mr. Duroure, ¿para qué tomáis el muchacho que guía al arado?

—Para trabajar mis tierras.

—Por consiguiente, Mr. Gagelin, si compráis marmitas o morteros porque las necesitáis, Mr. Blondeau os hace un servicio cuando os los entrega. Y vos, Mr. Duroure, os encontráis en igual caso puesto que si pagais al muchacho o lo tomáis *a vuestro servicio*, como decís habitualmente, es porque tenéis necesidad de él para que trabaje vuestras tierras. Juan Claude os presta, por consiguiente, un importante servicio trabajando para vos.

—Pero, si yo no hubiera tomado a Juan Claude habría empleado a otro y mis tierras serían trabajadas igualmente.

—Pues bien, ese otro os prestaría el servicio; he aquí toda la diferencia. Del mismo modo, Mr. Gagelin, habríais podido comprar vuestros morteros en otra parte, y si los habéis comprobado en casa de Mr. Blondeau es probablemente porque son más baratos o mejores. En todo caso, teníais necesidad de morteros y Mr. Blondeau, que los fabrica, la tiene de venderlos. Ambos os habéis prestado ser-

vicios, vos comprando su mercadería y él vendiéndola. En cuanto a tí, Andrés, ¿crees que no vendes nada?

—Te daban, pues, dinero, como se lo dan a Mister Gagelin y a Mr. Blondeau, aunque piensen que no se les da bastante por sus mercaderías. Si Mr. Blondeau vende sus marmitas, tú vendes tu trabajo.

—Según esto, dijo Leonardo, el trabajo es una mercadería y el obrero un comerciante como cualquiera otro, con la diferencia de que su mercadería consiste en un trabajo por hacer en vez de un trabajo hecho. Me gusta mucho este modo de ver la cosas; nos eleva a nosotros los obreros a nuestra propia vista y a la de los demás, y, salvo la diferencia de fortuna, no establece ninguna otra entre obreros y empresarios.

—Tienes mucha razón, Leonardo, y nunca ha debido pensarse de otro modo. Esto mismo, no tendría lugar si no hubiese en los hombres la deplorable costumbre de detenerse en palabras en vez de fijarse en el fondo de las cosas. Los empresarios y los obreros cambian también servicios entre sí. Por ejemplo, cuando los efectos tienen salida, Mr. Lenoir necesita obreros para hacer su trabajo y vosotros necesitáis trabajo para vivir. Mr. Lenoir os hace servicios dandoos trabajo y vosotros se lo hacéis ejecutándolo.

Podíais pasar revista a todos los estado y os haría ver que en todas las relaciones de los hombres hay siempre cambios de servicios. Buscáis un abogado en una circunstancia difícil y os da un consejo que os saca de embarazo u os ahorra un pleito: os presta un servicio. Estáis enfermos y llamáis un médico que os examine; reconoce la causa de vues-

tra enfermedad y prescribe un tratamiento que os sana: os hace un servicio. Vosotros también se lo prestáis, pues el abogado y el médico se dedican a la profesión para adquirir entradas y los que a ellos se confían en sus pleitos o en sus enfermedades los sirven pagándoles.

Examinad bien y veréis que todo se traduce en definitiva en un cambio de servicios. Lo que puede hacer incurrir en error es que se presentan a veces bajo formas muy diversas: sin embargo, se reducen a cuatro especies principales que representan todos los que los hombres se prestan. Exceptuado el caso de las personas que dan por amistad o por un sentimiento de benevolencia, de lo cual no tenemos que ocuparnos, las relaciones se refunden en las siguientes:

Dar para que se nos *dé*,
Dar para que nos *hagan*,
Hacer para que nos *den*, y
Hacer para que nos *hagan*.

Dar para que nos *den* es el caso del comerciante que da una mercadería o un producto cualquiera por otra mercadería o por dinero, que es también un producto. En este caso hay cambio de productos: comprende todo lo que se llama comúnmente venta y compra.

Dar para que nos *hagan* es lo que tiene lugar cuando se emplea sirvientes u obreros para que nos hagan un trabajo.

Hacer para que nos *den* es el caso inverso del precedente: el de los sirvientes u obreros que trabajan por un salario y que cambian trabajo por dinero.

Hacer para que nos *hagan* es el caso en que se ejecuta un trabajo en cambio de otro. Este caso es raro en la actualidad.

—Comprendo, dijo Mr. Maucorps, agente de negocios, que hay siempre un cambio de servicios. Sin embargo, no sé en qué categoría se coloquen los del abogado y del médico de que hablábais hace poco.

—En la clase de los que *hacen para que se les dé*, o en otros términos, que trabajan para recibir. El abogado y el médico estudian las leyes y el procedimiento, los tratados de medicina y el cuerpo humano, los documentos de un proceso o la enfermedad de un cliente, a fin de recibir el pago de sus trabajos.

—Su trabajo no es muy grande, dijo Miguel, en relación con el dinero que se les da.

Cuando pagas al abogado o al médico no pagas solamente el trabajo que se toma al redactar un escrito o hacer una curación, sino el que les ha ocasionado el estudio durante quince o veinte años y el que se toman estudiando sin cesar a fin de estar prontos para servirte cuando los necesites.

Lo mismo sucede a los sabios, a los ingenieros, al magistrado que hace justicia, al funcionario que cuida los intereses públicos, al sacerdote encargado del culto y de la conservación de la pureza en las costumbres, al preceptor que nos hace tan grandes servicios dándonos la instrucción; todos están en la categoría de los que *hacen* para que se les *dé*.

Todos trabajan para nosotros, y si no los vemos ocupados en el cultivo de la tierra o en algun oficio, estudian y meditan durante largos años con la frente en los libros, y casi siempre, cuando nos-

otros descansamos, ellos están aún en vela reflexionando sobre los medios de hacernos más instruídos, más morales, de asegurar nuestra seguridad y de acrecer nuestro bienestar por medio de trabajos, consejos, descubrimientos e invenciones nuevas. Estos trabajadores, cuyos servicios se desconocen a veces, son precisamente los que más sirven a la humanidad; sus servicios no se limitan a algunos individuos, se dirigen a la sociedad entera. Estos servicios son algunas veces tan repetidos y de tal naturaleza, que sería difícil apreciarlos para pagarlos por su justo valor; y como por otra parte interesan a la sociedad en general, el Estado es el que se encarga de retribuirlos por medio de sumas que el público pone a su disposición. En todo caso, el salario que les damos o que el Estado les da a nuestro nombre, no es más que la justa remuneración de los servicios particulares que hacen a los individuos o de los generales que prestan a la sociedad.

—Según esto, advirtió Mr. Maucorps, los servicios prestados por todas estas personas son semejantes a los de los obreros y de los sirvientes.

—Ciertamente, Mr. Maucorps; todas esas personas trabajan para los demás y se les paga su trabajo. *Servidor* quiere decir que *sirve*, que *hace servicios*, todos éstos lo hacen y *todo servicio merece salario*. Los honorarios del médico y del abogado, la pensión del sacerdote, del funcionario y del magistrado son su salario: el nombre nada importa. Lo que es necesario ver es la naturaleza de los servicios y el cambio que de ellos se hace.

—¿No puede suceder, preguntó nuevamente Miguel, que uno dé más productos o tiempo que el otro?

—Es posible, si la necesidad del uno es más urgente que la del otro. Pero, ¿qué importa? Si han efectuado el cambio libremente es porque para ambos lo han considerado ventajoso, ya que sin esto no lo habrían hecho. Que uno dé más que el otro, ninguna importancia tiene; han cambiado servicios y recíprocamente se estiman satisfechos: de otra manera, lo repito, el cambio no habría tenido lugar, pues eran libres para efectuarlo.

—Sin embargo, Mr. Dupré, puede suceder que uno de los dos no sea libre. Si necesita pan y no tiene más que vestidos para dar en cambio, como el pan es más indispensable que el vestido, debería pasar por lo que quisiese el tenedor del pan.

—Desde el momento en que el primero consiente en dar su vestido es porque cree que el servicio que se le hace impidiéndole morir de hambre vale el vestido que da. Paga caro este servicio, lo confieso, pero es por que tiene una necesidad extrema y aun en este caso un servicio equivale a otro. Mas en el estado actual de la sociedad, las cosas van mejorando y la desproporción que podía existir en el cambio de los servicios disminuye sin cesar.

—¿Cómo así, dijo Leonardo? Yo creía que siempre iba en aumento.

—Es un grave error y váis a comprenderlo. Cuando los hombres están muy diseminados en un territorio, puede suceder que un producto sólo se encuentre en poder de uno solo o de dos o tres a lo más. Si no hay más que uno solo, tenemos que sufrir la ley y dar por su servicio el precio que quiera, a menos que nos convenga más producir por nosotros mismos lo que necesitamos. Si no hay más que dos o tres tenedores, es posible que

se entiendan unos con otros y que nos veamos obligados a pasar por lo que quieren, con la misma limitación. Pero cuando la población aumenta, cuando los hombres están reunidos en gran número, como en los Estados civilizados, entonces el mismo objeto se encuentra siempre en muchas manos diversas y el convenio es imposible, porque a él se opone el interés mismo de todos. Todos desean sacar el mejor partido posible de lo que tienen, pero temen que, subiendo demasiado el pedido, se busque el objeto en otra parte: disminuyen, por consiguiente, sus pretensiones y consienten en recibir menos a fin de asegurarse la ganancia del negocio.

—Comprendo, dijo Leonardo; lo que nos permite obtener el objeto con mejores condiciones es la concurrencia que se hacen entre sí los poseedores.

—Precisamente, Leonardo; ese es el efecto de la concurrencia. Si perjudica al poseedor de un objeto impidiéndole que obtenga en cambio tanto como quisiera, favorece al que lo necesita, permitiéndole procurárselo con más facilidad y, como todos consumimos más clases de mercaderías que las que podemos producir, ganamos por la concurrencia más de lo que perdemos. Todo esto es a la vez el resultado de la división del trabajo y de la facilidad de los cambios. Pero volveremos a tratar más tarde de este asunto. Por ahora voy a contestar a la objeción que Mr. Gagelin hacía hace poco a propósito de la palabra *cambio* que he empleado para expresar las relaciones de interés, mientras que en el mundo se usa poco ese término. Esto proviene de que hay un agente intermedio que juega un papel importante en todas las transac-

ciones y del cual debo deciros algo: es la moneda.

El cambio directo o de producto por productos, de un saco de trigo, por ejemplo, por vestidos, de un par de zapatos por leña, sólo se practica en el origen de la sociedad. Los hombres notan luego que ofrece grandes inconvenientes, a pesar de la ventaja inmensa que tiene por otra parte sobre un estado de cosas en que cada individuo debe producir por sí mismo todos los artículos de su consumo. Así, el que posee el artículos que nos falta puede no tener necesidad del que podemos darle en cambio, y del mismo modo el que necesite nuestros efectos puede ser que no tenga la que deseamos. Sería necesario entonces hacer un primer cambio para recibir una cosa que nos es inútil y trocarla en seguida por otra que al fin podríamos cambiar por la que nos falta. Pero antes de llegar a este resultado final tendríamos que recurrir a cinco o seis cambios sucesivos, pasaría el tiempo en marchas e investigaciones y perderíamos una de las grandes ventajas del cambio, que es favorecer la división del trabajo y economizar el tiempo.

Además, el cambio directo sería muchas veces imposible. Pongamos, por ejemplo a Miguel, que es sastre y que necesita pan, vino, leña y velas. Uno solo de sus vestidos vale todo lo que necesita, pero el que le da pan no tiene vino y el que podría procurarle leña no tiene velas. Con todo no puede dar su vestido más que a uno solo ni efectuar, por consiguiente, un cambio que arreglaría a todos. La dificultad no existiría si hubiese un artículo, una mercadería que todos los hombres diesen en cambio de lo que desean y consintieran recibir en cambio de lo que poseen. Este artículo tendría todas las ventajas que se puede desear en

un agente para facilitar los cambios, si fuese susceptible de fraccionarse en cantidades bastantes pequeñas para que se prestase a todas las transacciones, si tuviera bastante valor en un volumen pequeño para que su transporte fuese fácil, en fin, si no se alterase, y su valor, de fácil comprobación en tode tiempo, estuviese sujeto a pocas varciaciones. Se ha encontrado una mercadería que reune precisamente todas esas ventajas: es la *moneda*, o lo que se llama ordinariamente todas esas ventajas: es la *moneda*, o lo que se llama ordinariamente, pero mal, la *plata*.

—¿Cómo, señor Dupré, dijo Frapin: la plata es una mercadería como mi trigo?

—¿Y que queréis que sea? ¿Acaso no compráis y vendéis moneda como compráis y vendéis trigo y lana?

—No, Mr. Dupré, no compro plata.

—¿Y qué hacéis al vender vuestro trigo o vuestras vacas? ¿No es comprar moneda, dando en cambio esos artículos, de la misma manera que el que os compra os vende su moneda para recibirlos? Esto es tan cierto que si tuviéseis una gran necesidad de moneda, daríais más trigo o lana y si, por el contrario el que os. compra necesita más vuestras mercaderías que vos el dinero, se verá obligado a daros más por la misma cantidad de lana o de trigo.

—Comprendo la utilidad de esta invención, dijo Mr. Ravaud, y creo que ha sido un gran beneficio para la especie humana; comprendo también que toda venta y toda compra no son en definitiva más que un cambio, pero no veo tan bien lo que decíais hace poco, que en todo cambio de servicios, estos equivalen unos a otros. Me parece que hay

muchos que hacen buenos negocios, mientras que otros son engañados.

—Esto puede suceder; diré más, sucede muchas veces, y sin embargo no impide, que, cuando el negocio se concluya, haya igualdad en los servicios; si así no fuera el negocio no se verificaría. Si pongo en venta azúcar o aceite, es porque tengo necesidad de deshacerme de estos artículos y prefiero la moneda que puedo sacar, probablemente porque necesito esa moneda para procurarme otra cosa. El que compra mi azúcar o mi aceite me hace un servicio, puesto que me da en cambio la moneda que me falta. A su vez, él tiene más necesidad de mi azúcar o de mi aceite que de su moneda y yo le hago, por consiguiente, un servicio dándole en cambio de ella lo que desea obtener, Por otra parte, los dos discutimos el valor del servicio que nos prestamos y sólo cuando estamos de acuerdo se concluye el negocio.

—Sin embargo, advirtió Mr. Jarland, parece que el que da moneda presta un servicio mayor.

—La diferencia no es más que aparente y proviene del carácter particular de la moneda que podemos dar en cambio de todo lo que necesitamos y que no se consume con su propio uso. Con vestidos o zapatos nos veríamos muchas veces embarazados para procurarnos pan o carne; con moneda, por el contrario, podemos en un instante obtener todo lo demás. Esta es la razón por la cual preferimos siempre convertir nuestros productos en moneda; no estamos seguros de encontrar cuando lo queramos, un comprador para esos productos, mientras que estamos ciertos de que el tenedor de una mercadería cualquiera siempre se encontrará

dispuesto a cambiarla por dinero, con tal que le ofrezcamos el suficiente.

En cuanto a la cantidad de nuestra mercadería que tenemos que dar en cambio, varía en razón de diversas circunstancias que examinaremos después, unas dependen de las necesidades del vendedor o del comprador, otras de la cantidad disponible de los objetos, o bien de la calidad de la mercancía y de la dificultad del trabajo; pero siempre habrá cambio de servicio, dando uno de los permutantes dinero porque tiene necesidad de mercaderías o de trabajo, y entregando el otro sus efectos o empleando su tiempo porque prefiere el dinero.

—Esto me parece muy verdadero, dijo Mr. Bertrand, pero hasta ahora no lo había sospechado. Siempre he creído que prestaba un servicio al comerciante cuando le compraba algo, sin pensar que él me sirviese también.

—A fe mía, exclamó Andrés, confieso que al trabajar para mi patrón, nunca había pensado que él me prestase un servicio. Veo ahora que nos servimos recíprocamente.

—Todo esto proviene de que en el mundo miramos mal las cosas y sólo las consideramos en relación con nosotros. Si pensáramos más en nuestro recíproca posición, guardaríamos más benevolencia unos para con otros y, defendiendo nuestros intereses, veríamos que después de todo se trata de un servicio que debemos prestarnos mutuamente. Si os acordáis bien de esta verdad, notaréis cuán admirablemente cambia la naturaleza de vuestras relaciones.

—Gracias, Mr. Dupré, no lo olvidaremos, exclamaron los asistentes al separarse.

CONVERSACION DECIMOTERCIA

Valor del trabajo.—Oferta y pedido

Las esperanzas que se había principiado a concebir estaban a punto de realizarse. El ligero movimiento de baja en el precio del trigo había tomado ya un carácter más decisivo y la población se encontraba en el caso de una tripulación que, después de una tempestad violenta, ve al fin que el viento calma y divisa el puerto en que ha de descansar de sus fatigas.

Así es que desde el mes de Abril, el comercio por menor había comenzado a recobrar alguna actividad, y el trabajo, interrumpido por largo tiempo en muchos talleres y disminuído en todos, se reanimaba poco a poco. Las industrias pequeñas sentían más este impulso, y ya los sastres, los cordoneros y los cerrajeros trabajaban casi todos. Sólo las grandes industrias permanecían aún paralizadas, pero vendían poco a poco sus productos acumulados en el año y se esperaba verlas luego en actividad. Tal era el asunto de la conversación general, cuando Mr. Dupré llegó a la escuela.

—Mr. Dupré, dijo Honorio, cuando todos se sentaron: he seguido con atención todo lo que nos habéis dicho sobre el trabajo y creo haber comprendido vuestras explicaciones; sin embargo, hay en la cuestión del trabajo muchos detalles de que no puedo darme cuenta. Así, puesto que

pagamos los servicios y que todos estos servicios son trabajos, debe creerse que las cosas valen en proporción de lo que cuesta hacerlas o producirlas, y con todo, me parece que no es así.

—Veo con placer, Honorio, que quieres ver el fondo de las cosas a fin de apreciarlas bien y voy a contestar tu pregunta, aun cuando para hacerlo tendremos que recorrer algunos hechos.

En general, las cosas sólo tienen valor en cuanto son útiles: esto es evidente. Con todo, las cosas más útiles no siempre tienen gran valor y algunas veces no tienen ninguno. Lo más útil al hombre es sin duda el aire que respiramos, pues sin aire no podríamos vivir un solo instante, y, sin embargo, el aire no tiene generalmente ningún valor, porque Dios lo da gratuitamente. La luz del día es también una de las cosas más útiles y no tiene valor, porque se encuentra en el mismo caso que el aire. El agua nos es también indispensable como el aire y la luz, y del mismo modo no tiene valor o tiene muy poco, porque para obtenerla no hay más trabajo que el de buscarla. Pero el aire, el sol y el agua pueden tener algunas veces un valor muy subido. Pongamos algunos ejemplos.

Durante una gran sequedad, los pozos de una pequeña aldea no daban agua y los pobres habitantes tenían que ir a buscarla a una distancia muy considerable. Las cosas llegaron a tal punto que una mujer, propietaria de una vaca y de un cordero, tuvo que dar este último a fin, de obtener agua para su vaca. Al día siguiente cayó una lluvia abundante, nadie necesitaba ya comprar agua y la mujer estaba inconsolable por haber dado su cordero. Imaginaos también a un propietario de viñas que viaje por el Africa y se encuentre con sed;

¿no se obligaría a dar su mejor tonel de vino en cambio de un vaso de agua?

—Ciertamente, señor Dupré. Es claro que en este caso el precio del agua está en razón de su escasez.

—Otro ejemplo. El aire no tiene valor, porque Dios lo da gratuitamente, pero hay, sin embargo, minas tan profundas y con galerías subterráneas tan largas que los obreros no pueden trabajarlas. ¿Los propietarios de esas minas no pagarán grandes sumas a los ingenieros que lleguen a introducir en ellas el aire en cantidad suficiente?

—Sin duda, contestó Honorio: pagarán en este caso en razón de la dificultad y de los esfuerzos de alma y de cuerpo que son necesarios para vencerla.

—Lo comprendo, dijo Leonardo; pero, ¿no es indigno que los hombres hagan a veces pagar mucho por servicios que les es muy fácil prestar?

—No se trata de esto, Leonardo; tomemos a los hombres tales como son, deseando sí que sean mejores. Pero dime, ¿sirves tú gratuitamente a los señores Lenoir y Dubuison?

—No, porque es necesario que me alimente.

—Esto se comprende, Leonardo; mas te haces pagar cuatro francos al día, mientras que muchos de tus compañeros sólo ganan la mitad.

—El trabajo de ellos es más fácil.

—Entonces, Leonardo, tú pides en razón de la necesidad que tienen de tí, y como los demás, haces pagar tus servicios por lo que valen. No puede suceder de otro modo en el mundo.

Habéis visto por medio de los ejemplos que os he citado cómo el valor de una misma cosa puede variar según las circunstancias y la necesidad de las personas. Sin embargo, las cosas tienen ordi-

nariamente un valor general que los hombres convienen en darles. Observemos lo que regla este valor ordinario.

Para producir nn objeto cualquiera o para ponerlo en estado de servir, se necesita cierto trabajo, de suerte que el valor de los efectos será el del trabajo indispensable para producirlos, el cual depende de varias circunstancias.

Tenemos aquí a Leonardo que gana ochenta centavos al día, ajustando los hilos en la fábrica, y a la viuda Bonnet que sólo obtiene ocho centavos trabajando también todo el día como calcetera. El valor del trabajo no depende por consiguiente del tiempo, ni su fuerza se mide por el gasto de fuerza muscular. Un labrador y un albañil parece que trabajan más que un relojero, si se considera la fuerza que gastan; pero hay cincuenta trabajadores que pueden hacer la obra de los primeros por uno que se encuentra en situación de ajustar las piezas de un reloj. Se piden incomparablemente menos relojeros que labradores y albañiles y con todo hay más dificultad para encontrarlos: he aquí la razón por qué ganan más.

Los obreros tienen inclinación a considerar su trabajo como mal remunerado, y aun los de una profesión se quejan a veces al ver que los de otra ganan más dinero. Basta decirles: haced lo mismo si podéis. Si no pueden hacerlo, es por consiguiente claro que esos obreros no obtienen más que el precio de un trabajo que vale más que el de los otros. Un operario que hace relojes de madera gana muy poco y a su lado ve que el que fabrica cronómetros o relojes para la marina hace a veces fortuna, mas nota al mismo tiempo que muchos otros pueden hacer relojes como los suyos mientras

que ninguno puede luchar con el fabricante de cronómetros: éste debe naturalmente ganar más, porque su trabajo tiene más valor. Si se pidieran muchos relojes de madera y sólo uno pudiese hacerlos, habiendo diez fabricantes de cronómetros, el primero ganaría, por el contrario, mucho más que los últimos.

Dos obreros en un estado ordinario de salud hacen poco más o menos el mismo trabajo. Es muy raro, por ejemplo, encontrar uno que haga el doble del otro, pero este trabajo, en cuanto tiene relación con el espíritu, puede recibir un aumento casi sin límites. Si un comerciante de una aldea, como ésta, viera lo que hace al día uno en grande de Londres, de París, de Hamburgo o de alguna otra ciudad importante de comercio, le costaría trabajo creer a sus propios ojos. Con ejercicio, perseverancia y talento, el mismo hombre puede en ese caso llegar a hacer tres o cuatro veces más que antes.

Por consiguiente, Honorio, todos los obreros deben hacer lo que tú: instruirse muy bien en el oficio. Si te hubieras contentado con aumentar tus horas de trabajo, habrías alcanzado con mucha dificultad a establecer tu numerosa familia. Pero has estudiado, has ejercitado tu inteligencia, has llegado a ser un obrero hábil y tu trabajo es mejor pagado, porque haces las estofas más finas y difíciles. Adquiriendo habilidad y maestría en el trabajo, es, en efecto, como se hace más en el mismo tiempo, ya en cuanto a la calidad, ya a la cantidad, y por consiguiente adquirir esa habilidad y con ella la perseverancia es condición esencial en una profesión. Como esto se obtiene con más facilidad durante la juventud, ya que las

facultades están vivas y enérgicas y se pueden hacer mayores esfuerzos sin agotarse, los jóvenes deben esforzarse en adquirirla a fin de colocarse en situación de trabajar más tarde con menos sufrimiento y más suceso.

—Pero, dijo Benito Boursel, hay algunos que tienen más facilidad que otros para ser obreros hábiles. ¿Qué ocasión encuentro yo, por ejemplo, en mi leña?

—Sin duda, hay algunos que tienen más facilidad que otros, pero si tú supieses leer y escribir, si tuvieras alguna instrucción, habrías encontrado ciertamente, aun en el corte de los árboles, el medio de ganar un poco más. Ahora que la sociedad pone la instrucción al alcance de todos, no hay excusa para nadie. Mas, la instrucción, como cualquiera otra cosa, exige trabajo; se necesita atención y esfuerzos, y no todos los hacen.

La habilidad da al hombre una ventaja muy grande; al mismo tiempo que aumenta su facilidad para el trabajo, le comunica en muchas ocasiones un sentimiento de placer y de entusiasmo. ¡Cuántas veces no se complace el obrero hábil en admirar la obra en que ha puesto la mano! Encuentra en ella una satisfacción verdadera que dulcifica la orden en virtud de la cual está condenado a trabajar y ganar el pan con el sudor de su frente. Cuántas veces habréis oído decir a personas llegadas a la época del descanso, después de una larga vida de trabajo: no podría vivir sin hacer nada, y esto es tan cierto, que las pocas personas que permanecen inactivas, son mucho más desgraciadas que las que trabaja.

—Todo lo que decís es muy cierto, dijo Miguel; sin embargo, si todos tuvieran habilidad, no en-

contraría empleo; pues, si hubiese muchos obreros hábiles, no habría obra para todos.

—Se ha repetido muchas veces lo que acabas de decir, a fin de oponerse al progreso de la instrucción entre los obreros, pero es un error. Ese inconveniente podría presentarse si los hombres dirigiesen mal su habilidad, de suerte que la aplicaran a la misma naturaleza de trabajo. Así, un mecánico gana más que un obrero común; pero si todos quisiesen ser mecánicos, no habría ocupación para todos, y sería necesario que tomasen otra profesión muchos de los que imprudentemente hubiesen elegido la de mecánicos. La habilidad no está reñida con la prudencia, y al contrario, es necesario dar prueba de juicio no abrazando una profesión en que hay más brazos de los que se necesitan.

Pero cuando el trabajo es bien dirigido, e importa mucho a los obreros que así sea, no puede haber exceso ni en el trabajo ni en la habilidad. Por eso se ve en muchas de nuestras ciudades que la riqueza ha crecido con mucha más rapidez que la población. Hay, por ejemplo, en Saint-Etienne y en Mulhouse veinte obreros quincalleros o impresores de estofas por cada uno de los que existían cincuenta años antes, y sin embargo, todos están más ocupados que en esa época.

Las observaciones que hemos hecho sobre la ventaja de la instrucción en los obreros y sobre el valor de las cosas, nos manifiestan que este valor se mide por lo que damos en cambio y está casi siempre en razón directa del trabajo que es necesario emplear. Sin embargo, el trabajo mismo no es ni un regulador fijo ni el regulador único del valor. Pongamos, por ejemplo, al pan. El trigo es

un artículo cuya producción cuesta siempre, poco más o menos, el mismo trabajo, y con todo su valor varía considerablemente de un año a otro, como desgraciadamente lo habéis notado hace poco. Las estofas y los hierros os cuestan igualmente el mismo trabajo que antes, y a pesar de esto han llegado a venderse a un precio muy inferior al de los años precedentes. Teníais necesidad de pan y se ha vendido más caro; habéis comprado muchos menos vestidos, y, con todo, las estofas se vendían más baratas.

Esto proviene de que el valor, variable ya según la naturaleza del trabajo que exige, varía también en razón de una multitud de circunstancias particulares, entre las cuales, una de las más importantes es la posición relativa del que desea una cosa y de que la tiene. Esta situación es la que se explica ordinariamente diciendo que el valor o el precio (estimación en moneda), de las cosas *varía en proporción a la oferta y al pedido.*

—¿Qué es esto?, se apresuró a preguntar Honorio. Y desde luego, ¿qué significan esas palabras *oferta y pedido*?

—Esto es precisamente lo que me propongo explicaros ahora. Siempre que el poseedor de un artículo, de un objeto cualquiera, ya sea fabricante, ya mercader, busca un comprador para su mercadería, se dice que hay oferta de la mercadería o del objeto. Por el contrario, siempre que un consumidor, un comerciante, un individuo cualquiera desea comprar un objeto, se dice que hay pedido de ese objeto. Una mercadería es ofrecida cuando un individuo dice: *¿queréis comprar*? Es pedida cuando un comprador dice: *¿queréis vender* o *tenéis qué vender*? Cuando en el mercado hay más vendedores

que compradores, *la oferta excede al pedido;* cuando, por el contrario, hay más compradores que vendedores, *el pedido excede a la oferta.*

—No todos los objetos se venden en el mercado, observó Honorio.

—Se usan siempre las mismas expresiones porque dan cuenta de los hechos. Se dice del mismo modo que una especie está muy abundante en el mercado, cuando se encuentra en gran cantidad en un lugar o aun en una nación entera. Se dice igualmente que una mercadería está escasa en el mercado cuando en un país está poco abundante y en cantidad menor a la que desean los compradores. La aldea, la ciudad, el país entero se consideran como un mercado inmenso, en el cual se agitan continuamente una multitud de vendedores y de compradores y se celebran sin cesar contratos de todo género.

—Lo comprendo muy bien, dijo Leonardo, y me parece que entreveo ya las diferencias resultantes de la relación entre la oferta y el pedido que influyen sobre el valor de las cosas. Mas, en todo se trata de compradores y vendedores, de mercaderías compradas o vendidas; no veo nada que se aplique a los obreros y al trabajo.

—Leonardo, te dejas llevar de las palabras, y con todo, ya os he hecho ver, y a tí en particular, que el trabajo es una mercadería como cualquiera otra. Cuando un obrero se presenta en una fábrica o en un taller, deseando que se le emplee, no hace más que ofrecer el trabajo que puede ejecutar. Por la inversa, cuando el patrón propone al obrero emplearlo, le *pide* su trabajo. El trabajo se *ofrece* si el obrero *ofrece* sus brazos para trabajar; se pide si el patrón pide los servicios del

obrero. Se dice, del mismo modo, que la oferta del trabajo es muy abundante cuando se presentan mucho obreros para hacer la misma obra, y que el pedido del trabajo abunda cuando los patronos piden muchos obreros para hacer una obra.

El trabajo puede estar, por consiguiente, abundante o escaso, ofrecido o pedido; puede ser que la oferta exceda al pedido o que sea inferior o igual, pues estos tres casos se presentan en todas las mercaderías. Veamos ahora cuáles son las consecuencias que resultan de las variaciones que sobrevienen en la relación entre la oferta y el pedido de una mercadería.

Tres casos pueden presentarse: la oferta es igual, superior o inferior al pedido. Pues bien, si hay un hecho perfectamente establecido por la experiencia de todos los siglos y de todos los países, es que *el valor de una cosa está siempre en razón directa del pedido y en razón inversa de la oferta*, es decir que, siendo iguales todas las demás circunstancias, mientras mayor es el pedido, es mayor el valor, y por el contrario, mientras mayor es la oferta, es menor el valor.

—Así, dijo Andrés, el precio de una mercadería debe aumentar cuando se presentan muchos compradores, y bajar si el número de los que veneden excede al de los que compran.

—Bien, Andrés; pero es necesario comentar tu explicación. No es necesario que el número de los compradores sea mayor o inferior que el de los vendedores para que el precio de una mercadería aumente o disminuya; basta que la cantidad pedida sea superior o inferior a la ofrecida. Podría suceder que el número de los vendedores fuese

muy considerable y el de los compradores muy pequeño; podría suceder también que no hubiese más que un solo comprador; pero si la cantidad de mercadería que quiere comprar excede a la que pueden cederle todos los vendedores, la mercadería subirá por este solo hecho. Podría presentarse por la inversa, un gran número de compradores, mientras que la mercadería estuviese en pocas manos, quizá en las de uno solo, y sin embargo, si la cantidad que puede ceder ese único vendedor excediese a la cantidad pedida por todos los compradores juntos, el resultado sería una baja de valor. El resultado natural de la oferta de una mercadería es, por consiguiente, bajar el valor; el del pedido, aumentarlo.

Esto quiere decir que si una cosa vale habitualmente cien francos no se venderá, por ejemplo, sino en noventa y cinco cuando existe en gran cantidad y no es pedida, y podrá venderse en ciento cinco francos si hay pedido de ella superior a la oferta. El vendedor y el comprador tratan de sacar el mejor partido del trabajo que les cuesta al uno obtener la cosa que da en venta y al otro la mercadería con que la paga, y estando el vendedor y el comprador en presencia uno de otro, pueden defender su interés recíproco e ir, cada uno por su parte, hasta el punto en que tuviesen menos ventaja en efectuar un negocio que en romperlo. Tú, por ejemplo, Andrés, cuando compras un objeto cualquiera, ¿no tratas de obtenerlo por el menor precio posible?

—Ciertamente, Mr. Dupré.

—¿No te cuidas, por consiguiente, de los intereses del comerciante?

—No, indudablemente.

—Y tienes razón. Tú debes buscar lo que te interese; él lo que le convenga. Pero yo he considerado solamente dos individuos, un comprador y un vendedor, y en este caso la variación en el valor que produce la diferencia entre la oferta y el pedido es siempre poco considerable. No sucede lo mismo cuando las cosas pasan entre un gran número de compradores y vendedores.

Si la oferta y el pedido son iguales, como sucede ordinariamente, la mercadería conserva su precio natural, Veamos ahora el caso en que la oferta excede al pedido, advirtiendo que esto puede provenir de muchas causas. O los vendedores son más numerosos y tienen más mercaderías que vender, o bien los compradores están en menor número, tienen pocas necesidades y no se apresuran a comprar. Estos, viendo que la mercadería abunda, saben de antemano que los tenedores estarán dispuestos a hacer sacrificios para darle salida, y, como se ven en corto número, conocen que habrá poca concurrencia entre ellos, que quedarán siempre mercaderías suficientes para las necesidades de todos y no se apresuran a comprar. Los mercaderes o productores que tienen el deseo de vender y no quieren guardar su mercadería o temen no poder procurarse el dinero o la especie que les falta, se apresuran a ofrecer sus artículos y están dispuestos a bajar su precio a fin de determinar a los compradores en su favor e impedir que compren a otros. El resultado será, por consiguiente, una disminución: se dirá que el pedido y los compradores son escasos, que la oferta o la mercadería está abundante, que los precios son pequeños y que el efecto está en baja.

—¿No tenderá la impresión producida por esta

primera baja, observó Leonardo, a producir otra mayor?

—Sin duda. Compradores y vendedores quedan bajo el imperio de esa impresión. Los compradores no se apresuran a hacer pedidos, con la esperanza de que la mercadería baje aun mas y los vendedores, temiendo no poder vender, se franquean a nuevas concesiones.

—Según esto, la mercadería debiera bajar indefinidamente.

—No, hay un límite en todo: las leyes providenciales que arreglan las cosas de este mundo a despecho de nuestros errores y de nuestros esfuerzos, impiden las separaciones demasiado grandes del precio natural, y desde luego hay un límite que sólo se sobrepasa en tiempos excepcionales y por un término siempre muy corto es aquel en que el precio de venta llega a ser inferior al de producción. Esto puede acontecer con relación a algunos individuos que, teniendo una necesidad urgente de especies y principalmente de dinero, se ven obligados a vender a cualquier precio; pero esta situación no duraría, cuando más, sino hasta que el artículo producido se agotase, pues no hay persona que no dejara de producir desde el momento en que el precio de producción excediese al de venta. Las cosas no llegan a este punto sino en casos harto raros.

El consumo permanece habitualmente el mismo, a menos que lo hagan disminuir acontecimientos desgraciados o que el aumento de gastos resultante de un consumo forzoso, como el del pan, haga disminuir todos los consumos menos indispensables. Exceptuados estos casos, si la venta disminuye durante algún tiempo, esta es una ra-

zón para que aumente pronto. El consumidor que ha agotado sus provisiones está obligado a renovarlas. y, aunque desee esperar una nueva baja, tiene que comprar. Como hay muchos en el mismo caso, habrá un aumento en la venta, el precio de la mercadería subirá y tal vez llegará a exceder al precio natural.

—¿No podría suceder también, observó Gagelin, que el consumo llegase a ser más considerable?

—Sucede muchas veces, Mr. Gagelin, y vuestra observación es muy justa. El consumo del pan es el único casi constante, porque sobre él está basada la existencia del hombre; todos los demás son variables y arbitrarios y no tienen otro límite que los medios de cada cual para proveer a sus necesidades. Así, desde que una mercadería baja de una manera sensible de su precio habitual, muchos que de ella se privaban por insuficiencia, se procuran ese goce o lo sustituyen a otros consumos, y algunos que antes la consumían, la compran en mayor cantidad. El consumo de este objeto aumenta, el pedido iguala o sobrepasa a la oferta y el precio sube. Ordinariamente el consumo queda superior a lo que era antes, porque durante ese tiempo de baja en el precio se desarrollan costumbres y necesidades nuevas que se desea satisfacer con regularidad. De aquí resulta algunas veces que los productores acaban por ganar a consecuencia de las bajas en el precio; lo que la disminución les ha hecho perder, lo recobran con el aumento del consumo. Los consumidores ganan aun más, pues obtienen por el mismo precio mercaderías en mayor cantidad o de mejor clase.

—Es cosa verdaderamente curiosa, dijo Honorio,

esa influencia de las relaciones que existen entre la oferta y el pedido.

—Veamos ahora, prosiguió Dupré, el caso en que el pedido excede a la oferta, lo cual puede provenir también de muchas causas.

En este caso, las cosas siguen una marcha inversa a lo que hemos observado hace poco. Los vendedores esperan y los compradores se apresuran a comprar haciéndose concurrencia. Como la mercadería está poco abundante, temen todos no adquirirla y dan un precio más elevado que excede al habitual. Esta alza será tanto más considerbble cuanto mayor sea la diferencia entre la cantidad ofrecida y la pedida.

El resultado de esta primera alza, preguntó Leonardo, ¿no dará origen a otra mayor, como sucede con la baja?

—Exactamente, Leonardo. Vendedores y compradores quedarán bajo la influencia de lo que ha sucedido, pero en una disposición inversa de la que hemos visto en primer caso. Los vendedotes quieren aprovechar su posición, y los compradores, que conocen la escasez de la mercadería, están dispuestos a hacer más sacrificios para obtenerla.

—La mercadería, prosiguió Leonardo, tenderá a subir más y más, y en este caso no veo razón para que se detenga como sucede en el de baja.

Esta tiene necesariamente por límite el punto en que el precio de venta es inferior a los gastos de producción; pero la alza no debe tener límite.

—No, Leonardo; hay un límite para la alza como lo hay para la baja; está en la bolsa de los consumidores y en la concurrencia. A medida que el valor de una mercadería aumenta, les cuesta más a los consumidores procurársela, y si conti-

núa subiendo, se abstienen de comprarla o, si es posible, la constituyen con otro objeto de consumo. Mientras más suba el precio, menor será el número de los que la compren, y el pedido, que había excedido a la oferta, se aproximará al equilibrio, de suerte que las cosas vuelven a su estado natural.

—Comprendo esto resultado con relación a todas las mercaderías que no son de necesidad absoluta, expuso Miguel; pero no puede tener lugar en cuanto al trigo, que es artículo indispensable y debe obtenerse a cualquier precio. La escasez lo hará subir ilimitadamente.

—También es un error, Miguel; el consumo del trigo puede sustituirse con muchos otros y además el límite se encuentra aquí en los felices efectos de la concurrencia. En los tiempos ordinarios, cuando el trigo está barato, no se compra en el extranjero, porque los gastos de transporte no permitirían venderlo al precio corriente en el país; mas cuando el precio aumenta, puede cubrir los gastos de transporte, y la esperanza de obtener ganancias, determina a entregarse a este género de operaciones a los especuladores acaudalados que, importando el trigo en cantidad suficiente, hacen bajar el precio. La concurrencia, el interés personal impiden así que el alza pase de un límite ordinario y espero que en el porvenir prevendrá aun más las escasese que afligen ahora a las poblaciones.

—Es un resultado que debe desearse, dijo Leonardo. Si alguna vez tiene lugar, me reconciliará con la concurrencia.

—La concurrencia, prosiguió Dupré, tiene muchas otras ventajas; tiende a prevenir el aumento creciente del precio que resultaría del exceso del

pedido sobre la oferta. Luego que el valor de las cosas sobrepasa el precio natural, las ganancias del productor aumentan, y este aumento de ganancias tienta a nuevos individuos que son atraídos por la esperanza de hacer otras semejantes. Se emplean entonces en producir el mimso artículo; se abren nuevos talleres y se construyen nuevas fábricas; el objeto se produce más en grande y se perfeccionan los procedimientos de fabricación. El artículo en cuestión llega así a ser fabricado con más economía y más barato. La oferta excede entonces al pedido y el precio vuelve a su cuota primitiva. A veces baja aun más a consecuencia de la competencia y acaba por llegar a ser inferior al antiguo precio natural o reproductor, esto es, al precio que compensa los gastos de fabricación.

En efecto, desde el momento en que el objeto es fabricado más en grande y que los gastos de producción han disminuido, los productores, solicitados por la competencia, disminuirán sus precios de venta a fin de atraerse a los compradores, el producto quedará a disposición de mayor número de consumidores, éstos se procurarán el goce a menos costo, sin que las ganancias de los productores disminuyan completamente, y así de una alza que parecía deber ocasionar privaciones para muchos, resulta al fin un aumento de goces para todos.

—Estos resultados son admirables, exclamó Ravaud. Hay verdaderamente algo de maravilloso en el efecto de esas leyes providenciales que obran por medios tan sencillos y cuya existencia no es siquiera sospechada por la mayor parte de los hombres.

—Vuestra observación es muy fundada, dijo al terminar Mr. Dupré, y, como os le he dicho muchas veces, mientras más se estudian esas leyes naturales del mundo social, más se las admira.

CONVERSACION DECIMOCUARTA

Relaciones del trabajo con el capital

En los últimos días de la semana que precedió a la reunión de que vamos a dar cuenta, se difundió en la aldea la noticia de que debía ejecutarse a un individuo condenado a muerte, e inmediatamente acudió para presenciar la ejecución un número considerable de gente. Esa multitud, ávida de emociones, acudía con placer a un espectáculo felizmente nuevo para la mayor parte de los habitantes. Privada ordinariamente de todo lo que agita fuertemente el espíritu, buscaba como desquitarse asistiendo a los últimos momentos de un moribundo.

Felizmente la ejecución no se llevó a efecto. Después de la confirmación de la sentencia, el condenado, por un sentimiento natural al hombre, que jamás pierde la esperanza, había firmado un recurso de gracia y obtenido la conmutación de la pena. Sin embargo, esto no logró borrar del doctor Dupré la honda impresión que le había causado ese atropellamiento del pueblo para concurrir a un acto tan sensible.

—Amigos, dijo al principiar, ayer he sufrido una sensación penosa al ver la multitud que recorría las calles de la aldea. ¿Adónde iba esa multitud? No era al mercado, porque en él no había mayor número que el ordinario. ¿Qué era, pues, lo que la atraía? Es forzoso confesarlo: era el deseo

de asistir a la muerte de uno de sus semejantes; pues, si el crimen del desgraciado que esa multitud iba a ver perecer, lo ha puesto en el caso de tener que dar una cuenta terrible a Dios y a los hombres, no ha podido hacerle perder su carácter de hombre y de cristiano. La justicia humana se ha pronunciado, y ahora no tenemos a nuestra vista más que un desgraciado, un hombre, un hermano, cuyo tormento no debemos agravar apresurándonos vergonzosamente para asistir a su suplicio.

—Pero señor, dijo uno de los asistentes, puesto que la ley quiere que la ejecución tenga lugar en público, es sin duda para que el público asista.

—Sin duda, replicó Dupré, la ley quiere que la ejecución se verifique en un lugar público. Pero ¿cuál es el objeto de la ley al condenar a un criminal? No es vengarse; la sociedad no se venga; quiere sólo, castigando al culpable, imprimir un temor saludable a aquellos a quienes sus pasiones podrían inducir a imitarlo. Como quitar la vida a uno de sus semejantes es una de las faltas más grandes que el hombre comete, la sociedad castiga a los reos de ese delito con la más terrible de las penas, la pérdida de la vida; las otras dejan la esperanza en el alma del culpable, la muerte sólo la quita. Además, para que la condenación sea eficaz, es necesario manifestar que el castigo se verifica. La ejecución pública es el único medio de dar esta prueba, el único medio de atemorizar a los malvados no dejando duda en sus espíritus.

Pero la ley no invita individualmente para hacer esta comprobación, y puesto que no nos invita, no nos manifestemos bárbaros hasta el punto de regocijarnos tal vez con un espectáculo que imaginado

solamente, debe inspirarnos horror. ¿Qué váis a hacer en el lugar del suplicio o en el trayecto que ese hermano desgraciado y culpable recorre antes de llegar a él? ¿Váis para gozar viendo sus sufrimientos, para daros cuenta de su agonía, o para ver correr la sangre que derrama en expiación de su crimen y caer su cabeza bajo el plomo de los encargados de ejecutar su sentencia? Todas estas ideas son harto dolorosas, y me complazco en pensar que los asistentes sólo habrán cedido a un sentimiento irreflexivo de curiosidad.

Dispensadme este lenguaje un poco severo, pero en la multitud que asistió ayer a la ciudad, sin que sus negocios lo exigiesen, he tenido el sentimiento de reconocer a algunos de los habitantes de Mirebeau, y aun he visto mujeres que, olvidando el horror a la sangre y todas las cualidades que son el mérito de su sexo, asistían tal vez con complacencia a uno de los espectáculos más terribles que puedan presenciarse. En fin, debo decirlo, ¡he visto padres y madres que, sin temer extinguir en sus hijos desde la tierna edad todo sentimiento de humanidad en el corazón, los conducían a presenciar la muerte de uno de sus semejantes como a las fiestas de la feria! Nada más que con pensar en tal idea, el corazón se indigna y se entristece.

Pienso, amigos míos, que bastará haberos hecho notar lo que hay de inhumano y de bárbaro en ese indigno sentimiento de curiosidad, y cuento con que, ilustrados por estas ligeras reflexiones, no asistiréis a esos actos y haréis lo posible para impedir que concurran aquellos sobre quienes tenéis influencia o autoridad.

—Os lo prometemos, exclamaron los oyentes.

—Cuento con vuestra palabra, y ahora prosigamos tratando la materia de nuestras anteriores conversaciones. Os he dicho que después de la cuestión del capital, hablaría sobre la de salarios; principiaré a cumplir mi promesa.

Estas palabras fueron acogidas con aprobación, y la porción del auditorio más interesada en el asunto dedicó una atención preferente.

—Os he demostrado que el trabajo es una mercadería y que el obrero y el fabricante son, con relación uno a otro, un vendedor y un comprador de trabajo. Os haré ver ahora que el trabajo está sometido, como todas las demás mercaderías, a la ley general de la oferta y del pedido, y que en consecuencia será tanto peor pagado cuanto más abundante y más ofrecido se encuentre, y por el contrario será tanto mejor pagado cuanto menos ofrecido y escaso esté.

—Me parece, observó Leonardo, que los términos de que os habéis servido son contrarios a los que se emplea habitualmente. Según lo que habéis dicho, el trabajo será tanto más abundante y más ofrecido en una industria cuanto mayor sea el número de obreros que se presente y de que los empresarios puedan disponer, y por la inversa, estará tanto más escaso y más pedido cuanto menor sea el número de que los patronos puedan disponer. Esto cambia el lenguaje común; pero me parece mejor, porque da cuenta de los hechos.

—Creo que tienes razón, Leonardo; mas mientras se adopte generalmente este lenguaje conforme a la verdad, nada nos impide que usemos del lenguaje ordinario, con tal que nos entendamos bien sobre los términos. De cualquier modo que hablemos, estamos ya al cabo de que mientras mayor es el

número de obreros que buscan trabajo en una misma industria, más baja el salario, y mientras más buscados son, más suben también los salarios, en conformidad a la regla de la oferta y del pedido. Veamos, pues, las relaciones entre uno y otro, y para esto, examinemos los hechos.

Sabéis ya que el hombre sólo vive con el fruto de su trabajo, y que cuando el producto ahorrado y acumulado de sus esfuerzos precedentes no le suministra los medios de vivir durante cierto tiempo, está obligado a esperar su subsistencia del producto de su trabajo diario. Esta es la condición general del hombre en el estado salvaje; sería también la de todos los que, en el de civilización, no han recibido nada de sus padres, y nada han reunido si el producto acumulado del trabajo de los demás no los ayudase. Este producto es el capital que, en proporción a su abundancia, asegura más o menos la subsistencia de los que nada tienen.

El resultado que hemos expuesto se obtiene por medio de una asociación entre el capital y el trabajo. Sin el trabajo, el capital permanecería estéril, sin dar fruto alguno, y el trabajo, a su vez, no podría nada sin el capital, que le suministra las materias sobre las cuales puede ejercerse y los instrumentos con que las beneficia. El capital y el trabajo son, pues, indispensables uno a otro, sus intereses recíprocos están estrechamente unidos, lo que perjudica al primero daña del mismo modo al segundo, y así desde los primeros pasos encontramos esa comunidad de intereses que se desconoce sin cesar tanto por parte de los empresarios como de los obreros.

—Comprendo esta comunidad de intereses, dijo

Leonardo, en cuanto el capital y el trabajo no pueden nada aislados y sufren ambos por las mismas causas. Pero sus intereses no son idénticos y además no están en la misma dependencia unos de otros. Los obreros dependen mucho más de los capitalistas que éstos de aquéllos.

—Verdad es que el obrero que sólo cuenta con su trabajo no puede esperar sin sufrir grandemente; pero el capitalista se encuentra en una situación análoga, pues, si bien no sufre tanto, pierde también una parte considerable de su caudal, desde que no lo utiliza.

Esta diferencia está, por otra parte, compensada a favor del obrero por medio de ventajas incontestables, entre las cuales merece colocarse en primera línea la seguridad y la ausencia de riesgos. En efecto, como los obreros no pueden esperar una venta siempre lejana, el capitalista les paga en forma de salario la parte que tienen en la propiedad de la mercadería, tomando para sí solo el riesgo y dejando a los obreros completamente a salvo. El salario no es, por consiguiente, otra cosa que la porción que se paga al obrero sobre el producto de lo que trabaja.

—¿Pero quién determina esta porción?, preguntó Leonardo.

—Se arregla siempre voluntariamente entre el capitalista y el obrero, y nadie tiene derecho a intervenir entre las dos partes interesadas.

—Entonces, replicó Leonardo, el obrero está obligado a pasar por lo que el fabricante quiera.

—Esto podría tener lugar, Leonardo, si el capitalista no necesitase del obrero mucho más de lo que se cree, y si no estuviese obligado muchas veces a aceptar su ley. El precio de los salarios

está sometido a ciertas condiciones que nadie puede cambiar; me equivoco, hay una circunstancia que influye mucho en el precio, la cual como lo veréis, depende de los obreros.

Siendo el trabajo un servicio cuya remuneración es el salario, el monto de este salario depende necesariamente del valor del servicio prestado. Un individuo que sólo se ocupa en llevar paquetes de una casa a otra, un ayudante que sólo saba servir a los albañiles, un jornalero sin habilidad y otros obreros de la misma categoría reciben un salario muy pequeño. Los mecánicos y los fundidores son pagados de cuatro a ocho francos, y los escultores, los grabadores sobre metales, ganan sumas muy diversas, que pueden variar desde diez hasta veinte y hasta cuarenta francos.

—Pero estas relaciones no son invariables, observó Andrés.

—Ciertamente. Si hubiera la misma necesidad de un jornalero que de un tallador y si los hombres capaces de tallar se encontrasen con tanta facilidad como los jornaleros, no se les pagaría más; si, por el contrario, fuese tan costoso encontrar jornaleros como talladores, se les pagaría lo mismo, pero como el trabajo de los últimos exige más talento que el de los primeros, aquéllos son más escasos y mejor retribuídos.

—Sin embargo, unos y otros tienen las mismas necesidades, dijo Pablo Boitard. ¿No se podría exigir que tuviesen todos, por lo menos, un salario conveniente?

—Primero sería necesario saber qué se entiende por salario conveniente, y pronto trataremos esta cuestión. Pero supongamos que por una ley se obligue a todos los que emplean jornaleros a

que los paguen lo mismo que a obreros más hábiles, seguramente no tendría esta medida otro efecto que impedir se emplease a los primeros, pues no había de dárseles un salario crecido, si no se sacaba de sus servicios el valor de ese salario. Si el trabajo de un jornalero no vale más que treinta centavos y la ley obliga al empresario a pagarle cincuenta, éste abandonará más bien la obra, ya que, no pudiendo forzar al público a que le pague más de lo que vale, perdería pronto todo lo que posee.

—Admitiendo, sin embargo, dijo Honorio, que semejante ley pudiese existir y que se obligase a dar a todos los obreros un precio determinado, ¿habría ventaja para ellos?

—No, sin duda. Si una ley tiránica asegurara al jornalero, al simple acarreador el mismo salario que el mecánico y al escultor, los obreros de esta última clase abandonarían su oficio, pues que su trabajo es difícil y sólo los salarios elevados que obtienen pueden decidirlos a soportar la fatiga de espíritu que les exige. Entonces la escasez de brazos en ciertos oficios y la abundancia en otros harían desaparecer, a despecho de todas las leyes, la igualdad que se hubiera querido establecer arbitrariamente. Llegando a ser escasos los obreros en los oficios difíciles, los que los necesitasen tendrían que pagarles mucho; en los otros, por el contrario, la abundancia de obreros no permitiría que todos tuviesen ocupación, y los que se encontrasen sin obra preferirían trabajar a cualquier precio antes que morir de hambre, prevaliéndose de la ley. La concurrencia volvería las cosas a su lugar; pero entretanto habría habido perturbación general, suspensión del trabajo y disminución en la

producción. He ahí lo que se gana con apartarse violentamente de las leyes naturales.

—Si no es posible, dijo Andrés, elevar ciertos salarios sobre su valor, ¿no es de temer que bajen de ese mismo valor?

—No, Andrés. No se puede obligar a los hombres a que trabajen por menos de lo que el público está dispuesto a darles como justo precio de sus servicios. Bajo el pretexto del bien público, se ha tratado algunas veces de obligar a los obreros a trabajar por un precio determinado, pero siempre en vano. Os he citado un ejemplo tomado de la Inglaterra y podría citaros muchos otros de nuestro país, que demuestran la impotencia de la ley siempre que quiere intervenir en estos asuntos.

—Entonces, ¿no hay nadie que pueda fijar el precio de los salarios de un modo equitativo?

—Sólo el público tiene este derecho, Andrés. El valor de un servicio depende a la vez del trabajo del que lo vende y de la necesidad del que lo recibe. Si se quiere que paguemos por un servicio más de lo que vale en ese momento para nosotros, preferimos pasarnos sin él, y la producción, es decir el trabajo, disminuye en otro tanto.

—Por lo visto, observó Leonardo, el valor de los salarios es arbitrario.

—Fijarlo de una manera invariable es imposible, porque el valor del trabajo depende de una infinidad de circunstancias, entre las cuales es necesario colocar en primera línea el grado de talento que exige cada trabajo y la relación que existe entre la oferta y el pedido.

—Me parece, sin embargo, replicó Leonardo, que en la mayor parte de las industrias hay un trabajo que consiste casi enteramente de operaciones

manuales que exigen muy poca habilidad. Estos trabajos, que casi todos los hombres son capaces de hacer, son precisamente los que emplean más brazos, tanto en la agricultura como en las demás industrias; se pagan siempre a jornal, y a mi juicio tienen un valor poco más o menos constante, puesto que exigen únicamente lo que poseen casi todos los hombres: fuerza física. ¿No hay algo que determine el precio de estos trabajos?

—El trabajo manual que efectúa la mayor parte de los obreros es, en efecto, el punto de partida sobre el cual suben en escala los salarios en todas las industrias, en razón de la dificultad de la obra. En circunstancias ordinarias y en virtud de la fuerza misma de las cosas, el salario de ese trabajo manual se determina por lo que necesita el hombre para vivir y no puede estar jamás de un modo permanente, ni mucho más alto ni mucho más bajo.

—¿Cómo más bajo?, preguntó Miguel. Comprendo que se pague más de lo necesario para vivir; pero no concibo que se pueda pagar menos.

—Es que lo necesario, a pesar del significado de esta palabra, es una cosa muy elástica. Lo necesario varía, en efecto, con los tiempos y según los países; lo necesario para el salvaje no es lo mismo que lo necesario para el hombre civilizado, ni es tampoco lo mismo en los países helados del Norte que en los ardientes del Sur. En un mismo país, lo necesario varía con la civilización; en Francia, el obrero del último siglo estaba lejos de comprender todo lo que contiene el del obrero de nuestros días.

—¿Cómo valorizar, pues, la cuota de los salarios más comunes, si lo necesario, que es su base,

no puede determinarse de un modo preciso?

—Sucede con los salarios lo mismo que con los demás valores, sólo se pueden fijar de una manera aproximada. Esto sucede también con lo necesario, el cual comprende no sólo el alimento indispensable para la conservación de la vida, sino además la habitación, sus útiles y los vestidos, todo según los usos y necesidades del país. Así, el alimento debe ser suficiente y variado para que conserve las fuerzas y la salud; los vestidos deben ser apropiados al clima; la habitación debe poner no sólo al abrigo de la intemperie de las estaciones, sino también suministrar a la familia el medio de dedicarse en ella a sus ocupaciones y de habitar sin que se violen las leyes del pudor. Se necesita que esa habitación esté provista de muebles y de utensilios que permitan vivir conforme a los usos del país, y en fin, según las estaciones, se necesita fuego y medios de iluminación en cantidades variables. Agregaré, para completar esta enumeración, que lo necesario comprende la educación y la ilustración de los hijos y aun para el padre de familia los medios de cultivar su inteligencia.

Este consumo *necesario* no tiene nada de absoluto, como lo véis; sin embargo, está poco más o menos determinado en cada país por el modo de vivir, con relación al grado de civilización y a la riqueza general. El precio del trabajo debe proveer a las exigencias de este consumo necesario o, en otros términos, a las necesidades de la familia del trabajador. Comprenderéis ahora que ese consumo necesario no es de tal modo absoluto que no haya posibilidad de gastar menos temporalmente. Entonces se sufre, se vive penosamente, pero con todo se vive.

—En ese caso, dijo Honorio, sería ventajoso habituarse a vivir con poco, porque así cualquiera estaría preparado para todos los acontecimientos.

—Te reconozco en esa proposición, Honorio, a tí a quien nada cuestan las privaciones para educar a tu numerosa familia; pero debemos evitar la exageración. En la restricción excesiva del consumo necesario de los hombres habría peligros de diversas clases y desde luego se comprometería la salud, se debilitarían las fuerzas y la industria perdería considerablemente. Además, como los salarios tienden siempre a arreglarse sobre ese consumo necesario, bajarían en proporción y entonces, si sobreviniera alguna circunstancia que los hiciese bajar momentáneamente, la miseria sería espantosa. Cuando lo necesario comprende un gran número de objetos, puede sufrir reducciones antes de llegar a los límites de lo que basta. Al contrario, cuando ya está reducido en cuanto es posible, no se puede quitar nada sin privaciones dolorosas, sin comprometer la existencia. Tal es la situación de la desgraciada Irlanda, en que la miseria general ha reducido desde hace tiempo el consumo necesario de la población a lo más rigorosamente indispensable para la conservación de la vida. La menor calamidad, la menor insuficiencia de la cosecha coloca a los habitantes en una situación de que no tenemos idea.

—Sabía bien que era una tontera hacer esas economías e imponerse tantas privaciones, dijo Pablo Boitard.

—No te apresures a sacar esta conclusión de mis palabras, prosiguió Dupré. El ahorro nunca es dañoso a los individuos, y, por otra parte, es raro

que se le lleve hasta donde se pudiera ir. Ese ahorro individual es el fundamento más seguro de la prosperidad de las familias; pero, como es individual, no puede tener una influencia grande sobre el importe de los salarios y contribuir a hacer que bajen.

No sucede lo mismo en una reducción general de los salarios, que proviene del estado de civilización poco avanzado de un país y de la falta de riqueza. En este caso, habiendo poco que dividir, la parte de los pobres llega a ser excesivamente pequeña y, siendo restringido el consumo necesario, los salarios, que tienden a aproximarse a él, bajarán mucho, de suerte que, cuando sobrevenga una crisis, la población se encontrará completamente destituída de recursos. La situación es, pues, infinitamente más ventajosa en un país como la Francia, en que habiendo hecho grandes progresos la riqueza desde hace medio siglo, el consumo necesario ha recibido un aumento considerable. Habéis visto que el importe medio de los salarios ha ido subiendo, y que, a pesar de algunas alternativas, no ha bajado jamás de un modo fijo a menos de lo que era hace algunos años.

—Estas explicaciones me parecen hasta aquí incontestablemente verdaderas, dijo Leonardo, y no tengo ninguna observación que hacer. Comprendo, en efecto, que por la concurrencia de los obreros, el salario debe tender a aproximarse al límite de lo necesario; pues todo obrero que carezca de obra, preferirá trabajar a precio más bajo a fin de asegurarse ocupación. Me ocurre, con todo, una duda. Puesto que lo necesario en cada país arregla en general la cuota de los salarios, debe resultar de aquí que esa cuota depende de las subsistencias:

quiero decir, que si los víveres están caros, los salarios deben estar altos, y que deben bajar cuando los víveres tengan poco valor. Sin embargo, en este año se ha verificado lo contrario.

—La experiencia manifiesta, en efecto, contestó Dupré, que si la cuota de los salarios se arregla en general sobre lo que es necesario para la vida, no sigue por esto el precio de los víveres, y váis a comprender la razón. La carestía accidental de los víveres produce siempre un trastorno en las costumbres de la población. Si todas las ganancias de las clases poco acomodadas se invierten en la compra de alimentos, de suerte que no puedan comprar vestidos, los que fabrican estos vestidos se verán en la necesidad de restringir la fabricación y de emplear menos obreros. Esta circunstancia, dejándolos sin obra, los dispone a ofrecer su trabajo a un precio menor, y, al mismo tiempo, como los fabricantes tratan de dar salida a sus productos, bajando el precio, necesitan también disminuir los salarios. Por esta doble razón, los salarios bajan en vez de subir en un tiempo de escasez.

—Por una razón análoga, observó Miguel, podrán subir cuando los víveres están baratos.

—Precisamente. Si el precio de los víveres disminuye, queda mucho más que poder gastar en otros objetos. Este pedido aumenta el trabajo de las manufacturas, se necesitan, por consiguiente, más obreros y hasta que se haya encontrado nuevos brazos, los salarios suben o permanecen elevados.

Se dice algunas veces que los fabricantes deberían aumentar los salarios de sus obreros cuando los víveres y todos los demás objetos están caros.

Sin duda, como ser humano y moral, el fabricante debe favorecer a sus obreros y pagarles su trabajo al precio corriente; pero no puede hacer más. Un fabricante está en concurrencia con los otros, y para obtener la recompensa de sus esfuerzos, necesita mucha habilidad y suma economía. Por consiguiente, si pagara a sus obreros salarios más elevados que los otros, éstos producirían a menos precio y aquél se arruinaría.

—Pero dijo Andrés, si los otros obreros no quisieran trabajar a menos precio, los salarios subirían.

—Si los otros obreros no quieren trabajar por menos, replicó Dupré, y si todos encuentran trabajo, es porque el salario que piden es el corriente. Pero si no encuentran otro, eso indica que el precio que quieren es muy subido, y entonces se verán obligados a trabajar bajo condiciones menos ventajosas. El interés de los obreros no está en arruinar a los fabricantes exigiéndoles un salario que no guarde armonía con el precio que el público da por las cosas: deben limitarse a pedir el salario determinado por el curso corriente.

En resumen, el importe de los salarios no es ni el resultado de la casualidad ni de voluntades particulares; está arreglado por las condiciones que determinan el precio de todas las cosas, esto es, por la relación que existe entre la oferta y el pedido. Examinaremos más detalladamente estas condiciones en la reunión próxima.

CONVERSACION DECIMOQUINTA

Salarios.—Coaliciones y complots

Lejos de disminuir la agitación que reinaba desde algún tiempo atrás en el seno de la población empleada en la industria de los hierros había ido creciendo y aun alcanzado a tomar en diversos puntos de Francia un carácter alarmante. Extraviados por las doctrinas que los espíritus turbulentos difundían en las masas, y cediendo a las instigaciones de algunos agitadores, los obreros manifestaban pretensiones demasiado exageradas.

Poco después que comenzaron los trabajos interrumpidos, los obreros de las fundiciones satisfechos por verse ocupados en un año de escasez, y mientras que otras industrias estaban paralizadas, habían aceptado sin hacer observaciones el salario que se les ofrecía, y se estimaban felices con tener obra a un precio cualquiera. Pronto, sin embargo, testigos de la actividad de su industria y viendo que se pedía un número creciente de brazos, comprendieron la necesidad que de ellos se tenía y se aprovecharon de su posición, pidiendo casi en todas partes un aumento de salario. Esta pretensión era muy natural y, como por otra parte, la prosperidad de la industria lo permitía, el aumento pedido se concedió sin dificultad.

Este primer suceso les animó, y apenas habían pasado dos meses reclamaron un nuevo aumento,

fundándose, no ya como en la primera vez en lo subido que estaba el precio de las subsistencias y en la dificultad de vivir en esas circunstancias con los antiguos salarios, sino en la actividad del trabajo, en el aumento de fatiga que esto les imponía y en la necesidad de un alimento más sustancioso que pudiese conservar sus fuerzas. Pedían, pues, que el jornal se aumentase para compensar este exceso de fatiga, y al mismo tiempo, que las horas suplementarias de trabajo fuesen pagadas por una tarifa doble. Estas diversas pretensiones eran también justas, así es que, a pesar del aumento considerable de los gastos de producción que era su consecuencia, los empresarios de fundiciones consintieron en acogerlas, aun cuando temían, y no sin razón, que esta nueva concesión trajese otra.

Lo que habían temido sucedió. Los obreros estaban dirigidos por jefes que, bajo el pretexto de defender sus intereses, pensaban mucho más en hacer triunfar sus teorías, y dóciles a la voz de estos jefes cuyo impulso seguían ciegamente, hicieron pronto nuevos reclamos; mas disfrazando sus intenciones, se guardaron bien de pedir un tercer aumento que en esta vez no habría tenido apoyo sólido. Pero sin pedir abiertamente un aumento de salarios, sus reclamos tendían indirectamente al mismo fin. Pedían la adopción de un nuevo reglamento obligatorio en todas las fundiciones, el cambio de las horas de trabajo, la supresión de algunos usos que desde tiempo atrás estaban en vigor, el reemplazo del trabajo a tarea por el trabajo a día en las operaciones en que estaba adoptado el primero, la exclusión de todos los agentes intermedios entre el empresario y el obrero propiamente dicho, y algunas otras me-

didas que completaban las anteriores agravando sus resultados para los patronos.

Algunas de estas proposiciones eran inadmisibles, pues quitaban toda libertad a los empresarios, los colocaban a merced de los obreros y, bajo el pretexto de suprimir la explotación del obrero por el empresario, sancionaban la opresión de éste por el obrero. Otras atacaban la libertad de los trabajadores colocando a los más inteligentes y a los más activos bajo la dependencia de los menos laboriosos y de los menos hábiles. Para asegurar condiciones más ventajosas a la mediocridad, se impedía al talento que sacase partido de sus esfuerzos superiores. Había, no obstante, entre las otras, algunas proposiciones que habrían podido ser aceptadas si hubiesen sido discutidas libremente por empresarios y obreros, y adoptadas voluntariamente por unos y otros; pero las condiciones más justas dejan de serlo cuando son impuestas y no consentidas.

El movimiento se extendía por todas partes, haciendo fermentar las cabezas. La agitación, por las razones que hemos hecho conocer, no tenía la misma gravedad en el departamento en que estaba situado Mirabeau, mas no por eso dejaba de inspirar serios temores. Los salarios habían sido aumentados en dos ocasiones diversas en las fundiciones de la aldea, lo mismo que en los demás lugares, pero los obreros no habían presentado todavía su «ultimátum» como en los demás establecimientos. Discutían, sí, entre ellos, la oportunidad de la medida, que, a decir verdad, encontraba una oposición seria por parte de algunos obreros más inteligentes que comprendían que concesiones arrancadas por la violencia no pueden tener nin-

guna influencia eficaz en la mejora de la suerte de los trabajadores.

Estos obreros eran de los que asistían a las conferencias de Mr. Dupré, pero desgraciadamente no eran numerosos. Las fundiciones estaban situadas en el lugar más apartado del valle; los trabajadores empleados en ellas se habían agrupado alrededor y sus habitaciones formaban así un centro de población lejano de la aldea, por lo cual les era más difícil la frecuentación de las reuniones de la escuela. Era, pues, de temer que, a pesar del ascendiente que tenían sobre sus camaradas, los obreros instruídos por las advertencias del doctor fuesen impotentes para contener a las masas en los límites de la moderación. El doctor confiaba, sin embargo, mucho en ellos y se felicitaba de que la serie de sus conversaciones le permitiese tratar una cuestión que la ignorancia y las pasiones rodeaban de errores.

—Amigos, dijo, hemos visto que el valor más bajo a que pueden llegar los salarios de un modo permanente es aquel que sólo da al obrero lo absolutamente necesario para su subsistencia, y que el punto más alto en que puedan igualmente mantenerse es aquel en que sólo queda al capitalista la ganancia suficiente para compensar el riesgo del capital y su trabajo.

En otra ocasión examinaremos la importante cuestión de la relación de la población con el valor de los salarios; ahora nos limitaremos a ver sus relaciones con el capital. No pudiendo los obreros, lo mismo que todos, encontrar trabajo y vivir sino con el capital de la sociedad, de aquí resulta que el valor de los salarios depende de la proporción que existe entre el capital y la población: si sólo

tenemos un capital pequeño que distribuir entre muchas personas, la parte de cada una será necesariamente muy corta. Un capital pequeño crea una demanda poco importante de brazos, y por consiguiente, siendo la oferta de éstos superior al pedido, los salarios serán bajos.

—Esto se comprende, dijo Leonardo: pequeño capital y muchos obreros deben dar por resultado salarios reducidos y grandes ganancias para los capitalistas.

—Muy bien, Leonardo. Supongamos ahora que el capital aumenta. Como sólo puede ser productivo por medio del trabajo, ocasionará un gran pedido de brazos, y como a medida que el capital aumenta, la concurrencia aumenta también entre los capitalistas y disminuye entre los obreros que son más buscados, los salarios suben y las ganancias de los capitalistas disminuyen. En efecto, si Mr. Duroure da cuarenta centavos al día porque trabajen en su casa, Mr. Ravaud cuarenta y cinco y Mr. Bertrand cincuenta, todos los salarios subirán a cincuneta centavos, pues de otro modo, los obreros dejarían a Duroure y a Ravaud para trabajar con Bertrand, si pudiese emplearlos a todos.

—Esto es evidente, observó Leonardo, como lo vimos hace poco en el caso inverso. A gran capital y pocos obreros corresponden salarios crecidos y pequeñas ganancias para los capitalistas.

—La primera consecuencia que debemos sacar de los principios que Leonardo acaba de resumir en tan pocas palabras, es que en todos los lugares en que el capital abunda, los capitalistas deben contentarse con una ganancia menor y pagar mejor el trabajo.

—Es una nueva confirmación de la teoría ya

expuesta de que a medida que los capitales de los ricos van aumentando, sacan de ellos una ganancia menor.

Si la población crece sin que el capital aumente, si se duplica, por ejemplo, los brazos serán más ofrecidos que pedidos, y por consiguiente, los salarios bajarán. Efectivamente, quedando igual la cantidad de trabajo disponible, puesto que el capital no ha aumen ado, podrán presentarse dos obreros en vez de uno para hacer la misma obra, y en virtud de la concurrencia trabajarán por menos.

Otra circunstancia que influye también en los salarios es el alza de los artículos necesarios para la subsistencia. Con esta alza, los salarios disminuyen en realidad sin que el monto del jornal baje.

—No comprendo, dijo Leonardo; explicadnos esto.

—El jurnal del obrero, prosiguió Dupré, es lo que gana para proveer a sus necesidades, y si sus gastos aumentan, su jornal puede ser proporcionalmente, no sólo menor, sino insuficiente. Supongamos un obrero que gana cincuenta centavos al día. Si gasta treinta en el sostén de su familia, le quedan veinte para atender a otras necesidades o para economizar; pero si la carestía de los comestibles le obliga a gastar cuarenta centavos en la manutención, no le quedarán más que diez para sus demás necesidades. Este resultado equivale a una baja de los salarios. El aumento en el precio de los demás artículos produce el mismo efecto, pero en un grado menor. Una disminución en el valor de los comestibles produce, por el contrario, un resultado opuesto; equivale a un aumento en los salarios.

—Pero en caso de carestía de los alimentos, ¿no podría ordenarse, preguntó Andrés, que los salarios se mantuvieran en un límite determinado?

—También sería necesario ordenar que los alimentos continuasen al mismo precio.

—Es cierto. Pero por lo menos, ¿no se podría prohibir al cultivador que subiese el precio de su trigo? ¿Por qué ha de ganar él solo cuando todos sufren?

—¡Ah!, Leonardo, dijo Mr. Bertrand, por ventura el cultivador, ¿no sufre también? Consume, y como consumidor participa del mal que aqueja al país.

—Agregaré, prosiguió Mr. Dupré, que tal prohibición sería una violación del derecho de propiedad. Diré, además, que sería una insigne torpeza, porque si se mantuviese por fuerza a los artículos en un mismo precio, siendo inferiores, por ejemplo, en una cierta parte a las necesidades del país, al cabo de seis meses serían consumidos. ¿Qué se haría entonces? Pero esto no puede suceder, porque a pesar de la prohibición, los artículos no se venderían al precio fijado. Ya os he dicho lo que aconteció en Francia en tiempo de nuestra primera revolución, cuando se tuvo la malhadada idea de fijar un *máximum* al precio de los comestibles. Os he citado también otros ejemplos que prueban la impotencia de la ley para arreglar el precio de los artículos.

—Todo esto, dijo Leonardo, prueba cuánto nos engañamos al pensar que el Gobierno puede influir en los salarios por medio de reglamentos, ya sea manteniéndolos a un precio cualquiera y subiéndolos cuando bajan demasiado, ya sea elevándolos al nivel de los alimentos cuando éstos es-

casean, o bien bajando el precio de las subsistencias al nivel de los salarios. Si el trabajo se encuentra en el mismo caso que una mercadería, el precio del trabajo o el salario debe ser, como el de todas las mercaderías, arreglado libremente entre vendedor y comprador. Todo debe ventilarse en tal caso entre patronos y obreros. Según esto, los obreros tienen derecho a entenderse mútuamente respecto de sus intereses, como los comerciantes y capitalistas se conciertan respecto de los suyos en sus clubs, mercados y bolsas.

—Seguramente, Leonardo.

—¿Por qué entonces el Gobierno impide las coaliciones de obreros y castiga a veces muy severamente a los que toman parte en ellas?

—Amigo mío, es porque un gobierno ilustrado comprende mejor que nosotros la libertad. Queremos libertad e independencia para nosotros y no la queremos para los demás. Por otra parte, el deber del Gobierno es asegurar la libertad para todos y protegerla contra los avances de algunos. Cada vez que por medios violentos, ilegales y atentatorios a la libertad, los comerciantes, empresarios y compañías han querido imponer la ley manteniendo precios diversos de los que las mercaderías debían tener naturalmente, el Gobierno ha procedido contra ellos, como lo ha hecho asimismo contra los ebreros que pretenden imponer su voluntad por la fuerza a los empresarios de industrias.

—Y hace bien. Pero, Mr. Dupré, no es imponer su voluntad por la fuerza entenderse, cuando los salarios son muy bajos, para decir a los patronos que no se quiere trabajar bajo las mismas condiciones. Los patronos son libres de aceptar o rehusar.

—Como vosotros lo sois, dijo Mr. Blondeau, para aceptar o rehusar el salario que os ofrecen, cuando no tenéis dinero y no encontráis otra ocupación. No, mi amigo, la libertad en este mundo no es jamás completa para nadie, ni para los patronos ni para los obreros. Cuando los empresarios han contraído compromisos, y los tienen siempre que hacen trabajar, ¿en dónde está su libertad para aceptar o rehusar, si todos los obreros de la misma industria se coligan para rehusar, a menos que se acepten ciertas condiciones, y sobre todo si se impide trabajar por la fuerza a los que consentirían en ello? La interrupción de trabajos para muchos de estos impresarios no es un malestar momentáneo, como para el artesano, no es sólo una diminución de la ganancia, es las más veces la ruina de su fortuna, y tal vez, a causa de las quiebras que resultan de ella, la pérdida del honor. ¡Bonita libertad, por cierto!

—Hay algo de verdad en lo que decís, Mr. Blondeau.

—No sólo algo, Leonardo, replicó Mr. Dupré, sino todo. Las coaliciones, tales como se efectúan ordinariamente, son una destrucción completa de la libertad; he aquí por qué la ley las castiga. Y fijaos bien en lo que voy a deciros. La ley castiga a las coaliciones por favorecer a los artesanos. No defiende a los patronos contra los artesanos, protege a éstos contra sí mismos.

Si las coaliciones no fuesen más que un simple convenio entre los artesanos para tratar de obtener un salario más subido, la ley no tendría que ver con ellas. Defienden sus intereses estando en su derecho; si se engañan, tanto peor para ellos; los errores y las malas decisiones provendrían de la

libertad con que han obrado. Pero desde que la coalición perjudica a la libertad de los demás, se hace criminal, y entonces la autoridad está en el deber de intervenir. Pues bien, la libertad es criminal cada vez que los artesanos imponen a otros, por la fuerza y la amenaza, la prohibición de trabajar bajo condiciones que éstos hubieran deseado aceptar. Esto es lo que acaba por suceder en todas las coaliciones; hay siempre en ellas gran número de artesanos que son violentados en su libertad por algunos cabecillas que satisfacen sus pasiones, y muchas veces odios y venganzas personales, impulsando a sus camaradas a la interrupción del trabajo. Cuando se efectúa un pacto, hay siempre muchos artesanos que preferirían trabajar bajo las condiciones propuestas por los patronos y que son violentados por la fuerza. Nada impide a los obreros mancomunarse cuando lo juzguen a propósito; pero se hacen culpables cuando impiden trabajar a los que están dispuestos a hacerlo.

—No hay, sin embargo, dijo entonces Pablo Boitard, otro medio de obligar a los patronos a que acepten una medida que favorece a los artesanos.

—La prueba de que no los favorece, replicó Mr. Dupré, es que se ven obligados ellos mismos a hacer fuerza a muchos que desearían mejor alimentar a su familia trabajando por cincuenta centavos, que hacerla sufrir con la esperanza problemática de ganar algún día tres pesos. Los autores de estas coaliciones son siempre solteros que tienen menos cargos y que, pudiendo soportar un pacto mejor que los demás, se lo imponen a los desgraciados padres de familia para quienes es una ruina. Se dice que el pacto no tendría re-

sultado si no fuese general, y por esto se emplea la violencia; en esto está la injusticia, en esto el error.

Los artesanos son libres o no de complotarse. Si están unánimes, no hay lugar a violencia; si no lo están, la violencia es injusta y además inútil. O muchos artesanos estarían dispuestos a trabajar, o no habría sino muy pocos de éstos. Si son muchos, es soberanamente injusto que un puñado de individuos quieran imponer la ley a todos. Si son pocos, este pequeño número no sería bastante para satisfacer las exigencias del público y permitir a un empresario cumplir sus compromisos y a un fabricante poner en actividad las máquinas que no pueden funcionar útilmente sino con el auxilio de gran número de brazos.

En todo caso, la ley, protectora de los intereses de todos y particularmente de los oprimidos, interviene justamente para garantir la libertad de los que se violenta. Se muestra asimismo protectora cuando una coalición lanza un entredicho sobre tal o cual fábrica e impide a todo artesano que vaya a trabajar en ella.

—¿Pero qué debe hacerse, dijo aún Pablo Boitard, para que un patrón se arrepienta de sus injusticias o mal trato y para traerlo a la razón?

—Te hablaré del mismo modo, Pablo. O todos los artesanos participan o no de esta opinión. Si participan de ella, la violencia es aún inútil para impedir que se vaya a trabajar a donde ese patrón injusto. Si no participan, la injusticia está de parte de aquellos que, por satisfacer resentimientos personales, perjudican a otros artesanos en su libertad. Si a pesar de las faltas de un fabricante algunos artesanos van a trabajar donde él, es por-

que obtienen ventaja. ¿Por qué, pues, impedirles lo que les es útil?

—Luego, ¿vituperáis toda especie de coalición?, preguntó Leonardo.

—Sí, Leonardo, una coalición es siempre una medida que anucia violencia y compresión. Un hombre de bien no puede aprobar que se eche mano de la fuerza bruta, aunque sea para obtener el triunfo de una causa justa. Cuando la razón tiene razón, triunfa por sí misma, por la fuerza de las cosas; necesita quizá algún tiempo, pero entonces su éxito es durable; el de la fuerza bruta es siempre pasajero. Las coaliciones son, además, una injusticia respecto del público; le obligan a pagar por el trabajo más de lo que vale, a dar dos o tres francos, por ejemplo, por lo que podría obtener por cincuenta centavos.

—Es verdad, Mr. Dupré, uno no piensa en esto, porque no ve sino lo suyo. Pero si impedís las coaliciones de un modo absoluto, ¿cómo obtendrían los artesanos la reparación de sus agravios?

—¿Cuáles son los agravios de que hablas, Leonardo? ¿Será un agravio no ganar tanto como se quiere? Pero el fabricante podría quejarse también de no vender sus mercaderías como quisiera o venderlas a veces por menos que lo que le cuestan.

El cultivador que ha pagado sus obreros como en un año bueno, podría quejarse igualmente como agraviado cuando la cosecha no le indemniza sus gastos. Dejemos de mirarnos como víctimas cuando en realidad las cosas marchan según las leyes de que hemos hablado.

—Pero, volviendo a nuestro asunto, ¿cómo podrán obtener los obreros un aumento de salario?

¿Condenáis también los pactos que éstos hacen para no trabajar mientras no se les aumenta la paga?

—No condeno estos pactos por injustos y atentatorios a la libertad, como las demás coaliciones; pero los creo inútiles y dañosos. Su primer resultado, resultado infalible, es el sufrimiento de los obreros que entran en el pacto, pues que, no trabajando, agotan los recursos que han podido obtener e imponen privaciones crueles a sus familias. Supongamos que para obtener diez centavos más hagan ese pacto obreros que ganan tres francos al día. En un mes, contando mensualmente veinticinco días de trabajo, perderán setenta y cinco francos, en tres meses doscientos veinticinco francos, y así, admitiendo que salgan bien con sus pretensiones, tendrán que trabajar durante diez y ocho meses para reparar el mal que han sufrido. Haced el cálculo, si queréis.

—Es exacto, dijeron muchos.

—Algunas veces, para sostenter el pacto, las sociedades de obreros de una misma industria han empleado en subvenciones entre los miembros sin trabajo, fondos reunidos penosamente para auxiliarlos en sus enfermedades o en momentos críticos. Se ha visto en Inglaterra que algunas asociaciones de esa especie han gastado muchos centenares de miles de francos y, a pesar de esto, han tenido que renunciar a su empresa después de haber agotado inútilmente sus recursos.

Esos pactos producen resultados todavía más desastrosos para los obreros. Su oficio es habitualmente aprendido con prontitud por otros y esto es muy natural, porque ejecutan trabajos sencillos: el trabajo que exige habilidad o talento ob-

tiene un buen salario sin coalición. Por consiguiente, si el pacto tiene por objeto hacer subir el precio de un trabajo fácil, esos obreros son suplantados pronto; se emplea a otros que se ponen al corriente del oficio, y cuando los que han entrado en el pacto se deciden al fin a proseguir su trabajo, encuentran que el número de los obreros ha aumentado en su industria y que no hay obra para todos, aun al precio antiguo: esto es lo que ha sucedido en repetidas ocasiones en las industrias que ocupan muchos obreros.

—Es posible, dijo Pablo Boitard, si las pretensiones de los obreros no son razonables. Pero si son fundadas y los patronos no quieren consentir en aumentar los salarios, ¿cómo obligarlos?

—No debemos obligarlos. Dime, Pablo, ¿qué pensarías de un comerciante que quisiera obligarte a que le dieses seis francos por una mercadería que no estimas en más de cien centavos? Lo considerarías un hombre ridículo y buscarías el artículo en otra parte. El comerciante puede, sin embargo, tener razón; la mercadería puede costarle un precio tal, que perdiera dándola por menos de seis francos. Tú no lo crees así y buscas el artículo en otra tienda, pero si no puedes obtenerla al precio que deseas, acabas por dar los seis francos.

Lo mismo sucede con el trabajo. ¿Por qué quieres ser el único juez entre tí mismo y el fabricante, en una cosa que os interesa a ambos? El fabricante sabe lo que puede dar, vosotros sólo tenéis conocimiento de lo que os falta. Si no puede daros lo que le pedis, ¿con qué derecho pretendéis obligarlo?

—Sin embargo, si el fabricante pudiese dar el

precio que se le pide y con la intención de ganar más, no quisiese hacerlo, ¿cómo obtener ese resultado cuando los obreros tienen razón?

—Se hacen valer las razones y se discuten pacíficamente; si son fundadas, estad persuadidos de que triunfarán. Has dicho que son muchas las ocasiones en que un fabricante podría dar un salario más crecido y que no lo hace, pero esto no sucede con frecuencia y dura poco. Un razonamiento muy sencillo bastará para probarlo, y los hechos confirman lo que os digo.

¿Cuando piden los obreros un aumento de salario? No es seguramente cuando la industria marcha mal; es siempre cuando marcha bien, cuando todos los obreros están ocupados y el pedido de trabajo es mayor que la oferta. Pero entonces, suponiendo que los fabricantes no quieran pagar por un trabajo lo que pueden dar, como los brazos están muy pedidos, habrá siempre, en virtud de la competencia, algunos que estén dispuestos a pagarlo al precio que vale realmente, seguros de atraerse a los obreros y de hacer, por la cantidad, ganancias mucho mayores. Los obreros buscarán a esos fabricantes, los otros quedarán abandonados y, si quieren sacar provecho de sus capitales en vez de arruinarse, obrarán como los demás. Si cuando Pedro y Pablo dan cincuenta centavos por un trabajo, Santiago y Juan pagan tres francos, es necesario que Pedro y Pablo los paguen también: de otro modo los obreros los abandonarían.

—Según esto, los pactos de que hemos tratado ¿son completamente inútiles?

—No digo que siempre sean inútiles: son muy raros los principios absolutos. Un pacto podría ser útil algunas veces a los obreros, permitiéndoles

hacer valer sus razones y discutir sobre sus intereses con los fabricantes; pero ese debería ser pacto enteramente pacífico y sin violencia, un pacto de pocos días para explicarse y entenderse. Sin embargo, esto es tan peligroso, la pendiente es tan resbaladiza, es tan fácil que se irriten unos contra otros, la pasión se mezcla con tanta prontitud en estos negocios, que yo no lo aconsejaría a los obreros.

Así, en resumen, las coaliciones, independientemente de todos los resultados fatales que os he indicado, no pueden asegurar una alza permanente de los salarios, a menos que sea mayor el pedido de brazos que la demanda, y en este caso los obreros no tienen necesidad de coalición. Lo único que puede influir de un modo permanente en el valor de los salarios es la relación de la población con el capital, ya sea que la población aumente con relación al capital, lo que producirá inevitablemente una baja, ya sea que la riqueza pública aumente con más rapidez que la población que entonces habrá alza a pesar de todos los esfuerzos de los empresarios.

En cuanto a esas coaliciones que consisten en no trabajar mientras no se aumente la paga, influyen también de un modo pernicioso sobre los salarios disminuyendo el capital; pues mientras duran, los capitales permanecen improductivos y los empresarios y los obreros consumen sin producir. Después de una coalición cualquiera, como después de todo acontecimiento que paraliza el trabajo, hay siempre disminución del capital, inconveniente grave que no había indicado. Permitidme os diga, al terminar, que cuando los empresarios y los obreros tienen buenas relaciones entre sí,

las coaliciones, cualquiera que sea su naturaleza, son un expediente a que no es necesario recurrir. Entre personas que viven en buena armonía y que comprenden su posición y sus intereses recíprocos, siempre hay medio de entenderse.

CONVERSACIÓN DECIMASEXTA

Población, subsistencias y salarios.—La población tiende a mantenerse al nivel de las subsistencias y los salarios están en razón directa de los capitales y en razón inversa de la población.

Aun cuando eran pocos los obreros empleados en las fundiciones de Mirebeau que asistían a las conferencias del doctor, las ideas que había hecho nacer en sus espíritus se habían desarrollado no obstante entre todos. Esta circunstancia salvó a la aldea.

La palabra de orden salida de los principales centros de la industria de hierros, había llegado al departamento. La coalición comprendía que, para contar con expectativas de suceso, debía ser tan general como fuese posible. Los obreros empleados en las diversas fundiciones del departamento fueron, pues, invitados a aceptar el programa de sus hermanos de los otros departamentos y, dominados por sus jefes, se conformaron casi todos con la especie de orden que se les había transmitido. Muchos de ellos, y sobre todo los más instruídos, los padres de familia, los que tenían más necesidad de trabajar, trataron de protestar contra las decisiones de una coalición que sustituía la tiranía de la masa a la pretendida tiranía de los empresarios; pero aunque eran más numerosos en el fondo, el temor y el respeto humano les impedían expresar en

alta voz sus sentimientos y se dejaban arrastrar por una minoría opresora.

Más instruídos y animados por los consejos de Leonardo y de los camaradas que tomaban ordinariamente por guías, los obreros de Mirebeau comprendieron cuán contrario a sus intereses era sacrificar las ventajas ciertas de que gozaban a las que la coalición les prometía. No pudieron decidirse a creer que una medida cuyo efecto inmediato era una pérdida considerable de los empresarios, que probablemente arruinaría a muchos y comenzaría por privarlos a ellos mismos de trabajo por algún tiempo, fuese un buen medio de mejorar su posición. Respondieron, por consiguiente, negándose del todo a la invitación que se les dirigió.

Esta negativa trastornaba los planes de la coalición y probaba que había división entre los mismos obreros. Se convino, por tanto, un plan para obligar por intimidación a los obreros a asociarse a la coalición y, en todo caso, apagar por fuerza los fuegos de todos los hornos.

Una mañana, al amanecer, el valle fue invadido repentinamente por una multitud compuesta de tres o cuatrocientos individuos armados de fusiles y de barras de hierro. Esta multitud se componía no sólo de obreros de las fundiciones; se había aumentado al pasar por las villas vecinas, con algunas de esas personas que siempre están prontas a unirse a los que proyectan un golpe, y la presencia de esa gente aumentaba el peligro.

Felizmente la población de las fundiciones velaba, e informada de la aproximación de los asaltantes, se armó al momento con los útiles que las fundiciones suministraban en abundancia. Se quiso

entonces entrar en una transacción; pero los obreros, mucho más numerosos, se negaron a aceptar los planes de la coalición, e indudablemente se habría trabado la lucha, si no se hubiera visto llegar en el mismo momento a los obreros de la fábrica que venían en auxilio de los de las fundiciones y a diversas brigadas de gendarmería enviadas por la autoridad Los asaltantes emprendieron la fuga siendo capturados en gran número, los obreros volvieron a sus t abajos, después de felicitarse recíprocamente y algunas horas más tarde, no quedó de esa invasión que amenazaba llevar el duelo a la aldea más que la emoción inseparable de semejante tentativa y el recuerdo del peligro común.

Todo esto había sucedido dos días antes de nuestra reunión y el resultado ocasionaba una satisfacción sincera en Mirebeau, pues todos experimentaban ese contento que produce la feliz conclusión de un negocio que inquieta y el sentimiento de haber llenado su deber. Así es que, al llegar a la escuela, los obreros estaban contentos de sí mismos y de Mr. Dupré y seguros de que no les faltarían sus felicitaciones. Dupré no engañó sus esperanzas

—Nuestra aldea ha corrido un gran peligro, les dijo; vuestra sabiduría nos ha salvado. Recibid a la vez mis felicitaciones y mis elogios. Mis elogios, eso es lo menos importante; vuestra conciencia os los habrá concedido ya y la satisfacción de la conciencia vale más que los elogios de los hombres; éstos nos faltan a veces después de una acción buena, el testimonio de la conciencia no nos falta jamás. Con todo, permitidme os diga que, después de lo que acaba de suceder, estoy más que nunca contento de haber nacido en

Mirebeau. Mientras que en tantas otras localidades, los obreros han comprometido por su imprudencia una posición ya satisfactoria y que tendía a mejorarse, vosotros habéis asegurado el bienestar adquirido y os habéis colocado en situación de acrecerlo. Recibid, pues, mis felicitaciones.

—Todo lo debemos a vuestros consejos, dijo Leonardo, expresando la idea de los asistentes.

—Amigos, puesto que lo creéis así, prosigamos nuestras conversaciones, conservando siempre en la ciscusión la calma de los que verdaderamente desean instruirse

Hemos visto cuán impotentes son los medios arbitrarios y más o menos violentos a que los hombres pueden recurrir para fijar, según su voluntad, el valor de los salarios, y acabáis de manifestar que lo habéis comprendido. Ahora nos ocuparemos todavía de salarios y de un modo muy directo, aunque muchos de vosotros no hayáis pensado nunca en la relación que puede haber entre los salarios y el asunto de que vamos a tratar.

Sabéis ya que el trabajo es una mercadería; que el salario, que es su precio, se determina por la relación que existe entre la oferta y el pedido; que este precio, como el de todas las mercaderías, se arregla voluntaria y libremente entre el comprador y el vendedor, y que está sometido a ciertas leyes, a la influencia de las cuales ninguna fuerza humana puede sustraerlo. Sabéis también que el fondo que sirve para pagar los trabajadores y con el cual pueden vivir es el capital general de la nación, o el conjunto de los objetos propios para el consumo que posee el país. La porción de este fondo que puede recibir cada individuo depende, por consiguiente, no sólo de la importancia del

capital, sino además del número de personas entre quienes debe dividirse.

Quedando igual el número de individuos, la parte de cada uno será naturalmente tanto mayor cuanto más considerable sea la riqueza del país. Y a su vez, quedando igual la riqueza del país, la porción de cada uno será tanto menor cuanto mayor sea el numero de los individuos entre los cuales debe dividirse. Si tenemos, por ejemplo, un capital de cien francos para dividirlo entre cien individuos, cada uno de ellos tendrá un franco. Si el capital y la población duplican juntos y alcanzan la cifra de doscientos, cada uno tendrá también un franco. Pero si quedando la población en ciento, el capital sube a doscientos francos, la parte de cada uno será de dos francos. Sería también de dos si, subiendo la población a doscientos habitantes, el capital subiese al mismo tiempo a cuatrocientos francos

Por el contrario, si la población es de cien habitantes y el capital baja a cincuenta francos, cada uno no tendrá más que diez centavos, y si, quedando el capital en cien francos, la población sube a doscientos habitantes, la parte de cada uno solo será también de diez centavos. En fin, si el capital se duplica y sube a doscientos francos, pero al mismo tiempo la población llega a ser cuatro veces mayor y alcanza la cifra de cuatrocientos habitantes, sólo habrá diez centavos para cada uno. ¿Comprendéis esto?

—Sí, señor Dupré, exclamaron los asistentes.

—Apliquemos el mismo razonamiento a los salarios y así veremos que su valor depende no sólo de la riqueza del país sino también de la proporción que hay entre esta riqueza y la población.

Pequeña riqueza y gran población dan salarios muy bajos; gran riqueza y población relativamente mediocre, salarios crecidos.

—No veo, señor, dijo Honorio, el papel que hace la población en este cálculo. Comprendo que si realmente hubiera que dividir una suma de dinero, mientras mayor fuese el número de los participantes, menor sería la parte. Pero aquí no se trata de dinero que distribuir, sino de trabajo y de salarios.

—Es que tú pierdes de vista la relación que hay entre la abundancia de los capitales, el pedido de brazos y el alza de los salarios, como entre la escasez de capitales, la oferta de brazos y la baja de los mismos salarios. Mientras más ricos están los consumidores mayor es el número de las necesidades que pueden satisfacer, y mayor el trabajo que pagan para procurarse esas comodidades; la producción es más activa porque el consumo lo es también; hay más pedido de brazos o de trabajadores y éstos reciben salarios más crecidos, porque la concurrencia tiene lugar entre los capitalistas y no entre los obreros. *La abundancia de los capitales, el pedido de los trabajadores y el alza de los salarios marchan de concierto.*

Por el contrario, cuando los capitales están escasos, el consumo, la producción y el pedido de brazos disminuyen, y los salarios de lo trabajadores son más bajos, porque la concurrencia obra con más fuerza entre ellos que entre los capitalistas. *La escasez relativa de capitales, la oferta de brazos y la baja de los salarios marchan también juntos.*

—Pero, ¿qué relación tiene todo esto con la población?, preguntó nuevamente Honorio.

—Vas a verlo. Supongamos un país que ocupa cierto número de brazos. Si, por una circunstancia cualquiera, el capital de este país disminuye en la mitad, sólo puede satisfacerse la mitad de las necesidades, y sólo hay trabajo para la mitad de los obreros. Los que estén desocupados, con el deseo de tener obra, ofrecerán ellos mismos trabajar a precio más bajo, y los fabricantes cuyas ganancias son reducidas, también por la disminución de producción, encontrando trabajadores más baratos, despedirán a los obreros que ocupan, a menos que éstos consientan en trabajar bajo las mismas condiciones, lo que aceptarán seguramente. Todos los salarios tendrán, por consiguiente, una baja.

He supuesto que los capitales hubiesen disminuído en la mitad, pero cualquiera que sea la disminución siempre habrá una baja más o menos considerable en los salarios.

—Sí, dijo Leonardo, esto sucede cuando hay más brazos disponibles que trabajos para ocuparlos. Mas las diminución de los capitales me parece que no tiene lugar.

—Estás en un error, Leonardo. Este caso se presenta muchas veces y nuestras revoluciones en Francia nos han dado el ejemplo de disminuciones enormes del capital. El temor hace entonces que todos reduzcan sus gastos, y naturalmente la producción disminuye. Calculad cuán grande debe ser la disminución de los capitales en un país cuando la mayor parte de los obreros dejan de trabajar. Pero prescindiendo de las revoluciones y de los disturbios políticos, el mismo resultado tiene lugar en otras circunstancias, como en este año. ¿No es una disminución enorme de los capitales, el déficit que hemos tenido en la cosecha?

No siendo los capitales de un país otra cosa que la suma de todo lo que existe en ese mismo país, la disminución de la producción agrícola es necesariamente una disminución de capitales.

—Es cierto.

—Ahora supongamos que sin variar los capitales, la población haya doblado y nos encontraremos en el mismo caso que hace poco. Los capitalistas piden la misma cantidad de trabajo y hay doble número de hombres. La oferta de brazos excede en mucho al pedido y los salarios bajan.

Por el contrario, si los capitales no varían y la población disminuye, se pide la misma cantidad de trabajo, y como hay menos brazos, los trabajadores son más pedidos que ofrecidos y sus salarios suben.

—¿Comprendes ahora, Honorio, la relación que hay entre la población y el salario de los obreros?

—Sí, señor Dupré. Se puede expresar, según me parece, diciendo que el valor de los salarios sube cuando los capitales aumentan más que la población y que bajan cuando la población aumenta más que los capitales.

—Eso es, Honorio; pero todo se puede expresar en menos palabras, diciendo que los salarios *están en razón directa de los capitales y en razón inversa de la población.*

—Pero, dijo Gagelin, ¿cómo conciliar estos principios con la opinión recibida durante muchos siglos de que una gran población es una fuente de prosperidad?

—Este es uno de esos errores que la Economía Política ha refutado y que proviene de que muchas veces se toma el efecto por la causa. ¿Qué vale más para una nación, muchos habitantes viviendo im-

serablemente en un territorio o un número menos considerable que goce comodidad y bienestar?

—El bienestar del pequeño número es ciertamente preferible.

—Lo que ha contribuído a acreditar el antiguo error que la población grande de un país constituye su riqueza, es que durante muchos siglos todos los pueblos han estado organizados teniendo en vista la guerra. Una poblalón reducida, diseminada en un vasto territorio, ofrece pocos recursos para defenderlo contra los ataques de los enemigos, y de aquí se ha concluído que debía desearse más una población numerosa; de aquí han nacido los estímulos concedidos por los Gobiernos al incremento de la población; de aquí las recompensas y los privilegios otorgados por las leyes de muchos países a los padres de familias numerosas. Esta opinión se encontraba en cierto modo justificada por el estado de la población en los pueblos de la antigüedad y más tarde en las naciones modernas durante la Edad Media. La escasez de la población en territorios extensos no daba ocasión paraque se conociesen los inconvenientes de una población excesiva.

—Sin embargo, observó Mr. Ravaud, algunos pueblos de la antigüedad encontraron un recurso en la emigración, recurso de las naciones modernas cuya población es exorbitante.

—Vuestra observación es justa, Ravaud; pero debe notarse que muchas veces las colonias de la antigüedad no tenían por objeto tanto desembarazarse de un exceso de población como extender su influencia por medio de esas aglomeraciones de habitantes con una misma lengua y las mismas costumbres. Por otra parte, esas colonias encon-

traban a poca distancia países casi inhabitados en que podían establecerse sin las dificultades con que tropiezan las naciones modernas. Esta influencia ejercida en los espíritus por las ideas antiguas y por la organización y las costumbres guerreras de los pueblos durante tantos siglos, nos hace creer que la población no puede ser nunca demasiado considerable. Esto puede ser cierto en pueblos nuevos que viven en un territorio extenso y cultivado sólo en parte, pero deja de serlo en pueblos más adelantados en civilización y cuya población está oprimida en un territorio circunscrito.

—Pero, advirtió Gagelin, a medida que la población aumenta, hay más brazos para cultivar nuevas tierras y por consiguiente siempre encuentra medios para vivir.

—No siempre, Mr. Gagelin, pues hay límites. Pero admito que no se haya alcanzado este límite. La población, aunque considerable ya, podrá vivir, pero vivirá con dificultad, y desde luego, si crece con mucha rapidez, no tendrá para el cultivo brazos en proporción de su aumento porque este aumento se debe sobre todo a los nacimientos, y, durante largos años, los niños comen sin trabajar. Hay aumento de población y de consumo sin aumento correspondiente de producción.

—Es una observación muy justa.

—Además, continuó Mr. Dupré, mientras es pequeño el número de habitantes en un territorio extenso, se vive fácilmente. Al principio se ponen en cultivo las tierras mejores, pero a medida que la población aumenta se ve obligada a cultivar tierras menos y menos fértiles, y entonces, si alcanza a poner a su nivel la producción de las subsistencias, sólo lo obtiene con un trabajo siempre creciente.

—¿Cómo, señor Dupré, puede suceder que la producción de las subsistencias no se mantenga al nivel de la población? Esta no podría vivir en exceso, pues que no es posible vivir sin comer.

—No, Gagelin, no se vive sin comer y así cuando la población es excesiva y los víveres insuficientes, se come menos; se sufren privaciones; se consume una cantidad de alimentos menor que la necesaria para mantener las fuerzas del cuerpo; los niños nacen y sus padres no pueden prestarles todos los cuidados indispensables a su edad; su constitución se debilita; la mortalidad crece y la población vuelve a colocarse por la miseria al nivel de las subsistencias.

—Esto es cierto, prosiguió Gagelin, pero se me hace duro creer que podamos temer un exceso de población: ¡hay tantas tierras incultas en Francia!

—Hay, en efecto, entre nosotros muchas tierras incultas, mas es porque no conviene cultivarlas. Preguntad a Mr. Bertrand, a Mr. Ravaud, a todos los cultivadores que están aquí si trabajarían con el mismo gusto y esperanza de lucro una hectárea de tierra de mala calidad que una de las que actualmente explotan.

—No, ciertamente, dijeron todos los cultivadores a una voz.

—Lo creo, replicó Gagelin; pero, si la población aumentase, sería ventajoso cultivarlos porque el precio subiría.

—Sí, Gagelin, mas todos sufrirían como consumidores, pues que se comprarían más caros los mismos productos. Mientras más aumentase la población, más trabajo le costaría vivir con tierras más y más ingratas; mientras más rápido sea el aumento de la población, mayor será la es-

casez, porque se necesitarán esfuerzos más poderosos para colocar la producción de la tierra en relación con la necesidad de alimentos. Podéis formar idea de la dificultad de hacer seguir a la producción de las subsistencias los progresos de la población, comparando la posibilidad de aumento de una y otra.

El padre y la madre, en cada familia, pueden tener fácilmente cuatro hijos y aun muchos más, pero tomando por término medio este número cuatro, resulta en definitiva que el aumento de la población puede marchar en la misma proporción que los números 2, 4, 8, 16, 32, etc., es decir que la población puede doblar en cada generación.

—Estos números, advirtió Gagelin, representan en teoría el poder de reproducción de la especie humana; pero en realidad un incremento tan rápido no tiene lugar en parte alguna.

—Este incremento se ha verificado, Gagelin, y si no es tan rápido en Europa, esto proviene únicamente de los obstáculos que encuentra.

—No comprendo estos obstáculos, señor Dupré: si la población dobla, la producción debe duplicarse con los brazos.

—No, Gagelin, olvidáis que la producción llega a ser más y más difícil a medida que la especie humana aumenta, porque es necesario cultivar tierras menos fértiles y además habéis cometido un error muy grave confundiendo productos de naturaleza enteramente diversa. Sin duda, la producción manufacturera aumenta en proporción de los brazos, es decir, de la población; puede aún aumentar más ligero a consecuencia de los progresos de la industria que abrevian el tiempo y multi-

plican los medios de producción, llamando a las fuerzas de la Naturaleza en auxilio del hombre.

No sucede lo mismo con la producción agrícola; no se obtiene un incremento sino por medio de una cantidad de trabajo y de un aumento de gastos proporcionalmente mucho mayores. Sin hablar de las tierras incultas que es necesario poner en explotación, es mucho más difícil hacer producir diez hectolitros más de trigo a un campo que ya da veinte que duplicar la producción de otro que sólo da diez. Es verdad que se puede vivir sin tener completamente lo que se necesita, pero se vive mal, y de todo esto se ha deducido que *la población tiende a colocarse al nivel de las subsistencias.*

—No se necesita más.

—Sí, Gagelin; mas veamos con qué condiciones se obtiene ordinariamente. La población sólo se mantiene en ese nivel porque es violentamente rechazada cuando lo excede. Cuando las subsistencias están abundantes y los salarios crecidos, se goza con imprudencia de esta situación mientras dura; los jóvenes contraen uniones prematuras; los hijos vienen a aumentar sus cargas y a hacer su vida más difícil, y al fin llega un tiempo en que, habiendo aumentado la población con demasiada rapidez, la oferta de brazos excede al pedido y los salarios disminuyen. Entonces las generaciones, no encontrando suficientes recursos para vivir, pierden sus fuerzas; las enfermedades y la miseria acaban la salud y contribuyen a que perezcan antes de tiempo; los hijos, privados de las atenciones que exige su debilidad, crecen débiles o mueren antes de llegar a la juventud, y la población vuelve por la miseria al nivel de la ssubsistencias y probablemente un poco más abajo. Después los hechos

suceden en sentido inverso. La despoblación hace que los salarios aumenten, porque disminuye la concurrencia; el aumento de los salarios provoca a su vez matrimonios precoces; estos matrimonios dan origen a un número creciente de niños, y entonces sobreviene de nuevo un exceso de población que trae consigo la miseria y se comienza a pasar por todas las fases que os he descrito. Así es como por la imprudencia de los hombres, la humanidad pasa sucesivamente por alternativas de bienestar y de miseria. Y, sin embargo, si no podemos esperar en la tierra una felicidad completa, podemos a lo menos prevenir y disminuir los males que nos amenazan. No escaparemos sin duda de las calamidades que Dios envía al hombre para recordarle que este mundo es un lugar de prueba, pero podemos disminuir sus efectos y sobre todo, podemos prevenir los males cuyo origen está en nosotros mismos. Entre éstos uno de los más temibles para los obreros que viven con su salario es el exceso de población.

—¿Cómo remediar este mal?, dijo Honorio.

—Haciendo lo contrario de lo que tú has hecho. Excusa mi franqueza, Honorio; tu ejemplo nos servirá de lección.

Puesto que los salarios bajan, por el exceso de población, porque entonces la oferta de brazos es más considerable, lo que se necesita es que los obreros no contribuyan con su imprudencia a traer este exceso de población, cuyo primer resultado es disminuir los salarios. ¿Sabéis de dónde viene este nombre de *proletarios* con que se designa habitualmente a los obreros? Viene de una palabra latina que significa que se multiplican mucho, y esto porque no tienen previsión respecto al matrimonio.

—Pero, señor, dijo Honorio, cuando se carece de todo lo que hace agradable la vida, es un consuelo tener una esposa e hijos y vivir rodeado de seres queridos.

—¡Qué consuelo, Honorio, ver vivir en la miseria a personas que se ama, condenar a privaciones dolorosas a la mujer que ha unido su existencia a la nuestra y tener hijos para hacerles sentir las torturas del hambre! En vez de un consuelo, ¿no es el suplicio más horrible para el hombre de buen corazón ver sufrir por su culpa a los que de él esperan el bienestar en la vida?

—Sin embargo, dijo Andrés, no es culpa suya que su salario sea insuficiente.

—Sí, Andrés, es culpable. No hay salario que no baste para alimentar a un hombre solo; pero el salario que basta para un hombre es muchas veces insuficiente para una familia, y lo será sobre todo si ese obrero se casa antes de haber adquirido la habilidad necesaria para ganar un salario mejor. Todos los obreros no tienen el valor de Honorio; no saben resignarse a trabajar día y noche, a privarse de todos los placeres para no imponer privaciones demasiado duras a los que de ellos esperan su subsistencia. Muchas veces se desalientan, y, en vez de redoblar su ardor, unos se abandonan al vicio y olvidan sus pesares con el vino, y otros, para sustraerse a la vista de una familia desposeída de todo, abandonan a la caridad pública a su mujer y a sus hijos. He aquí las consecuencias de esas uniones hechas sin prudencia: el vicio y la miseria.

Comprended mejor vuestros intereses y vuestros deberes. La juventud es el tiempo en que deben echarse las bases del bienestar futuro. No os car-

guéis de familia antes de poder alimentarla, economizad durante esos años de la juventud, comprad muebles, formad un peculio que os permita después educar vuestros hijos sin imponeros ni imponerles demasiadas privaciones, y que, en los tiempos difíciles, os presente el medio de alcanzar otros mejores sin caer en la miseria.

—Según esto, observó Pablo Boitard, nunca hay ocasión para divertirse, si el joven debe economizar y privarse de los placeres, para privarse también después cuando tenga familia.

—Si quieres divertirte, Pablo, mientras seas joven, no te quejes de trabajar penosamente cuando estés viejo. Si adquieres la costumbre de disipar locamente tu salario, sin duda estarás muy mal preparado para la vida del padre de familia, que es vida tranquila y dulce, pero también de sacrificios. Comprended mejor vuestros intereses y vuestro papel de hombres; esforzaos para ser buenos obreros buscados por los fabricantes, de modo que os tomen siempre los primeros y os despidan los últimos; economizad, tomad muchas veces el camino de la caja de ahorros y no el del baile o de la taberna; preparaos a la existencia digna y seria del padre de familia, y así, cuando lleguéis a tener los deberes de ese cargo, estaréis en aptitud de llenarlos con recursos que os los harán más llevaderos y dulces. Siguiendo este consejo, no sólo mejoraréis vuestra condición personal, sino que prevendréis también las consecuencias desastrosas que resultan para todos vosotros de un aumento de población más rápido que el de los capitales y que disminuye los salarios en las profesiones. Aun obtendréis otra ventaja más, y es que cuando tengáis que discutir sobre vuestros inte-

reses con los patronos, como por ejemplo para ajustar los salarios, no estaréis obligados a aceptar las condiciones que os ofrezcan si no son razonables; pues, no esperando vuestro pan del salario del día, tendréis menos urgencia para ocuparos y discutiréis mejor las condiciones con armas iguales.

—Me parece, sin embargo, dijo Honorio, que esto no basta para impedir el exceso de población. ¿De qué serviría no casarse sin recursos, si se viviera en el libertinaje?

—Tu observación es muy justa, Honorio, y no había hablado de estas uniones ilegítimas porque he pensado que vosotros mismos comprendéis que son infames. Al invitar a los jóvenes a que difieran el matrimonio hasta el tiempo en que se encuentren en estado de soportar el peso de las obligaciones que impone, he hablado en la inteligencia de que conserven la castidad en el seno del celibato, pues el celibato sin la castidad es peor que un matrimonio prematuro; a los inconvenientes de éste une las consecuencias del vicio.

La conclusión lógica de lo que habéis aprendido es que la suerte de los obreros depende en gran parte de ellos mismos. En efecto, si hay un número excesivo de brazos disponibles, no se podrá impedir que la retribución del trabajo sea insuficiente, y por el contrario, si están escasos ni aun los patronos más avaros impedirán al obrero que venda su trabajo a un precio subido. Casaos, pues, con prudencia; vivid entretanto castos, sobrios, empeñosos y económicos, y así os preparéis para gustar un día los goces del padre de familia sin tener que sentir el tormento más cruel, el de no poder alimentar a vuestros hijos.

CONVERSACION DECIMOSEPTIMA

Productores y consumidores.—La competencia proporciona vida barata

A consecuencia del ataque intentado contra las fundiciones, los magistrados de la cabecera del departamento tuvieron que trasladarse a Mirebeau, y apenas comenzaron a ejercer sus funciones, auxiliados por todos los habitantes, que consideraban como un deber ilustrar a los jueces para obtener la represión de los delitos, reunieron pruebas suficientes para condenar a los culpables, entre los cuales se encontraba el tabernero Basset, nuestro antiguo conocido; pero el día de la reunión todo estaba terminado.

—Amigos, dijo el doctor al principiar, hemos hablado extensamente de los salarios en nuestras últimas reuniones, y me he esforzado para haceros ver las cosas bajo su verdadero aspecto. Habré destruído, sin duda, algunas ilusiones; sin embargo, no creo que os pese conocer la verdad.

—No, por cierto, contestó un gran número de los asistentes.

—Ahora pienso hablaros en pocas palabras de las ventajas que la competencia ofrece a los obreros.

—Es cosa dura, dijeron casi todos los obreros y algunos cultivadores y fabricantes.

—No extraño esas palabras, prosiguió Dupré, porque las esperaba. Pero, decidme señor Blondeau, ¿por qué os quejáis de la competencia?

—Porque me impide vender mis hierros tan bien como lo haría si no la hubiese y dar a mis obreros el salario que podría pagarles si vendiera mejor.

—Y vos, Duval, preguntó el doctor a uno de los comerciantes principales de Mirebeau, ¿por qué detestáis la competencia?

—Porque si no hubiera concurrentes que bajan el precio de sus mercaderías para atraerse los consumidores, no tendría que bajar el de las mías.

—¿Y vos, Bertrand?

—Es muy sencillo: si cuando llevo mi trigo al mercado, no me encontrara en competencia con una multitud de cultivadores que ofrecen más barato su trigo, porque tienen necesidad de dinero, obtendría uno o dos francos más por saco.

—¿Y vosotros, Andrés, Mauricio, Benito?

—Nos habéis dicho, respondió Andrés, que la competencia entre los obreros impide que los salarios suban, ¿cómo queréis, después de esto que nos agrade?

—Basta raciocinar sobre las contestaciones que se acaban de oír. A vosotros, señores fabricantes, os desagrada la competencia, porque os impide vender vuestros productos como lo desearíais; pero olvidáis que la competencia entre los obreros os permite pagarles menos y que, gracias a esa competencia, compráis más barato el trigo de Bertrand y las mercaderías de Duval.

Vos y vuestros compañeros, Duval, estáis obligados por la competencia a dar vuestras mercaderías a un precio más bajo para atraer a los compradores; pero os olvidáis de que la competencia de los fabricantes os permite comprar por menos esas mercaderías y todas las que entran en vuestro consumo.

Vosotros, señores cultivadores, arrendatarios y propietarios, estáis descontentos con la competencia que no os deja vender tanbién vuestros productos; pero hace seis meses, en virtud de la competencia entre los consumidores vendíais el trigo por un precio doble al actual. La competencia entre los empresarios de fundiciones os procura a un precio moderado el hierro empleado en vuestros instrumentos de cultivo; la de los fabricantes y mercaderes hace que obtengáis barato todo lo necesario, y la de los trabajadores que no paguéis mucho a vuestros jornaleros y sirvientes.

En fin, vosotros los obreros, os quejáis también de la competencia que impide que los salarios suban; pero no fijáis vuestra atención en que sin la competencia entre los fabricantes, esos salarios serían mucho menores y pagaríais tal vez el doble por todo lo necesario para la vida.
por odo ₰lo necesario para la vida.

Como lo véis, si la competencia tiene inconvenientes, ofrece también ventajas para todos.

—Esto es incontestable, dijo Gagelin; pero, ¿qué importan estas ventajas si los inconvenientes son mayores?

—Os engañáis, Gagelin. El efecto de la competencia es impedirnos sacar partido de nuestra posición, como lo haríamos sin ella; mas, esta parte que perdemos en nuestras relaciones con los demás hombres, es ganada precisamente por la persona con que tratamos. Si perdemos un franco en la venta de una cosa cualquiera, este franco es ganado por el que la compra, y así a primera vista aparece que las ventajas de unos igualen a los inconvenientes que resultan para otros, pero estudiando bien la competencia se vé que en defini-

tiva es altamente favorable a la humanidad.

—Convengo, señor Dupré, en que no hay nada que oponer a vuestro razonamiento, por lo que toca a la humanidad en su conjunto. Pero si la competencia es útil a los hombres en general, no los perjudica igualmente, y beneficia más a ciertas clases de individuos.

—Esto no es posible, Gagelin, por lo menos de un modo permanente, y váis a comprenderlo. Si, por ejemplo, la competencia pusiera en mala condición a los obreros de una industria, a los productores de artículos de cierta naturaleza, o a los mercaderes de tal o cual especie, esa profesión sería abandonada poco a poco por una parte de los que la ejercieran, obreros, fabricantes o mercaderes y los que continuasen adquirirían una condición mejor.

La competencia es una consecuencia de ese gran móvil de las acciones humanas que se llama interés individual, y, como el interés en que tiene su origen, es uno de los principios fundamentales de la existencia de las sociedades. La competencia de unos favorece a los demás y no deja predominar unos intereses sobre otros, sino que a todos los armoniza. Así, la competencia de los productores está contrabalanceada por la de los consumidores. Sin la competencia que se hacen los primeros, los últimos pagarían por todo un precio exorbitante, porque nadie limita voluntariamente sus ganancias, y sin la competencia de los consumidores entre sí, todo se vendería por un precio muy bajo.

La competencia de los empresarios está comprimida por la de los obreros. La de los obreros entre sí hace bajar los salarios e impide que la

producción llegue a ser demasiado cara; la de los empresarios, que tienen necesidad de obreros, impide a su vez que los salarios bajen mucho.

—Pero, advirtió Gagelin, puesto que la competencia limita las ventajas, es necesariamente una causa de pérdida para todos.

—No, Gagelin, si la competencia hace que se pague un franco en vez de dos, cada uno gana la mitad menos, pero gasta también la mitad menos y así hay una compensación. No es esta, con todo, la principal ventaja de la competencia; consiste en la emulación que de ella resulta. La competencia, limitando las ventajas que cada uno obtiene con el objeto que produce, estimula al productor para trabajar más y mejor. Para triunfar de sus competidores, el productor inventa procedimientos nuevos que le permitan producir con más economía, y por eso ha centuplicado sus fuerzas poniendo a su servicio las de la Naturaleza. La competencia no sólo permite emplear gratuitamente la pesantez, el calor, la electricidad, la luz, la fuerza del vapor, del aire y del agua, sino que también hace del dominio público las invenciones por las cuales el hombre se apodera de esas fuerzas, y, disminuyendo la cuota del interés, coloca a la disposición de los trabajadores los capitales que alimentan el trabajo. Merced a la competencia, la suma de esfuerzos necesaria para producir un resultado cualquiera ha disminuído de un modo incalculable y todos obtienen con sus entradas diez veces más comodidad que antes.

—Según esto, preguntó Lenoir, ¿deseáis la libertad completa del comercio?

—Sin duda, y ¿por qué no?

—¿Entregaríais la industria nacional a los extranjeros?

—¿Qué entendéis por entregar la industria nacional a los extranjeros?

—Permitirles que introduzcan sus mercaderías entre nosotros libremente.

—Los extranjeros no podrían suplantar una de nuestras industrias sino con una de estas dos condiciones: hacer cosas mejores por el mismo precio o iguales, pero más baratas; y si teméis la competencia, confesáis que vuestras manufacturas no son tan buenas o que fabricáis o vendéis más caro. Si fabricáis cosas peor hechas, ¿por qué queréis impedirnos que las compremos donde se encuentran de mejor clase? Si fabricáis artículos más caros, ¿por qué obligar al público a que os compre así caro lo que puede encontrar más barato, en una palabra, a que pague por vuestros servicios más de lo que valen? En uno y otro caso, atentáis contra nuestra libertad, pidiendo al Gobierno que prohiba la internación de las mercaderías extranjeras o las recargue con derechos demasiado fuertes a fin de vender las vuestras a un precio subido.

—Entonces, señor Dupré, ¿no queréis proteger el trabajo nacional?

—¿Queréis sacrificar la industria nacional a la extranjera?

—No, no quiero ningún sacrificio; pues no lo es no querer pagar quince francos a los productores franceses por lo que los extranjeros pueden darme a diez. Con esto, los obreros franceses en vez de perder ganarán. Supongamos que, no pudiendo fabricar ciertos artículos de hierro al mismo precio que los ingleses, les compremos cien millones de francos en estos artículos: ¿creéis que los obreros

franceses dejarán de hacer el trabajo que se pagaba con esos cien millones? De ninguna manera; fabricaremos cien millones menos de hierro, pero haremos cien millones más en otras mercaderías que recibirá la Inglaterra en cambio de sus hierros.

—¿Estáis seguro, señor Dupré?

—Perfectamente seguro. La experiencia prueba que en el comercio con los extranjeros, los productos se cambian por productos, a menos que se trate de una necesidad accidental, como en estos dos años en que hemos necesitado cerca de quinientos millones en trigo, y aun en este caso el artículo que se encuentra pedido excepcionalmente se paga muchas veces con artículos de diversas clases y no con moneda. Sólo hay, por consiguiente, un movimiento, y los obreros que perdieran su empleo en la industria abadonada, encontrarían ocupación en las que producen los artículos que los extranjeros nos pidiesen en mayor cantidad. Tendríamos menos obreros en las industrias a que nuestro país se presta menos y más en las que están en mejor armonía con nuestro clima y nuestro genio.

—Pero ¿qué gana el país con esto?, preguntó Leonardo.

—Voy ponerte un ejemplo. Ya os he dicho anteriormente que no se compran productos extranjeros sino cuando nos los venden más baratos que los nacionales; pues bien, si comprando azúcar al Brasil por valor de cincuenta millones de francos podemos obtener tanta cantidad como la que produciríamos con un costo de cien millones, habremos ahorrado cincuenta millones que se podrán destinar para la compra de otras mercaderías, y, por consiguiente, para el aumento de los goces. Lejos,

pues, de considerar como una pérdida para el país lo que se compra al extranjero, debemos mirarlo como una ganancia, ya que esta compra nos deja siempre un sobrante, y además porque pagando con productos lo que compramos al extranjero, resulta de este cambio un aumento de actividad en las industrias para las cuales somos más apropósito.

—No puedo negar, dijo Mr. Lenoir, que el razonamiento es muy fundado, pero ese sistema tiende a bajar el precio de todas las cosas, y lo que estimula la producción es el precio subido.

—Ese es un error, Lenoir. No se produce más que para vender; por consiguiente, el aumento del consumo es lo que estimula la producción. Y como se consume más cuando los productos tienen un precio bajo, de aquí resulta definitivamente que el precio bajo es el más favorable a la producción.

No debemos olvidar que, como hombres, tenemos dos intereses contrarios. Como productores o consumidores pedimos las ganancias o salarios más subidos; como compradores o consumidores deseamos la vida barata, lo cual es incompatible con el alza de los gastos de producción. Compradores, deseamos la abundancia; vendedores, nos felicitamos de la escasez; pero, como en virtud de la división del trabajo, producimos pocos artículos y compramos muchos, la competencia nos es altamente favorable, pues en cambio de la baja en los *pocos* artículos que producimos, nos proporciona otra baja en las *muchas* mercaderías que necesitamos obtener para nuestro consumo y nos procura lo que más deseamos, *la vida barata*.

La competencia es la ley democrática por excelencia, la más progresiva, la más igualitaria de

todas las que rigen las sociedades humanas, la que hace desaparecer todas las desigualdades ficticias, y la que ha permitido a un gran número de proletarios elevarse a la propiedad y al bienestar. La competencia, extendiéndose también al dominio de la instrucción, ha bajado el precio de los libros, ha perfeccionado los métodos de enseñanza y puesto la ciencia al alcance de las masas, ha permitido la adquisición de bienes en menos tiempo y con menos gastos, y ha destruído de este modo la última barrera que se oponía a la mejora de la condición del pobre.

La competencia que, por medio de la división del trabajo, trata de simplificar las operaciones, coloca a la disposición de todos los obreros las industrias que primitivamente sólo podían ejercer algunos, y merced a ella, los trabajos que en su origen exigían conocimientos variados, se hacen ahora sin esfuerzo. Hasta las ventajas naturales de situación, de fertilidad, de temperatura, y aun de aptitud industrial de los habitantes de un país, favorecen a los consumidores de todos los otros. Cada progreso que se hace en el Oriente es una riqueza en perspectiva para el Occidente; el combustible descubierto en el Sur aumenta los goces de los habitantes del Norte, y, en resumen, la competencia que da origen a estos descubrimientos por el móvil del interés, proporciona a todos lo que comúnmente se llama *la vida barata*.

CONVERSACION DECIMAOCTAVA

Los impuestos y el Gobierno

Lo que había estado a pique de ser para Mirebeau una causa de turbación y miseria, prometía llegar a ser causa de paz y prosperidad para la comarca. La coalición de los obreros de fraguas, si por acaso hubiese sido apoyada por los de la localidad, les habría privado del trabajo por cierto tiempo, y habría producido entre los patronos de fraguas y aquéllos una irritación muy natural; además de que, la agitación provocada por su momentáneo éxito, se habría comunicado a las otras industrias, resultando de aquí una antipatía creciente entre patrones y obreros.

Evitado este peligro merced al buen espíritu de los obreros, ilustrados por las instructivas conversaciones del doctor, hoy reina ya una completa armonía en la comarca; obreros y maestros viven en la mejor inteligencia; la unión entre ellos descansa en una estima y confianza mutuas; en una palabra, la disposición de los unos respectos de los otros ha cambiado, teniendo por fundamento un sentimiento de benevolencia recíproca.

Las últimas conferencias del doctor sobre el capital, los salarios y la concurrencia industrial, contribuyeron sobre todo a operar este cambio feliz, haciendo conocer los principios que regulan las relaciones entre patronos y obreros, haciendo apreciar mejor a los unos la situación de los otros,

e ilustrando a todos acerca de sus verdaderos intereses. Los patronos llegaron a convencerse de que el suyo, lejos de consistir en la minoración de los salarios, consistía, por el contrario, en la justa remuneración que satisficiese al obrero, le ligase a su posición y le hiciese desear conservarla, mostrándole su interés como de acuerdo con el del establecimiento en que se ocupa. Comprendiendo también que el porvenir de su industria consistía en ese grado de perfeccionamiento que permite disminuir los gastos de producción sin tocar a la obra de mano, si no es para mejor retribuirla, llegaron fácilmente a parar a la conclusión de que era necesario aumentar el bienestar de los obreros y mejorar su condición intelectual y moral.

Los obreros, por su parte, se formaron una idea mucho más exacta de la posición de los patronos con respecto a ellos. Nunca habían pensado que los patronos no fueran dueños de dar el salario que quisiesen; miraban toda denegación de su parte, como efecto de mala voluntad y prueba de indiferencia, sino de dureza para con ellos; y, reconociendo ahora que los patronos no eran libres para hacer lo que quisiesen, porque tenían obligaciones para con el público, comprendieron también las dificultades que al fabricante resultan de la necesidad de sostener la competencia, no ya solamente con la industria nacional, sino también con la de todos los pueblos del mundo, conocieron que esta necesidad les imponía obligaciones para consigo mismos, y que de aquí nacían exigencias que debían tener muy en cuenta en sus relaciones con los patronos.

Las últimas conferencias tuvieron por principal objeto hacer comprender mejor la solidaridad de

intereses que, en último resultado, existe entre patronos y obreros; por donde vinieron a convencerse que en lugar de tener celos harían mejor ayudándose mútuamente. Por esto, en sus conversaciones ventilaron cuestiones, en cuyo fondo no había ya, como poco antes sucedía, odio ni discordia. Querían llegar a algún buen resultado, y estaban persuadidos de que nada se podía hacer sin los fabricantes, ni mucho menos contra ellos. Los jefes de fábrica y de fragua, así como los propietarios, sentían también la necesidad de hacer algo útil para sus obreros. Pero no pudiendo, ni unos ni otros, darse cuenta cabal de lo que debía hacerse, resolvieron recurrir a las luces del doctor, tan luego como posible fuese.

El día de la reunión, y cuando este iba a tomar la palabra, le dijo Leonardo:

—Mr. Dupré, aunque desde hace mucho tiempo habéis tomado a tarea el destruir muchas de nuestras ilusiones, con todo, disipando nuestros errores e ilustrándonos acerca de nuestros intereses y deberes, de nuestra posición y de los medios de mejorarla, nos habéis hecho un verdadero bien. Me felicito de poderos asegurar, a nombre de mis camaradas, nuestra profunda gratitud, y estoy seguro de que estos señores participan de mis sentimientos.

—En verdad, dijeron a una voz los propietarios de Mirebeau; no podéis dudarlo.

—Esperamos, continuó Leonardo, que aumentaréis este servicio, resumiendo los muchos consejos que, sobre los medios de mejorar nuestra posición y aumentar nuestro bienestar, nos habéis dado con frecuencia. Queremos que nos hagáis conocer de un modo general los medios que tene-

mos a nuestra disposición para llegar al objeto de nuestros deseos, y confío sobre todo en que nos indicaréis lo que podemos esperar a este respecto de la asistencia del Estado; pues, no lo debo disimular, hay opiniones muy diversas entre nosotros sobre este punto y, por lo que nos tenéis enseñado, me temo que haya también muchos errores. Para comenzar por algo que tenga relación con el asunto, permitid que os haga una pregunta. Hace quince días que nos explicásteis los efectos de la competencia, y nos habéis demostrado cómo le debemos la *vida barata*. Bastaba esto sólo para reconciliarnos con la competencia, a la cual considerábamos antes como un azote. Pero las ventajas de la vida barata, ¿no se disminuyen con los impuestos que nos hace pagar el Gobierno y que aumentan el precio de los artículos de consumo?

—Tu objeción no carece de fundamento, Leonardo. Lo que pagamos al Gobierno bajo el nombre de impuesto es realmente una carga que disminuye nuestras entradas, y los derechos que percibe el Estado sobre los artículos de consumo, aumentan indudablemente el precio y disminuyen la cantidad de los que podemos consumir. Pero, ¿son útiles esos impuestos? ¿Son más perjudiciales que ventajosos? ¿Podríamos suprimirlos? Examinemos estas cuestiones.

Los hombres tienen intereses generales sobre los cuales es necesario que velen, y trabajos que por obligación debería hacer cada uno en beneficio de todos; pero como es más cómodo confiar este cuidado a cierto número de personas que no tengan otra ocupación, se hace este encargo para que lo desempeñen según las reglas prescritas de antemano. La reunión de personas encargadas de

velar por los intereses del país y de mantener su seguridad y prosperidad, constituye lo que en la práctica se llama *gobierno*, aun cuando esta palabra se aplique muchas veces a la autoridad superior que imprime el movimiento a las que están bajo sus órdenes en todo el territorio

Para satisfacer las necesidades en vista de las cuales los hombres se reunen en sociedad, el Gobierno debe mantener la fuerza armada suficiente para defender el país contra los enemigos exteriores, y para proteger de los malhechores la vida y los bienes de los ciudadanos; debe sostener escuadras y agentes encargados de garantir los intereses de los ciudadanos que viajan, trafican o residen en país extranjero; debe pagar un cuerpo de magistrados para hacer justicia a los ciudadanos, y hombres encargados de instruirlos y velar por sus intereses morales, siendo necesario también que provea a la ejecución de los trabajos que interesan a la tranquilidad pública, que haga construir caminos, puentes, calzadas, puertos, faros, arsenales, iglesias, escuelas, en fin, cuanto edificio sea de utilidad general. Además de estos gastos que se hacen contantemente, hay otros que tienen por objeto pagar las deudas contraídas en las circunstancias apuradas en que las rentas ordinarias de la nación no han sido suficientes. La reunión de estas deudas constituye lo que se llama *deuda nacional*, de la cual no se paga sino el interés y una pequeña cantidad anual para ir extinguiéndola, pero que no sin frecuencia es tan considerable en algunos pueblos que el interés sólo compone gran parte de su gasto anual. A 511 millones sube en Francia este interés, esto es, a casi un tercio de los gastos totales del país, queso n como unos 1.700 mi-

llones. ¿Con qué podrá hacer frente el Gobierno a todos estos gastos? El Gobierno no es un ser real, que posee rentas ni capitales; es un ser ficticio, un nombre empleado para representar la reunión de personas encargadas de los negocios públicos. El Gobierno nada tiene, nada posee, y nada podría hacer, si los ciudadanos no le facilitasen los medios de hacer aquello que exigen las necesidades del país. Como estos gastos son de interés general, deben por lo mismo ser sobrellevados por todos los ciudadanos; cada uno subviene a dichos gastos con la cantidad más o menos grande que le corresponde, y estas sumas constituyen los impuestos, los cuales no vienen a ser otra cosa que una parte pequeña que se extrae de la fortuna de los ciudadanos, para invertirla en gastos de interés general.

—¿No son estos impuestos, dijo Honorio, una verdadera restricción del derecho de propiedad?

—Sin duda alguna, puesto que lo que los ciudadanos están obligados a pagar de este modo, se saca de lo que ellos podían destinar a sus gastos particulares. Pero no puede ser de otra manera; porque cediendo en beneficio de todos esos gastos a que están destinados los impuestos, a nadie le sería lícito sustraerse de ellos echando la carga a los demás.

—Así, observó Miguel, puesto que los ciudadanos todos tienen que pagar el impuesto, el cual está destinado a llenar las necesidades públicas, nosotros tenemos interés en no pagar más de lo preciso, y, por consiguiente, en que el Gobierno no haga gastos supérfluos, y en que el producto de los impuestos se consagre a lo verdaderamente útil.

—Tienes mucha razón, Miguel. Vigilar estos

lastos es obligación de los ciudadanos, pudiendo decirse que esta vigilancia, así como el determinar ga naturaleza y extensión de los gastos anuales y de los impuestos que para acudir a ellos es forzoso pagar, es un punto al cual se da suma importancia en las diversas formas de gobierno. En la mayor parte de los Estados civilizados, se votan anualmente por las asambleas de diputados, y la forma de esas asambleas y la manera como votan el presupuesto y cuenta de los ingresos y egresos de los caudales nacionales, es punto muy importante de las constituciones que rigen a los pueblos.

Siendo el impuesto una carga para el ciudadano, debe considerarse como el pago de un servicio que a la nación se debe, y como los gastos a los cuales provee el impuesto se hacen en el interés de todos los ciudadanos, se debe también establecer como un principio que ese impuesto debe ser pagado por todos.

—No obstante, dijo Miguel, como los ciudadanos no participan igualmente de las ventajas del Estado, no es justo que soporten igualmente las cargas.

—No las soportan del mismo modo, Miguel. Sin embargo, no te hagas ilusión; no hay entre los ciudadanos, una diferencia de participación de las ventajas sociales tan grande como tú crees. Las ventajas en razón de las cuales cada ciudadano debe contribuir a las cargas que el Estado impone, son las siguientes: 1.°, protección a lo que posee; 2.°, protección a su vida y al goce de su libertad y derechos; 3.°, protección a su industria y trabajo; 4.°, facilidad para el ejercicio de su profesión, en virtud de los trabajos de toda especie emprendidos por el Gobierno en el interés general. Pues

bien; si te fijas, verás que todo esto se aplica a los pobres como a los ricos, no habiendo más diferencia sino en que el rico, como que posee más que el pobre, aprovecha más la protección acordada a los bienes y las ventajas que indiqué últimamente. Pero a causa de esta diferencia se ha establecido una muy grande en la proporción del impuesto; pues no sólo se hace pagar a los pobres menos impuestos, sino que se han encontrado medios de hacer que ellos les sean lo menos pesados posible. De aquí nacen dos especies de impuestos, los *directos* y los *indirectos*.

Impuestos directos son aquellos que los ciudadanos pagan directamente en razón de su fortuna y que pesan principalmente sobre los ricos. Distínguense, entre estos impuestos, la *contribución personal*, de que están exceptuados los pobres; el *impuesto de rentas* o sea de propiedades, que no afecta sino a los que poseen bienes, y que les afecta tanto más cuanto más poseen; así que, mientras el impuesto de rentas no alcanza a los pobres, muchos ricos pagan anualmente diez, veinte, treinta mil francos, y mucho más, por este sólo impuesto; en fin, el *impuesto de patentes* o sobre la industria y comercio, esas dos grandes fuentes de riqueza en la actualidad, impuesto que está en razón de la extensión de los negocios, y, por consiguiente, de la riqueza calculada a comerciantes fabricantes, etc.

Los impuestos indirectos se llaman así, porque los que con ellos cargan no pagan sino indirectamente al Estado: tales son desde luego los *impuestos de consumo* o derechos sobre los géneros, carnes, vinos, azúcar, café, tabaco, etc.; los derechos de aduana, y también los de sello, registro y es-

crituras que hacen los ciudadanos para garantir sus intereses. La variedad de estos impuestos, que se subdividen en muchas especies, y de los cuales no indico sino los principales, tiene por objeto alcanzar a todos los ciudadanos, gravándoles lo menos posible.

—Pero, ¿cuáles son los mejores impuestos?, dijo Leonardo. Si he de creer lo que se dice generalmente, todos tienen muchos inconvenientes.

—No es extraño, Leonardo. El impuesto es una carga para el contribuyente que lo paga, y como siempre se mira de reojo lo que nos es gravoso, no es de admirarse que los impuestos hayan sido tan atacados. El impuesto es sin duda un mal, pero un mal necesario, supuesto que no se podría de otro modo acudir a los gastos que exigen las necesidades públicas. Tiene el impuesto directo la ventaja de pesar directamente sobre la fortuna de los ciudadanos y de estar en relación con la riqueza; siendo la mejor forma de este impuesto el de la *renta*, que en diversos países existe y que puede ser exactamente proporcionado a la fortuna, cuando se llegue a valorizarla con exactitud; bien que dicho impuesto no suele estar ni con mucho exento de fraudes. Por lo demás, no es corta ventaja en los impuestos directos el poderse recaudar a poca costa.

El impuesto indirecto tiene otras ventajas y otros inconvenientes. No lo pagan directamente los que con él cargan, pues consiste en general en derechos pagados por los productores y consumidores. Cierto es que el consumidor se los resarce cuando compra, pues el vendedor incluye naturalmente el impuesto entre sus gastos; pero lo paga sin apercibirse, y eso que con frecuencia tiene que

pagar precios subidísimos. Por lo demás, el cobro de estos impuestos es mucho más costoso, lo cual constituye una pérdida para el Estado.

Si más ilustrados los hombres comprendiesen mejor sus intereses; si obteniendo de ellos, por otra parte, declaraciones más sinceras se pudiese llegar a un conocimiento exacto de los medios de existencia de cada uno, el impuesto directo, y sobre todo el impuesto sobre la renta, parece que debería ser preferido. De temer es por desgracia que, en el estado actual de los espíritus, no haya en la mayor parte de los países una mayoría respetable que sea capaz de comprender que, pagando dos francos de un modo directo, se escapa de pagar tres indirectamente. El impuesto directo, que nos obliga a llevar nuestro dinero al recaudador, es objeto de una repulsa casi general. Menos oposición encuentra, por el contrario, el impuesto indirecto, que se paga en porciones pequeñas y es, por otra parte, casi voluntario, pues sólo lo sufren los que consumen objetos que están gravados, tales como vino, licores, tabaco, café, azúcar, mientras que los que no consumen mucho estos artículos apenas contribuyen con una bagatela.

—Ciertamente, dijo Leonardo, los impuestos indirectos son en la apariencia menos pesados que los directos. Creo no obstante que aquéllos imponen un gravamen mayor al pobre que al rico; y la razón es muy sencilla: el objeto que consume el pobre, paga tanto como el que consume el rico.

—Es verdad, Leonardo, y esta es una consecuencia de la necesidad en que estamos de aceptar ciertas cosas por ser de primera urgencia: desde luego, porque es indispensable que el impuesto alcance a los pobres, que se aprovechan también

de las ventajas sociales, y además porque es el único medio de hacer que los impuestos sean productivos. Justo es notar, con todo, que el pan, alimento del pobre, no tiene otro gravamen que el que resulta del impuesto sobre propiedades raíces. Por otra parte, si el rico no paga más que el pobre por cada artículo, paga mucho más porque consume mayor cantidad, pues paga por el consumo de los que están a su servicio, fuera de que hay derechos sobre muchos objetos que sólo él compra.

—Me hacéis notar, dijo Leonardo, cosas en las cuales jamás había pensado. Pero, ¿por qué el Estado no establece el impuesto progresivo?

—Leonardo, el impuesto progresivo que hace mucho tiempo se propuso, tiene algo de engañoso; parece equitativo y no obstante es injusto, pues hay que detenerlo cuando debería ir más adelante. Sobre las rentas crecidas, el impuesto sería mayor que la renta misma, y no se puede menos que suspender la progresión.

Este impuesto es además injusto en sí mismo, porque no sería otra cosa que un impuesto contra las riquezas, una medida aconsejada por el odio y la envidia. El impuesto es el pago de las ventajas que de la sociedad sacamos, y, según esto, todo lo que se puede pedir a cada uno es que contribuya a las exigencias del Estado en razón de las ventajas que de éste saca y proporcionalmente a su fortuna. Así sucede en el día. Las personas pudientes contribuyen para las exigencias públicas con mucho más que las otras. Además de pagar la parte que les toca en el impuesto sobre el consumo, pagan la mayor del que grava los bienes raíces y casi todos los derechos de sello, registro y alcabala. Las clases

obreras, mientras tanto, no tienen más gravamen que los impuestos sobre el consumo.

Y notad, además, que las clases acomodadas, que son mayor cantidad contribuyen para las exigencias y necesidades del Estado, pagan también ciertos gastos que sólo aprovechan a los pobres; contándose entre aquellos los que tienen por objeto esparcir la instrucción gratuita, el primero ciertamente de los medios de mejorar la condición de las masas, y las enormes sumas que anualmente se invierten en sostener hospitales, hospicios, establecimientos de beneficencia y tantas instituciones fundadas para aliviar y prevenir la miseria.

—Explicaciones son éstas, dijo entonces Miguel, que manifiestan la la sinrazón de los que creen que los ricos pagan menos impuestos que los que justamente deben; ellos pagan en realidad en razón de su fortuna. Pero no por eso los impuestos dejan de ser una carga pesada para los pobres.

—Es verdad, Miguel, todas las cargas son pesadas para el que las lleva. Mas no es el impuesto el que pesa en este caso, sino la misma pobreza, que es una pesada carga. Debemos, pues, ante todo propender a disminuir la pobreza. Además, cada uno de nosotros, ¿no podría acaso disminuir las cargas que sobre sí pesan? Yo creo que sí.

—Y ¿cómo?, dijo Andrés. ¿Podemos, siquiera por un momento, libertarnos de los impuestos que tenemos que pagar? Eso es precisamente lo que quiero saber.

—Te lo voy a decir, Andrés; pero me temo que cuando conozcas los medios, no te aproveches de ellos.

—¡Oh! nada temáis, Mr. Dupré.

—Cuidado, Andrés; no te comprometas tan de

lleno. La mayor parte de los impuestos que pagáis son impuestos de consumo, es decir, sobre gastos voluntarios. Así, entre los que dejan más al Estado deben contarse los impuestos sobre el vino, aguardiente, licores, que pagan cerca de 138 millones de derechos, y el tabaco cuya sola venta produce 146 millones. Suprimid el vino que tomáis fuera de la comida y que daña más que aprovecha a la salud; suprimid el vasito que tomáis por la mañana y muy a menudo durante el día y que os hace todavía más mal; suprimid la pipa, que es una mera costumbre, pero causante de tantos incendios; suprimid las necesidades ficticias que os habéis creado, que nada añaden a vuestro bienestar, y todavía menos al de vuestras familias, y no solamente reduciréis a poquísimo la parte que al Estado pagáis, sino que aumentaréis más y más vuestra renta con lo que cuestan, deducido el impuesto, esos consumos inútiles.

Os quejáis de los impuestos, y no obstante os los creáis de muchas especies. En efecto, vuestros gastos de lujo, de capricho, de intemperancia, vuestra fiesta de los lunes, son impuestos que os creáis vosotros mismos e impuestos pesados. Los que al Estado pagamos nosotros nada son comparados con los que éste saca de la disipación, de la pereza, de la vanidad, de la intemperancia, etc. Abandonemos nuestros malos hábitos, corrijamos nuestros defectos, y nos quedará siempre bastante para pagar el impuesto. ¿Tengo razón, Andrés?

—Sí, Mr. Dupré; veo que nos quejamos mucho de los impuestos que al Estado pagamos, siendo así que las más veces no hacemos otra cosa que pagárselos a *nuestros defectos*. Yo trataré de pagar en

lo sucesivo menos contribuciones voluntarias; pero no os prometo el no pagarlas más.

—Pagad de ellos lo menos que podáis, amigos míos, y habréis hecho entonces por mejorar vuestra condición más de lo que hacer pudiera la misma supresión de los impuestos.

—Me aprovecharé de vuestra advertencia, Mr. Dupré, dijo Miguel. Mientras tanto, si los impuestos disminuyen, ganaremos con ello mucho más.

—Yo pienso como tú, Miguel; pero lejos de ver disminuirse los impuestos, temo mucho el verlos aumentarse.

—¡Cómo es eso, Mr. Dupré!, gritaron muchas voces. ¿Qué es lo que todavía nos amenaza?

—Nada, sino vuestra ceguedad. Habláis de disminuir los impuestos, pedis que se suprima el impuesto de las bebidas, del azúcar, de las plazas de abasto, el impuesto del tabaco, que es, sin embargo, el mejor de todos, supuesto que es meramente voluntario, que recae sobre una necesidad ficticia. Si a cada uno de vosotros se consultara, seguro estoy que no se escaparía de la supresión ningún impuesto. Los propietarios piden la disminución del impuesto inmueble; los notarios, abogados, herederos y litigantes los derechos de sellos y registro; el comercio quiere la supresión del impuesto de patentes, y todos vosotros murmuráis contra los impuestos camineros, la patente de carretas, etc. A un tiempo mismo, no cesáis de pedir el establecimiento de nuevos impuestos.

—Por nada, Mr. Dupré; os engañáis de medio a medio.

—No, amigos míos, bien cierto estoy de lo que digo. ¿Qué hacéis sino pedir el establecimiento de nuevos impuestos, al dirigir al Estado tantas otras

peticiones? A cada instante oigo decir: «El Estado debía hacer esto; debía hacer esotro». Exígenle que dé pan y trabajo a los que no los tienen; que haga caminos, canales, ferrocarriles, etc.; que deseque las comarcas pantanosas y riegue las secas o áridas; que instruya gratuitamente a los niños; que socorra la vejez y alivie todos los infortunios, que favorezca al comercio; que facilite a los agricultores el dinero que necesiten; que repare los males fortuitos, los incendios, las heladas e inundaciones; que se mezcle e intervenga en todo; que lo haga espontáneamente todo, de suerte que nosotros no hagamos más que comer, beber y dormir. ¡Oh! amigos míos, seamos, pues, consecuentes. Nada tiene el Estado, nada posee; con que así no hay más que pagarle impuestos. Pedirle tantas cosas, es ponerle en la necesidad de establecer nuevas contribuciones.

—Lo que decís es muy verdadero, exclamaron todos.

—¿Sabéis de dónde nace esta circunstancia? De que no tenemos una idea exacta de lo que es el Estado. Nosotros nos lo figuramos un ser real, que piensa, que quiere, que obra por sí mismo, mientras que el Estado no es sino una palabra para designar la cosa pública, la reunión de todos los intereses, o la administración encargada de velar por ellos. Esta personificación del Estado da margen a muchas calamidades y revoluciones, porque, en lugar de culparnos a nosotros mismos, le imputamos todo lo que se hace o no se hace. El Estado es un ser ideal a quien cada uno pide muchos beneficios a trueque de pocos impuestos; queremos que dé mucho y tome poco, como si algo pudiese dar él sin tomar. El Estado es una gran

ficción, al través de la cual cada uno se esfuerza en vivir a expensas de los demás: los fabricantes a expensas de los cultivadores, la industria comercial a expensas de la agricultura, los productores a expensas de los consumidores. Se le exige que lo haga todo al propio tiempo que se le pide suprima o disminuya todos los impuestos, porque no se reflexiona que el dinero de que el Estado dispone, es vuestro, es mío; los que se lo proporcionamos somos nosotros, es decir, todos los ciudadanos.

Comprendamos mejor las cosas. Cuando sepamos bien lo que es el Estado, no le pediremos sino lo que pueda hacer, y no le rehusaremos los medios de hacerlo. No es el Estado sino la representación de todos los intereses del país, y el Gobierno, es esa administración tan vasta que está esparcida en toda la superficie del territorio nacional, para hacer lo que esos intereses exijan. Si queremos que él desempeñe cumplidamente su misión, no le pidamos más de lo que pueda hacer.

—Pero, ¿qué es lo que el gobierno debe principalmente hacer?, preguntó entonces Mr. Gagelin.

—Lo que es el objeto de su existencia, replicó Mr. Dupré. Así, él ha sido instituído ante todo para proteger a los ciudadanos y garantir su libertad, sus bienes y su vida contra toda especie de tentativa.

—Sin embargo, dijo Mr. Gagelin, el Gobierno hace también una porción de cosas que no pueden hacer los ciudadanos; se encarga de grandes trabajos de utilidad pública.

—Sin duda, Mr. Gagelin, el Estado, para llenar su misión protectora, debe hacer muchas cosas que los ciudadanos no podrían hacer por sí mismos. Pero se trata de establecer el límite entre lo que él

debe hacer y lo que los ciudadanos habrían podido hacer bien y aun mejor. Lo que el Estado puede hacer fuera de su misión esencial, que es velar por la seguridad de todos, es mantener la salubridad en las ciudades y campos; cuidar de su limpieza, alumbrado riego; dar instrucción a los pobres; construir caminos, puentes, etc., promover el establecimiento de bibliotecas, museos y otros medios de instrucción; favorecer los progresos de las artes y las ciencias. Pero no vamos tan lejos en esta enumeración, y no le pidamos que haga lo que los particulares llevarían a cabo o ejecutarían mejor que él. En Francia, por ejemplo somos muy dados a encargarle que haga lo que podríamos ejecutar y realizar por nosotros mismos, lo que los ciudadanos hacen en otros países, y sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos.

Tenemos ahora un ejemplo que debe hacernos mudar muchas erradas opiniones. Creíamos en otro tiempo que sólo el Estado podría llevar a cabo grandes trabajos públicos, y hoy día vemos compañías de simples particulares ejecutar, con ayuda de los capitales de los asociados, esas grandes líneas de ferrocarriles, de los cuales cada uno exige muchos centenares de millones, es decir, sumas muy superiores a las que se habría atrevido a proponer, ni mucho menos invertir el Estado. No dudemos, pues, tanto de nosotros mismos, y no seamos como los niños, que tienen necesidad de que se les haga todo. Obremos como hombres, y no recurramos al Estado sino cuando sea imperiosamente necesario. Así, teniendo el Estado menos en qué gastar, pedirá también menos impuestos, y limitándose a su verdadera misión, la cumplirá mejor.

—Según esto, ¿qué debería, pues, hacer el Estado para mejor cumplir su misión?, preguntó Mr. Gagelin. Parece que le queda muy poco que hacer.

—Lo mejor, Mr. Gagelin, es que haga lo menos posible, que deje obrar al interés privado, y confíe a éste el cuidado de promover y realizar el interés general, velando, eso sí, para que nadie lastime los derechos ajenos. Asegurar la libertad es ya una inmensa tarea; pero una vez asegurada, dejémosle el cuidado de realizar lo que hoy pedimos al Estado. La libertad hace naturalmente sin gastos ni embarazos, lo que al gobierno costaría grandes desembolsos y sacrificios. Os pondré un ejemplo: nada es más importante que asegurar la subsistencia de los ciudadanos, y sin embargo el Estado nada hace por ella, es el interés privado el que cuida de esto. En nuestro pueblo solamente, ¿cuántos trabajos y desvelos no costaría al señor alcalde el abastecer de provisiones a los habitantes, y hacer traer al mercado todos los días lo necesario para su mantenimiento, si por acaso tuviese el deber de hacerlo? ¿Qué sería si se tratase de una gran ciudad, de una nación entera? Sabéis cuánto cuesta el mantener un ejército de cien mil hombres: ¡qué organización tan vasta! ¡Qué número de empleados! ¡Qué material tan inmenso!

Ved, por el contrario, lo que pasa en una ciudad como París. Llegan diariamente los alimentos para su millón y medio de habitantes, del Este, Oeste, Norte y Sur, desde diez, veinte, cincuenta, cien, doscientas leguas: nadie interviene en ello, y sin embargo, nada falta; el interés privado provee a todo. Por las mañanas, todo lo necesario para tan inmensa aglomeración de seres vivientes, encuén-

trase en su lugar separado, y todo en cantidad suficiente; porque, según que los artículos de consumo sean más o menos bien vendidos hoy o en esta semana, se traerán más o menos mañana o en la semana próxima. Y, ¿qué hace el Gobierno en un caso como éste, en que la regularización del abastecimiento tanto importa a la vida de una gran multitud de gente? Nada hace, y hace mucho: conténtase con prometer a cada uno ayuda y protección, tiene expeditos los caminos públicos, mantiene policía en el mercado, y, seguro entonces el interés privado de ser protegido en sus transacciones, hace por sí mismo todo lo que exige el interés público.

—Prodigioso, en verdad, es lo que en un país hacen el orden y la libertad, replicó Mr. Gagelin; razón por la cual es indispensable que el Estado garantice a los ciudadanos la existencia y conservación de tan preciosos bienes. Pero, ¿cuáles son los medios de afianzarlos? De seguro que entra por mucho la buena forma de gobierno. ¿Cuál es, pues, la que al efecto ofrece las mejores garantías?

—Mr Gagelin, me hacéis una pregunta que se sale del objeto que aquí nos proponemos; tratamos de economía política, y lo que me preguntáis pertenece a la política pura. No sé si deba seguiros en semejante terreno. No obstante veré si puedo responderos ciñéndome a la cuestión de principios generales, sin ninguna aplicación a la política actual. Veamos, pues, las cosas desde lo alto, sin entrar en pormenores, que, a pesar de su escasa importancia, excitan, no sin frecuencia, las pasiones de los hombres.

El objeto del Gobierno es garantizar a los ciudadanos la seguridad de sus personas y el goce tran-

quilo de sus bienes, favorecer el libre empleo de sus facultades y de su tiempo, con tal que en el ejercicio de sus profesiones y oficios no hagan a otro ningún daño. Ved lo que esencialmente se le debe pedir al Gobierno. Cuando os asegure estos bienes, podéis decir que es bueno.

Bajo todos los Gobiernos, pueden los ciudadanos gozar de libertad y seguridad, y puede suceder también que bajo cualquiera de esas formas no gocen de uno solo de tan estimables bienes. Para hacer el bien del país, todo Gobierno debe tener su base en las costumbres generales de la nación, y no en las simpatías, opiniones y gustos de unos pocos, y el mejor gobierno en teoría daría pésimos resultados en un pueblo que no estuviere preparado por sus costumbres para recibirlo. No debe, por tanto, desecharse absolutamente ninguna forma de gobierno, sino el despotismo que se ejerza por uno o por muchos. Pero si queremos saber cuál es la forma de gobierno que está más de acuerdo con la naturaleza y las aspiraciones del hombre, la encontramos sin duda en la república.

—Decidnos, Mr. Dupré, preguntó Leonardo, qué es república y cuáles son los pueblos en que ha dado felices resultados esta forma de gobierno.

—Llámase república el gobierno en que el ejercicio de los poderes políticos está encargado a varias personas elegidas al efecto; entendiéndose por poder político una autoridad que, dentro de la esfera de atribuciones que se le ha designado, tiene por objeto buscar y emplear los medios necesarios para la mejor realización del bien general.

La república admite diversas formas. Cuando las personas encargadas de los poderes públicos no pueden ser tomadas sino de ciertas castas, o

clases privilegiadas, cuyos individuos son llamados al poder, no por su capacidad personal, sino por su privilegio, la república se llama *aristocrática*. Pero si los agentes de todos los ramos del poder político, son elegidos sin distinción de castas entre todos los ciudadanos activos, y sin más consideración que la de su capacidad individual, la república se llama *democrática*, o simplemente *democracia*.

Como véis, la forma de gobierno que está más conforme con los principios de igualdad y justicia que enseña la razón, es la república democrática; y como en ella el poder legislativo está llamado a hacer tantos y aun mayores bienes que las Cámaras de diputados en la monarquía representativa, yo sería sin duda el primero en querer que aquella forma se adoptase en Francia, si encontrase aquí antecedentes y costumbres que la favorecieran.

Los Estados Unidos de Norte América son un ejemplo elocuente de la excelencia del gobierno democrático. El prodigioso cuanto rápido desarrollo intelectual y material de ese pueblo; el avanzado grado de civilización en que hoy le vemos; la paz inalterable de que constantemente goza, y que no han sido parte a turbar las atrevidas reformas que allí se han operado; la riqueza y poder con que hoy se presenta a competir con las más pujantes naciones de la vieja Europa, que cuentan siglos de existencia; los bienes sociales y políticos de toda especie que ha conquistado, todo lo ha obtenido a la sombra de instituciones republicanas. Sin ir más lejos, ahí tenemos a nuestros vecinos los habitantes de la Confederación Helvética, que llevan una existencia feliz y tranquila

bajo la república democrática. Y tómese en cuenta que estos pueblos han adoptado la república *federal*, que es una forma de república en que el gobierno supremo o poder ejecutivo es más débil y su esfera de acción más limitada; por donde veréis más clara la verdad de lo que os dije no ha mucho, que mientras el Gobierno haga menos para dejar hacer más a los particulares en favor de su interés privado, en la esfera de lo lícito, se consigue mejor y más fácilmente el bien de todos, porque entonces el interés privado está en armonía con el interés público.

No conviene, sin embargo, os oculte que la forma republicana suele dar ocasión a sacudimientos y revoluciones políticas, aun en aquellos pueblos que la han adoptado definitivamente.

—Pero para este efecto especial debe haber una causa también especial, dijo Mr. Gagelin.

—Es claro. Como la república es el gobierno de todos y para todos, exige en los ciudadanos mayor prudencia y sanidad de intenciones. Ahora bien, en los pueblos a que he aludido últimamente, la mayoría de los ciudadanos no profesan o no practican dichas virtudes, y he aquí la causa de los trastornos. Hay muchos hombres atolondrados, ambiciosos, egoístas, etc., que conspiran contra el Gobierno, o que, estando en éste, conspiran contra las libertades públicas o individuales. No pocos se olvidan de que las revoluciones causan siempre grandes males, siendo raras veces durables los bienes que nos legan, y que las más preciosas ventajas sociales se han obtenido generalmente en los pueblos republicanos, no en virtud de tentativas prematuras de perfeccionamientos, de reformas bruscas y precipitadas, sino por la me-

jora gradual, de las instituciones existentes.

—Decís que las revoluciones nos legan raras veces bienes duraderos: lo que es en Francia, debemos a la primera revolución la igualdad civil.

—Verdad, Leonardo; pero es porque la igualdad existía ya en las costumbres y pudo por lo mismo pasar a las leyes; y así, la revolución de 1789 no ha hecho sino sancionar esta grande y fundamental mejora de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, de donde ha dimanado su igual admisión a todos los empleos, la supresión de las trabas anexas al ejercicio de las profesiones, la libertad para abrazar cualquiera estado, y, en fin, la igualdad de las porciones hereditarias en las sucesiones, que tiende a igualar las fortunas, impidiendo que la riqueza se acumule en pocas manos. Esta mejora no ha de considerarse como una conquista de la revolución, la cual nada hizo por ella, sino como el resultado de los progresos del espíritu público, y este progreso, tenedlo por seguro, nos legará sucesivamente todas las otras mejoras que vaya preparando y que encontrarán por lo mismo su fundamento en las costumbres e ideas generales de la nación.

Una palabra más, amigos míos, sobre este asunto, antes de separarnos de él. Todo gobierno, cualquiera estado social asegura derechos a los ciudadanos; pero todo derecho entraña deberes; ved lo que parece que he mos olvidado. Hablamos de derechos como si ellos no estuviesen acompañados de deberes, como si para nosotros fuesen sólo los primeros, y para los demás los últimos. Reclamamos, no sin frecuencia, nuevos derechos, sin cuidarnos de que ellos suponen deberes correspondientes; insistimos en que se nos deje el ejercicio de nues-

tros derechos, y muy a menudo nos olvidamos de respetar los de los demás. ¡Oh!, amigos míos. Cualquiera deber para uno, lo es también para todos. Cumplamos nuestros deberes sin que nadie se exceptúe, y por ese medio tendremos asegurados y respetados nuestros derechos.

CONVERSACION DECIMANONA

De la asociación y sus diferentes formas.—Asociaciones de obreros y participaciones de éstos en las ganancias de los patronos.

Por mucho tiempo los obreros de Mirebeau se contentaron con quejarse de la dificultad que para pasar la vida encontraban, de la insuficiencia de los salarios, y de la dependencia en que vivían de sus patrones; quejas que, no pasando de simples manifestacionesdel deseo de que cambiase semejante situación, terminaban a menudo con votos fervientes por un porvenir mejor, que aguardaban, sin saber de dónde ni cuándo viniese. Pero no tardó el doctor en rectificar sus erróneas ideas, y, mostrándoles las cosas en su verdadero aspecto, en disipar las insensatas esperanzas de que se alimentaban y que en la inacción los mantenían.

Al fin comprendieron que, en vez de esperarlo todo de los otros, debían buscar por sí mismos los medios de mejorar su condición. Obreros de manufacturas y de fraguas, tuvieron en los últimos tiempos frecuentes conferencias sobre este asunto; con motivo de lo cual se propusieron diversos planes y se emitieron ideas que ocasionaron importantes discusiones, siendo Leonardo, a quien sus camaradas reconocían ya por jefe, el alma, por decirlo así, de estas reuniones. Más de una vez había sido el intérprete de ellos, y lo fué todavía en las siguientes conferencias.

—Señor, dijo, dirigiéndose al doctor; conociendo el interés que por nosotros os tomáis; sabiendo que vuestras instructivas conversaciones no tienen otro objeto que disipar los errores que nos impiden llegar al bien, e ilustrarnos acerca de los medios de mejorar nuestra posición, y viendo además que no os enfadáis con nuestras preguntas, permitid, pues, que os dirijamos con franqueza algunas más.

—De mil amores, amigos míos; bien sabéis que mi mayor deseo es seros útil.

—Pero, continuó Leonardo, como lo que tenemos que hablar es concerniente a las relaciones de los obreros con los patronos, suplico a estos señores que no se ofendan de la vivacidad que, una antigua costumbre, acaso dará a nuestros palabras.

—Puedes hablar sin temor, dijo Mr. Lenoir, haciendo uso de la palabra a nombre de aquellos a quienes se dirigía Leonardo: nosotros te conocemos ha mucho tiempo, y si más de una vez hemos combatido tus ideas, muy bien sabes que apreciamos la franqueza y generosidad de tu carácter.

Mr. Lenoir aprovechó esta oportunidad para dar a Leonardo un testimonio de aprecio, pues conocía muy bien la creciente influencia del joven sobre sus compañeros. Los propietarios de manufacturas y los maestros de fraguas pensaban desde algún tiempo en los medios de cimentar la buena inteligencia que entre ellos y sus obreros reinaba, y establecer entre todos una verdadera comunidad de intereses. Con este motivo tuvieron muchas conferencias, a fin de convenirse sobre lo que para ello habría que hacer, y hasta habían concertado las bases de un proyecto que les parecía llenaba el objeto.

Leonardo prosiguió:

—Antes de ahora estuvimos animados de sentimientos hostiles contra los dueños de fábricas y fraguas; ahora ya no los abrigamos: los habéis destruído, Mr. Dupré, y la conducta que han observado estos señores con nosotros, ha acabado por remplazarlos con otros de naturaleza muy diferente. Pero, p rmitidme decíroslo con franqueza, creemos que la mala posición de los obreros proviene ante todo de la dependencia en que nos tienen los que nos emplean. Juzgamos que está en el interés de éstos el disminuir esa dependencia.

—Estoy totalmente conforme contigo, Leonardo.

—Celebro infinito que lo estemos en ese primer punto: esto me hace esperar que llegaremos fácilmente a entendernos sobre los demás. Repito, pues, que el mayor inconveniente de la posición de los obreros es su dependencia: su existencia depende, no de la voluntad de un hombre, que no es lo que quiero decir, sino de la fortuna de éste: su suerte está ligada a la de los negocios, mientras que ellos no tienen acción ninguna en la dirección de dichos negocios. Si prospera el fabricante, encuentran trabajo los obreros; si se arruina, encuéntranse los infelices sin pan para sí ni para sus familias. Y notad que el fabricante puede arruinarse por culpa suya, por disipación y negligencia algunas veces, más a menudo por falta de habilidad y por imprudencia, arrojándose por ambición a temerarias y locas especulaciones. Es castigado por su temeridad, bien lo sé, con la pérdida de su fortuna; pero él arrastra en su ruina a los obreros que, confiados en la prudencia y seguridad de sus cálculos, han hecho depender su existencia de la suya. No dejaréis de convenir en

que es tristísimo el verse contínuamente expuesto a ser víctima por faltas de otro.

—Real es el inconveniente que señalas, contestó Mr. Dupré; pero está muy lejos de ser tan grande cual lo acabas de decir. Lo exageras quizás porque estás aquí en una situación especial. Vosotros no tenéis más que una sola manufactura que ocupa un considerable número de obreros, los cuales se encontrarían sin trabajo si la fábrica fracasase, de lo cual ¡Dios nos guarde! Bajo este aspecto comprendo vuestros temores y vuestra solicitud. Forzoso sería, en efecto, o cambiar de residencia, o aguardar a que algún sucesor restableciese los negocios, lo que sucedería ciertamente; pues no se deja mucho tiempo sin movimiento una gran fábrica de un valor semejante. Pero ordinariamente las fábricas en que se emplean muchos trabajadores, están agrupadas en los centros de industria, de suerte que si falta una, los obreros se emplean fácilmente en cualquiera de las otras. Su existencia no está tan expuesta ni comprometida como pudiera creerse en vista de su dependencia, y el caso no es único en el mundo; pues todos dependemos, ya más, ya menos, unos de otros. La suerte del fabricante depende del buen éxito de los negocios de aquellos a quienes vende sus mercaderías; la ruina o bancarrota de otros, le acarrea no sin frecuencia la suya.

—Sí, Mr. Dupré; pero él no depende de un solo hombre.

—Es cierto, Leonardo; pero por esto mismo hay precisamente más probabilidades en su contra. Mientras que una catástrofe como la de que tú hablas, aflije muy de tarde en tarde a los obreros, y les priva del salario por poco tiempo solamente,

casi no hay año en que el fabricante no experimente pérdidas que le arrebatan parte de sus ganancias y que hasta menoscaban su capital. La dependencia del obrero no presenta, además, inconvenientes, sino en las grandes industrias, en las cuales los establecimientos no son numerosos, y tienen adherida y encadenada a su suerte una población considerable; mas no existe ni con mucho en las industrias menores, que ocupan ciertamente más brazos; pues están esparcidas por todas partes; aconteciendo que, si un taller, almacén o ingenio se cierra, pasa el obrero a ocuparse en el vecino, y todo queda allanado. Tampoco existe esa dependencia en la industria agrícola, la cual ocupa más de los dos tercios de brazos; pues, si un arrendatario se arruina, no queda por eso un momento la tierra sin cultivo; otro arrendatario reemplaza a aquél, el jornalero recibe constantemente su salario, y si no viese caras nuevas, no conocería por cierto el cambio.

Cualesquiera que sean, por otra parte, los inconvenientes de esta dependencia, ¿con cuántas ventajas no están compensados? Ningún albur corre el obrero; tiene seguro su pan; la paga, que se hace cada semana, o cada quince días a lo más, le abastece de lo necesario con entera regularidad; ninguna pérdida expermenta, ninguna zozobra, y duerme tranquilo sin inquietarse por el día de mañana. Hará ganancias o experimentará pérdidas el empresario que le emplea; el obrero nada sabe, recibe siempre su paga; la ley misma por especial privilegio manda se le prefiera a cualesquiera acreedores. En la agricultura, el propietario, el arrendatario sufrirán calamidades y tendrán malísima cosecha; acaso perderán la mitad, las

tres cuartas partes de su renta o de su arriendo: el jornalero no se perjudica en nada, recibe su salario como en los mejores años. ¿No es ésta una indemnización preciosa, una verdadera ventaja para los obreros, y sobre todo, para aquellos que, desprovistos de instrucción y experiencia, para vivir tienen que trabajar siempre en una misma cosa?

—Sin duda, Mr. Dupré; hay aquí una ventaja para los obreros, y, como vos decís, la hay, sobre todo, para los que han descuidado el cultivo de su inteligencia, y que son felices porque otros se toman en cierto modo la triste tarea de pensar por ellos. Pero ¿no es verdad que esta ventaja se suele pagar muy cara? El obrero tiene el trabajo, el dueño el provecho.

—Todavía empleas frases que no debes repitir, Leonardo. Tú sabes bien que las grandes ganancias se reducen a menudo al interés del capital invertido en la empresa. Pero voy más lejos, y admito que a más de este interés, que le es indispensable para poder conservar los capitales ajenos invertidos en su empresa, un industrial haga buena ganancia. Ahora bien, ¿crees tú que esta ganancia le resarce, siquiera equitativamente, de la responsabilidad y riesgos que sobre él han pesado, y de los cuales tú ni uno solo has corrido; que le resarce de las zozobras que han conturbado su espíritu, y que tú ignoras? Vamos a cuentas.

El debe indemnizarse del desgaste de las herramientas y del deterioro de la maquinaria, edificios, etc., que forman su establecimiento; tiene que ponerse a cubierto de cualesquiera eventualidades, que no dependen solamente de su capacidad, actividad ni diligencia, sino también de muchísimas causas extrañas, como la infidelidad de

un agente, la insolvencia de los deudores, la concurrencia que un industrial mejor favorecido por su posición le puede hacer, el alza de precio de la obra de mano y de las materias primeras, etc.; tiene que soportar también los atrasos y perjuicios que resultan del retardo en la venta, el deterioro de sus productos por mil causas diversas, y su desestimación proveniente de la inconstancia y capricho de la moda; y todo esto sin contar el talento y recursos intelectuales de que ha menester él mismo, los continuos estudios que necesita hacer sin descanso para prever las buenas y malas eventualidades con el fin de aprovecharlas o rehuirlas, para adivinar el gusto del público, etc., etc.

¿No se debe, pues, en justicia a este industrial una parte de provecho proporcionalmente más grande que la que sacan los obreros, sobre quienes no pesa tanta responsabilidad, que no pueden ni deben soportar las pérdidas fortuitas que a menudo afligen al patrón? Porque los obreros tampoco acuden a levantar al patrón arruinado por uno de esos golpes de la fatalidad que suelen aniquilar grandes fortunas. El obrero que no ha llevado a esta explotación más que su trabajo cuotidiano, y por el cual no ha dejado de recibir la paga convenida, si la empresa sucumbe, va a llevar sus brazos a aquella que tal vez la hizo caer; mientras que el industrial, a más de sus trabajos preparatorios y diarios, compromete y arruina su fortuna, la de sus hijos, su porvenir y muchas veces su honor.

—Tenéis razón, Mr. Dupré, la ganancia no es injusta; tampoco digo que sea excesiva, sobre todo después que nos habéis hecho ver los servicios que a la sociedad hacen los capitales; y si se me ha escapado una expresión amarga, resto es, como os

lo dije al principio, de una antigua costumbre. Pero, en fin, y sea de ello lo que fuere, me gustaría más ver esta ganancia en el bolsillo de los obreros que en el de los patronos.

—No lo niego, Leonardo; pero ¿qué hacer?

—Una cosa muy sencilla: que no haya ni patronos ni obreros, mejor dicho, que cualquiera sea a la vez patrón y obrero.

—Comprendo, Leonardo; tú quieres hablar de la realización del tan disputado principio de asociación.

—Precisamente, Mr. Dupré.

—Bien, hablemos de él, que yo lo haré con tanta mejor voluntad cuanto que, siendo ésta una de las cuestiones de economía política que se enlazan con las cuestiones sobre trabajo, capital, salarios, de las cuales nos hemos ocupado, tenía propósito de tratarla en mis conferencias. Pero ¿de qué especie de asociación quieres tú hablar?, porque hay diversos modos de asociarse. Hay asociación ordinaria entre dos o tres personas, que unen sus capitales y su trabajo para explotar un comercio o fábrica, como los señores Lenoir y Dubuisson. Esta especie de asociación la usan generalmente los que, no teniendo por sí solos medios suficientes para abrir un almacén o establecer una fábrica, asocian sus fondos con los de uno, dos o más amigos, corriendo los mismos riesgos y exponiendo su fortuna en común.

Hay también asociación entre un gran número de individuos que, bajo el nombre de *accionistas*, unene sus capitales para ejecutar en común alguna grande empresa que exige desembolsos considerables, como los que se hacen para explotar minas y plantear ferrocarriles. Cualquiera entra

en estas asociaciones, bastando entregar a la Compañía la cantidad correspondiente a la acción o acciones que uno ha tomado en la empresa, en la cual no se arriesga más que la cantidad que vale o valen su acción o acciones. Este sistema de asociación que, de algún tiempo a esta parte, ha tomado un poderoso desarrollo en Francia, es uno de los grandes beneficios de nuestra época; porque, no sólo ha permitido emprender muchísimos trabajos importantes, que no se habrían llevado a cabo, ni aun proyectado, sin su ayuda, sino que también ofrece a los mismos obreros el medio de cooperar a las más grandes empresas y de tener parte en las ganancias que ellas pueden reportar.

Hay además asociaciones entre obreros de una misma industria, que unen sus esfuerzos para ocuparse de una fabricación cualquiera.

—De éstas quiero hablar, Mr. Dupré; porque me parecen las más propias para mejorar la condición de los obreros, asegurando su independencia, por lo cual creo que están llamadas a ejercer una poderosa influencia en la sociedad.

—Pienso que vas equivocado, Leonardo. Esta asociación entre obreros no ofrece las ventajas que tú crees, y en cambio presenta muchas dificultades. Veamos primero las ventajas.

Háblase de ganancias de cincuenta, cien mil francos que hace un manufacturero, ganancias que parecen enormes porque no se para la atención en que ellas son proporcionales a los capitales y al número de obreros empleados. La experiencia demuestra, en efecto, que, para hacer esas grandes ganancias de cincuenta y cien mil francos, que son casi el interés de los capitales invertidos, han sido necesarias manufacturas que ocupen millares de

obreros, y aun así no se hacen siempre dichas ganancias. Admitamos sin embargo que, en una manufactura que emplea mil obreros, se haga constantemente una ganancia neta de cincuenta mil francos. Si cada año se reparte entre los obreros, ¿cuánto les toca? Cincuenta francos; el cálculo es muy sencillo.

—Bien; son siempre cincuenta francos de más; cincuenta francos es mucho para un obrero.

—No lo niego, Leonardo; pero pocos son los obreros que siendo más arreglados en su conducta, más económicos, yendo menos a la taberna y más a menudo a la caja de ahorros, y trabajando todos los días de la semana, no puedan, sin menos dificultades y engorros, guardar cincuenta francos por año.

—Pero nada impide hacer esas economías y tener además los cincuenta francos de ganancia. Son siempre cincuenta francos ganados, y creo que la suma podría ser mayor.

—Dobla la ganancia si quieres, Leonardo, consiento en ello, por más que sea exorbitante. Pon diez centavos al día para cada obrero. Y todavía, notadlo bien, esto tendrá lugar únicamente en los años buenos, en las más prósperas fabricaciones. En los años ordinarios serán dos o tres centavos por día, tal vez uno sólo en los años regulares, y nada en los malos. Mas bien sucederá algunas veces que tenga que llevar a la masa común una porción de su salario; pues el fabricante tiene frecuentes pérdidas. Hoy estáis fuera del alcance de estas pérdidas; pero sería indispensable soportarlas si tuviéseis parte en las ganancias.

—Es muy justo, Mr. Dupré; con todo serían menores esas pérdidas en el sistema de asociación,

pues lo que las ocasiona son las falsas especulaciones industriales, es la concurrencia desenfrenada que para lucrar se hacen.

—Y cuando vosotros os reuniéseis en una asociación industrial, a fin de participar de las ganancias del fabricante, ¿sería por amor desinteresado a la Humanidad? Siempre el mismo sistema: no ver sino virtudes en nosotros y vicios en los demás; pero pasemos adelante. ¿Crees tú que una asociación no está expuesta a engañarse? Una asociación se compone de hombres como los demás, sujetos al error, y que no se tornan perfectos al entrar en ella; por el contrario debe temerse que lleven también sus defectos, sus pasiones, y, con el fin de hacer triunfar sus propósitos y miras particulares, un espíritu de oposición a cuanto propongan los demás. Sabemos lo que son las reuniones numerosas, que muy raras veces son dirigidas por el partido de los prudentes y honrados. Cada uno emite su opinión, pone sus reparos y sostiene a pie juntillas lo que dice; se habla en pro, en contra, se disputa, se acaloran y acaban por adoptar un término medio ineficaz, porque tan sólo con medidas sencillas y francas se obtienen buenos resultados. De este modo la asociación, lejos de prosperar, languidece y se aniquila; da pérdidas en vez de ganancias. Introdúcese la división entre los obreros, que se echan unos a otros la culpa del mal éxito de la empresa, y, agriándose los ánimos, cunde el desaliento y se separan. Ved el porvenir que me temo esté reservado a la mayor parte de estas asociaciones.

—No véis las cosas por el lado bueno, Mr. Dupré.

—Las veo como son, Leonardo, porque conozco

algo a los hombres y no me hago ilusiones en cuanto a ellos. No digo tampoco que no haya casos en que se eviten estos peligros; pero creo por lo menos que será difícil.

—En todo caso, dijo Andrés, no habrá ya esa competencia desastrosa que se hacen los patronos, y de la cual nosotros somos las víctimas.

—Decid más bien los gananciosos, puesto que ella hace subir vuestros salarios. Mas, ¿por qué la asociación había de acabar con la concurrencia? Pensáis acaso reunir en una sola asociación a todos los obreros de cada industria? No sé en verdad cómo se gobernaría esta gigantesca asociación, ni a cuánto ascendieran los inmensos gastos de administración que exgiría; no me ocuparé de ello; os dejo a vosotros mismos el cuidado de reflexionar sobre este punto. Pero lo que me admira es que de esta suerte se quiera constituir un monopolio en provecho de los obreros de una industria dada, y poner al público a merced de éstos para todos los objetos de su fabricación. Si a la asociación de zapateros se le antojase hacerse pagar por sus zapatos doce francos en vez de ocho, era necesario pasar por todo, puesto que ellos lo querían y eran dueños del campo. Los zapateros, a su vez, estarían junto con nosotros a discreción de la asociación de sastres, y así sucesivamente; es decir, que los consumidores estarían sujetos al capricho y codicia de los productores. Esto es absurdo, y no hay para qué detenerse más en ello.

—Pero, señor, dijo Leonardo, no se trata de reunir a todos los obreros de una misma industria en una sola asociación a la cual estarían obligados a entrar. Esto sería una especie de comunismo y nosotros no lo queremos. Quiero hablaros de asocia-

ciones voluntarias de obreros. Se asocia el que quiere, y con quien quiere.

—Entonces aparece otra vez la concurrencia, con la única pero insustancial diferencia de que, en vez de ser entre individuos es entre asociaciones. El resultado es el mismo. Las asociaciones trabajan por hacerse de parroquianos, proporcionarse materiales al más bajo precio, disminuir sus gastos de producción, y, cuando la venta está buena, fabrican cuanto se puede para aprovechar las circunstancias; es decir, que habrá no sólo disminución de ganancias, sino también de salarios, después algunos tropiezos y embarazos, ociosidad en seguida. Hallaréis, pues, los mismos inconvenientes que precisamente queréis evitar, y aún peores, porque, en el sistema de asociación, como el salario se confunde en cierto modo con la ganacia, la concurrencia de asociaciones disminuirá el uno al mismo tiempo que la otra. Ved a lo que se reducen tan decantadas cuanto brillantes expectativas, que, en el sentir de ciertos apóstoles de ideas nuevas, están llamadas a cambiar la faz de la tierra. Veamos ahora las dificultades.

Asociándose los obreros supongo que no se propondrán hacer pagar al público cuanta ventaja se les atoje sacar; quieren únicamente hacer iguales ganancias a las que sacan los capitalistas hoy día.

—Sin duda, Mr. Dupré; nosotros no pretendemos otra cosa.

—Bien; para conservar al público en posesión de las ventajas de que goza, y de las cuales también vosotros gozáis como consumidores, es necesario dejar organizada la producción cual está ahora; esto es, concentrándola en vastos talleres donde se disminuye el precio de producción por la

fabricación en grande; empleando máquinas costosas y surtidos completos de herramientas, pues a todos estos instrumentos de fabricación se debe la baja de precio de la mayor parte de los objetos destinados al uso del pobre. Es necesario que la producción descanse sobre estos fundamentos para que pueda seguir dando buenos resultados. Concibo como posible la asociación en las industrias en que no se fabica por mayor, para las cuales bastan pequeños capitales, y en cuyos talleres se ocupa un escaso número de obreros; pero no veo ya esa posibilidad tratándose de las industrias en grande, precisamente de las gue excitan más la codicia y arrancan mayores recriminaciones a causa de sus brillantes exterioridades. Vastos edificios, inmensos terrenos, un capital fijo enorme, y otro en giro no menos importante, son necesarios en esta industria. ¿Cómo se proporcionarán todo esto los obreros?

—Pero el Estado, ¿no podría ayudar a los obreros que quisiesen asociarse, y facilitarles el capital necesario para montar la fábrica y hacerla funcionar?

—Un instante, Leonardo, y te convencerás de lo contrario. El Estado, como tú sabes, es un ser ideal, ficticio, o más bien, somos todos nosotros. El Estado nada tiene ni posee; es solamente un cajero que no maneja otros fondos que los que los ciudadanos le entregan bajo la forma de impuestos. De esta suerte, lo que tú propones es que, los mismos a quienes quieres suplantar, te faciliten los medios para que les hagas la guerra. ¿Es esto digno, leal? Leonardo, ¿qué te parece?

—Entonces, Mr. Dupré, ¿qué queréis que hagan los obreros para proporcionarse instrumentos de

trabajo, en el estado actual de la industria, con los capitales que ella exige?

—Yo no seré quien aconseje a lo obreros que se asocien; tampoco seré quien se lo vitupere. Pero si ellos quieren la asociación es necesario que tengan el valor de hacerla por sí mismos. Cuando la industria exige grandes capitales, exige también el concurso de muchos obreros. Que los obreros que quieran fundar un establecimiento industrial, grande o pequeño, traten, pues, de proporcionarse ante todo lo necesario; que tengan la suficiente fortaleza y perseverancia para hacer economías durante algunos años, a fin de juntar los quinientos o mil francos que ha menester quizá cada uno. Formad vuestro capital, ponedlo en giro en la industria que queráis, eso es precisamente lo que deseo; pero no penséis estableceros a costa de los que deseáis suplantar.

—¡Cómo, Mr. Dupré, queréis que cuatrocientos o quinientos obreros se convengan en hacer economías durante mucho tiempo, a fin de juntar entre sí los quinientos o seiscientos mil francos que necesitarían para establecer una manufactura como la de los señores Lenoir y Dubuisson!

—¿Y por qué no? Quien quiere el fin, quiera los medios. Tú piensas que esos cuatrocientos o quinientos obreros estarán de acuerdo entre sí para hacer funcionar la manufactura cuando esté en plena actividad y cuando el contacto y la discusión de los intereses que de la asociación resultan, ocasione entre ellos continuos disgustos y reyertas; ¡y encuentras difícil que se convengan a fin de juntar aisladamente durante algunos años el pequeño peculio que debe ponerlos en estado de realizar una empresa de la cual esperan nada

menos que su bienestar e independencia! No eres consecuente, Leonardo. Sin duda que necesita fortaleza un joven obrero para trabajar y economizar sin descanso durante muchos años seguidos; pero también se muestra entonces verdaderamente digno de entrar en una asociación. Porque no te engañes, Leonardo, es necesario no ver en la asociación solamente las ventajas, es necesario también ver los deberes que ella impone; deberes numerosos y graves y que añaden dificultades de otro género a la empresa. Por eso pido almas enérgicas y vigorosamente templadas, almas que, por sus perseverantes esfuerzos en el transcurso de muchos años, se hayan mostrado a la altura de sus propósitos.

—¿Cáles son las grandes dificultades y deberes que hay en la asociación?, dijo Leonardo.

—Veo en ella una obra de sacrificios y consagración; veo la formal renuncia a los hábitos y costumbres más queridas del obrero, el cual ya no se pertenece a sí mismo sino a la asociación. El obrero que en una fábrica trabaja a vista de un jefe, ejecuta el trabajo que se le ha señalado, y cuando lo ejecuta conforme a lo que se le exigió, ha cumplido su deber. El miembro de una asociación tiene que llevar a ésta no sólo un trabajo constante y concienzudo, sino también sus pensamientos y su concurso perenne, sus brazos y los recursos de su inteligencia. No debe contentarse con hacer bien una cosa, es necesario que la haga mejor. La prosperidad del establecimiento no está confiada a la vigilancia de nadie, sino a la conciencia de cada uno. Tiene menos libertad para satisfacer sus gustos y sus hábitos de pereza; es necesario hacer ingresar en el capital de asociación todo lo que ésta

produzca; si quinientos obreros son los que se emplean, deben trabajar los quinientos sin descanso; un día, una hora perdida es un robo hecho a todos. Es necesaria en la asociación la abnegación de sí mismo, el sacrificio de sus gustos en beneficio de la obra común; es necesario ahogar sus sentimientos de independencia para someterse a la voluntad de los otros; porque el buen éxito de la asociación depende principalmente de la buena armonía entre sus miembros. Ved aquí por qué exijo hombres a quienes la fortaleza más rara, la de la perseverancia, haya probado que tienen las cualidades necesarias para la prosperidad de la asociación. Y aun así, el éxito me parece todavía muy dudoso, porque encuentro aquí otras dificultades.

—Y con las dichas ya hay de sobra, murmuró Leonardo.

—No basta el concurso diligente de todos los miembros de la asociación; es necesario una cabeza para este cuerpo con mil brazos. Los brazos ejecutan, pero la cabeza es quien dirige, quien da las órdenes e impulsa el movimiento. ¿Será una cabeza múltiple, es decir, un consejo de obreros, la que ha de administrar, tomar las medidas que exige el cuidado de los intereses, vender, comprar, distribuir trabajo, etc? Sábese lo que es un consejo que administra: carece totalmente de unidad, de sistema constante, y sobre todo de prontitud en las decisiones. Mientras que se discute sobre el partido que habrá de tomarse, la fábrica rival obra, y la asociación viene al suelo. ¿Será un jefe único? Pero ¿cómo proporcionarse este administrador hábil, hombre de consejo y de acción, capaz de manejar los negocios de la asociación y de ha-

cerla competir victoriosamente, con sus concurrentes? Y dado caso que lo encuentre, ¿con cuánto retribuirá su trabajo para contar siempre con sus servicios? De temeres que, a pesar de vuestra generosidad, el que tenga bastante talento para desempeñar este difícil empleo, experimente la necesidad de recobrar su independencia, y que, renunciando a las cadenas más o menos doradas que hacen de él el esclavo de sus mil administrados, prefiera buscar fortuna por su propia cuenta.

Llego ahora a la remuneración de los obreros y a su posición en la asociación. Encuentro aquí otras dificultades que resolver. ¿Todos llevarán el mismo capital, o se admitirán asociados con capitales diferentes? Y en este caso, ¿qué derechos se confieren a lo poseedores? ¿Qué parte se dará inmediatamente a cada trabajador? Porque ellos no pueden esperar, como el capitalista, a que se vendan los productos. ¿Qué parte se distribuirá de las ganancias? ¿Cuánto se reservará para gastos eventuales y extraordinarios? Porque si prospera este año, puede ser desgraciada la asociación en el próximo, y es indispensable hacer frente a todo. ¿Estás dispuesto a resolverme estas dificultades?

—Pero, dijo Leonardo, no he estudiado suficientemente el asunto para poder responder a estas preguntas.

—No te digo que me respondas en el acto, Leonardo: apunto solamente estas dificultades con el objeto de que puedas en adelante ver el asunto bajo todos sus aspectos, y te puedas pronunciar con conocimiento de causa. Dime, no obstante, ¿bajo qué condiciones o con qué carácter entrarían los obreros en la asociación.

—La cuestión es complicada, Mr. Dupré: por-

que los miembros de la asociación serían a la vez obreros y propietarios de la empresa. Como propietarios, me parece que ellos debían sacar el interés correspondiente al capital que han empleado; a las ganancias tienen derecho como propietarios y como trabajadores; pero aquí la cuestión se complica, pues el trabajo de todos los obreros no vale lo mismo.

—¿Entonces tú no admites la igualdad de salarios?

—¡Oh!, no, Mr. Dupré; esto sería la ruina de la asociación; los perezosos no harían nada, y los obreros laboriosos rehusarían trabajar para los otros, se disgustarían, y harían lo mismo que los perezosos o abandonarían la partida.

—Tienes muchísima razón; me temo que con esto sólo acabes de pronunciar la condenación de las asociaciones. Exceptuando a algunos hombres de corazón generoso como tú, sospecho que la asociación no sería buscada sino por perezosos que se imaginasen vivir así con desahogo sin trabajar mucho, que digamos; y que los obreros activos preferirán el régimen actual, que ofrece mayores expectativas al que con actividad y talento quiere abrirse paso.

Has rechazado la igualdad de salarios, lo cual manifiesta ciertamente tu buen sentido. Pero la desigualdad acarreará muchísimas dificultades a la asociación. En una fábrica o en un taller ordinario un obrero que no está contento con el salario que se le da, se retira, y no hay más que hacer. Pero en la asociación, ¿qué hará el obrero que no se encuentre suficientemente retribuído? ¿Aceptará la decisión de aquellos a quienes mira como a iguales?

¿No será esto causa de enojosas discusiones,

fuente de divisiones perpetuas? Por lo demás ¿qué hará el obrero que quiere retirarse de la asociación? El es dueño de una parte de la manufactura; le corresponde también una parte de las ganancias que se hagan; es por lo mismo imposible devolverle cuando quiera su propiedad y su lucro. Será, pues, necesario o que enajene su libertad o que abandone lo que le pertenece. En caso de muerte, ¿cuáles son los derechos de su viuda e hijos? ¿Cómo conciliar los que las leyes les conceden con los intereses de la asociación? ¿Qué se hará para reemplazar a los miembros que mueran, cuya falta deja un vacío importuno? Y, si llegado un tiempo de mucha actividad, el trabajo de los miembros no alcanza a satisfacer los pedidos, ¿la asociación se resignará a no aprovechar las circunstancias, o imitará a los empresarios de industria, llamando en su auxilio a obreros asalariados? En este caso, ¿con qué condiciones lo hará? ¡Cuántas dificultades, Leonardo, cuántas dificultades en una cosa que tan sencilla te parecía!

—Es cierto; hay más de las que esperaba. La asociación me parece, como a vos, una obra de sacrificios y de consagración, y empiezo a creer que los resultados serán muy inferiores a lo que uno cree cuando no ha reflexionado en ello lo bastante. Y sin embargo, hay en la asociación algo que me satisface y halaga, que me parece conducente a cambiar la condición del obrero. Confieso que no sin profundo sentimiento renunciaré a esta ilusión, si en efecto lo es.

—No, Leonardo, la asociación entre obreros no es una quimera como otras que he combatido y que combatiré siempre, guiado por vuestro propio interés; no. Estudiando la cuestión en los

escritos de los mismos que con más vigor la han combatido, me he convencido de que dicha asociación no es absolutamente impracticable; pero estudiándola en aquellos que se han declarado sus más celosos partidarios, he llegado a conocer cuán difícil es. No obstante, extraordinariamente erizada de dificultades cuando se trata de una industria que no puede ejercerse sino en una vasta manufactura y con un numeroso concurso de obreros, ella presenta muchas menos en una fabricación modesta y que pueda explotarse con pocos brazos. Ofrece todavía menos tratándose de asociaciones temporales entre obreros para la ejecución a destajo de obras de una duración limitada; lo cual podría ser una manera de prepararse y encaminarse a la asociación permanente. Obreros que se conozcan, bastante unidos, y resueltos a vencer las dificultades, se pueden encontrar; pero para la asociación permanente es necesario que sean también laboriosos constantemente, económicos, pacíficos, hombres de corazón, de energía y de muy buen sentido.

—Según esto, dijo Andrés, ¿vos no aconsejáis la asociación a los obreros?

—No la aconsejo ni la rechazo, pues es un asunto muy delicado; lo único que afirmo es que no la creo muy posible tratándose de asociaciones permanentes y numerosas.

—Y, ¿qué pensáis, dijo Leonardo, de la asociación entre patronos y obreros, de aquella en que un patrón parte anualmente con sus obreros, según una proporción determinada, las ganancias que da su industria?

—Te diré desde luego que, cualquiera que sea el nombre que se dé a los arreglos o convenios de

esta especie, no veo aquí una asociación propiamente dicha. Una verdadera asociación supone participación de las pérdidas y las ganancias entre todos los asociados. Así, en el sistema de que tú hablas y que yo apruebo por lo demás, veo que se da a los obreros una parte de las ganancias, pero no he visto que se les carguen las pérdidas; cosa que, por otra parte, no acontecerá en convenciones de este género, pues no está en el interés de los obreros. Además, para que haya verdaderamente asociación, lejos de ceñirse únicamente los obreros a ejecutar lo que les prescribe su patrón, deberían también discutir con él las medidas para el manejo de la empresa; cosa por la cual ningún patrón pasa en circunstancias ordinarias, y pienso que con razón, porque esto sería abdicar en manos de los obreros la dirección de sus negocios.

—Pero, ¿por qué razón no podrá existir una asociación completa entre obreros y patronos? ¿Por qué no habían los obreros de tomar parte en el manejo de los negocios en que están interesados?

—Porque esto no les es posible en su posición. Si toman parte en dicho manejo, como el resultado, cualquiera que sea, les pertenecerá en gran parte, puesto que son más numerosos, deberían necesariamente soportar las pérdidas, bien así como perciben las ganancias; deberían también esperar la venta, como el patrón, para recoger el fruto de su trabajo; y mientras tanto su posición no les permite ni lo uno ni lo otro. Bien sabéis que no hay realmente asociación cuando la ganancia está de un lado y la pérdida de otro.

—Bien, dijo Leonardo, cualquiera que sea el

nombre que convenga dar a un arreglo o contrato semejante, ¿es en último resultado bueno o malo?

—Bueno y útil, respondió Mr. Dupré, para los obreros, y no menos útil a los patronos. Por un lado, él mejora la posición de los obreros, aumentando su salario y sus ganancias. Por otro, es ventajoso a los patronos, pues, si disminuye sus ganancias primitivas en la porción que cede a los obreros, las aumenta haciendo de éstos unos cooperadores más activos, exactos e interesados en la prosperidad del establecimiento. Las ventajas que el patrón concede a los obreros, vienen a ser un premio al orden, a la inteligencia, al espíritu de economía; porque es evidente que los obreros no pueden obtenerlas sino bajo ciertas condiciones de exactitud, asiduidad y dedicación al trabajo. El patrón obtiene de este modo otras ventajas en compensación de los sacrificios que se impone.

La concesión de estos premios se hace de muchos modos. Así, se puede convenir en que, después de sacados los gastos de explotación y demás desembolsos del fabricante, las ganancias se dividan de cierta manera entre éste y sus obreros. Otras veces a fin de estimular su celo e interesarles más en la prosperidad del establecimiento y en la buena confección de sus productos, se puede establecer que, cuando las ganancias pasen de cierta cantidad determinada, el excedente se divida entre ellos y el fabricante. En ciertas industrias, el contrato puede referirse a las materias brutas que se deben transformar en objetos manufacturados, conviniéndose entonces en que, dado caso que, sin aumentar la obra de mano, se obtenga de igual cantidad de materias mayor cantidad de mercaderías, las ganancias que rinda este excedente serán el

objeto de una partición. En otras industrias se emplea anualmente para la fabricación cierta cantidad de combustible, mil quintales, por ejemplo; y se decide que, si logran los obreros economizar una décima u octava parte de combustible, el beneficio de la economía se dividirá entre el fabricante y los obreros. En otra parte la fabricación da, verbigracia, un 20 por 100 de merma de materias primeras; «si por efecto de mayor cuidado, se dice a los obreros, podéis conseguir que esta merma sea sólo de un 15 ó un 10 por 100, participaréis de las ventajas de esta economía».

—Sin descuidar por eso su propia ganancia, tienen muchos medios los patronos de proporcionar ventajas a sus obreros, dijo Andrés.

—En todos los casos, tales ventajas son un verdadero premio concedido a los obreros, a fin de que se estimulen y pongan en su trabajo mayor cuidado, atención y economía. Pero cualquiera que sea la naturaleza de esos arreglos o convenios, son útiles a todos, son morales, y tienden a estrechar los lazos que deben unir al fabricante con sus obreros. Por este medio veríamos también en breve propagarse en todo un sistema de fomento mutuo que, aproximando a los hombres más, redundase a la vez en provecho de cada uno.

—De suerte, dijo Leonardo, que ¿daríais vos la preferencia al sistema de participación en los beneficios del fabricante, sobre el sistema de verdadera asociación entre obreros?

—No cabe duda, Leonardo; porque el uno es fácilmente realizable, mientras el otro presenta muchas y serias dificultades. Y en suma, ¿queréis que os diga sin rebozo todo mi pensamiento? En el sistema de participación una ganancia moral de alta

importancia, viene, a mi modo de ver, a agregarse a la ganancia material.

La pequeña adición al salario que puede resultar a los obreros de un taller, de la participación en los beneficios del patrón, será más de una vez muy diminuta. Pero habrá siempre para ellos un inmenso provecho en los hábitos de exactitud, de orden, de cuidado, de atención, que serán las consecuencias necesarias de esta participación. No dejará también de producir un gran bienestar moral la idea de que se trabaja para el patrón y para sí mismo. El contentamiento del espíritu y la unión de los corazones, son otras tantas ventajas que no se aprecian lo bastante, pero creo que vosotros seréis sensatos y racionales para estimar su valor.

—Gracias, Mr. Dupré, dijo Leonardo, por las buenas palabras que acabáis de decirnos. Vuestras explicaciones sobre los inconvenientes y ventajas de los diferentes sistemas de asociación han acabado de disipar nuestras dudas. No dependerá ciertamente de nosotros si en adelante no ponemos en práctica lo que nos habéis enseñado.

—Tampoco dependerá de nosotros. Leonardo, estad seguro, dijo Mr. Lenoir, tomando entonces la palabra. Después volviéndose hacia Mr. Dupré, dijo:

—Permitidme que yo también os agredezca, querido Mr. Dupré, las excelentes advertencias que nos habéis hecho. Si las ideas de asociación y participación han ocupado por algún tiempo el espíritu de los obreros, no nos han preocupado menos a nosotros. Quieren ellos hacer algo para mejorar su posición; nosotros lo deseamos tan vivamente como ellos. Habíamos buscado los medios y llegado a concebir un plan que nos parece concilia todos

los intereses. Nos quedaban algunas dudas todavía, pero vuestras últimas palabras las han disipado. Aprovecho sin retardo esta ocasión para anunciar a nuestros obreros aquí presentes, que tenemos que hacerles una propuesta a ellos y a sus camaradas. Nuestros compañeros de fraguas me encargan os comunique que ellos están en el mismo propósito con respecto a sus obreros. Invitamos, por consiguiente, a unos y otros para que designen a algunos de entre ellos, que con Leonardo y Andrés, vengan a nuestras casas desde pasado mañana, a oír lo que tenemos que decirles.

En cuanto a vos, Mr. Dupré, habéis estudiado mucho estas cuestiones para que dejemos de desear que nos dispenséis vuestras luces: os suplicamos, pues, encarecidamente que asistáis a esta primera conferencia y a las que se sigan, a fin de que nos ayudéis con vuestra experiencia y saber.

—De mil amores. Mr. Lenoir, ya que creéis que puedo seros útil. Me tengo por muy feliz cuando me toca hacer algo por los habitantes de Mirebeau.

CONVERSACION VIGESIMA

Instituciones de caridad y de previsión y medios que las clases obreras poseen para mejorar su suerte.

En la época a que hemos llegado reinaba gran contento en Mirebeau. Los quince días transcurridos desde la última conferencia fueron bien empleados. El día convenido, los propietarios de la manufactura hicieron conocer a los delegados de los obreros, presididos por Leonardo, el proyecto que habían concebido; proyecto que, como es fácil de adivinar, era un plan de participación de los obreros en las ganancias de los patronos, basado en las ideas emitidas por Mr. Dupré, y comprendiendo los puntos que éste había indicado como capaces de dar lugar a dicha participación: aumento de la producción, como consecuencia del mejor empleo del tiempo; alza de los productos, resultante de su mejor fabricación; economía de las materia primeras, como efecto de un cuidado más vigilante; diminución de las mermas; economía de combustible relativamente a la producción, por interrupciones menos frecuentes de trabajo. Tampoco se quedaron atrás los dueños de fraguas, y propusieron a los obreros un plan basado en principios análogos, y sin más diferencias que las que de la diferente naturaleza de los trabajos resultaban.

Una vez de acuerdo sobre los puntos principales, lo que no fué difícil conseguir, ocupáronse de

establecer en cada oficina de labor un reglamento que determinase los derechos y deberes de propietarios y obreros, y en el cual se consignaron disposiciones tendentes no sólo a acrecentar los productos y ganancias, sino también a ejercer una benéfica influencia moral en los obreros, y a hacerles adquirir buenos hábitos, todavía más favorables a sus propios intereses que a los de las manufacturas. No fueron largas las discusiones, porque todos se encontraban con deseos de entenderse. Enteramente concluído estaba, pues, el reglamento, quedando tan sólo que fijar algunos pormenores de ejecución: debía de ser leído a los obreros en ciertos días y puesto en vigor desde principios del año.

Nunca había sido tan grande el contento de los obreros. Por efecto de una propensión natural en el espíritu humano, se exageraba un tanto a sí mismos la medida tomada, creyéndose para siempre al abrigo de aburrimientos y necesidades, y contribuía no poco a hacer todavía mayor su satisfacción la simple idea de que esa medida les honraba. Sentíanse ennoblecidos ante sus propios ojos; de miserables obreros de los dueños, habían llegado a ser, por decirlo así, sus asociados; de muy diferente manera miraban ya la fábrica; no era ésta una especie de prisión donde se les tenía sujetos y a tarea; era en cierto modo una propiedad de ellos; los patronos ya no eran los dueños ordinarios, sino sus socios, sus amigos.

Por otro lado, el contento de los obreros causaba el de los patronos, que se consideraban dichosos al ver el expresado júbilo; y gozándose del cambio obrado en los sentimientos y maneras de aquellos que empleaban, venían a convencerse de que los

hombres hacen mal en desconocer cuán poco tienen que trabajar para vivir con los demás en buena y cabal inteligencia. Sobre todo no había dejado de causarles impresión la dignidad, antes desconocida, que repentinamente se revelaba en muchos de esos hombres, abatidos no ha mucho por una posición que para ellos tenía algo de servidumbre.

Bajo la presión de estos sentimientos estaban los obreros al abrirse la sesión.

—Amigos míos, dijo Mr. Dupré al comenzar, nos hemos visto tan a menudo durante estos quince días, que no tengo necesidad de enteraros de lo que en este intervalo ha ocurrido. Es, además, inútil y excusado que os diga cuán dichoso soy. Una era nueva principia para los habitantes de Mirebeau; hagamos que por nuestra prudencia sea una era de paz y de concordia. ¡Ojalá pueda yo contribuir a ella con las últimas explicaciones que os he hecho! Con la explicación de algunas menudencias y pormenores inmediatamente aplicables a vuestra posición, pienso completar la gran medida que se acaba de tomar; con esto pondré término a nuestras conferencias sobre Economía Política.

— Qué, ¿ya no nos dirigiréis la palabra?, exclamaron todos, con un sentimiento de pena, que cambió en tristeza la alegría que poco antes estaba pintada en los semblantes.

—Cómo no, amigos míos; seguiré conferenciando con vosotros de vez en cuando. Me considero demasiado feliz al estar con vosotros, para que no busque las ocasiones de veros y dirigiros la palabra. Pero hemos llegado ya al fin de lo que tenía que deciros sobre las materias de que hasta aquí nos hemos ocupado. A fin de que os sean más útiles pienso que estas reuniones deben tener

otro objeto; pero ya hablaremos de ello. Lo que es hoy, acabaré de decir cuanto se relacione íntimamente con el asunto de nuestras conferencias.

En las precedentes me he esforzado en haceros juzgar sanamente de las cosas, mostrándooslas bajo su verdadero aspecto. Os he hecho ver cuánto os engañáis buscando la mejora de vuestra suerte precisamente donde no puede estar. Hoy quiero resumir lo que muchas veces os he dicho sobre los medios que tenéis de realizarla; quiero haceros conocer mejor los recursos que poseéis y los que la sociedad os ofrece para lograr una situación más halagüeña. En cuanto a los primeros no los conocéis bastantemente, por lo cual casi ningún partido habéis sacado de esos recursos; y en cuanto a los que la sociedad pone a vuestra disposición, bien parece que los ignoráis del todo, a juzgar por el poco cuidado que en aprovecharlos os tomáis.

Transformada por la ideas cristianas que cada vez penetran más en nuestras costumbres, la sociedad ha multiplicado desde tiempos muy lejanos las instituciones en favor de los pobres y desvalidos; pero en nuestro siglo esas instituciones han tomado un carácter muy distinto. Antes de ahora tenían principalmente por objeto aliviar la desgracia; hoy, sin olvidarlo, tienden sobre todo a prevenir la miseria, combatiendo sus causas. Las instituciones de beneficencia son, pues, de dos clases: 1.ª, instituciones para aliviar la misiera y el sufrimiento, y 2.ª, instituciones para prevenir la miseria y las penosas consecuencias de los males que pueden afligir a la Humanidad. Digamos solamente una palabra de las primeras, las cuales no es lícito en verdad desdeñar por mal entendido

orgullo, pero cuyo favor debemos solicitar lo menos posible, movidos por un sentimiento de dignidad natural.

Las instituciones que tienen por objeto socorrer la miseria y los sufrimienos, comprenden, entre otras, los *montes de piead, casas de beneficencia, hospitales, hospicios, establecimienos para huérfanos y niños abandonados, casas de locos, de ciegos,* y en fin, muchos otros establecimientos que sería largo enumerar, los cuales se proponen socorrer particularmente cierta desgracia o dolencia determinada.

Los montes de piedad o establecimientos donde se presta dinero sobre prenda y de los cuales suelen abusar no sin frecuencia los pobres, rinden inmensos beneficios a los que tienen necesidades urgentes con los préstamos que les hacen.

Las casas de beneficencia, como la que tenemos en Mirebeau, socorren a domicilio a las personas de edad avanzada y a las que están temporalmente en necesidad, y les facilitan ya dinero para alimentarse solos o con su familia,ya provisiones y alimentos, ya vestidos y combustibles. No alivian solamente las familias pobres, cargadas de niños y cuyos jefes, por su edad u otros motivos, no pueden sostener su familia, sino que también dan socorros y medicamentos a los enfermos que no tienen medios de hacerse cuidar o que no pueden o no quieren ir a los hospitales.

—Esto sí que es excelente, dijo Honorio. Es mucho mejor ser cuidado y curado por los suyos que por los extraños. Lo que es yo, prefiero mi pobre cama al mejor lecho de los hospitales.

—Tienes razón, Honorio, y haces mal. Haces mal porque manifiestas despreciar los cuidados que en

los hospitales se dispensan a los enfermos. Allí hay Hermanas de la caridad, que son unos verdaderos ángeles del bien, y comodidades que no se encontrarían en el hogar del pobre, y aun en más de uno de personas acomodadas. Tienes razón en cuanto prefieres los cuidados de la familia a cualesquiera otros: ¡es tan dulce, cuando se sufre, el verse rodeado de seres que son queridos! Hay, por otra parte, mayor dignidad en aquello de bastarse a sí mismo en cualquiera posición de la vida. El hospital tiene además el inconveniente de relajar los lazos de familia y de descargar, por decirlo así, del cuidado de los enfermos a aquellos a quienes este cuidado les corresponde. También la sociedad es hoy tan previsora y vigilante que hace curar a los enfermos aun en sus propias casas, en vez de obligarles a ir al hospital. Ha organizado, además, recientemente como lo habréis visto en vuestro departamento, la institución de los médicos cantonales, encargados de asistir gratuitamente a los enfermos que no están en posición de poder pagar los socorros de que han menester.

—Es un beneficio importante, dijo Benito, bien que nosotros no tenemos necesidad de él aquí, gracias a vos, Mr. Dupré. Pero si cuando estuve en Mesnil hubiese yo consultado inmediatamente después a un médico, no se habría alargado tanto mi enfermedad que me ha tenido un año entero sin trabajar.

—Los médicos cantonales, prosiguió Mr. Dupré, evitarán en lo futuro males como éste, y harán los hospitales menos necesarios. No obstante, y a pesar de la preferencia que sin duda merecen los socorros a domicilio, los hospitales no dejan ni con mucho de ser unos establecimientos utilísimos, y hasta in-

dispensables; porque, si es conforme a la dignidad humana no ocurrir sino en último caso, y hacer lo posible para no venir a parar a ello, más de una vez se ve uno forzado a pedir un lecho en su recinto.

A más de esto, hospitales destinados a la cura de personas aquejadas de enfermedades temporales, los hay en todos los departamentos de los hospicios que tienen por objeto recoger viejos achacosos, niños, huérfanos, ciegos y cualesquiera personas a quienes su edad o achaques permanentes, juntos a la falta de recursos, dejan en la imposibilidad de trabajar para pasar la vida. Me sería imposible haceros conocer, aun cuando hubiese de destinar a esto solo una sesión, la infinita variedad de instituciones que la caridad ha inventado y planteado para alivio de la Humanidad doliente y necesitada, desde los asilos de expósitos fundados por S. Vicente de Paul.

No lo sabéis todo aún. A todos estos establecimientos públicos, es necesario agregar una porción de instituciones particulares que la caridad, en su ingeniosa cuanto inagotable fecundidad, ha fundado en las ciudades para el socorro de los que sufren; de tal suerte que tal vez ni uno solo de los males que pueden afligir al hombre, deja de tener su remedio o alivio preparado de antemano.

Y sin embargo, amigos míos, esto no es más que una parte de lo que la caridad obra entre nosotros. Si a dichos socorros agregamos todos aquellos que se reparten fuera de esos institutos, los que se dan de mano a mano, los que se distribuyen por medio de los curas, como vosotros mismos habréis tenido ocasión de saberlo aquí en Mirebeau, entonces podría tenerse una idea de

lo que por el pobre hacen los ricos, a quienes se suele acusar de inhumanidad.

—¡Oh! Mr. Dupré.

—Sí, hacen algunas veces demasiado, porque haciendo mal la caridad, contribuyen a que la miseria se perpetúe, y hasta alguna vez la fomentan.

— Cómo, dijo Mr. Raveaud, ¿que la caridad fomenta y perpetúa la miseria?

—La limosna dada con buena intención y por móviles puros es muy meritoria; pero, cuando se da sin conocer a la persona que la recibe, tiene a menudo el inconveniente de estimular a la haraganería y la vagancia y a más el de corromper a las clases pobres desde muy corta edad; viéndose, como en efecto se ve con frecuencia, a padres que educan a sus hijos para mendigos, y que, en vez de enseñarles a trabajar les ejercitan en estirar la mano a los transeuntes.

Nuestras casas de beneficiencia, hospitales y hospicios a pesar de los inmensos servicios que prestan, no dejan también de tener graves inconvenientes. Su número mismo, y los abundantes socorros que distribuyen, no sin frecuencia, son causa de muchos abusos; pues no alivian tan solamente la miseria, sino que también la fomentan y provocan La facilidad con que se obtienen socorros, hace que cierto modo se cuente con ellos de seguro, y entonces en lugar de hacer esfuerzos para salir de una posición estrecha y angustiosa, déjase el obrero estar y se abandona confiado a la pereza, persuadido de que será socorrido siempre por la caridad pública y privada.

—Semejante abuso se puede creer de las casas de beneficencia y de las limosnas a mendigos, pero de ningún modo de los hospitales ni hospicios. Y

la razón es muy sencilla: uno no cae voluntariamente enfermo, ni se enferma por puro gusto, ni tiene cómo impedir el que la vejez le sobrevenga.

—No, Mr. Raveaud, pero contando con el hospital para el caso de una enfermedad, y con el hospicio para refugiarse en la vejez y siempre que los aqueje alguna dolencia o nos sobrevenga algún achaque, no se precave uno de nada, vive con el día, sin previsión ni economía, sin ahorrar nada para cuando nos aqueje una enfermedad en lo futuro; y adormecidos de esta suerte con tan fatal confianza, con este abrigo que juzgamos seguro, respondemos a los buenos consejos que se nos dan, repitiendo aquella frase común: «¡Bah, bah! Y el hospital, ¿se ha hecho acaso para los perros?».

A estos medios de aliviar la miseria, deben agregarse los talleres de caridad, que se establecen temporalmente cuando alguna calamidad como, por ejemplo, la carestía de este año, deja de repente sin trabajo a muchísimos obreros.

—Pero a lo menos éstos no tendrán ningún inconveniente, dijo Andrés; como que se establecen simplemente para el caso de uua circunstancia imprevista.

—Te engañas, Andrés; el mal nunca es imprevisto en el mundo; debemos esperarlo constantemente, y estar siempre prevenidos y sobre aviso para cuanto nos pueda sobrevenir. Esos talleres, tienen además el inconveniente de echar a perder a los obreros, que contraen hábitos de pereza, y trabajan, como suelen decir, por amor a Dios, pues saben que por caridad se les ocupa. De ello habéis visto en Mirebeau un ejemplo; sabéis cuánto ha gastado el distrito para ver de dar trabajo a los habitantes más pobres que estaban sin ocupación, y

conocéis las obras que se han hecho. Decidme con franqueza: ¿valen éstas la mitad siquiera de lo que en ellas se ha invertido?

—No; ciertamente, no, dijeron muchos obreros que tenían conocimiento de ello.

—Y así acontece siempre, amigos míos, cuando no se tiene interés directo e inmediato en trabajar. Os podría citar como verdaderamente decisivo este ejemplo para manifestaros cuánto se engañan los obreros creyendo que habían de trabajar con ardor por medio de un sistema en que no fuesen estimulados por el interés personal y la necesidad. Pero sea lo que fuere de mis últimas observaciones, no es menos cierto que en lo que acabo de deciros, tenéis una muestra espléndida y elocuente de lo que la sociedad hace para aliviar la miseria. Lo que ha imaginado y realizado para prevenir este cáncer terrible de nuestra época, es todavía más importante; porque, a la verdad, si es noble, digna y útil acción el acudir en ayuda del desgraciado, lo es mucho más el impedir que caiga en la desgracia.

Las instituciones que tienen por objeto prevenir la miseria, llevan generalmente el nombre de *instituciones de previsión*, porque ésta es en efecto su fundamento, y no sólo la de la sociedad que las ha fundado, sino también, y más particularmente, la previsión de aquellos para quienes se han establecido. Por desgracia, amigos míos, previsión es lo que más nos falta a los hombres. Cuando se tiene trabajo y pan, no se piensa en que vendrá tal vez un día en que nos falten uno y otro; cuando uno se conserva bueno, jamás piensa en que acaso podrá enfermarse; jóvenes y vigorosos, tampoco nos acordamos de que hemos de llegar a ser viejos e inútiles, y así vivimos con el día, gastando cuanto ga-

namos, y la falta de trabajo, la carestía, las enfermedades, los achaques y la vejez sobrevienen cuando menos se piensa y nos toman de improviso.

No basta pensar en lo porvenir, que todos en él piensan; es necesario pensar de serio, y según esto, portarse como quien piensa en él constantemente. Cuesta, de veras, pensar así; porque para ser consecuente consigo mismo, tiene uno que corregir sus defectos, renunciar a la ociosidad, a la intemperancia, a la disipación y el desorden; y necesita, por el contrario, contraer hábitos de orden, trabajo, actividad, exactitud, etc., necesita más que todo ser prudente, económico, sobrio, abandonar el libertinaje, el lujo, la vanidad, etc.; es necesario resignarse a no tomar vino fuera de la comida, ni aguardiente, ni cerveza, ni café, no fumar, a desprenderse de otros tantos vicios o hábitos que en breve llegan a ser necesidades; pues, en efecto, se convierte en verdadera necesidad lo que no es sino un placer cuando se usa moderadamente y se saborea en el seno de la familia.

—Pero, Mr. Dupré, a este andar, la vida no sería agradable ni llevadera, dijo nuestro antiguo conocido, Pablo Boitard. En verdad, que el privarse uno de todo, no vale ni con mucho la pena de vivir.

—Ya te lo he dicho, contestó Mr. Dupré: si no aprendes a ser sobrio y arreglado cuando joven, habrás de aprender a serlo cuando viejo; escoge ahora. Sabes el antiguo proverbio: *en la cama que se hace uno mismo, se acuesta.* Si quieres acostarte en buena cama, prepárala temprano. Convenzámosnos de una vez; la juventud es la estación de la siembra, del trabajo y de las privaciones; la vejez lo es de cosecha, de descanso y de bienestar. Cuando jóvenes, pensad en lo porvenir; no os caséis impru-

dentemente, sin haber antes ganado los medio de sostener una familia. Pero vivid mientras tanto castos, pues una querida cuesta más que una esposa, y os considero con la suficiente dignidad para no vivir amancebados, teniendo hijos para abandonarlos en seguida y hacer que otros carguen con ellos. Antes de casaros, cuidad primero de poner una casa con todo su ajuar de muebles y trastos necesarios, de tener ropa blanca, etc.; que más tarde no os faltará nada y os sobrará quizá algún dinero para acudir a otras necesidades. Al mismo tiempo nunca dejéis de hacer economías; formaos un capitalito para estableceros alguna vez por propia cuenta, o para tener fondos disponibles en cualesquiera circunstancias imprevistas.

Antes de ahora los obreros no tenían donde colocar sus economías, y no sabiendo qué hacer de ellas, gastaban cuanto ganaban. Había algunos que, poseyendo pequeñas sumas y no pudiendo colocarlas en poder de personas acomodadas y de crédito, se las prestaban a personas necesitadas, que se las embolsicaban mediante el cebo que al dueño ofrecían, de abonarle un fuerte interés; lo cual era causa de que no pocos obreros perdiesen frecuentemente su haber entero. Por eso muchos, y sobre todo, campesinos, se han visto obligados a enterrar su dinero sin hacerlo producir ganancia alguna, lo que siguen haciendo todavía más por costumbre que por desconfianza, la cual no puede existir en la actualidad, en que las *cajas de ahorros*, que presentan las mayores ventajas y seguridades imaginables, se han fundado por la beneficencia pública hasta en las poblaciones menos importantes, a fin de poner dichar cajas al alcance de todos los obreros.

No saben éstos lo que deben a tan preciosa ins-

titución, que es sin disputa uno de los mayores beneficios del siglo. Recibiendo depósitos desde una suma muy pequeña, quita la ocasión de gastar lo que se haya economizado, por insignificante que sea. En la caja de ahorros nada se pierde, y sí se aprovecha mucho; las más pequeñas economías llegan a convertirse en sumas no despreciables. La caja de ahorros es lo que el genio de la beneficencia podía imaginar como lo más propio para facilitar a los obreros los medios de elevarse a una condición mejor, que les permita pasar de proletarios a propietarios, de obreros a patronos. Amigos míos, aprovechaos, pues, cuanto antes de tan admirable institución: estáis jóvenes, no tenéis familia, podéis economizar diez, quince centavos diarios; otros acaso podrán ahorrar veinte; algunos más todavía. Porque, ya os lo he dicho, diez centavos diarios son nada menos que 180 francos anuales, y con el interés, más de 2.200 a los diez años, 4.000 a los quince (1). Con este capitalito, podéis estableceros por cuenta propia, comprar una casa, un jardín, un campo. Yo os lo pido por vuestro mismo interés, amigos míos; hacedlo. Vuestro bienestar futuro está en vuestras propias manos, no permitáis que se os escape.

—Desde hoy en adelante lo haremos, Mr. Dupré, estad seguro, dijeron muchos jóvenes del auditorio.

—Y vosotros los casados, que tenéis mayores necesidades y más cargas, economizad también, que lo podéis; pues si no lo hacéis teniendo trabajo, ¿cómo viviréis cuando éste os falta? ¡Ea!, Honorio,

(1) Como ya lo hemos dicho al tratar del trabajo de ahorro, el interés que se obtiene en Chile es doble del que se paga en Francia, y por consiguiente, en Chile las ganancias serían mucho mayores.

Miguel: ha habido quienes se han visto en posiciones más apuradas, y sin embargo han economizado. Imitadlos, que, como ellos, recogeréis sabrosos frutos.

Hay otra institución de previsión que se ha extendido mucho en Francia desde tiempo atrás, a causa de los servicios que ha dispensado a las clases pobres: la institución de sociedades de *socorros mutuos*, que muchos de vosotros no conocéis por no haber ninguna todavía en Mirebeau, bien que su número llega en Francia a 3.404, contando en su seno 126.453 miembros, de los cuales, 47.281 son miembros honorarios o benefactores, y 47.982 mujeres. Su capital de reserva sube a la cantidad enorme de 16,532.310 francos 92 céntimos. Son asociaciones entre obreros de una misma industria o entre habitantes de una misma localidad para socorrerse y ayudarse mútuamente. Mediante una pequeña erogación mensual, todos los que componen la sociedad tienen seguros, para el caso de enfermedad, los socorros y cuidados de médico y botica. A más de esto, mientras dura la enfermedad, convalescencia o incapacidad para trabajar, reciben diariamente una indemnización determinada por el reglamento, casi equivalente a su ganancia cotidiana, de suerte que la enfermedad del jefe mismo de la familia no es ya una causa de miseria como a menudo acontece.

—Y no puede ser más útil y preciosa, dijo Mauricio, que el año anterior a consecuencia de una enfermedad quedó empeñado para mucho tiempo por las deudas que contrajo.

—Tienes razón, Mauricio, es una institución preciosa, y como quiera que no hay en Mirebeau todavía uua sociedad semejante, debemos pensar sin

demora en fundar una. Ya he preparado los estatutos en compañía del señor alcalde, y esperamos que será inaugurada a principios del año entrante. Cuento con vosotros para que toméis parte.

—Cómo no, Mr. Dupré.

—Esto no os impedirá, contestó éste, el continuar prestando vuestros servicios a los amigos, cuando se presente una ocasión, como lo hicísteis cultivando el jardín de la viuda Morand, y recogiendo la cosecha de los terrenos de Gaspar cuando cayó enfermo.

—De ningún modo, respondieron de todos lados.

—A estos medios de hacer frente a las tristes consecuencias de las enfermedades, continuó Mr. Dupré, debo agregar los que tenemos para resarcirnos de los daños o menoscabos que por algún accidente fortuito sufran nuestros bienes: quiero hablaros de las diferentes especies de seguros contra incendios, heladas, epidemias de animales, etc. Antes de ahora, cuando alguno experimentaba una pérdida a causa de alguno de esos accidentes, quedaba arruinado para toda su vida. Mediante una cantidad muy diminuta pagada anualmente, podemos poner lo que poseemos al abrigo de cualesquiera casos adversos y fatales. Cuando se piensa que con una bagatela que uno erogue, puede dormir tranquilo y seguro de conservar todo lo que posee, no se comprende cómo tantos vacilan todavía en darse esa inestimable tranquilidad, poniendo a salvo sus intereses de tan tremendas calamidades como suelen acontecer.

—Pero, dijo Mr. Jarland, cuya casa, como se recordará, se quemó años atrás, y quien, por no haberla asegurado, quedó desde entonces en suma estrechez y carencia de recursos: ¿quién os ga-

rantiza el que se os pagará exactamente caso de ocurrir un siniestro, y que las compañías de seguros no faltarán a sus compromisos?

—Desde luego, la vigilancia del Gobierno, que no permite se establezcan compañías sin el capital suficiente para llenar sus compromisos, y que constantemente las vigila; además de esto, el interés de las mismas compañías, las cuales perderán sus fondos si no administran y dirigen bien la empresa, ni la acreditan por todos medios; y, finalmente, el buen cuidado que las diferentes compañías tienen de asegurarse entre sí, a fin de ponerse a cubierto de las pérdidas excesivas que habrán de sufrir si un incendio, por ejemplo, devora una manzana y quizá una ciudad entera, o si uua helada asuela toda una provincia.

—Admirable precaución, dijo Mauricio; yo no me había imaginado hasta dónde se extiende la previsión humana. Con todo, veo que no son útiles las compañías de seguros sino a los que tienen intereses que asegurar.

—¡Y qué!, ¿no tienes acaso muebles, Mauricio? Porque las dichas compañías aseguran los muebles, mercaderías, etc.; y puedes, según eso, salvar bien, así como los demás, todo lo que tengas. Ya ves que la previsión nada tiene de negligente ni olvidadiza; es la misma para todos.

—Perdonad, Mr. Dupré, dijo Leonardo, pero falta algo todavía. Los seguros impiden ciertamente perder lo que se posee; las sociedades de socorros mutuos nos dan una garantía contra las tristes consecuencias de las enfermedades; las cajas de ahorros nos facilitan un medio de hacer útiles economías y de formarnos un pequeño peculio para subvenir a las exigencias de cualquiera necesidad. Todo ello

es bueno, y muy bueno; pero ved, Mr. Dupré, algo todavía más grande han menester los obreros. Lo que más nos amarga la vida, no es el peso del trabajo ni lo módico de nuestras ganancias, ni aun ese descontento que involuntariamente despierta en el alma el espectáculo de la desigualdad; no. Lo que nos afecta sobremanera, lo que nos desalienta, desgarra y atormenta el corazón, es la incertidumbre acerca de lo porvenir.

—Eso es cabalmente, Leonardo, dijeron a una voz los obreros.

—Ved, Mr. Dupré, contestó Leonardo; lo que nos hace falta, es una caja de retiro para la vejez; he ahí el deseo ardiente y unánime de todos los obreros.

—Y ¿por qué no pensáis en establecerla, amigos míos? Me alegraré de haceros conocer desde ahora una institución tan a propósito para poner en lo sucesivo al abrigo de la miseria y crueles penurias de la vejez a aquellos que tengan el buen sentido de aprovecharse de ella. He aquí las principales disposiciones de la ley que establece dichas cajas, sin que por esto quiera indicaros que no podéis establecerlas vosotros mismos.

Da a los obreros la facultad de asegurarse una renta que a lo más ha de ser de 750 francos por persona, desde la edad de treinta o sesenta años, según se quiera, mediante ciertas entregas de dinero hechas a la caja; bien entendido que la renta es proporcional a las entregas hechas durante la vida, y que, para gozar de ella desde la edad de cincuenta años, por ejemplo, es menester entregar más que para gozarla desde los sesenta o sesenta y cinco. Puede uno asegurarse dicha renta de dos modos; ya por medio de una sola entrega, necesariamente considerable, y tanto más cuanto más

avanzada sea la edad en que se haga; ya, lo cual es mucho más fácil a los obreros, por medio de entregas anuales, tanto más pequeñas cuanto se principien a hacer en edad más temprana. Según se quiera, puede uno abandonar a la caja el capital formado por las erogaciones, o reservarlo para sus herederos; mas cuando se hace esta reserva, la renta que uno percibe es naturalmente menor.

Así un obrero que comenzare a erogar a los diez y ocho años, desde los sesenta principiará a gozar de una renta vitalicia de 100 francos, mediante una entrega anual de un peso cuarenta y cuatro centevos, si se reserva el capital, y de un peso solamente, si lo abandona. Multiplicad esas cantidades por 2, 3, 4, 5, 6 y 7 y medio, según que queráis tener una renta de 200, 300, 400, 500, 600 y 750 francos, y tendréis la suma de lo que habéis erogado anualmente. Como la mujer puede tener una renta igual a la de su esposo, llega a ser muy fácil de este modo, no solamente ponerse al abrigo de penurias, sino también asegurarse un bienestar para la vejez. De hoy en adelante, no lo gozarán sino los que no lo quieran. Instituciones de esta naturaleza existen en casi todas partes.

—Tenéis razón, dijo Leonardo; y si aun así hubiere todavía obreros desvalidos en la vejez, ya se podrá decir desde ahora, salvo algún accidente extraordinario, que han sido unos disipadores o perezosos.

—Ved ahora: un padre que quisiere asegurar a cada uno de sus hijos una renta para lo futuro, podrá proporcionársela de 100 francos respectivamente desde los sesenta años, si comienza a erogar desde los tres años cincuenta y seis centavos, y hasta cuarenta y dos centavos si abandona el ca-

pital. Multiplicad del modo que os indiqué no ha mucho, y veréis lo que habrá de erogar para asegurarles una renta vitalicia de 200 a 750 francos. Esto sucede en Francia donde el interés es muy reducido; en América, las ganancias serían mucho mayores.

—¡Es prodigioso!, dijo Honorio. ¡Cuánto siento ahora que una institución semejante no hubiese existido cuando yo me encontraba todavía joven! No estaría tan inquieto por la suerte de mis hijos. Pero nada se ha perdido, y aún puedo principiar a erogar por ellos mientras puedan erogar por sí mismos.

—Ahora, continuó Mr. Dupré, ved si tenía razón al afirmar que cuanto más avanza la civilización, más desaparecen las causas ordinarias de desigualdad que existen entre los hombres, y se ponen al alcance de todos los medios y recursos necesarios para pasarlo bien.

—No, Mr. Dupré, no lo hemos dudado por un momento; pues nunca nos habéis engañado, y nada, nada de lo que nos habéis enseñado, deja de ser verdadero.

—Bien, amigos míos: sobre todos los medios y recursos que os he dado a conocer, hay uno del cual, más que de cualesquiera otros, debéis esperar la mejora de vuestra condición social: éste es la *instrucción.*

Es innegable que muchísimo ha hecho la sociedad fundando instituciones para alivio de la miseria; más todavía, creando las de previsión para impedir que la miseria aparezca; y no podía rematar mejor su obra que estableciendo la caja de retiro para los ancianos. Pero ha hecho más todavía: ha abierto escuelas hasta en los villorrios y aldeas, ha esparcido por dondequiera la instrucción que, no lo ol-

vidéis, amigos míos, es la gran base y al mismo tiempo la brillante cúpula del edificio.

Gracias a la difusión de las luces hasta entre las más humildes clases sociales, la igualdad ante la ley no es ya una mera palabra. Culquiera individuo, si es verdaderamente capaz e inteligente, puede pretender cualquier empleo, puede subir al más elevado puesto. ¿Qué es, pues, lo que se necesita? Voluntad y perseverancia: sí, quererlo, pero quererlo con voluntad firme, enérgica, que, al divisar el objeto de sus ansias, no retrocede ante ningún obstáculo ni desperdicia los medios legítimos de llegar hasta él. Querer así, es poder.

En épocas de ignorancia o escasa instrucción, ésta constituye una verdadera ventaja o privilegio para los que la poseen; hoy que por efecto de las numerosísimas escuelas que existen, casi todos han adquirido cierto grado de instrucción, ésta es ya una verdadera necesidad; pues el carecer de ella cuando los demás la tienen, coloca al hombre en posición muy inferior. Los beneficios de la instrucción no consisten meramente en saber leer, escribir y contar: esto es ya mucho, pues quien esto sabe en cualesquiera circunstancias tendrá una notable superioridad sobre el que lo ignora, pero es poco si se atiende a que la instrucción nos suministra conocimientos más extensos. Ella desenvuelve la inteligencia, despierta el espíritu, pone en ejercicio todas nuestras facultades, nos hace raciocinar, observar, juzgar, comparar, darnos cuenta cabal de las cosas, sacar consecuencias y aprovechar lo que se sabe para llegar al conocimiento de lo que se ignora; hace, en una palabra, que en cualesquiera circunstancias de la vida pongamos en práctica lo que sabemos.

He ahí, amigos míos, los efectos de una instrucción bien entendida, de una instrucción como las que os ha dado Mr. Raymond, vuestro excelente institutor, quien desde veinticinco años atrás es mi colaborador infatigable y abnegado en la obra de mejora que en Mirebeau he acometido. Si en las conferencias instructivas que por el espacio de quince meses he tenido con vosotros, he conseguido hacer penetrar la luz en vuestra inteligencia, me complazco en reconocer que a él en gran parte se lo debo; pues con la instrucción que ha dado a muchos de vosotros, os ha puesto en el caso y aptitud de comprender las verdades por mí indicadas y que os he inculcado con tesón. Seámosle, pues, gratos, y en su virtud, aprovechémonos de las lecciones que todavía quiera darnos.

Lo sabéis, amigos míos, la industria se transforma sin cesar; nuevas conquistas se hacen diariamente en el campo del progreso. Todo anda, y es fuerza no quedarse atrás para no ser pisado por los que pasan adelante. Es inútil ya el protestar ni alzar la voz contra las máquinas, que no se puede negar son un beneficio inmenso, siendo insignificante el mal que a unos pocos suelen al principio causar. La sociedad tiene derecho a las máquinas y nuevos procedimientos que se inventen, y los fabricantes el deber de adoptarlas inmediatamente; pues nadie tiene derecho a ofrecer sus servicios desde el momento en que llegan a ser inútiles y excusados. Además de que, semejante a un río que abandona su antiguo cauce para llevarse por otro, la industria no sin frecuencia cambia la dirección de sus impetuosas corrientes. Es, pues, indispensable el estar listos para seguirla en sus mudanzas y transformaciones. Si hoy me acuesto dorador

o segador, me he de levantar mañana electro-dorador o manejando una máquina de segar; si ayer tejía siguendo cierto procedimiento, no impide el que hoy lo haga siguiendo otro; antes de ahora fabricaba barras de hierro o carbón de leña, pues ya exploto carbón de piedra; en un principio trabajaba en la enmaderación de casas, en la actualidad hago pisos y techos de hierro para edificios; y, en una palabra, estoy siempre en aptitud de pasar el día menos pensado de una industria a otra. Así no se encuentra uno jamás embarazado, ni pende su subsistencia de cierta casa de labor, ni se está subordinado a las buenas o malas ganacias de un fabricante.

Y estas aptitudes y recursos, ¿a qué se deben? A la instrucción que desenvuelve la inteligencia y da al hombre nuevas fuerzas, fuerzas muy superiores a las de los brazos, pues ni las fatigas, ni los años las disminuyen. Amigos míos, un hombre célebre, cuya memoria venera vuestro institutor y cuyo nombre deberían todos los obreros pronunciar con respeto porque jamás dejará de ser uno de sus más dignos benefactores, el ilustre Pestalozzi que también fué institutor y se consagró cincuenta años a la educación del pueblo, al cual amaba con preferencia a todo, y cuya condición y necesidades perfectamente conocía Pestalozzi, animado de los más ardientes deseos de mejorar la suerte del pueblo, quería ponerle en estado de bastarse a sí mismo, sin necesidad de que los demás acudan siempre en su ayuda.

Había comprendido que sólo se podía alcanzar tan ansiado fin por medio de la instrucción; sí, por la instrucción, que os pone en estado de ganar mejores salarios, que os pone a cubierto de la in-

constancia de la fortuna, y os hace menos dependientes de aquellos que os ocupan.

Instruyámonos, amigos míos, y más que todo, instruyamos y hagamos instruir a nuestros hijos, que por su bien habremos hecho más con esto, que con lo que podamos dejarles; pues de ese modo les legamos una riqueza de recursos y aptitudes inestimable, que les seguirá a todas partes, que jamás les faltará, y que será independiente del tiempo y de la fortuna. Pero al darles instrucción no os olvidéis de darles también la educación que fecundiza a aquélla, la hace subir de valor y evita descarrios; enseñadles cuanto antes esos buenos hábitos que hoy os he recomendado a vosotros mismos, y que serán, así para ellos como para vosotros, la mejor y más segura garantía de una buena suerte.

No olvidéis que para hacerles contraer esos buenos hábitos, la primera condición es el ejemplo. Seamos virtuosos, si queremos que lo sean también nuestros hijos, y acordémonos de que Dios, que en los hijos castiga las faltas de los padres hasta la tercera y cuarta generación, recompensará a los vuestros, en las generaciones sucesivas, todos los esfuerzos que hayáis hecho aquí en la tierra. Si en el mundo no alcanzáis todo el bienestar que deseáis, estad seguros que no lo habéis perdido todo, porque habréis, a no dudarlo, preparado el de vuestros hijos.

Finalmente, permitid que os dé un último consejo.

Esforzaos en adquirir vosotros y en hacer que vuestros hijos tomen esos modales decentes y finos que, a primera vista, dejan conocer a una persona bien educada. No sin frecuencia oigo a

los obreros quejarse del desdén con que les tratan las personas de otra condición o esfera, quienes les consideran,dicen, como si fuesen de diferentes raza. ¡Oh!, amigos míos, ¿no provocáis vosotros mismos este desdén con la obstinación de conduciros en todo de diferente manera que las personas acomodadas? Dícese algunas veces que hacéis ostentación de esa rudeza y descompostura en el tono, en el acento, en los gestos, en todos vuestros modales, en una palabra. Queréis, a lo que parece, mostraros en todo y por todo diferentes a los demás hombres. ¿Cómo extrañar entonces que no os traten de otro modo? Comprended mejor vuestros intereses: asumid vuestra dignidad de hombres, que no parece sino que la habéis puesto en olvido: sea únicamente la fortuna lo que os diferencie de los demás.

Hoy más que nunca, la instrucción y la educación tienden a establecer por sí solas una línea de demarcación entre los hombres de las diferentes esferas de la sociedad. Esforzaos en hacerla desaparecer, que de vosotros depende, y la misma sociedad os ofrece los medios. Estáis constantemente en contacto con los hombres de todas las clases; con ellos os hombreáis en todas partes, en las ciudades, paseos, museos, galerías, lugares públicos, que os están abiertos como a todo el mundo. En donde quiera os sentáis al lado de ellos, en la iglesia, en los espectáculos, en los ómnibus y carruajes públicos; y hasta en la escuela, vuestros hijos se sientan en los mismos bancos con los de la clase media. Imitad, pues, a los hombres de más elevada condición, en vez de ostentar rudeza en su presencia; rivalizad si es posible con ellos en buen tono, nobleza y modales distinguidos, en urbanidad y

culto lenguaje, no en lujo y ostentación; y creédmelo, amigos míos, habréis de esta suerte hecho desaparecer esa barrera que existe entre vosotros y los individuos de clases acomodadas, barrera que vosotros solos dejáis en pié todavía.

CONCLUSION

Los últimos días de 1847 se emplearon en los arreglos anunciados.

Terminado el Reglamento para la nueva organización del trabajo en la manufactura y en las fraguas, leído y adoptado en una reunión general de obreros, e impreso finalmente, un ejemplar con la firma de los propietarios fué remitido a cada obrero, despues de haber éstos firmado en un registro la aceptación de las convenciones estipuladas.

El proyecto de Sociedad de socorros mutuos del distrito de Mirebeau, que había sido preparado por Mr. Dupré y el alcalde, fué aceptado por el consejo municipal, y sus Estatutos sometidos de antemano a la aprobación de la autoridad superior; dándose conocimiento de ello a los obreros que, convencidos de las ventajas que ofrecía la asociación, se apresuraron a entrar en ella; antes de expirar el año ya estaban todos inscritos como miembros, en cuyo número figuraban, con el título de miembros honorarios o donatarios, todas las personas acomodadas del distrito. Mr. Dupré fue elegido por unanimidad presidente. Muy listos, que digamos, no anduvieron por su parte los jornaleros de Mirebeau en entrar a la Sociedad; pues en general menos instruídos e ilustrados que los obreros de las fábricas, y no estando en igual posició n no sentían tanto la necesidad de una asociación se-

mejante. No obstante; debemos decir que poco a poco acabaron por comprender su utilidad, y solicitaron ser admitidos en su seno.

No era esto ni con mucho sino una parte de lo que tenía proyectado Mr. Dupré para dar remate a la obra de regeneración del distrito. Convencido de la necesidad de extender más la instrucción entre los habitantes, y de sacar al pueblo, y sobre todo a los jóvenes, de ese abandono y extravío en que vivían, en medio de los groseros placeres de la taberna, creyó conducente a su objeto el emprender una reforma radical en las escuelas para adultos.

Antes de ahora bastaban escuelas para adultos en que se enseñase únicamente a leer, escribir, contar y algo de ortografía; porque entonces también había muchísimas personas entradas en años que nunca habían pisado los umbrales de las escuelas. Hoy no sucede otro tanto, y no basta aquello, y ni aun agregándole el dibujo y el canto, para atraer a dichas escuelas a la juventud, ya instuída, de nuestra época. Había, además, llegado a ser necesario dar al pueblo industrial de Mirebeau otros conocimientos, tendentes a afianzar y sostener la prosperidad de sus fábricas para que puedan sobrellevar ventajosamente la competencia. Por otra parte, para favorecer los progresos de la agricultura, era urgente suministrar a los cultivadores conocimientos que les permitiesen adoptar voluntariamente y con buen éxito los perfeccionamientos que se hacen en ese ramo cada día. Además, no era difícil de prever, en una época cercana, la introducción de máquinas en la industria agrícola, siendo por lo mismo importante tener para este caso preparadas las inteligencias.

El doctor había comprendido, pues, lo urgente que era el suministrar al pueblo conocimientos apropiados a sus necesidades. Deseaba que éste tuviese nociones claras y precisas de física, química, mecánica, historia natural, higiene, economía doméstica, en fin, de todo lo que puede tener aplicación a la industria agrícola y manufacturera, o que enseñe a sacar el mejor partido de las cosas en el interior de una casa. Pero para poder dar con más provecho una enseñanza de esta naturaleza, faltaban instrumentos y colecciones, cuya adquisición no era posible proponer al distrito en circunstancias que acababa de hacer muchos gastos para socorrer a los pobres en la carestía. La beneficencia del doctor proveyó de lo necesario.

Los habitantes de Mirebeau se dedicaron con empeño a instruirse, aprovechando las bibliotecas populares y los consejos de las personas entendidas; la industria progresó grandemente; la moralidad lució en la aldea, y el doctor Dupré llegó a ver coronados los esfuerzos de su vida.

INDICE

		Pág.
PRÓLOGO	.....	1
INTRODUCCIÓN	.....	3
CONVERSACIÓN	I.—Dios, el hombre y el mundo	25
,,	II.—Dios, la libertad del alma, la moral	37
,,	III.—Deberes para con Dios.	55
,,	IV.—La sociedad y sus ventajas	68
,,	V.—Deberes sociales	86
,,	VI.—Deberes del hombre para consigo mismo. Observaciones generales.....	100
,,	VII. — Necesidades, trabajos, propiedad.....	109
,,	VIII.—Trabajo de ahorro	122
,,	IX.—Trabajo muscular.—División y dirección ...	146
,,	X.—Utilidad de las máquinas	158
,,	XI.—Riqueza. — Consumo. — Capital y su empleo ..	171
,,	XII.—Cambio de servicios ...	182
,,	XIII.—Valor del trabajo. — Oferta y pedido	196
,,	XIV.—Relaciones del trabajo con el capital	214

Pág.

CONVERSACION XV.—Salarios.—Coaliciones y complots 229

„ XVI.—Población, subsistencias y salarios.—La población tiende a mantenerse al nivel de las subsistencias, y los salarios están en razón directa de los capitales y en razón inversa de la población 247

„ XVII.—Productores y consumidores.—La competencia proporciona vida barata 263

„ XVIII.—Los impuestos y el Gobierno 272

„ XIX.—De la asociación y sus diferentes formas.—Asociación de obreros y participación de éstos en las ganancias de los patronos 296

„ XX.—Instituciones de caridad y de previsión y medios que las clases obreras poseen para mejorar su suerte 322

CONCLUSIÓN..... 347

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00034257483